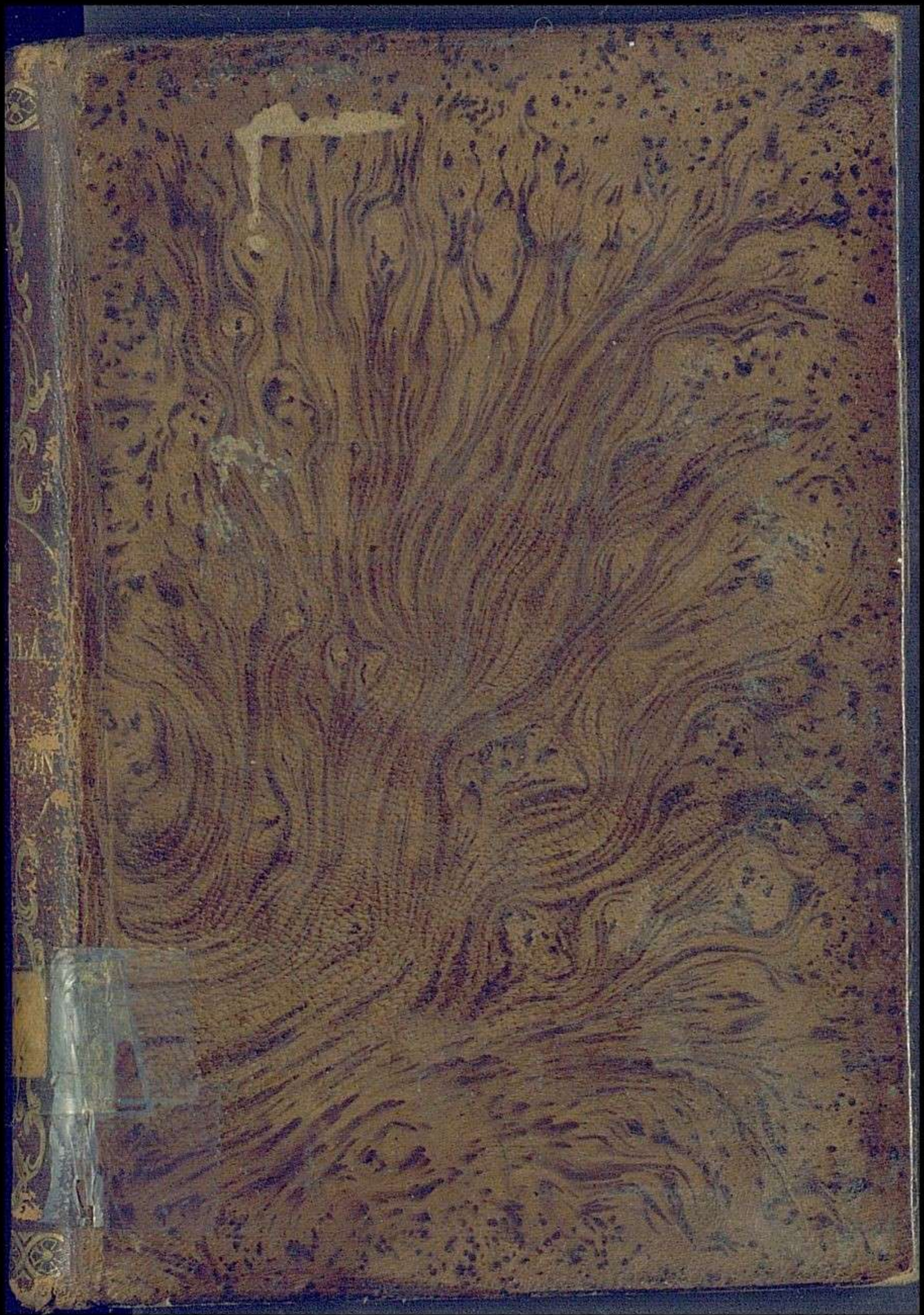


ANTIGUA CASA DE LABORDA
LIBRERIA DE VILLALBA
BOLSERIA 22. VALENCIA

21
XIX

799-

ESCUELA

DEL CORAZON,

QUE ESCRIBIÓ EN LENGUA LATINA

EL R. P. D. BENITO HAEFTEN,

DE LA ÓRDEN DE SAN BENITO,

Y HA VERTIDO EN LA CASTELLANA

Fr. Diego de Mecolaeta,

de la misma Orden.

Real Academia de Bellas Artes de San Carlos
VALENCIA

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

IMPRENTA DEL HEREDERO DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

1864.

R. 1570

Varios Prelados de España han concedido 2480 *dias de indulgencia á todas las publicaciones de la* LIBRERÍA RELIGIOSA.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el licenciado D. Miguel Gomez de Escobar, Inquisidor ordinario, y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir y se imprima el libro intitulado: *Escuela del corazon*, traducido nuevamente, corregido y enmendado por el P. Fr. Diego de Mecolaeta, del Órden de san Benito; atento que, habiendo visto las censuras que de él se han hecho de nuestra órden y comision, resulta no tener cosa que se oponga á nuestra santa madre Iglesia, fe católica y buenas costumbres.

Fecha en Madrid á 11 dias del mes de marzo de 1748. —Lic. Escobar.—Por su mandado, Gregorio de Soto.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

APROBACION DE D. JUAN IRIARTE,

BIBLIOTECARIO DE S. M. Y OFICIAL TRADUCTOR DE LA PRIMERA SECRETARÍA DE ESTADO Y DEL DESPACHO, ETC.

M. P. S.

El libro intitulado: *Escuela del corazon*, que entre otras grandes obras escribió en latin el doctísimo P. D. Benito Haeften, y ha vertido en castellano el P. Fr. Diego de Mecolaeta, ambos alumnos de la esclarecida Religion de san Benito, que V. A. se ha servido remitir á mi censura, no solo es acreedor á la licencia de publicarse, por su conformidad con las reglas generales que comprenden á los demás, sino tambien por las particulares circunstancias que concurren á su particular recomendacion. Siendo el original de esta obra el compuesto mas primoroso de cuanto las sagradas Letras atesoran para instruccion y adorno del alma, y el desempeño de la mas fecunda, ingeniosa y erudita devocion, ha sabido la pluma ó pincel del sábio y diestro traductor expresar con tanta fidelidad y semejanza, con tanta viveza y valentía todos sus primores, que no solo se ve trasladada á nuestro idioma la voz, sino el corazon y el espíritu de su elevadísimo autor. Lo que acredita especialmente esta segunda edicion, último esfuerzo de la gallardía del intérprete, que por competir con el original, se ha desvelado en excederse á sí mismo.

Por cuyos motivos, y no contener la presenta obra cosa alguna que se oponga á las leyes del reino, ó á las pragmáticas y regalías de S. M., soy de dictámen de que V. A. se sirva permitir que se repita su impresion, y por medio de ella su merecido aplauso.

Madrid y enero 15 de 1748.—D. JUAN IRIARTE.

AL INMORTAL, INVISIBLE Y ETERNO REY,

AL AMANTE INSPECTOR DE LOS CORAZONES

dedico y consagro el mio

y cuanto de él y con él he meditado.

¿Á quién sino al que formó los corazones todos se debe dedicar el corazon? ¿Á quién sino al que los crió, redimió y limpió? ¿Á quién sino al que tan sériamente dice : *Dame á mí tu corazon, hijo mio?* ¿Á quién, pues, ofreceré yo cuanto nuevo y antiguo he juntado en este libro, sino al que conoce lo mas recóndito del corazon humano, á aquel en quien siempre está pensando el mio? Á tí, pues, Dios de mi alma, eterna herencia mia, á tí dice mi corazon : *Mis ojos te han buscado, y volveré, Señor, á buscar tu rostro*. No lo retires de tu siervo : mas como te dignaste volverlo hácia tu amigo Abel y mirar su sacrificio, mírame, te ruego, á mí, y recibe el debido tributo de mi corazon, y esta obrilla, que con él consagro á tu divina Majestad. Harto ruin es uno y otro, indigno por

cierto de que lo mires con agrado; pues está el corazon ¡ay! con tantas culpas asqueroso, y desafeada la obrilla, por lo tosco del estilo. Bien sé, Dios mio, que pruebas los corazones, y amas la simplicidad; y en ese conocimiento te ofrezco y dedico todo ello, tal cual es, con simplicidad de corazon.

Mi deseo ha sido reducir los pecadores (yo soy el mayor) á sí y á tí, Dios de su alma. Mas en vano serán, Señor, mis palabras, si tú no las das una tan activa virtud, que penetre el corazon. En vano leerán estas líneas, si tú, que tienes las llaves de los corazones, no los franqueas. Por tanto te ruego, ó blanco de mis deseos, que contribuyas benigno á los mios; y que cuando los lectores perciban mis palabras, les hables tú interiormente, los inmutes y los conviertas á tí que los criaste y redimiste. Ruégote tambien que sean del agrado de tu dulcísimo corazon mis palabras, y el estudio del mio, que desea amarte de veras. Reconoce tú y reconozcan tus amigos por don tuyo cuanto esta obra tuviere de bueno; y por lo que hubiere mio, pido perdon á tí y á tus amigos, á quienes en lo poco que he podido he deseado ser de algun provecho.

ESCUELA DEL CORAZON.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION PRÉVIA Á SU DOCTRINA.

§ I. — *Argumento de la obra.*

La escuela del corazon abrimos al tuyo, lector juicioso, donde de tu corazon tratarémos con él mismo. Cuanto en esta escuela se propone, se dirige principalmente á mostrar qué tal debe ser el corazon del hombre, cómo debe dirigirse á Dios, y cómo se ha de ajustar y unir á él. Muchos saben mucho ; pero se ignoran á sí mismos ; cuidan del cuerpo, y descuidan mucho del corazon : y de ninguna cosa debiéramos cuidar tanto como de él, por ser orígen de la vida, oficina y manantial del calor natural y espíritus vitales, sin los que no puede haber sentido ni movimiento.

Por eso fue de parecer Heráclito, segun refiere Aristóteles, que era el alma una exhalacion cálida que fluye sin cesar del corazon. Y á esto aludieron

aquellos necios que, como refiere la sagrada Escritura, decian : Son las palabras chispas que dispara el corazon; mas en cesando estas, se resuelve en ceniza nuestro cuerpo, y nuestra vida se deshace como aire blando. Lo cual explicó Jansenio de este modo : No es otra cosa nuestra vida que un fueguecillo vivaz que está en nuestro corazon; el cual, cuando se agita, dispara chispas (esto es, palabras), y exhala respiracion por humo, al modo que vemos en un fuego avivado. Y así como este se resuelve en ceniza en dejando de chispear, se resuelve en polvo nuestro cuerpo en faltando en nosotros las palabras y movimientos de nuestro corazon. Con que la total conservacion del cuerpo pende de solo él.

Lo mismo pasa en el alma, que tambien tiene su corazon espiritual, de que procede su vida, no menos que la del cuerpo procede del material. En él colocó el Espíritu Santo la oficina del calor divino; y por eso dijo san Pablo : La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por virtud de su Espíritu que nos ha dado. De esta fuente se deriva el calor espiritual á todas las acciones humanas, y centellea en pensamientos, palabras y obras. Mas, en apagándose la caridad, queda el alma yerta y todas sus acciones sin calor vital : y dañado su corazon de esta manera, se halla el alma sin vida de gracia. Porque lo que en esos orbes celestes es el primer móvil, lo que en este mundo el sol, en las plantas la raíz, en el círculo el centro, y lo que en el paraíso era aquella fuente que regaba la superficie de todo el orbe, es en el hombre el corazon ; pues de él nace toda la luz, todo el calor

vital y el movimiento de todos los miembros, como de principio de todas sus operaciones.

De lo cual consta claramente cuán necesaria es la doctrina de esta escuela, que enseña y explica todo lo conducente á guardar y conservar la vida del corazon. Segun tiene cada cual el corazon, tal es él. El soberbio lo tiene hinchado; el humilde abatido; empedernido el duro; el compasivo blando, y el benigno tierno. El que traza y maquina fraudes, tiene dos corazones; pero el sincero y veraz tiene uno solo y sencillo corazon. El del ambicioso es vano; pesado el del voluptuoso; y finalmente pasa el hombre á ser bruto si tiene corazon brutal; y el bruto pasa á ser hombre si le dan humano corazon. Buen ejemplo nos refiere Daniel. Quiso Dios, dice, que el rey Nabucodonosor se hiciese bestia, y que viviese entre ellas como una de tantas, y dijo: Quítenle el corazon humano, y pongan en su lugar otro ferino; y así se hizo con efecto. Quiso despues por su bondad que aquella bestia volviese á ser hombre, y así sucedió puntualmente; pues como hombre real se puso en dos piés al punto que le dieron humano corazon. Aquí se ve claramente que con solo mudarle el corazon se muda el hombre. Cúidese, pues, mucho de él, temiendo que acaso degenere á brutal; y frecuéntese esta escuela, en que se enseña su direccion.

Si deseamos nuestra salud, debemos tener gran cuidado de él; pues *cor*, segun san Isidoro, se deriva de *cura*, que significa cuidado, el que tenian romanos y egipcios. Estos solian traer un corazon sobre el pecho en una medalla pendiente del cuello, en lo

cual significaban que las palabras que pronuncia la lengua deben corresponder al corazon. Los romanos, como de Macrobio refiere Pierio, usaban una medalla en que estaba acuñado un corazon para dije y ornato de la niñez; enseñando así á los niños bien nacidos, que serian hombres grandes cuando tuviesen grandes corazones. Si estos gentiles conocieron que debia haber tanto cuidado con el corazon, que con una empresa externa lo enseñaban á los niños desde la cuna; ¿qué no debe hacer un cristiano que cree con fe infalible que Cristo nuestro Señor bajó del cielo, y se hizo hombre con el fin de abrir la escuela á los hombres, para que de él aprendan á ser benignos y humildes, y aun vertió su sangre para lavar y limpiar con ella nuestros corazones? Diré, pues, con el santo Job: Escuchad, hombres juiciosos. No despreciеis la doctrina de esta escuela. Oidla con diligencia, y conservadla siempre en la memoria.

§ II. — *Razon del instituto.*

Porque, para inteligencia de la materia que se trata, conduce mucho saber la forma y disposicion de la obra, es preciso poner aquí la idea de esta, su distribucion, asunto y método, para no detener al lector con molestia y trabajo.

El primer libro es un aparato que sirve de prólogo á los demás. En él se trata del corazon, de lo principal de él, del maestro de esta escuela, de los discípulos, de su excelencia, amplitud y prerogativas, y de otras cosas semejantes. En los tres siguientes se explica la doctrina que conduce á la direccion y avío

del corazon ; y á este fin se traen y ponderan varias sentencias de la sagrada Escritura, que tratan de él. Divídense en varias clases: y explicando copiosamente los títulos, procurarémos ilustrarlos con sentencias, principalmente de santos Padres, y de toda suerte de escritores. Y respecto que nada puede decirse que no esté dicho; nos ha parecido mejor que sean oidos los autores con sus mismas palabras, que proponer á los lectores sus conceptos con las nuestras : porque tienen los santos Padres y los escritores antiguos tal energía y tal viveza en su estilo, que basta á convencer con eficacia el ánimo ; *si bien traducidas á nuestro idioma, es preciso pierdan mucho de su viveza.*

Advierto lo segundo, que, aunque todo lo que se trae para exornar cada título, se trate con método de consideracion; nos pareció mejor poner título de lecciones que de meditaciones, así porque este es mas conforme al de escuela, como porque los diversos autores que van citados, entre los cuales hay muchos poetas gentiles, lo digan mejor con sus mismas voces : lo cual acaso no se acomodaria tan bien al método de meditacion.

Ponemos, finalmente, al principio de cada leccion una redondilla, para explicar con mas concision su idea: porque el artificio poético, además de halagar el ánimo, se imprime en la memoria con mas firmeza ; y lisonjeando la mente, hace que lo que se percibe con gusto, se olvide tarde. Por esto juzgaron algunos que la poesía debia llamarse aya de la juventud. Hay entre esta y el arte de la pintura tal proporcion,

que lo que una explica con palabras, tropos y galanura de frases, la otra propone á la vista con diversidad de líneas, sombras y colores; y lo que las dos hallan mas sublime en cualquiera cosa, lo copian y acomodan al sujeto y al asunto que cada cual se propone, con tal viveza, que parece no estudian ya en las personas y naturaleza, sino que á esta le dan leyes. Por lo cual me pareció que haria una cosa útil si pudiese conciliar en mi obrilla estas dos artes hermanas, proponiendo á la vista en estampas los mismos conceptos que comprenden las redondillas; para que así se juntasen el provecho y el gusto santo que se perciben en el aspecto de las figuras. Tienen estas, además del gusto que concilian, una secreta energía para mover los ánimos con suavidad y dulzura; siendo muy cierto lo que Horacio cantaba:

Con mas eficacia mueve
Lo que miran los ojos advertidos,
Que lo que solo suena en los oidos.

Lo mismo vino á decir san Agustin: Mas lentamente se acalora el ánimo, cuanto mas sumergido está en cosas del mundo; pero si alguna vez se eleva á contemplar estos ejemplares corpóreos, y de ellos pasa á rastrear las cosas espirituales que representan, se recobra con nuevo brio en este como tránsito, aumentando su llama como fuego avivado, y se arrebata con mas impetuoso ardor á su reposo y quietud.

Dirélo, pues, de una vez. El blanco á que he mirado en esta obra no ha sido otro que á deleitar, instruir y mover con estampas los ojos, con poemas los

oidos, y con lecciones los ánimos. Otros juzgarán si he logrado mi fin.

No me arruboro de decir que dicté este libro á uno de mis hermanos con bastante falta de salud, con mucha priesa y poca prosperidad (como ingénuamente confieso), por lo cual viéndolo escrito, quedé poco satisfecho; y así no extrañaré que entre hombres de exacto juicio no tenga el mayor aplauso. Uso de estilo vulgar y llano, pudiendo decir con san Próspero: No reparo en el demasiado aliño de las frases, ni me avergüenzo de que mis disputas, teniendo fuerza en las pruebas, causen horror por su poca pulidez á los que solo cuidan de la vana cadencia de las palabras. Pues si Demóstenes, el mayor de los oradores, decia que no estaban vinculadas las fortunas de Grecia al uso de esta ó aquella palabra; ¿por qué hemos de poner el conato en el sonido aparente de las palabras los que debemos atender únicamente á la utilidad de las doctrinas? Tampoco me corro de que el vestido de mis cláusulas vaya taraceado de variedad de sentencias de los autores que cito; porque no promete esta obra, como decia Macrobio de la suya, ostentacion de elocuencia, sino deseo de persuadir lo que se debe saber y ejecutar. El lector lo aprobará, si solo atiende á los preceptos morales que van propuestos, ó con mis rudas frases, ó con las palabras mismas de los autores, segun ocurrieren, ó para ponderarlas, ó solo para referirlas.

§ III. — *Qué significa corazon.*

Respecto que ha de ser el corazon el asunto único de esta obra, y de quien continuamente hemos de tratar, es justo explicar aquí las varias significaciones que de él hay en la sagrada Escritura.

Primeramente significa aquella parte, la mas conocida del animal, que está en medio del pecho cerca de los pulmones, para comunicar desde allí vida á todas las partes corporales, y espíritus á toda la circunferencia de miembros. Es el corazon el mas noble de todos, el primero que forma naturaleza, la principal de las entrañas, trono de la vida, fuente de las arterias y del calor con que se rige el animal.

Tambien significa el lugar de medio. En este sentido cuando se dice: *El corazon del mar,* se debe entender su profundidad; y por *corazon de la tierra*, el centro: y así se debe explicar lo que decia Jonás á Dios: Arrojásteme al profundo hasta el corazon del mar; y lo que Cristo nuestro bien decia á los judíos: Como estuvo Jonás en el buche de la ballena, ha de estar el Hijo de la Vírgen tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. En cuyas palabras, segun el comun sentir, se entiende, no el lugar de los condenados, sino el limbo de los Padres, á donde bajó el alma de Cristo despues que espiró. Este seno está cercano al infierno y al centro del mundo, del cual dice san Jerónimo: Infiérese que está el infierno en medio de la tierra, como está el corazon en medio del animal.

Lo tercero significa las entrañas: en cuyo sentido se han de explicar aquellas palabras del salmo XXI: Como cera derretida estaba mi corazon en medio de mi pecho; y las del salmo XXXVI: Véanse sus corazones traspasados de espadas de sus enemigos. Y donde nuestra Vulgata lee en Oseas: Rasgaré lo interior de sus entrañas; dice el Hebreo: Lo íntimo de sus corazones.

Lo cuarto significa el alma; en cuyo sentido decia David: Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo; esto es, mi alma y mi cuerpo; y de este modo se debe entender lo de Jeremías: Lava la malicia de tu corazon.

Lo quinto significa la mente; en cuyo sentido dijo Oseas: Efraim se ha vuelto paloma sin corazon; esto es, Efraim ha perdido el seso. Y Jeremías: Escucha, pueblo fatuo, que no tienes corazon. Así se ha de interpretar tambien la súplica de Salomon: Da, Señor, á este siervo tuyo un corazon dócil, para que pueda gobernar tu pueblo. Y lo de nuestro Salvador: Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Y lo de David: Inocente de manos y limpio de corazon. Por este motivo llaman en lengua latina *vecordes, socordes* y *excordes* á los que no tienen juicio ó no son capaces de consejo. Al contrario, se da el título de *cordatos* á los hombres prudentes y advertidos, derivando esta voz del corazon ó juicio de que están dotados. Y así dice Ciceron que se mereció Nasica, hombre sábio y discreto, el título de *córculo;* y san Jerónimo en la exposicion de san Mateo interpreta el nombre *Lebbeo* por *córculo*, que,

como se denomina de *cor*, significa hombre cordato y advertido.

Lo sexto suele entenderse por juicio y sabiduría, como se ve en lo que dijo David: El corazon se me ha ido; y san Pablo: Oscurecióse su necio corazon; y en otro lugar: Alumbre Dios los ojos de vuestros corazones, para que conozcais cuál es la esperanza de vuestra vocacion. Tambien significa el dictámen ó parecer; y por eso decimos que el corazon se muda, cuando se muda de dictámen. Convirtió, dice David, sus corazones, para que aborreciesen su pueblo. En el tercero de los Reyes: Segunda vez les convertiste el corazon. Y del que no ha de mudar de dictámen dijo David: Firme está su corazon; no se moverá. Poner el corazon sobre alguna cosa, ó colocar algo en él, es lo mismo que cuidar, meditar ó pensar sobre ello. Isaías dijo: No pusiste esto sobre tu corazon, ni hiciste caso de tu fin; y Ezequiel: Mira, hombre, con tus ojos, escucha con tus oidos, y pon tu corazon en lo que yo te diré; y Ageo: Poned los corazones sobre vuestros pasos.

Últimamente significa la voluntad; y así solemos decir que el corazon desea ó aborrece. Esto dió á entender David cuando dijo: Pronto está, Dios mio, mi corazon; y lo que el Señor dijo del mismo: En David, hijo de Jesé, he hallado un hombre ajustado á mi corazon. Y Samuel: Buscaba Dios un hombre arreglado á su corazon. Del mismo modo hemos de entender aquel precepto divino: Á tu Dios y Señor has de amar con todo tu corazon; y lo que dijo Cristo: Que lo que de fuera entra en el hombre no pue-

de mancharle; porque no llega al corazon: y es, porque ninguna cosa, sino el pecado, puede hacer al hombre inmundo y abominable á los ojos de Dios; y no es pecado lo que no procede de la voluntad. Así debe entenderse aquello de Salomon: El corazon que anda por dos contrarios caminos, no tendrá buenos sucesos. Como si dijera: La voluntad propensa á vicios, y dada á ellos, fingiendo virtud y cubriendo sus culpas con capa de honestidad, tomando para con Dios el camino de las maldades, y fingiendo virtud á vista de los hombres, tendrá sucesos infelices. Aun los profanos usaron de la voz *corazon* para explicar el gusto y placer; y así dijo Virgilio:

Gran placer da al corazon
La música y la cancion.

Estas son las principales significaciones de *corazon* en el sentido literal. Omítense aquí las místicas, porque cualquiera puede verlas copiosamente en la *Selva de alegorías* de nuestro D. Jerónimo Laureto, monje de Monserrat de Cataluña.

§ IV. — *Qué sea principal del corazon.*

Comunmente dan los santos Padres á lo principal del alma título de principal del corazon. Los platónicos le llamaron *Higemonicon*, que significa la porcion mas noble de cualquiera cosa. Y así dijo Ciceron: Principal digo yo lo que llama *Higemonicon* el griego. Tertuliano lo explicó diciendo, que es el grado supremo, vital y sapiencial del alma; y san Jeró-

nimo, escribiendo contra Joviniano, le llamó principal del corazon: Mi amado, dice, es para mí, y yo para él: en medio de mi pecho vivirá, en lo principal del corazon, donde reside la palabra divina. Antes lo habia dicho Orígenes, segun refiere el santo Doctor: ¿Quién es tan dichoso que hospede la divina palabra en lo principal del corazon, ó en la porcion mas noble del pecho? Didimo, en los libros que escribió del Espíritu Santo, usa de la misma frase, llamándole tambien secreto ó retrete. Á la pregunta, dice, ¿por qué ocupó tu corazon Satanás? respondo, que Satanás se apodera del alma y de lo principal del corazon, no porque entre en él, ni en el entendimiento ó en la mente; ó, como si dijéramos, en el retrete ó secreto del corazon (que esto está reservado á sola la Trinidad), sino porque, cual astuto y falaz embaidor, va atrayendo el alma del hombre, por medio de malos pensamientos é incentivos de vicios, á aquellos perniciosos afectos de malicia, de que tiene su pecho tanta abundancia. Esto dijo Didimo, á quien imitó san Bernardo sobre aquellas palabras de la Esposa: En medio de mi pecho vivirá; como si dijera: En lo principal, en el retrete del corazon.

Explicando Casiano aquello que dijo Dios al demonio, cuando le mandó que reservase el alma de Job, escribió así: Solo te mando que no lo vuelvas fatuo, debilitándole el domicilio del alma, invadiéndole el entendimiento, ó hiriendo el órgano de la razon, la que necesita para resistir. No oprimas el juicio y sabiduría del que ha de hacerte cara, brumando

con tu peso lo principal del corazon. Tambien explicó Orígenes qué es lo principal del corazon, diciendo: Bien puede hacer operaciones internas aquella parte la mas preciosa del hombre, que unos llamamos principal del corazon, otros sentido racional, otros sustancia intelectual, ó como quiera que se llame aquella noble porcion por la cual podemos ser capaces de la Deidad. San Agustin dijo que nuestra parte principal ó la racional del alma se llama espíritu. Con que *principal del corazon* significa espíritu ó mente.

Pregúntase tambien, ¿dónde reside? Los filósofos se dividieron en varias y monstruosas opiniones, que refiere y refuta Tertuliano; quien probando, con muchos textos de la Escritura, que hay dentro de nosotros un retrete determinado para el alma, dice así: Si estamos leyendo que Dios registra los corazones; si conoció desde muy léjos los pensamientos de David; si Cristo entendió los de los judíos, diciéndoles: ¿Qué maldades forjais en vuestros corazones? si David pedia á Dios que criase en él un corazon limpio; si san Pablo afirma que, para justificarse el hombre, es preciso que crea con el corazon; si san Juan dice que el corazon fiscaliza á cada uno; y si el que mira con mal deseo á una mujer, delinque en su corazon; se hace palpable que lo principal reside en el alma, y que Dios lo ve y contempla; esto es, una virtud sapiencial y vital (pues lo que entiende, vive) que se guarda en el tesoro de nuestros cuerpos, y está patente á los divinos ojos. Lo mismo afirma en el libro de la Resurreccion de la car-

ne; y lo siguen, como advierte Pamelio, Filon, judío, en el Opúsculo sobre que la peor parte quiere avasallar la mas noble, san Jerónimo, lib. II sobre san Mateo, cap. XIV, Teodoreto y san Gregorio Niseno: solamente Lactancio dudó si la mente reside en el corazon ó en el celebro; si bien se inclinó á lo segundo: pero impugnó esta opinion san Jerónimo, que, escribiendo á Fabiola, dice: Pregúntase, ¿dónde reside el alma? Platon fue de sentir que en el celebro; mas Cristo nos enseñó que tiene su domicilio en el corazon, pues dijo: Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios; y otra vez: Del corazon nacen los malos pensamientos. Por eso dijo san Ambrosio: Tu corazon es orígen de tus pensamientos. Aristóteles fue del mismo sentir, como notó Alardo Gazet; y en el mismo cantó Lucrecio:

El ánimo y la razon,
La discrecion y el consejo
Tienen su trono y alcázar
Del corazon en el centro.

Todo esto hemos traido para mostrar la ventaja que sobre todos los miembros del cuerpo tiene el corazon: porque, aunque esté toda el alma en todo y en cualquiera parte de él; reside especialmente en el corazon, como en alcázar y solio real, reservado como lugar preeminente para sí. Por tanto, no es mucho que al corazon se atribuya el pensar, acordarse, querer, y lo demás que queda dicho: pues, aunque todo esto lo obre el alma por medio de sus potencias, se atribuye al corazon, porque el alma principalmente reside en él; y así debemos hacer digno aprecio del

corazon y de la doctrina que mas conduce á instruirlo en toda virtud.

§ V.— *Universalidad de la escuela del corazon.*

La dignidad de esta escuela consta clarísimamente lo primero, porque no está limitada su enseñanza á una sola facultad; antes bien es tal su amplitud, que á todas las artes se extiende. No es escuela vulgar, sino universidad amplísima en que es instruido el corazon en toda suerte de doctrina, como fácilmente se puede ver en cada leccion. Mas por dar gusto á los lectores y recomendacion á nuestra escuela, será oportuno explicar aquí brevemente esta universalidad de doctrina.

Empiezo por la gramática, que, segun sienten algunos autores y maestros de espíritu, explica las tres letras de este nombre *cor* con las iniciales de custodia del omnipotente Rey. *Cor,* segun la mente de san Isidoro, se deriva de *cura,* que en nuestro idioma significa cuidado, porque sobre el corazon debe ponerse toda solicitud y custodia para guardarle con la mayor vigilancia. Aquí se enseña al alma á *declinar* el corazon vano, pesado, ambicioso y duro; á *comparar* un contrito y recto corazon, en que Dios como en una tabla escriba su ley. Tambien se enseña aquí que el corazon debe ser simple y no compuesto, y que es indivisible, porque Dios lo pide todo. La mejor sintáxis ó arte de construir consiste en que el corazon concierte con estos verbos, *dar, sacrificar, guardar, velar, unir,* y que siempre ande regido de solo el nombre de Dios.

En cuanto á la poesía, está observado que *cor* es sílaba comun, capaz de alargarse ó encogerse; para persuadirnos que nuestro corazon debe estar indiferente para lo próspero y adverso, dispuesto para que Dios lo coloque donde gustare. Si quiere alargarlo con golpes como á plancha, en el yunque de la tribulacion, con el martillo de la adversidad, debe decir con David: Pronto está mi corazon; y si quiere encogerlo ó corregirlo, debe decir tambien: Pronto está mi corazon.

¿Qué dirémos de la retórica y dialéctica, cuando nuestro director nos habla, no con persuasivas frases de humana elocuencia, sino dentro del corazon y sin ruido, con mayor afluencia que Ciceron ó Demóstenes, y convence el ánimo con mas eficacia que los mas agudos filósofos con sus sofismas y argumentos; pues como san Gregorio decia: cualquiera lengua es muda si Dios no habla dentro del pecho, quien tambien inspira lo que percibe el oido?

Descendiendo á las matemáticas, enseña en primer lugar la aritmética, que, como Dios es unidad, solicita que su única paloma tenga un solo corazon. Aborrece á los que hablan con dos corazones, y los que tratan dobleces, y ama la simplicidad y la unidad de corazon; por lo cual decia san Agustin: Como de aquella Unidad salieron multiplicadas las criaturas, es preciso que para volver al Uno, que es su principio, dejen de ser muchas; y así no ama bien el alma, hasta que convierta su aficion á aquel único y sumo bien. Con tanto extremo ama Dios esta unidad, que, aun siendo distintos los corazones del

amante y del amado, desea que se liquiden y se hagan uno. El número ternario, que se halla en esta palabla *cor*, denota la misma perfeccion. Es el número ternario el mas perfecto, porque en sí incluye unidad y número, y contiene el medio con que los extremos se unen. En él hay principio, medio y fin; con que todo es trino; por lo cual dijo Aristóteles, que no hay cosa buena si no es trina. Y como Dios gusta de disparidad de número, el corazon humano, que se escribe con esta disparidad, roba todo el afecto del divino corazon.

Cási en la misma consideracion para la geometría, contemplando la figura del corazon, que es piramidal y triangular: de lo cual concluye, que no es capaz de llenarse sino con un trígono. Tanta latitud de corazon nos dió el sumo máximo Dios, que todo el mundo no llena toda su capacidad: solo hay una Trinidad santísima que con su infinita grandeza y majestad puede llenar su amplitud. Omito que algunos repararon que hay en la palabra *cor*

La mitad con el todo de una esfera,
De las letras de Roma la primera.

La astrología, que eleva el corazon á contemplar astros, hace que suba á lo alto, y escale el cielo, hasta descansar en Dios. Dispone en él escala y gradas para subir. El corazon en el cuerpo es lo que en el cielo el sol, fuente de vida y de luz. Y así aquellos estóicos, que juzgaban que era el mundo un animal muy grande, capaz de sentir y raciocinar, decian tambien que el sol era su corazon. Si las estrellas

son ojos brillantes en el rostro del universo, como escribió Plutarco, el sol vendrá á ser su corazon; pues como de este se difunden la sangre y espíritus, así dimana del sol el calor vegetativo y la luz. El mar y tierra son en el cuerpo del mundo vientre y vejiga; la luna entre el sol y la tierra, como entre vientre y corazon, viene á ser como hígado ú otra entraña principal. Tambien tiene el corazon humano una grande proporcion con el cielo; pues así como el cielo nunca está quieto, vive el corazon en movimiento continuo: y así como, si cesara el movimiento de los cielos, cesarian juntamente todos los movimientos de los sublunares; del mismo modo cesaria la vida del animal, si cesase el movimiento del corazon. Lo mismo hemos de filosofar del corazon interior del alma, que es la voluntad, la cual no tiene sosiego, y mueve á su imperio todas las potencias; por cuya razon puede muy bien compararse al primer móvil; pues así como este arrebata los orbes inferiores con su movimiento, el corazon y voluntad se llevan tras sí todas las facultades, sin poder resistir á su albedrío.

¡Qué suave, qué sonora es la música del corazon á los oidos de la divina Majestad! Todas las voces son mudas si el aire del corazon no las anima, como decia un poeta:

No la voz, sino los votos
Dan dulce música á Dios;
El corazon, no las cuerdas,
No el clamor, sino el amor.

Por eso dice el chantre espiritual san Pablo: Henchid los pechos de aire y espíritu de Dios, y hablad

unos con otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, alabando al Señor en vuestros corazones. Así lo hizo la santísima Cecilia, que cantaba y decia á Dios al son del órgano: Haz, Señor, que mi cuerpo y mi alma estén sin mancha de culpa.

Este nuevo cántico se llama razonablemente canticordio, esto es, canto cordial, como dice Gerson: pues el sujeto, el instrumento, las cuerdas, que toman este nombre de *cor*, el sonido, la voz, la boca y los gorjeos son internos; todos están en el corazon del alma, ó en el alma del corazon. Solo Dios oye esta música, aunque esté muda la lengua; por lo cual dijo á Moisés, antes que desplegase los labios: ¿Para qué clamas á mí? Pues, aunque la boca estaba muda, el corazon clamaba. Este clamor y cordiales suspiros percibe Dios, diciendo él, que escucha las ansias de los afligidos, aun antes que asomen á los labios. ¿Qué mejor armonía se puede oir que la de nuestra voluntad, si con suave acento corresponde, con dulce y sonoro bajo, al alto y delgado tiple de la de Dios?

Escribe Cardano, que templando dos cítaras en un mismo punto, si á la una se ata un hilo que corresponda á las cuerdas de la otra, hará el mismo sonido, sin pulsarla, que la que es herida de la mano de la pluma. ¿Qué quiere significar esto, sino aquella consonancia dulcísima del humano y divino corazon? Si el humano está acorde con el divino, glosará cualquier tono que oiga de la divina voluntad, y responderá en el mismo punto. Bien sabia esta música Judas Macabeo cuando decia: Como Dios lo quisie-

re, así se haga. Tambien la habia estudiado el santo Job, que cuando mas combatido de miserias y trabajos, cantaba gozoso: Dios me dió bienes, y Dios me los quitó: su voluntad se hizo, sea su nombre alabado.

§ VI. — *De otras ciencias de esta escuela.*

Demás de las siete artes liberales, que, como queda visto, se enseñan en esta escuela, son comprendidas en ella las ciencias mas nobles, como la ética, física, medicina, jurisprudencia y teología, y algunas artes mecánicas, como brevemente se verá en este párrafo.

Tengo por ocioso persuadir que se enseña aquí la filosofía moral, no siendo otra cosa cuanto hay en esta obra; pues todo se dirige á la moderacion de costumbres.

Trátase aquí mucho de medicina, como del sitio natural del corazon, de su calor, de su figura, de las túnicas ó membranas que lo ciñen, y de otras cosas semejantes. Y ¿qué dirémos, si se convence que todo cuanto resolvieron del corazon carnal Hipócrates y Galeno con toda su escuela, puede entenderse de nuestra voluntad, que es el alma del corazon? Pues así como este es oficina de los espíritus que se comunican á todo el cuerpo, y causa de todos los movimientos y acciones del animal, es la voluntad oficina de la virtud y del vicio, del mérito y del demérito, y de todas las acciones buenas y malas.

Dicen los físicos que son cuatro las partes que principalmente causan ó conservan la vida: corazon, ce-

lebro, pulmon é hígado. El corazon comunica al cuerpo espíritus y calor, el hígado la sangre con que se nutre, el celebro los espíritus animales de que proceden la sensacion, inteleccion y mocion local; el pulmon es como fuelle que refresca el corazon. Á este modo la vida espiritual consta de buena voluntad, como de corazon; sirve la prudencia de celebro, la justicia de hígado, porque cria esta virtud bueno y loable sangre; y finalmente la continencia de pulmon, que templa y refresca los afectos.

Y porque nada se eche menos de esta medicina espiritual, aquí se aligera el corazon pesado, se suaviza el duro, se abate el soberbio, y tambien se da método para purgarlo de malos afectos, ordenando que se derrame como agua; y si tuviere úlceras, tumores ó apostemas, se saje y se corte, para depurar la podredumbre. ¿Qué no hace el piadoso Médico de las almas para conservarles la salud, ó para corregir su enfermedad? En su sudor previene baño al enfermo, y en su preciosísima sangre lavatorio para que se purifique el inmundo. Alegra el corazon triste con el vino destilado en el lagar de la cruz, y en el tálamo de su pecho dispone, al que se halla fatigado, un lecho blando y mullido. Es, en fin, un médico que cura todas las dolencias y males; pues afirma que fue enviado al mundo para sanar el corazon enfermo. Baste por ahora de medicina.

Si pasamos á la jurisprudencia y conocimiento de las leyes, se verá en esta escuela una exacta idea de la justicia, que solo atiende á dar á cada uno lo que le toca. Por tanto se ordena que nuestro corazon se

dé, no á la carne, al mundo ó al demonio, sino solo á Dios, á quien solo se debe de justicia; y tan entero, que ninguna porcion, por pequeña que sea, se divida con otro. Presentado y donado á Dios, se debe pesar en una balanza segura, para ver si tiene todo el peso que requiere la ley divina. Y ¿qué dirémos de las leyes que el supremo Legislador escribe de propio puño en las tablas carnales de nuestros corazones?

Ocioso es persuadir que la sagrada teología se incluye en esta escuela, por ser su fin principal reducir á Dios el corazon averso, ajustar el nuestro con el divino, ofrecerlo en sacrificio á la divina Majestad, y unirlo al suyo para que encuentre en él apacible y alegre reposo. El amor divino es rector de esta escuela, quien ilumina el corazon, quien lo enciende y lo eleva, para que pueda ser capaz de divinas afecciones, lo cual es propio de la teología mística. Omito que muchos lugares de Escritura van esparcidos en el cuerpo de la obra.

Hay asimismo artes mécanicas en esta academia. En nuestro celestial Catedrático se ve un cristiano Vegecio instruyendo al corazon en la milicia espiritual; ya cuando con la espada del temor divino lo defiende como á fuerte castillo y bien guarnecido baluarte; ya cuando lo guarda como vigilante centinela; ya cuando con el escudo de sus tormentos y todos los pertrechos de su sagrada pasion lo cubre y lo protege, preservándolo de los dardos de fuego que dispara el enemigo. Hay tambien la cátedra de Vitrubio; pues echa sus líneas para edificar en nues-

tro corazon, como diestrísimo arquitecto, domicilio y morada espaciosa del Espíritu Santo. En él, como dijo san Bernardo, divide salas y piezas para las obras de Dios, y hace gradas y escalones para subir al cielo, hasta llegar al divino solio. La coluna de Cristo es estribo que sostiene todo el edificio del corazon, si acaso teme flaquear; y finalmente dedica toda esta fábrica á Dios con el título sagrado de la cruz. Si es el ánimo aficionado á pintura, puede poner su corazon por lienzo ó tela, y bordar en él el agradable rostro de su amado, tomando por agujas las penetrantes puntas de su corona de espinas.

Tampoco se olvidó el amor divino de instruir el alma en el arte de agricultura. ¿Deseas ver un Varon espiritual? Mira este divino Maestro, ya arando en traje de hortelano el erío del corazon con la reja de la cruz, ya esparciendo en él el grano de su palabra, ya regando, ya cogiendo las flores que produce. Ingiere tambien en su tronco la púa de la cruz, y exprime en este lagar el vino de su sangre, para que se guarde en la tinaja del corazon; y para custodia de su jardin fabrica una fuerte valla de los cambrones y espinas de su corona. De todo esto se infiere que están comprendidas en esta escuela amplísima todas las ciencias, y que cuantas artes se pueden discurrir, se enseñan y practican en la universidad del corazon.

§ VII. — *Del maestro y discípulos de esta escuela.*

Porque, como dijo san Ambrosio, el mayor empeño para un discípulo es la fama del maestro; será

justo decir aquí las ventajas que á todos hace el maestro de esta escuela. No es otro el maestro de los corazones que el que uno por uno los forma, el que los registra, y desea que todos sus discípulos los tengan muy sábios. Forma Dios los corazones humanos, no solo segun la sustancia, sino tambien segun el afecto de piedad; pues así como en el hombre lo cria limpio y puro, renovando en él la gracia, reforma el ya renovado, confirmándolo con su doctrina: lo cual hace con cada uno de por sí; pues á uno da espíritu de sabiduría, á otro de ciencia, á otro de fe. Y aunque en todos tiempos haya instruido la divina piedad en su doctrina saludable á los hombres, lo hizo con mas energía en la nueva ley por medio de Jesucristo, unigénito de Dios. Habia prometido el Padre que haria con el mundo un pacto eterno, cumpliendo la infalible promesa que hizo á David, diciéndole: Daré á los pueblos un testigo fiel, y á las gentes un maestro y capitan. Isaías declaró la grande solicitud con que nuestro Mesías llenó el oficio de doctor, diciendo: Tus ojos verán á tu preceptor, y tus oidos escucharán la voz del que va tras tí; y dice: Este es el camino, anda por él. ¿Quién no pasmará de tal diligencia? No espera á que vengan á la escuela los discípulos: él va tras los fugitivos y protervos, y blandamente los desvia de los escollos.

El apóstol san Pablo testifica que estas promesas se cumplieron en el Nuevo Testamento, diciendo á los hebreos: Antiguamente habló Dios á nuestros padres por boca de sus Profetas con misterios y figuras; pero últimamente nos ha hablado por boca de su Hijo y uni-

versal heredero, por quien crió todo el mundo. ¿Habrá mas noble doctor que este, á quien el Padre eterno promovió en el Tabor al magisterio, y de quien dió este testimonio: Este es mi querido Hijo, oidle á él? Este es, como afirma Baruc, el inventor de todas las ciencias, quien las enseñó á su amigo Jacob, á su querido Israel. Este es aquel maestro en quien están depositados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Este es el que enseña una doctrina celestial, ignorada de los príncipes del siglo, predestinado para gloria nuestra antes que tuviese ser toda criatura. ¿Quién habrá que no salte de gozo por haber hallado tal maestro? ¿Á qué nacion del mundo hizo Dios semejantes favores, como manifestarle sus juicios inescrutables? ¿Quién habrá que de puro contento no repita aquellas palabras del Deuteronomio: Qué nacion hay tan excelsa, que tenga tan cercanos sus dioses á sí, como lo está á nosotros nuestro Dios? ¿Qué gente hay en el mundo tan ínclita, que tenga ceremonias, juicios y ley tan santa como la nuestra? Con razon, pues, nos dice Joel: Gozaos, hijas de Sion, en vuestro Dios y Señor, que os ha dado tal maestro de bien obrar. ¡Felices discípulos con tal maestro! ¡Venturoso, por cierto, aquel á quien tú enseñares, Señor, y le instruyeres en tu santa ley!

Infiérese de lo dicho cuán grande honor se debe á tal maestro; con qué ansia debe ser oido; con qué estudio y puntualidad debe ser obedecido; cuánta diligencia deben poner los discípulos en estudiar todas sus lecciones, para mostrar con sus obras que están aprovechados en lo que les enseñó con obras y pala-

bras. Este es el deseo que el benignísimo Maestro manifestó cuando dijo: Aprended de mí mansedumbre y humildad de corazon. Si yo os he lavado los piés, siendo vuestro Señor y Maestro, debeis vosotros hacer mútuamente lo mismo. Ejemplo os he dado, para que unos con otros hagais lo que con vosotros hice yo.

Ya es fácil explicar quiénes son discípulos de esta escuela. Son los que tienen corazon y cuidan de su sanidad, á los cuales puede decir nuestro Maestro aquello de Job: Hombres cordatos, escuchad. No son excluidos los de poco alcance; pues la eterna Sabiduría, deseosa de que todos participen de su doctrina, envia sus ministros á las torres de las ciudades, para que desde allí dén este pregon: Si hay algun pequeñuelo, véngase á mí; y á los ignorantes y necios: Venid, comeréis mi pan, beberéis el vino que para vosotros he mezclado: dejad ya de ser niños, y vivid como hombres hechos. Con que toda edad y sexo es convidado y admitido; niños y doncellitas, mozos y ancianos, pobres y ricos, todos hallarán lugar aquí: solo serán excluidos aquellos que, rebeldes á la luz, aun no se dignan escuchar al maestro que va clamando tras ellos, y dan por su gusto en horrendos precipicios.

§ VIII. — *De la gran suavidad con que el Maestro convida á la escuela del corazon.*

Parece poco á nuestro dulcísimo Catedrático abrir público estudio, admitir en él á toda suerte de gentes, y comunicarles su doctrina sin interés; sino convida á todos los discípulos con mil halagos, tratándolos como á hijos, para que estudien con cuidado y aplica-

cion: lo cual ejecuta con una voz tan suave, tan encantadora, que nadie se negará á oirla, á menos que tenga corazon de piedra. Mas suaves que el aceite son sus palabras, y mas penetrativas que saetas. La palabra de Dios es viva y eficaz, mas aguda que espada de dos filos: penetra hasta lo íntimo del alma, convierte los ánimos, y da prudencia á los niños. ¡Qué inefable dulzura tiene en sus palabras el Maestro de esta escuela! Leche y miel tiene su lengua; sus labios son azucenas que destilan mirra finísima, escogida, insigne y olorosa. Si reparas en las azucenas el color, verás su pureza y la suavidad en su fragancia. Si miras aquellas varillas de oro, vendrás á conocer la divinidad del Maestro. Con que viene á decir la Esposa: Las palabras de mi dulce Esposo tienen toda suerte de candor y pureza; rebosan suavidad y fragancia. Son palabras dignas de la boca de un Dios-Hombre; tienen de azucenas candor y todo placer, y de mirra virtud preservativa de corrupcion.

Nadie, sino el que lo ha experimentado, puede explicar la gracia de los labios de este Maestro y la energía de sus palabras. Por eso decia la Esposa: Al oir hablar á mi amante, comenzó mi alma á derretirse. Los dos discípulos que iban á Emaús, abrasados del fuego de sus palabras, decian: ¿No estaban nuestros corazones brotando llamas cuando nos explicaba las Escrituras? Los ministros de los pontífices y fariseos, que iban á ejecutar su prision, dijeron al oirle predicar: Verdaderamente es profeta este hombre: Cristo sin duda es este; porque es imposible que hable como él un puro hombre. Cuando predicaba en la sinagoga

de Nazaret, todos le escuchaban con grande atencion, y dejaban persuadirse de lo que decia, admirados de la gracia de las palabras de su boca. Cuando enseñaba en Cafarnaum los sábados, se pasmaban todos de la eficacia de su doctrina, porque hacia cuanto queria con una sola palabra. Y así cuando el Señor, viendo que algunos discípulos le dejaban, dijo á sus Apóstoles: ¿Quereis vosotros dejarme tambien? respondió san Pedro por todos: Señor, ¿á quién irémos? Tus palabras nos hacen perfectamente dichosos.

Escuchemos ahora con toda atencion á este Maestro celestial, que con la mayor dulzura nos está convidando á su saludable doctrina. Venid, hijos, dice, oidme á mí: yo os instruiré en el temor de Dios. Oid, hijos, la doctrina de vuestro Padre: atended á mi doctrina, si quereis lograr prudencia. Yo os he de dar el mas estimable don: cuidado que no dejeis mi ley.

Salomon en los Proverbios propone una hermosa plática que dijo á sus discípulos nuestro Maestro con nombre de la sabiduría. ¿No está clamando la sabiduría, dijo, y dando voces la prudencia? En las colinas de los montes, en las encrucijadas de los caminos, en las puertas de los poblados y de las casas está clamando y diciendo: Hombres, á vosotros clamo; á vosotros predico: aprended astucia, parvulillos; estudiad prudencia, necios. Escuchad, que voy á hablar de cosas de importancia, y predicar la de mayor monta. Pronunciará mi boca lo recto, porque mis labios abominan lo malo. Mis palabras son ajustadas. No hallaréis cosa mala en ellas. Son rectas para los que entienden, y justas para los que saben. Escoged mi doc-

trina, y no dinero; que la sabiduría vale mas que el oro. No hay cosa en el mundo que con ella se pueda comparar. En estas palabras manifiesta los grandes logros y utilidad de esta escuela. Lo cual pondera tambien en aquella conclusion suavísima, cuando, despues de otras cláusulas, dice: Tratad, hijos mios, de ejecutar mis consejos; pues está prevenida la bienaventuranza para los que cumplen mis mandatos. Oid mi doctrina, tenedla siempre presente, y seréis sábios. ¡Dichoso aquel que por oirme madruga, y está esperando á la puerta! El que me encontrare, encontrará la vida, y Dios le dará salud eterna.

Y porque nadie juzgue que solo pondera el provecho de la escuela, y que los que la abandonan no incurren en pena alguna, prosigue explicando las penas y castigos que les tiene reservados. El que pecare contra mí, dice, para sí hace mal: los que no quieren oirme, aman su muerte. Esto hacen los discípulos negligentes y flojos, que desprecian la vida eterna, de quienes dice Salomon: ¡Qué desabrida es la sabiduría para los necios! nunca habitará entre tontos; pero no se irán estos sin castigo, porque el pueblo indócil será azotado. Escucha, pues, discípulo de esta escuela: escucha, si eres prudente; y teme, si eres cuerdo, estas amenazas del Señor. Escarmienta, Jerusalen: no dés motivo á que me ausente de tí. Y ¿qué es ausentarse Dios, sino olvidar al discípulo, resuelto á no amarlo mas? Pues como dice la Escritura: Á nadie ama sino al que vive con la sabiduría. Por eso es infeliz y mísero aquel hombre de quien el que es piadoso infinitamente no quiere apiadarse; pues, como

dijo Isaías: Tan necio es el pueblo, que es indigno de la piedad del que lo crió: no le perdonará el mismo que le dió el ser. Y así cuidado, discípulos diligentes, con estudiar la doctrina del corazon. Temed que el Señor se enoje, y os dé en castigo la muerte.

§ IX. — *Del modo de enseñar que usa el Maestro de esta escuela.*

El método de enseñar, tan diverso al que practican los sábios del mundo, arguye la gran alteza y dignidad de nuestro Maestro. Los hijos de Agar, ansiosos de prudencia secular, con perpétua comezon de oir curiosidades vanas, amontonan maestros que les dicten doctrinas nuevas y novedades curiosas; y por corresponder á sus ansias, solo estudian los maestros en cómo saciar los vanos deseos de sus discípulos, con persuasivas frases de elocuencia humana, con ornato de voces muy peinadas, con afectadas arengas. Mas nuestro Doctor, cuyas palabras dan vida, habla interiormente al corazon, lo penetra con la virtud de su eficacia, y lo inmuta, lo doblega, lo suaviza, y de él hace lo que quiere. Todos los magisterios de la Iglesia, decia san Agustin, son ruidosos en lo exterior; mas el que interiormente enseña tiene en el cielo su cátedra. Si no asiste al corazon del oyente este Maestro, cualquiera otro doctor es ocioso. San Gregorio decia: Cualquiera lengua será muda, si en el oyente no abre Dios los oidos, quien tambien inspira lo que pronuncian los labios. Y así todas las palabras, que exteriormente se perciben, serán de poca utilidad si Dios no abre los oidos del corazon.

Así como el que va á caballo ó en coche solamente podrá llegar al umbral de la puerta, y si no se apea, será incapaz de entrar en casa, lo cual hace fácilmente el que va á pié, que abre la puerta por su mano; á este modo sucede en las palabras vocales, que solo pueden llegar al umbral de los oidos, como tambien las escritas á los ojos; pero las que Dios pronuncia penetran hasta lo mas secreto del alma, y facilitan la voluntad, cuya eficacia experimentó en sí san Bernardo, que dijo: Viva y eficaz es la palabra de Dios. Luego que percibí en mi interior sus ecos, despertó mi alma adormecida, suavizó é hirió mi corazon empedernido y enfermo; pues al punto empezó á arrancar, destruir, edificar y plantar; á regar lo árido, á alumbrar lo tenebroso, manifestar lo oculto, acalorar lo frio, enderezar lo torcido, y alisar lo áspero: de manera que mi alma, y todo cuanto hay en mí, empezó al instante á loar el nombre del Señor.

Quiero explicar con mas particularidad aquel interior y sublime modo de enseñar de este celestial Maestro, el cual hemos de saber, no de otro que del mismo. Por el profeta Oseas dijo del alma fiel: Yo la atraeré con halagos, la conduciré á la soledad, y hablaré allí á su corazon; que es como si dijera: Acariciaré al alma desposada conmigo, y con suavísimas persuasiones la encaminaré á la soledad, donde separada del tumulto del siglo, del tropel de hombres y negocios de mundo, atenderá á mí solo. Ama el retiro nuestro divino Esposo, y no comunica sus secretos en público. Por cuya causa daba san Bernardo este consejo á la Esposa: ¡Oh alma santa, trata de vivir sola

para solo aquel que entre todos has escogido! Huye del público, no te permitas aun al doméstico. ¿No sabes que tu amante es tan recatado, que no te mostrará su presencia si está alguno en tu compañía?

En otra parte explica el modo singular con que habla el Esposo al corazon, y dice así: *Golpeando estoy la puerta.* Si alguno me abriere en oyendo mi voz, entraré á visitarlo, y cenará conmigo y yo con él. ¡Qué benignidad! ¡qué clemencia! ¡que el mismo dueño, hallando cerradas las puertas de nuestro corazon, quiera quedarse fuera, instando, golpeando, aguardando á que se le abra! Qué golpes sean estos explica él mismo, diciendo: *Si alguno oyere mi voz;* dando á entender que interiormente nos habla, y da voces á la puerta del corazon: lo cual declaró con mas extension la Esposa, cuando, para explicar qué voz y qué aldabadas son estas, decia: Esta es sin duda la voz de mi querido que está llamando y me dice: Ábreme, hermana mia, amiga mia, paloma mia, inmaculada mia, que está cubierta de rocío mi cabeza, y mi cabello empapado en agua. Como si dijera: Cuando yo duermo, y vela mi corazon, llama mi Esposo á la puerta, diciéndome con ternura: Ábreme, hermana mia, y pidiéndome que, dejándolo todo, le haga patente la puerta de mi pecho.

Aquí debemos considerar con atencion que cada palabra del Esposo es una razon muy eficaz para que se abra la puerta del corazon. Dice primeramente: *Ábreme á mí,* que es lo mismo que si dijera: Pues diste entrada en tu pecho al demonio, que con tanto anhelo deseaba tu perdicion; ¿por qué no me abrirás á

mí, que soy criador, redentor y protector tuyo, que deseo con ansia tu salud y tu eterna salvacion? Abriste al tirano, al adúltero; pues abre á tu dueño y á tu esposo. Diste entrada al lobo, que fué á destruirte y matarte; dala tambien al pastor propio, que solo desea entrar á sustentarte y defenderte.

Lo segundo, pide con ansia la entrada, llamando suya cuatro veces á la Esposa. *Hermana mia*, dice, *amiga mia, paloma mia, inmaculada mia*. Como si dijera: Por mil títulos eres mia, y no de otro; y así de justicia debes abrirme la puerta. No llamo á casa ajena, sino á la propia, á la que yo crié, fabriqué, reparé y adorné exquisitamente.

Lo tercero, debes abrirme, porque por la encarnacion eres mi hermana, por la pasion mi amiga, por haberte dado el Espíritu Santo mi paloma, porque has recibido mis Sacramentos mi inmaculada. Demás de esto, eres hermana mia por la justificacion que se hace en el Bautismo y Penitencia por virtud de la gracia, por la cual participas de la naturaleza divina: mi amiga, por la caridad que nos estrecha en recíproca union: mi paloma, por la infusion del Espíritu divino que mora en tí; y, finalmente, mi inmaculada, porque te he purgado de toda culpa.

Lo cuarto, aun son mas claras las causas que da el Esposo, *porque está*, dice, *cubierta de rocío mi cabeza, y mi cabello goteando agua;* en que da á entender el mucho tiempo que estuvo llamando, de que se ocasionó tanta copia de rocío á su cabeza y tanto golpe de lluvia. Como si dijera: Debieras haberme abierto á la primera aldabada, si no por ser hermano y ami-

go tuyo, á lo menos por mi empeño ; pues estuve á la puerta tanto tiempo, que me fue preciso mojarme todo. ¡Oh benignidad prodigiosa de Dios! ¡oh estupenda caridad! Golpea la puerta de nuestro corazon, no por provecho suyo, sino por el nuestro; porque á nosotros nos importa abrir, y no á él. Tal es su misericordia y su paciencia, que persevera llamando á la puerta hasta conseguir la entrada.

Lo quinto, debe ponderarse mucho que el Esposo insinúa haber estado á la puerta del corazon sin abrigo en la cabeza, pues no hace mencion de que la tuviese defendida ; antes bien pondera que la tenia empapada en rocío y lluvia. Los cautivos suelen traerla desnuda. ¿Qué querrá decir el Esposo viniéndose á la puerta con la cabeza desnuda, llena de rocío y agua, sino que viene como cautivo, no de otro amor que del suyo, por el cual quiso tolerar tanto trabajo? Como si dijera : Á tu puerta estoy como cautivo por librarte á tí del cautiverio. Así lo dice por boca de Isaías : En tus culpas me has hecho servir : en tus maldades me has hecho trabajar ; pues por tí tomé la forma de siervo, y me humillé hasta morir en un palo.

Por tí fue mi cabeza coronada de espinas, y bañada del rocío de mi sangre ; y por tí se me empaparon mis cabellos en la púrpura que fluia de mi cabeza. Mira esta cabeza, en que verás mi amor excesivo; y ábreme la puerta de tu pecho. ¡Oh dignacion inefable del divino amor! ¡oh rebeldía increible del corazon del hombre! que, si no lo resiste, perecea á lo menos para abrir á esposo tan amante. ¡Ay, y mil veces ay de aquellos infelices cuya obstinada terquedad

cierra á Dios la puerta del corazon con tanto empeño, que ni á sus aldabadas é inspiraciones dejan un leve resquicio!

§ X. — *Del oficio y obligacion del discípulo de esta escuela.*

Ya hemos visto el modo de enseñar que usa el celestial Maestro: resta saber por qué razon debe el discípulo estudiar lo que le dicta, y darle cuenta de todo. Puédense notar tres cosas que tocan al discípulo: la primera, que oiga con atencion al maestro cuando habla: la segunda, que se levante á abrir la puerta del corazon: la tercera, que le franquee la puerta, y lo guie á lo interior del alma. Diónos la Esposa modelo de un buen discípulo. Oyó diligente que hablaba su Esposo, y dijo: Esta es la voz de mi amado. Si no aplicara el oido solícita, no conoceria la voz del que llamaba.

Tambien el rey David fue atento oyente de este Preceptor. Escucharé, decia, lo que el Señor habla en mí. Y así la primera diligencia del discípulo de esta escuela es retirarse del bullicio de esta vida, para percibir solitario y silencioso las venas del divino susurro. Estando en bulla, no oirá al Señor, que conduce el alma á la soledad, para hablar allí á su corazon. Esta locucion dirigida al corazon llega primero al oido, el cual debe estar patente para cuando Dios hable. El buen oido es como prensa que retiene el orujo de la palabra, y envia el vino de la inteligencia espiritual al tonel del corazon. Por esto toca al discípulo aplicar la canal del oido para recibir la pa-

labra divina, y para que de este modo pase aquel precioso licor á la vasija del alma.

Lo segundo, debe levantarse con la mayor presteza á la primera voz del maestro, que quiere que le oiga y le abra con prontitud. Puede aprender esto de la misma Sulamite, que dijo: *Levantéme á abrir la puerta á mi amado*. Solo un flojon puede oir la voz del que llama, y hacerse desentendido, entretenerse en otras cosas, ó echarse á dormir, sin levantarse una vez siquiera á abrir al amante que golpea. Levántese, pues, el alma con presteza cuando la despierte la voz divina, y ejecute diligente el tercer ministerio de la Esposa. Abra finalmente á su maestro. *Quité el pestillo*, dijo, *para abrir á mi amado*. Esto es, quité todos los impedimentos que embarazaban la entrada, de modo que ya no ha quedado alguno. Muchas veces sucede á hombres perfectos, que los predomina alguna pasioncilla ó algun mal afecto, que, como pestillo, embaraza la entrada al Esposo; y así es preciso quitarlo. Dijo Ricardo muy bien á este propósito: Con ser tan reducida y tan pequeña una cerradura, ciñe de tal modo todo el ámbito de la puerta, que si no se corre el pasador con la llave, la puerta no puede abrirse: con que si no se quitan las venialidades y leves defectos, no se digna venir al alma el Esposo con tanto gusto, que entre perfectamente en ella, y la llene de copiosa gracia.

Infiérese claramente, que era cosa de poca monta la que impedia que se abriese la puerta; porque no dice que pasó el cerrojo, sino que quitó solo un pestillo. Ponemos pestillo á la puerta del pecho, decia

san Gregorio, cuando por un leve gusto sensual impedimos al Esposo la entrada al corazon. Al contrario, quitamos el pestillo cuando, con un perfecto abandono de deleites vanos, desembarazamos el pecho, que estaba con ellos ocupado, para que ame á Cristo; y así franqueamos la puerta á nuestro Esposo. La misma Esposa pondera la gran dificultad y trabajo que le costó quitar el pestillo, y hacer patente su pecho. *Mis manos*, dice, *destilaron mirra, y mis dedos se bañaron en mirra selecta;* que, en sentir de Psello, es como si dijera: Abrí la puerta, dando vuelta á los pestillos, esto es, mortificando mis miembros, y de este modo hice patentes mis sentidos interiores. Lo cual confirma san Gregorio Niseno diciendo, que la Esposa hablaba de esta manera: Recibí virtud de resurreccion gloriosa, por haber mortificado estos miembros de tierra, tomando esta mortificacion por sola mi voluntad; y así fluye mirra de mis manos; no porque alguno me la haya administrado, sino por solo mi gusto. Y ¿qué entendemos por las manos, sino las obras? ¿Qué se figura en la mirra, sino la mortificacion? Levántase, pues, la Esposa á abrir la puerta, como dice san Ambrosio, cuando sus obras están muertas para el mundo. Lo mismo debe hacer el alma que desea oir la palabra divina. Debe morir al mundo, y vivir sepultada con Cristo: que de esta manera se deja hallar el Señor, quien solicita tal hospedaje para sí.

Aquí se deben notar tres diferencias de discípulos: unos tan sordos, que aun no perciben la voz del maestro, porque cuidan muy poco de oirle ó no oirle;

otros oyen la voz, pero son tan flojos, que no se dan por entendidos; otros se levantan luego que la oyen, pero no quitan el pestillo de la puerta. Al modo que, cuando pasan de noche por la calle tañendo instrumentos, unos no los perciben, porque están dormidos; otros no dejan la cama, aunque perciban la música; y otros, finalmente, movidos de su armonía, salen á la ventana ó á la puerta; pero en pasando la música, se vuelven luego á la cama; sucede que algunos no oyen las voces de Dios; otros las oyen, pero no se mueven de su lugar; otros gustan mucho de oir, y escuchan atentos la palabra divina; pero no les mueve mas que si oyesen una jácara. De esto se queja agriamente Dios por Ezequiel, diciendo: Unos dicen á otros: vamos á oir la palabra de Dios, y entran en tu casa con tanta bulla, como si entrase de tropel un pueblo entero. Estánse sentados en tu presencia, y oyen tu palabra; pero no solamente no pasan á obrar con ella, sino que la convierten en cancion profana, y dejan que su corazon se vaya tras su avaricia.

El cuarto género de discípulos es de aquellos que luego que perciben la voz del maestro dejan la cama; y, quitando el pestillo, abren la puerta y ponen los preceptos de Dios por obra; de los cuales dice san Bernardo: Solamente los discípulos de Cristo, que son los que desprecian el mundo, saben adquirir la ciencia verdadera con el favor de la divina gracia. No se adquiere esta ciencia con afan de leccion, sino por divina uncion; no se enseñan letras, sino espíritu; no por libros, sino por ejercicios en los divinos preceptos: y así el discípulo, que desea aprovechar en

esta escuela, no ha de anhelar otra cosa sino que, estando para él todas las criaturas en silencio, solo oiga las voces del Criador, á quien se ha de volver, diciéndole: Habla, Señor, que tu siervo escucha. No dé lugar á que espere á la puerta; mas saliéndole al encuentro, dígale con la Esposa: Yo te llevaré á mi casa, donde me enseñarás tu doctrina. ¿Qué casa es esta sino el mismo corazon, en que, entrando el divino Maestro, coloca su cátedra doctoral, y como en un aula muy espaciosa enseña é instruye al alma, que se sienta á sus piés con Magdalena? Por tanto, como advierte san Bernardo, luego que en tu corazon sientas alguna inspiracion saludable, da gracias á Dios y alaba al Espíritu Santo, cuyas voces suenan en tu oido.

§ XI. — *Avisos al discípulo de esta escuela.*

Para que con mas fruto curses en esta academia, y con mas facilidad logres toda su doctrina, se repetirán aquí algunos avisos que el mismo Maestro dictó, muy importantes, no solamente para esta, sino para otra cualquiera facultad. El primero es, que tengas gran deseo de aprovechar; pues como ordinariamente dicen: Mucho aprende quien mucho quiere; por lo cual escribió un ingenioso, que el aprendiz tiene el nombre de discípulo, y se deriva de *plus* y *disco*. Nuestro Maestro nos encarga mucho este deseo, pues dice: Habeis de desear con ansia mi doctrina: si la amáreis, lograréis el fruto de la sabiduría. Es esta muy hermosa: su frescura es eterna, pues nunca se marchita: solo la ven los que la aman: no la logran

sino los que la buscan: anticípase á los que la desean, y sale al encuentro á los que la solicitan.

Segundo aviso. El que desea aprovechar, debe abstenerse de todo pecado, y guardar con toda puntualidad los mandamientos de Dios. No entra la sabiduría en el alma que peca, ni hace mansion en quien se somete á culpa. Escucha al Maestro como repite este aviso: Hijo, dice, si deseas lograr sabiduría, Dios te la dará como obres bien. Piensa siempre en los preceptos de Dios: contempla en sus mandamientos de continuo; que él te dará prudencia, y no será en vano tu ansia.

El tercer aviso nos dió el apóstol Santiago por estas palabras: Si alguno de vosotros necesita de sabiduría, pídala á Dios, que todo lo socorre con mano liberal, y no da en rostro con el favor; que él se la dará. Con razon encarga el estudio de la oracion; pues, como decia Salomon: Si llamares á la sabiduría, y buscares la prudencia, como temas á Dios, la encontrarás. Y así se escribe del discípulo diligente y estudioso: Madruga mucho á alabar al que le dió el ser, y á orar en presencia del Altísimo. Abra sus labios en la oracion, pida perdon de sus culpas; y si el gran Señor quisiere, lo llenará de espíritu de inteligencia. No se ha de dudar que el Dios y Señor de las ciencias quiere escuchar nuestras súplicas; pues, como acabamos de oir, á todos da con mano liberal. De esto es buen testigo Salomon, que escribió de sí: Dióseme prudencia, como yo deseaba; pedílo, y me vino el espíritu de sabiduría. ¿Quieres otro? Pues oye á Jesús Sirac: Siendo yo muchacho, dice, y antes de

ofender á Dios, busqué francamente sabiduría por medio de la oracion. Delante del templo la pedia, y la solicitaré hasta mi última hora: floreció en mí como uva temprana, y mi corazon se regocijó con ella.

¿Quieres el cuarto aviso? Junta á la oracion el continuo trabajo. Hijo, dice el Eclesiástico, estudia desde tu juventud, y hallarás sabiduría hasta la vejez. Llégate á ella, como quien ara ó siembra, y lograrás sus frutos con ventaja. El trabajo que has de tener será pequeño; pero presto comerás los frutos de ese trabajo. Estos y otros avisos nos da á cada paso la sagrada Escritura, á los cuales añadiré yo otros tres.

El primero es, que debe persuadirse el que esto leyere, á que Cristo, maestro de esta escuela, es el que habla á su corazon; pues la doctrina que aquí se da, por la mayor parte es suya, aunque muchas veces va comentada con autoridades y sentencias de santos Padres y Doctores.

El segundo, que procure leer este libro con sosiego, y que, cual limpio animal, rumie lo que leyere, meditándolo y conservándolo dentro de su corazon.

El tercero, que no pare en la leccion ó meditacion, sino que pase á la obra, ejecutando lo que ha leido. Así lo hizo un estudiante en París, que habiendo entrado en aquella universidad á estudiar teología, luego que oyó aquellas palabras de san Mateo: *Ama á Dios con todo tu corazon,* dejó su asiento para marchar, con admiracion de todos los circunstantes; y preguntándole su maestro el motivo de querer dejar tan repentinamente el estudio, respondió: No tengo otro que el ardiente deseo de ejecutar prontamente lo que aca-

bo de oir, sin esperar á oirlo segunda vez; y dejando la universidad, se entró en una religion. Yo quisiera que muchos de los discípulos de esta escuela siguiesen este ejemplo, digno de ser imitado; y así anda, amigo lector, y haz tú lo mismo.

§ XII.—*Privilegios de esta escuela.*

Las academias y escuelas públicas, en que florecen las ciencias, suelen ser condecoradas con varios privilegios y exenciones, ó para que el concurso de estudiantes sea mas numeroso, ó para que con mas sosiego se apliquen al estudio. Nadie dudará que esta nuestra escuela, que á todas excede en dignidad, tiene mas y mayores privilegios; pues cuanto va del cielo á la tierra excede esta escuela, en que preside aquel Maestro que comprende los humanos corazones, á todas las universidades. Desde que en el Tabor se oyó aquella voz del Padre eterno que le aclamó maestro universal, empezaron á decaer todas las escuelas de los filósofos, que definian, dividian y disputaban sin fin. Desde entonces ninguna de egipcios, griegos ó latinos mereció ni un leve aprecio de los amigos de Dios. La peinada elocuencia de los romanos y atenienses desapareció con el eco de sus voces; fueron reputados sus doctores entre aquellos que bajan al infierno, porque abandonaron la fuente de la sabiduría, ignoraron el camino de la disciplina, y no acertaron con el de la verdad. Nunca se oyó en Canaan, ni jamás la percibieron en Teman. Ni los hijos de Agar, ambiciosos de prudencia mundana, comerciantes de Teman y Merra, amigos de fábulas, ansiosos

de humana prudencia, encontraron el camino de la sabiduría, ni hicieron diligencia para hallarla. Solo el Hijo del eterno Padre, Rey de reyes y Señor de señores, que, por solo el amor que tuvo á los hombres, bajó á la tierra á vivir con ellos, enseñó el camino cierto de la sabiduría, y en ella instruyó á su fiel siervo Jacob, á su querido Israel.

¿Quién podrá dudar que este Maestro tan grande haya dotado su academia de amplísimos privilegios? No se pagan aquí los graves tributos de dolores y tormentos que se originan de los deseos de avaricia, ambicion y sensualidad, y otros innumerables afectos, los cuales destierra nuestro Doctor de los ánimos. Pues cuando los pecadores, como jumentos del demonio, van cargados del insufrible peso de sus delitos, los oyentes de esta escuela de Jesucristo, absueltos de las prisiones de sus culpas, gozan la inmunidad de hijos de Dios.

Pero registremos los archivos de la sagrada Escritura, de donde podrémos sacar privilegios auténticos, concedidos á esta escuela. Y aunque pudiéramos producir infinitos, atendiendo á la brevedad los ceñirémos á cuatro ó cinco, los mas principales de todos.

El primero, tocante á la utilidad de esta escuela, es tan grande, que por ella se puede abandonar cuanto el mundo tiene. Este privilegio concedió el Señor á sus discípulos por mano del profeta Isaías, su secretario, cuando publicó este edicto: Esto dice el Redentor y Santo de Israel: Yo soy tu Dios y Señor, que te enseño lo que te está bien, y te gobierno en el camino que llevas. Aquí es instruido el corazon por boca

del mismo Dios en la piedad verdadera, que para todo es provechosa, prometiéndole tambien la presente vida y la futura. Demás de esto enseña prudencia, sobriedad, justicia, y todas las virtudes, que son la cosa mas útil que puede haber para la vida humana. Este privilegio supo apreciar, como debia, aquel que dijo de la verdadera prudencia: Mas la estimé que á solios y reinos; pues, en su comparacion, todos los tesoros del mundo no me debieron el menor aprecio.

No se pueden comparar con ella las mayores preciosidades; porque, en su comparacion, es el oro un poco de arena y una basura la plata. Mas que la hermosura y la salud la estimo; pues he logrado por ella innumerables bienes y todo el colmo de felicidades.

El segundo privilegio es la abundancia de paz; porque como aquí se dicta el modo de unir el corazon con Dios y con los prójimos, se sigue precisamente aquella perfecta concordia de que nace la paz, que excede toda humana inteligencia. En las escuelas del mundo son las discordias frecuentes; pues aunque claman y dicen *paz, paz,* no hay paz entre los malos, dice el Señor. Los necios traen turbado el corazon, y no atinan el camino de la verdad; pero en esta escuela logran todo el lleno de paz los discípulos de Cristo, que fueron llamados á ella; porque el Rey pacífico, verdadero Salomon, que fijó su trono en los corazones, hace que disfruten con suma tranquilidad sus bienes.

El tercer privilegio, concedido por título de rectitud de corazon, es aquel sumo gozo y aquella inefable alegría que comunica nuestro Maestro á los que tienen su corazon ajustado. Estas letras se despacharon

por mano del real Profeta, cuya pluma gobernaba el Espíritu Santo, quien hace muchas veces memoria de esta gran prerogativa, diciendo: La justicia de Dios da al corazon alegría: Gócense los corazones justos que buscan á Dios: El gozo es para los corazones justos. Y en otra parte: Bien podeis, justos, alegraros y gozaros en el Señor: Bien podeis estar ufanos los que teneis recto el corazon. Nadie es capaz de ponderar el inefable gozo que Dios comunica á aquellos en cuyo interior habla secretamente, enseñándoles á correr con desembarazo el camino llano de sus mandamientos, cuando se dilatan y desahogan sus corazones por la abundancia de gozo. Por lo cual decia David á Dios: Tus leyes, Señor, son alegría de mi corazon. ¡Oh cuánta es la materia de nuestro gozo, teniendo dentro del corazon al Maestro que nos muestra el camino de lo justo, que esclarece el pecho con la luz de su cara, y escribe en él su ley suavísima! Así lo testificó el Profeta, diciendo: Porque la luz de tu rostro, Señor, nos ha bañado, se llenó mi corazon de regocijo. Tiene este privilegio su sello real, pues el Espíritu Santo lo expidió por mano de David.

El cuarto privilegio es el sumo honor de los discípulos de esta escuela, el cual consiguen por sujetarse á este Maestro; pues el sujetarse á él, como dice san Paulino, es estar superiores al mundo; ser abatidos por él es la mayor elevacion: porque eslabonando en su honor á sus oyentes, les comunica todos sus blasones. Á sus discípulos dió facultad de hacerse hijos de Dios; y así les dijo, tratando con ellos: Todos vosotros sois dioses é hijos del Altísimo. ¿Cuánto honor

es aquel que se da á los limpios de corazon, constituyéndolos amigos del sumo Rey? Pues como dice la Escritura: El que ama la pureza de alma, será amigo del Rey por la veracidad de su boca: de aquel Rey de reyes y Señor de señores, de aquel gran Rey que excede en soberanía á todos los que se tienen por dioses en la tierra. ¿Qué lustre, pues, habrá mas honorífico que la sabiduría, que es para los mortales tesoro inmenso? Cuantos han usado de él han logrado la amistad de Dios y su particular estimacion por el don de su doctrina. ¡Por cierto, Señor, que honras mucho á tus amigos, y eternizas el honor de todos ellos!

El quinto privilegio, último en órden y primero en dignidad, es la felicidad eterna que á sus oyentes tiene prometida. El mismo Rector de esta escuela lo promulgó por su santísima boca, diciendo: Bienaventurados los limpios de corazon, porque verán á Dios. En esta vision consiste el sumo bien de los hombres y toda la felicidad de las criaturas racionales. Y aunque el premio de la bienaventuranza consumada no se comunique perfectamente á los oyentes de esta escuela hasta acabar el curso de la vida; con todo participan en ella algunos preludios de esta dicha, que anhelan ansiosos con firmísima esperanza. Pues como toda la gloria de la hija del rey está en su interior, está tambien dentro de nosotros el reino de los cielos; y así guardan este tesoro los discípulos de Cristo en los frágiles vasos de sus cuerpos.

Los que tienen puro el corazon, por no haber contraido manchas de pasiones, suelen elevarse en esta

vida á una pureza tan superior, que en alguna manera parecen émulos del candor de la celestial Jerusalen. Estos, pues, purificados los ojos por el don de entendimiento que les infunde el Espíritu Santo, ven á Dios entre oscuros enigmas, representado como en un espejo. Mucho mayor es esta felicidad comenzada que la que fingen en su fantasía los que no han visto los atrios de esta escuela; pero á esta tal comenzada gloria dará su complemento aquel remunerador liberalísimo, con tan copiosa abundancia, que ni la han visto ojos, ni la oyeron oidos, ni la puede adivinar el humano discurso; y solo la conocen los que la reciben.

§ XIII.—*Diseño de toda la obra.*

Para representar al lector de un golpe todo el argumento de este libro, harémos aquí un resúmen de todas sus lecciones, en el cual podrá fácilmente contemplar su órden y conexion; y para que lo vea con mas gusto, lo bosquejarémos en una hermosa y elegante alegoría del Viejo Testamento. Pues al modo que las cosas parecen mas deleitables si se miran por vidrios de colores, y como el rayo del sol es mas activo si refleja en un bronce bruñido ó en un espejo cóncavo; así halaga la verdad con mas dulzuras y con mas actividad nuestros ánimos si se mira entre símbolos alegóricos.

En el Deuteronomio describió el Espíritu Santo una figura en que parece se representa el argumento todo de nuestra obra, cuando ordenó las ceremonias para que una idólatra cautiva pudiese casar con uno de Ju-

dea. Dice así : Si saliendo á pelear contra tus enemigos, consiguieres cautivarlos, y viendo entre ellos alguna mujer que te robe la aficion, deseares casar con ella, la llevarás á tu casa, donde se cortará el cabello, mondará las uñas, quitará la ropa que tenia cuando fue arrestada, y la dejarás que llore un mes entero á sus padres ; y pasado este, la admitirás por consorte, y harás con ella vida maridable. En estas cláusulas podemos considerar cinco estados de aquella cautiva, ó del alma, que en ella se figura. El primero es del gentilismo, en que, dando al verdadero Dios la espalda, sirve á las falsas deidades de la idolatría. El segundo, en que cautivándola el judío, se purga del gentilismo, y se dispone para el futuro matrimonio. El tercero el del desposorio ó promesa de casamiento. El cuarto el de la boda, en que el matrimonio se consuma. El quinto el de la vida maridable, que ha de tener indivídua y perpétua sociedad hasta la muerte.

Veamos primeramente quién es este judío, tan ciegamente enamorado de la cautiva, que, por casar con ella, no rehusó bajar á la batalla. No es otro que Cristo, Salvador nuestro, á quien Jacob llamó místicamente cachorro del leon de Judá. ¿Á quién representa este cachorro, dice san Gregorio, sino á nuestro Redentor, de quien escribió san Juan: *Venció el leon de Judá?*

Este, pues, vino al mundo á batir el fuerte armado, y quitarle los despojos. Entre otros muchos cautivos le quitó una mujer muy hermosa; y enamorado de su hermosura, resolvió casar con ella. ¿Qué mujer es esta sino cualquiera alma, criada á imágen y seme-

janza de Dios, de ser inmortal, y la mas apreciable de todas sus obras, algo inferior á los Ángeles, dotada de variedad de perfecciones? Pero esta alma tan bella, ¡qué dolor! declinando hácia vanidades y locuras, se retiró de Dios, que es su salud, se desvió de su corazon, y marchó á un muy remoto país, donde se estableció entre paganos, y se hizo á vivir como ellos, adorando ídolos de plata y oro fabricados por su mano. Cuantas cosas apetece el alma con amor desordenado, tantos ídolos fabrica para sí, rindiéndoles con execrable maldad el culto que se debe á solo Dios. El alma que sigue la vanidad, y nada pretende mas que honras vanas, ofrece sacrificio á Júpiter y á Belcebú, que es dios de las moscas: la que aplica su avaro corazon á las riquezas, lo sacrifica á Mamona, Astarot y Pluton. ¿Qué otra cosa es la avaricia, en sentir de san Pablo, sino esclavitud de ídolos? El que carga su corazon de glotonerías, venera por deidad á Asmodeo, Baco y Vénus: mejor lo diré, tiene por dios á su vientre, siendo altar la mesa, y el cocinero sacerdote.

¿Qué puede esperar de estos falsos dioses la infeliz alma, sino el saciar de algun modo su insaciable corazon? Pero nada es capaz de llenar su buque inmenso, sino solo Dios que es infinito. Con cualquiera cosa puede ocuparse, pero llenarse no puede. Por eso el mismo corazon se divide en tantas partes cuantas cosas adora; y así dividido, es preciso que esté muerto; porque como desprecia todos los medios de su salud, se hace insensible poco á poco, hasta convertirse en guijarro. Este es el infeliz estado del alma que adora deidades del gentilismo.

Mas viendo el Padre de las misericordias presa y cautiva de Satanás á esta hermosa hija de Sion, compadecido de su miseria, no dudó lidiar con el tirano, resuelto á libertarla y casar con ella. Pero antes de admitirla á su tálamo, quiere que se purgue de todos los errores del gentilismo; para lo cual hace que observe exactamente la referida ley del Deuteronomio. Primeramente la conduce á la casa de su conciencia, y la persuade á que vuelva en sí, porque nuestro pecho es casa de Dios. Quiere tambien que corte á raíz el cabello; y segun la exposicion de Bercorio, desea que por medio de la confesion arroje de sí cualquier pensamiento malo; por cuyo motivo le manda que á su vista derrame el corazon como agua, haciendo patentes á sus divinos ojos todas las heces de sus pecados, y que en testimonio del verdadero dolor derrame lágrimas y suspiros.

Lo tercero, se ordena que esta alma, destinada para esposa, monde las uñas, esto es, la soberbia y las demás obras muertas; por cuya causa se le manda hacer un exacto cercen de su corazon. Lo cuarto, debe arrojar de sí las ropas que vestia antes del cautiverio, quiero decir, que olvide la vida, costumbres y resabios del siglo; lo cual debe ejecutar por medio de una verdadera contricion y firme propósito de no pecar. Lo quinto, se le manda que persevere en la casa de su esposo, llorando á sus padres por espacio de un mes; lo cual se hace cuando entra en la casa de la propia conciencia, y persevera en ella con un cordial abatimiento, llorando á su padre y á su madre, que son la carne y el mundo, y las feas manchas que de

ellos contrajo, diciendo con Jeremías: ¡Ay de mí! ¿Para qué me pariste, madre mia? Dispuesta con estos suspiros y lágrimas, se reblandece y comienza á derretirse su corazon duro luego que la hieren los rayos del amor divino, y finalmente lava todas sus manchas en la sangre del Cordero.

Purificada el alma con estas diligencias, se hace digna de las bodas; y pasando al tercer estado, da á Cristo todo su corazon, y lo ofrece en sacrificio, el mas grato para él. Mas el Esposo, que registra lo mas recóndito de los corazones, no admite esta oblacion sin que preceda su exámen; y así examina en su balanza si tiene el peso suficiente: despues lo prueba con fuego, como si fuese oro, para averiguar si es legítimo: demás de esto sondea su profundidad, por ver si en su fondo hay algun defecto; y si está torcido ó pando con alguna siniestra inclinacion, lo ajusta y acopla á su corazon amante, que es regla y nivel infalible.

Y hallando el Esposo por estas pruebas y ejercicios de la via purgativa un corazon sencillo, digno de su amor, eleva el alma á superior estado, en el cual es ilustrado el corazon y enseñado á aprovechar. Este es el de los desposorios, el cual Dios tenia prometido por boca del profeta Oseas, diciendo: Celebraré contigo un eterno desposorio en justicia, juicio, misericordia y fe. Y así, para dar la mano á esta esposa y corresponder á su amor, en retorno del corazon que ella le ha ofrecido en señal de desposorio, la da otro nuevo que es el suyo.

En estas bodas felices hay tambien joyas, adere-

zos y trajes; pues como el rey Asuero regaló á las damas, de cuyo número habia de elegir esposa, lo hace tambien el Rey de reyes y Señor de señores, adornando y vistiendo por su mano aquella feliz alma que destina y elige para esposa suya. Ilustra con su esplendor el nuevo corazon que la da: luego escribe en él su ley divina, mas estimable que todos los tesoros de la tierra; y porque no sea estéril, ni se eche menos en ella el deseado fruto, ara el Esposo benignísimo con el arado de su cruz el campo del corazon, y siembra en él la divina palabra; riégalo con su gracia, y últimamente coge blancas azucenas entre las muchas flores que brotan por su cultura. Mas porque nadie entre en el jardin sin su permiso, y acaso robe su fruto, él mismo se constituye guarda y vigilante centinela suya, y lo defiende con el escudo de su pasion dolorosa. Enséñale despues á elevarse hácia lo alto, y disponer escala para ir al cielo; y últimamente dilata sus espacios para mas y mas copiosos beneficios.

Adornada con tanta preciosidad entra finalmente la esposa al tálamo, donde se une con su Esposo, dulce iman de su deseo. ¡Felices y muy felices bodas! las cuales celebró Isaías en aquel epitalamio, cuando dijo de Jerusalen: Ya el Señor está gozoso contigo, ya todo tu país será habitado. Vivirá sin susto el jóven con la doncellita, y tus hijos poblarán tu tierra; pues el Señor se complacerá en tí, como el esposo se complace con su esposa. Dilatado el edificio del corazon, viene el Espíritu Santo á morar en él, para que teniendo en sí al amor divino, pueda la esposa reda-

mar al Esposo, llevándolo á todas partes estampado en sí misma como sello. Despues es herido el corazon con nuevas flechas de caridad, é inflamado de tal suerte, que no puede sosegar dia ni noche; pues, aunque duerma el cuerpo, está el corazon velando. Y como el fuego aspira siempre á subir, y arde el corazon en caridad, toma hácia el cielo su rumbo, por unirse con su Esposo, y gozar en él descanso eterno.

Estos son los ejercicios del amor divino que practica el corazon en la via unitiva, en que se ocupa y recrea como en tálamo nupcial. Y como al vínculo matrimonial se sigue la comunicacion de todas las cosas prósperas y adversas, es instruido el corazon en el libro IV á participar de las pasiones de Cristo, y tratar con él con gran contento. Es su trato muy dulce y muy sabroso. Aquí emprende el alma fiel una jornada; y siguiendo á su Esposo hasta el monte del incienso y de la mirra, entra en el huerto de Getsemaní, que está á la falda del monte de las Olivas, donde al verle orar muy congojado, y bañar la tierra con la sangre de su rostro, gozándose de haber hallado un baño para su corazon, lo lava y jabona en él. Mas viéndolo al salir del huerto aprisionado, atado y acoceado de los cruelísimos judíos con mucha inhumanidad, les pide ansiosamente que con los mismos cordeles la aten á su amor, y que la arrastren tras él, al olor de su virtud, con las ligaduras de su fina caridad. Atada fuertemente con él, lo acompaña animosa por calles y plazas hasta casa de Pilatos; y viendo que allí lo amarran á una coluna de mármol, y que esta está consagrada ya con el con-

tacto de su cuerpo virginal, la arrima por estribo ó puntal á su vacilante corazon. Pero ¿qué hará esta alma generosa de aquellas vardascas y ramales con que fabricaron su iniquidad sobre las espaldas del manso Cordero los pecadores? Forma de ellos un látigo con que aviva su corazon perezoso, obligándolo á servir á su dueño. No la asusta la corona de espinas; pues con ella fabrica á su jardin una valla porque no le asalte ladron ó fiera.

Acompaña á su Esposo cuando sale de la ciudad cargado con la pesada cruz; y al ver estampado su gracioso rostro en el pañuelo que le ofreció la Verónica, ¿qué no intenta en este caso su fineza? Pónelo como original á su vista, para copiarlo en su corazon con ingeniosa bordadura. Despues ofrece á su amor sediento, antes que lo claven en la cruz, su alma en forma de copa llena de vino de compunción: y al ver que los clavos le taladran manos y piés, desea que la claven en su compañía con el clavo del temor de Dios; y aun pide con ansia que sea estirado su corazon en la cruz, y clavado juntamente con él. ¡Oh cuántos bienes halla en la cruz de Jesús, en la cual deposita toda su gloria y honor! Por eso ingiere en su corazon este árbol; y con el título que pusieron sobre su cabeza se le consagra y dedica para su eterna morada. Desea tambien ser herida con la lanza de Longinos, y recreada con el vino que fluye del lagar de la cruz. No para ahí; mas elevándose á lo alto, al exaltado corazon de su dueño, en la herida del costado busca seguro asilo para el suyo. Y porque no falte espejo á tan linda esposa, se le presenta uno formado de las

cinco sacratísimas llagas de su cuerpo. No lo deja, en fin, ni muerto ni sepultado; pues incluye el corazon en el mismo monumento en que su amor yace; y allí lo encierra, esperando con él su resurreccion gloriosa. Este es el plan y resúmen de nuestra obrilla.

§ XIV.—*Compendio de esta escuela, y division de sus clases.*

Los estudiantes diligentes hacen lo mismo que los negociantes. Anotan estos en sus libros cuanto compran y venden, escribiendo cada partida de por sí, y sumándolas juntas al pié de la plana, las reducen todas á una sola. Lo que los maestros dictaron por extenso en todo el curso, reducen los discípulos á compendio, para socorrer de este modo la memoria, que no siempre tiene presente todo lo que se estudia. Porque no se eche menos esta industria en nuestra escuela, me pareció daria gusto á los lectores si pudiese reducir toda la obra á una suma; no con la industria propia, sino con la de dos escolares de esta academia. El primero, que es santo Tomás, la compendió en pocas palabras en esta fórmula de orar, que usaba todos los dias:

Dame, Jesús dulcísimo, un corazon vigilante, para que ningun curioso pensamiento lo desvie de tí: dámelo inmóvil, para que ningun afecto indigno lo turbe: dámelo invicto, para que ninguna tribulacion lo acobarde: dámelo libre, para que ningun violento deleite lo arrastre; y dámelo recto finalmente, para que ninguna siniestra intencion lo doble.

De cuya fórmula de orar sacamos que este Doctor

sapientísimo fue de sentir que toda la perfeccion del corazon consiste en que esté unido íntimamente á su Criador; pues, segun su doctrina, la mayor perfeccion de todas las cosas consiste en la mayor cercanía al principio de ellas. Por tanto, deseoso de tener un corazon perfecto, fue de dictámen que debia pedir á Dios le quitase todos los embarazos de la union con él, como los referidos, que son la curiosidad, la aficion desordenada, la tribulacion, el deleite en las criaturas y la intencion torcida. Y, al contrario, deseaba tener un corazon vigilante, inmóvil, invicto, libre y recto; porque el que tiene estas cinco calidades, no puede menos de estar unido íntimamente con Dios.

Si quisiéremos apurar lo referido, se verá que todo cuanto puede decirse de la perfeccion del corazon, se explica en su rectitud; y acaso por este motivo la colocó el santo Doctor en el último lugar. Así, para explicar de una vez toda la doctrina de esta escuela, baste decir que todo su objeto se reduce únicamente á enseñar cómo se debe arreglar con el de Dios el corazon humano, esto es, que se ajuste al de Dios; que la voluntad humana se conforme en todo y por todo con la divina: de lo cual se trata latamente en el libro II, leccion XX. Ínterin aconsejo á todos mis condiscípulos que, para alcanzar de Dios la perfeccion de corazon, procuren repetir muchas veces la referida oracion de santo Tomás.

Otro epílogo nos ofrece el docto y piadoso Padre Fr. Luis de Granada, que contemplando que el complemento de toda la perfeccion cristiana se suele enten-

der por el nombre solo de *justicia*, á quien pertenece dar á cada uno lo que toca, es á saber, á Dios, al prójimo y á sí mismo, infiere que el que satisface estas tres obligaciones, cumple exactamente con toda la justicia y perfeccion. Si quieres saber en pocas palabras, dice, cómo puede ser esto, respondo, que el hombre cumplirá perfectísimamente con estas tres obligaciones, si tuviere estas tres cualidades, corazon *de hijo* para con Dios, *de madre* para el prójimo, y para sí *de juez*. Estas son aquellas tres partes de justicia en que un profeta puso la suma de nuestro bien, cuando escribió: Yo te diré, hombre, en qué consiste el bien, y qué es lo que Dios quiere de tí: que hagas justicia, ames la misericordia, y andes solícito con tu Dios. El primero de estos tres oficios hemos de ejercitar con nosotros, que es hacer justicia; el segundo con el prójimo, que es amar la misericordia; el tercero mira á Dios, como lo da á entender, diciendo: *Anda solícito con tu Dios*. Despues explica cada cosa de por sí de este modo: Porque la caridad bien ordenada empieza de sí mismo, conviene atender, lo primero, el oficio que el hombre debe hacer consigo. Es obligacion de un buen juez tener bien gobernada su república; y como en esta pequeña del hombre hay dos partes principales que reglar, que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el alma con sus potencias y afectos, es preciso que sean gobernadas y reformadas segun reglas de justicia.

Debe, demás de esto, el hombre tener misericordia con el prójimo, y tratarlo con corazon de madre. Considera, pues, como trata á su hijo una madre pia-

dosa y prudente; como le avisa de los peligros, como le socorre en sus trabajos, y como tolera sus faltas, unas veces sufriéndolas con paciencia, otras castigándolas con severidad, otras disimulándolas con prudencia y ocultándolas con amor. Mira como se alegra de su bien, como le duele su mal como si fuese propio; el celo con que solicita su honra y conveniencia; el fervor con que le encomienda á Dios; y, finalmente, cuánto mas se desvela por él que por sí misma, siendo muchas veces cruel consigo, por ser para su hijo piadosa. Pues si tú arribares á tener para con tu prójimo un corazon semejante, sábete que llegaste á la perfecta caridad, y que haciendo con él estos seis oficios, *amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar,* y *dar buen ejemplo,* cumpliste con todo lo que debias á tu prójimo.

Lo tercero, debe el hombre andar muy cuidadoso de la honra de Dios, y teniendo corazon de hijo, amarlo tiernamente con aquel afecto reverente que un buen hijo profesa á su padre. Uno de los principales efectos del espíritu de Cristo es dar á los hombres esta casta de corazon. Considera, pues, con atencion el que un buen hijo tiene para con su padre: qué amor le profesa, qué respeto, qué obediencia, qué celo de su honra: con cuánto desinterés le sirve, con cuánta confianza acude á él en sus necesidades, con qué humildad lleva sus castigos y reprensiones. Pues como tú tengas un corazon como este para con Dios, cumplirás enteramente con esta parte de justicia.

Mas para que esto se logre, juzgo que son necesarias nueve virtudes, y principalmente el amor; des-

pues temor reverencial, confianza, celo de la honra de Dios, pureza de intencion en todo lo que toca á su servicio, oracion y recurso á él en cualquiera necesidad, agradecimiento á sus beneficios, obediencia, conformidad con su voluntad, y, finalmente, humildad y paciencia en los trabajos: todo lo cual puede verse por extenso en el mismo autor. Á mí me basta hacer un epílogo de todo, diciendo, que debe tener cada uno

consigo	corazon	de juez,
para con el prójimo		de madre,
con Dios		de hijo.

Puede ser que parezca que nos hemos detenido demasiado en el atrio de esta escuela, y que por eso nos tengan por pesados los discípulos que desean adelantar; pero aun hay algo que añadir.

Al modo que aquella casa, que edificó la sabiduría para dar á sus oyentes una espléndida cena, estaba fundada sobre siete columnas; el edificio todo de esta escuela, en que dispone la eterna Sabiduría á sus prudentes discípulos un banquete espiritual, consta de siete clases, y cada una de diversas lecciones, como de diferentes platos acomodados á diversos gustos. Y como á aquella gran cena fueron convidados prudentes y necios, ignorantes y doctos por este pregon: Vénganse á mí los humildes: venid á comer mi pan, y á beber el vino que para vosotros tengo aderezado; así son convidados á comer pan de vida y de prudencia en estas clases, no solamente los perfectos, sino tambien los principiantes y los aprovechados, pues todos los que caminan por las tres sendas de la caridad

y perfeccion son miembros de esta escuela y convidados á esta mesa. La providencia de nuestro sapientísimo Maestro dispuso poner en ella diversos regalos, acomodándose á la diversidad de genios.

La primera clase tiene oyentes flojos y holgazanes, que aun no han llegado al umbral, aun no se han sentado á comer, y es preciso cuidar de su direccion. En la segunda clase se entra en la via purgativa, en la cual se da á los principiantes pan subcinericio del propio conocimiento, pan de lágrimas y dolor. Con este se purifica y fortalece el corazon, que en la tercera clase se sacrifica á Dios purificado ya y limpio; y en ella pasa por un exámen severo, para ver por él si es digno de ofrecerse á tan alta Majestad. La cuarta clase es de los aprovechados, que van por la via iluminativa. Á estos se les ministra, porque no desfallezcan en el camino, un pan blanco, candeal y sabroso, por el cual se significa la ilustracion del corazon y el aprovechamiento espiritual. La quinta, á que son admitidos los perfectos, tienen los ejercicios de la via unitiva, en la cual llueve el Padre de las misericordias aquel pan de Ángeles, aquel maná prodigioso que nadie conoce sino quien lo recibe. Los que se mantienen de este pan, vuelan al cielo á unirse con Dios, en quien tienen todo el cúmulo de gustos y todo el lleno de gozos.

En la clase sexta y séptima se contienen algunos ejercicios de la pasion del Señor, comunes á las tres vias, en los cuales pueden todos ejercitarse. Porque Cristo paciente es pan de escogidos y sustento de los viajeros que andan en este mundo peregrinos de la pa-

tria celestial. En esta espléndida mesa de la pasion hallan leche los infantes, viandas sólidas los jóvenes; porque en ella hay copia de manjares de robustos y sustento de perfectos. Todo lo es él mismo, que á todos convida, diciendo: Venid á mí los que vivís entre trabajos, que en mí hallaréis vuestros recreos.

Solo resta ahora, lectores y condiscípulos mios, que cada uno entre en su clase; y hojeando por su órden las lecciones que el Maestro dicta, las entregue á la memoria, y procure ejecutarlas con diligencia.

LIBRO SEGUNDO.

CONVERSION Y DIRECCION DEL CORAZON AVERSO.

PRIMERA CLASE.

DESVÍO DEL CORAZON.

Del libro de los Cantares consta, que la Esposa querida del Rey pacífico se ocupaba en labores de campo, y que era guarda de viñas. Cristo, verdadero Salomon, que á su Padre llamó viñador, y para sí tomó el título de vid, no busca otra esposa que la que pueda gobernar y guardar su viña, que en sentir de los Padres es el alma. La vid se planta, dice san Ambrosio, con raíz viva; y con raíz de viva fe se planta la vid del alma. La vid abraza los árboles en dulce consorcio; y así se une el cuerpo al alma y el alma al cuerpo. La vid se eleva; cuando la ligan no mengua, antes bien se aumenta cuando la podan; y la plebe santa es elevada cuando la ligan; cuando la humillan la ensalzan; cuando la ajan la coronan. La púa cortada de una vid se ingiere en un pulgar de otra; y las almas, despues de mondar las ñudosas cicatrices del árbol fatal, hallan fomento y abri-

go en el de la cruz, y descansan en ella como en el regazo de una madre muy piadosa. Para mostrar, pues, por cada clase la estructura de esta escuela, de tal modo aplicarémos al alma y al corazon todo lo que el libro de los Cantares refiere que hacia la Esposa con su viña, que con buen órden y método se demuestre que en estos ejercicios se representa nuestro corazon en todos sus estados.

El primero es aquel en que, desviándose de Dios, se va tras sus gustos, honores y vanidades, el cual significó la Esposa, ya cuando se fué embobada siguiendo sus rebaños, pastoreando sus cabritos, y ya cuando, vuelta en sí, se lamentaba y decia: Hiciéronme guarda de las viñas, y aun no cuidé de la propia. Sobre lo cual dice san Bernardo: ¡Ah! ¡cuánto tiempo estuvo mi viña inculta, desierta y abandonada! faltó totalmente el vino, habiéndose secado los sarmientos de la virtud por la esterilidad de la fe. Fe tenia, pero estaba muerta. ¿Cómo no habia de estar muerta sin obras? ¡Oh! ¡cuánto nos han robado, viña mia, furtivos ardides, cuando con mas vigilancia cuidaba de mi custodia! ¡cuántas y cuales yemas de obras piadosas heló la ira, marchitó la jactancia, y quemó la vanagloria! ¡cuánto he padecido de halagos de gula y de pereza, de encogimiento de espíritu y de susto! Hasta aquí san Bernardo.

Este es el estado del alma boba, que, constituida en una fria estacion, como de invierno, desampara la viña y descuida totalmente de su cultivo. En esto imita á su primer padre, que tampoco cuidó de la suya, y permitió que la desflorase una astuta zorra; pues habiéndole Dios puesto en el mas elevado trono, perdió la cien-

cia y el seso, y se hizo tan necio como un bruto. Tal es aquella alma que vaga, y, errante por toda la primera clase, anda sin tino, cayendo imprudente de un vicio en otro. El alma que vive remisa y libremente, como observó san Basilio, esparrama su follaje como viña sin dueño y sin cultivo, y brota silvestres sarmientos, que, sobre ser inútiles y en propio daño, solo sirven de chuparle el jugo. Sigamos ya á esta errante fugitiva, y con los ojos de la consideracion observemos en qué para.

Fuga del corazon.

Quam fugeret, fugitiva, tuum COR si COR haberes,
Non meminisse mei, non meminisse tui!

Si tú estuvieras en tí,
¡Cuánto huyera tu cuidado
De vivir de tí olvidado
Y no acordarte de mí!

LECCION I.

Fuga del corazon.

Columba seducta non habens cor.
Paloma engañada sin tener corazon.
(*Osee*, VII, 11).

Pues deseas entrar en la escuela del corazon, antes de penetrar á lo interior, párate un poco en el umbral; y para ir con órden, averigua con diligencia si tienes corazon, y dónde lo tienes, antes que empieces á contemplar sus calidades. Aunque no se dude que todo hombre tiene corazon, y no en otra parte que dentro de sí; hablando en sentido espiritual, es cierto que muchos están sin él. No pienses que es paradoja; pues nos dice la Escritura, que los que dejan á Dios, están sin corazon y sin juicio. ¿Qué otra cosa es lo que dijo el Sábio? El que comercia con mujer ajena, por falta de corazon perderá el alma. Y otra vez: El que desprecia un amigo, es pobre de seso. En esto declara que los lascivos y los que desprecian amigos son ciegos, tontos, estúpidos é insensatos. Á los fatuos ó dementados llaman los latinos *vecordes* y *excordes*, esto es, descorazonados, desjuiciados. Es el corazon solio del juicio, y por eso dijo Salomon: La sabiduría reside en el corazon prudente. Los profanos usaron el mismo modo de hablar. De una mujer dijo Plauto: Sepa su pecho, ya que no sabe el co-

razon, pues no lo tiene. De Marcion afirmó Tertuliano, que no tenia corazon ni seso; y Ausonio, burlando de un mal retórico que dijo *reminisco*, debiendo decir *reminiscor*, escribió así:

Si el *cor* Rufo á *reminiscor*
Por su antojo quita, infiero
Que hay tan poco corazon
En Rufo como en su verso.

Y en el epigrama 48 volvió á decir:

Que *reminisco* un bufon
Es buen latin nos pondera;
Yo creo que *cor* dijera,
Si él tuviera corazon.

Considera, pues, lo primero, que el pecador que sigue el embeleso de su corazon, queda verdaderamente sin él, porque se va tras aquello que desea con amor desordenado. Por eso se lamentaba David de que le habia dejado su corazon; lo cual interpreta san Gregorio, diciendo: Nuestro corazon nos deja cuando, dejándonos llevar de nuestros deseos, ponemos nuestra mira en cosas terrenas, caducas y carnales, sin hacer caso de las espirituales y celestes. El soberbio, por colocar en honras y vanidades su corazon, queda sin él; por lo cual decia Jeremías: Escucha, pueblo fatuo, que no tienes corazon. El del lascivo y gloton vive sofocado de gustos carnales, glotonería y embriaguez, y por eso dijo Oseas, que la embriaguez, la gula y la sensualidad roban al hombre el corazon. Lo mismo puede decirse de los demás vicios: porque el que ofende á Dios, se desvia de él, dejando su corazon á la espalda; y olvidado de Dios, tuerce sus

rumbos, y se aparta del camino de los divinos mandatos. ¡Oh! ¡con cuánto estudio debemos evitar la culpa que así nos roba el corazon, juicio y prudencia!

Considera lo segundo, que el pecador se compara á la paloma boba y engañadiza; por lo cual dijo un profeta: Por falta de corazon se ha atontado como paloma Efraim. No pudo decirse de un pecador cosa mas bella; que ciertamente es parecido á la paloma boba; pues aunque tenga esta ave muchas y buenas calidades, que alaba la Escritura, como el vuelo rápido y veloz, la apacibilidad y mansedumbre, el amar la pureza y claridad de las aguas, el huir y abominar cosas súcias; solo la imita el pecador en que se emboba como ella, y se deja engañar. Déjase galantear de la especie falaz de un bien aparente; y halagado de un gustillo caduco y momentáneo, se entra libremente al lazo, y se pone en manos de su enemigo. Ve que lo roban y maltratan: mas no se enoja con los que lo maltratan y roban; antes bien se va á los mismos parajes donde recibió tan malos tratamientos y tantos golpes. Bien se conoce que no tiene corazon. ¡Ojalá tuviera juicio, y abriera los ojos para ver su paradero! Así evitaria los lazos armados, y se guardaria de ellos: advertiria que habia caido muchas veces, y que no tenia al presente mas fortaleza y robustez que antes.

Considera lo tercero, que es muy difícil guardar el corazon de modo que no se escape. Como los rapaces bulliciosos se escapa á sus vanos entretenimientos. Es como perro de muestra, á quien hormiguean los piés por ir á caza, alampándose continuamente por buscar

presa. Y así, luego que empieza á rastrear deleites sensuales, se va tras ellos; y dejando á Dios, con quien debiera estar siempre, se ausenta de él por el ansia y anhelo de conseguirlos. Por cierto es grande ¡ay dolor! nuestra miseria; la cual conocia y lloraba san Agustin, diciendo: Apenas está con su Dios el corazon un punto. Quiere hacerse fuerza para estar con él; y huye en alguna manera de sí, sin hallar retiros que oculten sus movimientos, ni estorbos que repriman sus vuelos vagos. Pudiera quejarse cada uno de que esto le sucede á él y no á otro, si no oyéramos decir á David, que ya habia encontrado su corazon, dando á entender que algunas veces se ausentaba fugitivo, y que iba él en su seguimiento; y cuando no podia alcanzarlo, se lamentaba, diciendo: El corazon se me ha ido.

Semejante es la queja de san Bernardo. No hay cosa, dice, en mí que mas apriesa salga de mí que el corazon; el cual cuantas veces, dejándome, sale á saborearse en sus vanos deseos, tantas ofende á Dios. No concuerda consigo, discuerda de sí, sale de sí, varia de voluntades, muda de pareceres, fabrica cosas nuevas, demuele las fabricadas, vuelve á levantar lo demolido, muda y ordena, y todo lo trastorna, quiere y no quiere, y nunca está constante. Y mas abajo: Cuando mi corazon, descuidando del futuro gozo, no solicita auxilio divino, se aleja del amor de las cosas del cielo, y emplea todo su cuidado en las del mundo: y dejándose caer de unas, y enredándose en otras, lo recibe la vanidad, lo saca de sí la curiosidad, halágalo la concupiscencia, atráelo la lascivia, atorméntalo la

envidia, túrbalo la ira, y cáusale mil penas la tristeza; y con tan frecuentes caidas se anega en un golfo de vicios por solo haberse desviado de Dios, quien bastaba á saciarlo de todo bien. Anda por diferentes objetos en busca de su reposo; y no halla dónde hacer pié, hasta volverse á sí. Trata, pues, de guardar tu corazon con toda solicitud.

Considera lo cuarto, que el estar sin corazon es el mayor de los males: porque así como de él procede la vida corporal, y si recibe daño, está cercana la muerte; en el sentido espiritual, la falta de corazon, como Salomon decia, pierde el alma. Refiere Apiano Alejandrino por cosa admirable, que se echaron menos los corazones en dos víctimas. El dia que fue muerto Julio César, quiso hacer el cotidiano sacrificio, antes de entrar al senado, y al abrir la víctima, vieron que no tenia corazon, por lo cual vaticinaron que estaba próximo á morir. Tomólo César á chanza, y mandó que trajesen otra; pero tambien se echó menos el corazon en ella. Y aunque de esto mofe Tulio, es cierto ser nuncio fatal víctimas sin corazon; pues sacrificando Etelvio Pertinaz el dia en que fue muerto, se halló sin corazon la víctima del sacrificio.

Mas veamos qué significa en el sentido místico. Todo cuanto somos debemos ofrecer á Dios en hostia viva y holocausto; pero si echare menos el corazon, no solo despreciará la víctima, sino que será indicio cierto de muerte del alma. Cuidemos, pues, por todos modos que nuestro corazon no nos deje, para poder sacrificarlo á Dios, quien despreciará la víctima si no ve corazon en ella, pues como dice el Sábio: El vano

y sin corazon será irrision y desprecio. Dios le hará sempiterno oprobio, y lo destinará á las penas del abismo; porque el que está sin corazon tendrá el azote sobre sí. Este azote, en sentir de Beda, es el castigo reservado para la otra vida. ¡Ojalá que el alma piense sobre esto, y que, aterrada del horror de las penas, cuide con toda diligencia de guardar su corazon!

Vanidad del corazon.

Ambitio follis, vento distendit honorum
COR vanum; hinc spirat nil, nisi grande NIHIL.

Fuelle la ambicion hinchada
Al corazon viento inspira,
Y nada es cuanto respira
Sino viento, sombra, nada.

LECCION II.

Vanidad del corazon.

Qui minoratur corde, cogitat inania.
Quien se apoca en el corazon, piensa cosas vanas. (*Eccli.* XVI, 23).

Sigue, alma mia, las huellas de tu vago y errante corazon, y considera atentamente los rumbos por donde se aleja de su Artífice. El cuerdo toma un rumbo y otro el necio. Aquel no mira sino lo que conduce á su provecho; este piensa solo en lo que causa su daño. Esta diferencia explicó Salomon, diciendo: El sábio tiene su corazon en la diestra, y el necio en la izquierda. Salomon glosó esta palabra así: Tiene en la diestra su corazon el sábio, porque pone toda su atencion en obrar bien, para que en el dia final merezca estar con los justos á la diestra y gozar con ellos la bienaventuranza. El corazon del necio está en la izquierda, porque piensa mal y obra peor; y así estará á la izquierda con los malos, y será castigado eternamente con ellos. El corazon del malo toma hácia la izquierda el camino, porque va por el de su perdicion. Advierte, pues, alma mia, sus rumbos, no para seguirlos, sino para evitarlos viendo que son peligrosos. El primero que toma es el de la vanidad; pues ofuscada la vista con el humo del honor y con la niebla de la fama, aspira á glorias y dignidades, á las primeras

cortesías en las plazas, al primer asiento en las mesas y en las juntas. Vanísimo es por cierto aquel corazon que la mísera ambicion y la solicitud de honores llega á ocupar; porque, como dijo Séneca, es la ambicion muy hinchada, hueca, ventosa, sin término alguno, y tan celosa de la propia estimacion, que lleva á mal que alguno esté delante ó despues de sí.

Escucha la primorosa pintura que hace de ella san Juan Crisóstomo. No hay cosa mas vil que la gloria humana. ¿No has reparado en los que hacen papel en una comedia, qué hermosos y qué bizarros están? ¿Podrás mostrarme acaso la realidad de aquellas personas que ves? no por cierto. ¿Haste enamorado de alguna de ellas? tampoco. Y ¿por qué? porque considero, dirás, que son vanos disfraces, hermosuras aparentes, bellas al parecer y nada en realidad. Pues tan ridícula es la gloria mundana; tiene de gloria apariencia, pero realmente no es gloria. Díme sériamente: ¿Qué tiene de bueno el ser de todos celebrado? pues así como el disfraz oculta al hombre verdadero mientras dura el teatro, y en acabándose este, se ve quién es cada uno; así tambien sucede que despues de haber oido muchos loores tuyos, en volviendo á tu retiro, en estando solo verás que se acabó todo el aplauso. Doy que salgas al público, y te lleves todas las atenciones del pueblo: díme, ¿qué sacas de esto? nada. Desvanecióse todo como humo. ¡Qué necedad! Pongamos la mira en nuestro fin, solicitemos solamente que nos alabe Dios. Hasta aquí el Crisóstomo.

Considera tambien que este deseo de vanagloria suele compararse al camaleon, que, como Plinio dice,

tiene un pulmon tan grande, que le ocupa todo el vientre. Así son los hombres vanos: fuera de la ostentacion y ruidosa jactancia, no tienen en sí otra cosa. Y así como el camaleon está siempre con la boca abierta, tragando aire, que es su alimento único, no busca para sustentarse el vano mas que el zumbido de la voz del pueblo. San Anselmo compara los ambiciosos á los niños que cazan mariposas. Cuando con mas cuidado van en su seguimiento, suelen dar de ojos: si ven que para la mariposa, dan palmaditas de alegría, y la siguen con gran tiento por si pueden echarla la mano; pero cuando la pensaban coger, se hallan burlados, porque ya voló. Si logran coger una, es tal la alegría y algazara que conciben de aquella nada, como si hubieran conseguido una gran cosa. Así hacen los que aspiran á empleos honrosos, que, dando muchas veces de ojos en graves delitos, ocasionan á sus almas muchos daños. Si ven que se disponen bien las materias, se van acercando con gran tiento hasta su logro; y cuanto mas se acercan, mas se regocijan: pero cuando juzgan que los tienen ya entre las manos, ven que huyendo de ellos vuelan á otros. Si por último tienen la suerte alguna vez de conseguirlos, se dan repetidos parabienes, como si hubieran logrado la honra verdadera; siendo así que por una honra fantástica se privan de lograr la que de veras es honra.

¿Qué cosa puede discurrirse mas vana ó mas pueril que este anhelo y solicitud? Y ¿qué es la honra sino un vaporcillo, ó, como dijo un profeta, flor de heno, que tan presto como nace se marchita? Todo el humano esplendor, decia san Agustin, honras, rique-

zas, poder, ceño, amenazas, soberanía, todo es flor de heno. ¡Qué florida está aquella casa! ¡qué insigne aquella familia! ¡con cuántas prosperidades florece! ¡cuánto ha que vive! Muchos años te parecerán á tí; pero es muy corto tiempo en realidad. Es como flor del campo que no puede durar un estío. Todo lo que miras lleno de esplendor, todo lo que florece con prosperidad, todo lo hermoso nada tiene de perpétuo, pues suele no durar un año. Y así:

Haz hermosos ramilletes,
Cuando están frescas las flores;
Y en ellas contempla como
Tu edad fugitiva corre.

¿Hasta cuándo, pues, hijos de Adan, tanta pesadez de corazon? ¿Para qué amais la vanidad sin inquirir la verdad? ¿Á dónde vuelan los vanos deseos de vuestros corazones sino á unos baladíes oropeles? Bien comprende Dios que los humanos pensamientos son vanos, y que el pensar en vanidades es apocar el corazon. Este estudio vano es argumento claro de poco juicio. ¿Qué hombre cuerdo habrá que solicite como bienes sólidos los que son pura vanidad, y no traen consigo mas que dolor? Pues ese es el estudio de vuestro anhelo. Parécese el ambicioso al que toma tabaco de hoja, que no chupa mas que humo, acompañado de un hedor pestífero. ¿Saca por ventura de él mas que el dolor? Buenos testigos son las lágrimas que derrama, los vahidos de cabeza y la tos continua. Esto consiguen los que siguen las honras sin lograr cosa sólida; porque, como no tragan mas que aire de vanidad, no alientan ni respiran mas que el humo pestífero

que tragan; y tal vez en lugar de la honra solicitada consiguen una ignominia. Aparte Dios por su misericordia de vuestro corazon el embeleso de la vanidad, y no permita que eche raíces en él. Bien conozco yo, decia san Agustin, cuántas y cuáles ficciones produce el humano corazon: ¿y qué es el mio sino humano? pero ruego al Dios de mi corazon que no permita que yo apruebe ni pronuncie como sólidas verdades alguna de estas fantásticas ilusiones.

Considera tambien que el corazon humano es como un perfumador con ascuas, que recibe todo lo que echan en él; y como si echas perfume aromático, se llenará toda la casa del suave olor del sahumerio, y si echas azufre, la apestará su hedor intolerable, así sucede con nuestro corazon. Si lo ocupares con saludables meditaciones, exhalará suavidad de la pasion de Cristo y de los divinos beneficios; pero si dejas que se ocupe de vanidades, como cetros, coronas, empleos y honores, no echará de sí mas que humo y vapores pestilentes. No lo dejes, alma mia, inclinar á cosas baladíes: procura que solicite aquellos bienes sólidos con que se sustentan las almas de los justos. No podrán las honras ni empleos hacerte mejor de lo que eres; pero si en ellas pones tu fin, te harán sin duda peor.

Cree á Salomon, hombre prudente y experimentado, quien, despues de haber ocupado la eminencia del trono, despues de tanta máquina de riquezas, honor y fama que no cabia en el mundo, despues de gozar cuantas delicias y gustos son imaginables, pronunció la sentencia y el juicio que habia formado de

todo ello, y, como de un elevado púlpito, dijo en alta voz: *Vanidad de vanidades: todo es pura vanidad.* ¿Qué fruto saca el hombre de tanto afan? Aunque viva largos años, disfrutando todo el cúmulo de delicias y gustos, debe tener presentes los dias tenebrosos, y hacer memoria de los años eternos, cuando conocerá claramente que era vanidad pura todo lo que gozaba en esta vida. Y concluye así: Huélgate, jovencito, en tu mocedad; diviértete en el tiempo de tu juventud; da á tu corazon y á tus ojos todo gusto; pero sábete que de todo ello has de dar cuenta en el tribunal divino. Con que el gusto, el placer y la juventud son pura y neta vanidad.

Pesadez del corazon.

Crapula et ebrietas, solidi duo pondera plumbi,
Nata polo, sursum tendere, CORDA vetant.

Tanto abate el alma al suelo
La comida demasiada,
Que con carga tan pesada
No puede mirar al cielo.

LECCION III.

Pesadez del corazon.

Filii hominum, usquequo gravi corde?
Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de pesado corazon? (*Psalm.* IV, 3).

Considera lo primero, que cuando aquel Padre universal, uno y solo Dios, como dijo Lactancio, formó al hombre, que es animal inteligente, capaz de razon, y sacándolo del lodo lo hizo empinado, no tuvo otro fin sino que mirase á su Artífice divino; lo cual conoció un profano, pues dijo:

Vive todo animal mirando al suelo:
El hombre solo fue privilegiado;
Pues le dió su Hacedor rostro elevado,
Con el fin de que siempre mire al cielo.

Por eso los griegos llamaron al hombre *Antropos*, que en nuestro idioma corresponde á *Mira cielos*. Quiso, pues, Dios, y no en balde, que nosotros mirásemos al cielo. Tambien las aves lo miran, y cási todos los animales mudos; pero á nosotros se concedió propiamente mirarlo á cuerpo derecho, para que allí busquemos la religion, allí contemplemos á nuestro Dios, como en su solio, con los mentales ojos, ya que con los corporales no podemos. Mas para lograr tan alto fin debe empinarse el corazon.

Cierto que renuncian su ser, y se despojan de la

racionalidad, los que no miran arriba, sino solo hácia la tierra. Revuélcanse míseros en el lodo, buscando acá bajo lo que debieran buscar en el cielo. ¿Por qué se somete el corazon humano á cosas del mundo? ¿por qué sobrepone á su cabeza el polvo? Mire el cielo á cuya vista le excita su Artífice: atienda á que le dió rostro sublime para que su vista se eleve. Pero encórvase el miserable hácia la tierra por su vicio, inclínase por su voluntad al cieno, deprime á cosas inferiores la sublime mente que con cuerpo derecho le dió Dios; como si le pesara de no haber nacido con cuatro piés. Muy al caso Boecio:

> Tú que, mirando al cielo, allá diriges
> De tus ojos la luz, advertir debes,
> Que el ánimo tambien al cielo suba,
> No como el cuerpo en tierra el alma quede.

Vuele, pues, á lo alto el corazon: elévese la mente, el ánimo y todo el hombre hasta unirse con su Artífice.

Considera lo segundo, para que vaya hácia arriba el corazon, debe ser leve y libre de todo peso de culpa. Lo leve se eleva, y lo grave baja. Mas así como no sirve para andar la levedad de cuerpo, si hay gota ó algun otro impedimento en los piés; tampoco el corazon podrá elevarse, si sobre leve no está desembarazado y libre. Por eso debemos evitar toda pesadez, como aconseja David, diciendo: ¿Hasta cuándo, hombres, tanta pesadez de corazon? ¿Quiénes son estos, sino los que tienen sobre sí el talento de plomo del pecado, y no quieren dejarlo y tomar la leve carga y suave yugo de Cristo? Nada conviene mejor al pecado,

que el nombre de carga ó peso; pues con él se halla el pecador tan brumado, que cae en el abismo, como un pedazo de plomo en el océano. Por eso aconseja el Apóstol, que depongamos toda carga y la culpa toda que nos rodea. El penitente David se lamenta de que se ve sumergido de culpas, y de que las tiene á cuestas como grave carga, y llora porque su pesadez le tiene encorvado hasta la tierra. Encorvado estoy, dice, hasta no mas.

Verdaderamente es el pecador infeliz y miserable; pues por la culpa se encorva tanto, que se pega al suelo, y se hace como puente para que sobre él pasen los demonios, y lo traten tan mal, que como vil trofeo lo pisen y traigan entre los piés. Así lo dijo Dios por Isaías: Los que te humillaron te decian: Encórvate para que pasemos; y tú eres tan villano, que te humillaste á que te pisasen como á polvo. Sobre cuyas palabras añade san Gregorio: Damos lugar en nuestros pechos á los espíritus malignos cuando anhelamos cosas terrenas, y nos encorvamos hácia las caducas. Confundámonos de tanto suspirar por cosas de la tierra, y corrámonos de dar nuestros hombros para escala y paso de nuestros enemigos. ¿Quién habrá, pues, que con Persio no exclame:

¡Oh indignas, miserables, viles almas,
Que poneis vuestro fin en apariencias,
Despreciando celestes influencias!

Ó que no repita aquello de David: Hasta cuándo, hijos de Adan, tanta pesadez de corazon? ¿Por qué teneis tanta aficion al engaño y vanidad? Con gran fundamento dijo este santo Rey, como observó Cri-

sóstomo, que el corazon pesado es causa de todos los males; pues, teniendo el empleo de jinete, no solo no detiene el caballo, mas lo espolea y lo impele al precipicio; y cuando debiera dar alas á la carne para volar, con el peso de sus males se deja caer. Siendo tal el jinete ó gobernador, ¿qué esperanza queda de salud? No hagamos, pues, pesado el corazon; no nos suceda lo que al navío, que por demasiado lastre se va á fondo.

Considera lo tercero, que Cristo declara las causas de esta pesadez, diciendo: Mirad, no cargueis de comida y bebida, y de cuidados seculares. Al modo, dice Crisóstomo, que se anega la nave cuando no puede evacuarse toda el agua que recibe; el que se da á la hartura y embriaguez, se va á fondo y anega su entendimiento. Y así como un criado, cuando le encargan algun trabajo excesivo, murmura de su amo; el vientre harto corrompe el entendimiento y anubla la razon; de que se sigue que aun no se conoce á sí. Al contrario sucede, dice san Agustin, cuando tenemos parsimonia y escasez, nos conocemos mejor. Así como al mirar en un espejo empañado, no se ve el sujeto como es en sí; el que carga el vientre mucho, se siente muy diverso de sí mismo. Una sola embriaguez anubla, sofoca y apaga los buenos pensamientos que el ánimo parco concibe, concebidos retiene, y retenidos ejecuta.

Así como el hambriento no piensa mas que en comer, y el sediento en beber; así tambien el gloton, vil esclavo de su vientre, no cuida sino de cómo llenarle. Siempre está pensando en cazuelas y ollas, sin

acertar á salir de las cocinas. De tales hombres dijo elegantemente Tertuliano: Toda su caridad hierve en calderas, toda su fe se calienta en ollas, su esperanza está en las viandas, siendo su dios el vientre, su templo el pulmon, su altar el buche, y el cocinero su sacerdote. San Gregorio Niseno compara á los cerdos tales hombres estragados; pues así como los ojos de los cerdos, inclinados naturalmente á la tierra, no miran cosas de arriba, el ánimo del entregado al regalo y lujo, como está inclinado á cosas soeces, propias de inmundos animales, no podrá ver el cielo, ni contemplar la consonançia y hermosura del mundo. Tanto se embrutece el que tiene el corazon pesado y pegado al suelo, que con razon debe llamarse corazon de lodo.

Considera lo cuarto, que de la hartura y embriaguez nace, como de padres fecundos, otra pesadez de corazon, la cual lo pega tanto á la tierra por medio de la lascivia, que se puede decir que lo sepulta; de tal modo que, como si estuviera fatuo, se le anubla el juicio y entendimiento. Al mas sábio de los reyes leemos que le sucedió este azar. Habiéndole llenado Dios de sabiduría á medida de su deseo, y dádole tan sábio corazon, que ni antes ni despues de él hubo otro igual (pues tuvo tan copiosa sabiduría y prudencia, y tanto desahogo de corazon, que le compara la Escritura á las espaciosas costas del mar), se dejó depravar tanto de las mujeres, que llegó á dar culto á falsos dioses. No estaba su corazon nivelado con el de Dios, como el de su padre David. Derribó la lascivia al hombre mas prudente de aquella elevada

cumbre, dementándolo de tal modo, que, como si fuese pagano, fabricó altares á los mentidos dioses de sus mujeres.

San Bernardo discurrió la causa por que el corazon del hombre carnal, oprimido del peso de la lascivia, se baja al vientre y lo convierte en bestia; y explicando aquello del salmo XXI: *Mi corazon se ha desleido del medio del vientre,* dice: Tiene su asiento el corazon en una parte angosta del cuerpo que le sirve de alcázar, donde domina á todos los sentidos superiores y á la humilde plebe de los inferiores, como gobernador de esta república y de toda la dilatada provincia de pensamientos y acciones; pero liquidando su continuidad el pernicioso calor de la concupiscencia, con una molleza extraña empieza á correr desleido al medio del vientre, pues no piensa ni trata mas que en cosas del vientre, y confundiéndolo y adulterándolo todo, y conviertiendo el natural afecto de amor en apetito brutal, no solo aspira á lo ilícito, con ignominia del cuerpo, vencido de sus villanas pasiones, mas olvidando su nativa generosidad, habiendo sido criado para solio de Dios, permite que los mismos que lo ultrajan, lo tengan por domicilio de pecados y casa pública de todos los vicios. ¡Infelices de aquellos que aun reclamando su noble naturaleza se envilecen tanto, que destinan en su alma el lugar reservado y propio de la Deidad, incomunicable á toda criatura, para cátedra de abominaciones y trono de Satanás!

Considera lo quinto, que el remedio mejor de esta perniciosa pesadez es retraer el corazon de gustos, y

resistir animosamente á desordenados deseos. Lo que vemos en las balanzas, decia Isidoro Clario, sucede al alma y al cuerpo. Lo que se añade á una es detrimento á la otra. Todo lo que se da de mas al cuerpo redunda en detrimento del ánimo. Es preciso, pues, que el hombre exterior se corrompa, para que el interior se renueve, como el Apóstol escribe: Debemos procurar que el cuerpo desfallezca, para que cobre brio y robustez el alma. Navega nuestro corazon, en el golfo de este siglo, expuesto á mil borrascas y escollos; y es razon que se aligere, si va demasiadamente cargado, para que llegue con felicidad al puerto.

Cuando los navegantes temen tormenta, para evadir el naufragio y no irse á fondo, arrojan al mar cuanto hay en el navío. Todos debemos hacer otro tanto, pues sabemos ciertamente que nos está amagando cada instante la muerte, á que se sigue aquel tremendo juicio de Dios que debemos temer, como decia el santo Job: Siempre miraba yo á Dios como unas embravecidas olas sobre mí. ¿Qué harémos para llegar con felicidad á salvamento? arrojar toda la carga de gustos mundanos y cuidados inútiles del siglo. Arrojamos, dice san Gregorio, toda la carga, como atemorizados de una terrible tormenta, cuando desechamos los deseos terrenos que oprimen el alma: y así se ve que la que por demasiado peso se anegaba, surca con ligereza y seguridad vacía; porque los cuidados que en esta vida nos gravan, ciertamente nos anegan.

Verdaderamente fuera muy útil que cada uno considerase bien cada año, y aun cada mes y semana,

qué cuidados, qué negocios, qué deseos le oprimen mas; y vistos, procurase cortarlos ó cercenarlos á lo menos. Así leemos que Absalon cortaba cada año el cabello, porque le molestaba demasiado, y lo pesaba por el peso del templo: dándonos á entender en el sentido místico, que del mejor modo que pudiéremos cortemos los deseos de cosas temporales que en nosotros causaren mayor pesadez, y los pesemos, no en la balanza de nuestro amor propio, no en la romana de nuestro apasionado juicio; sino en el peso público de los santos y de la divina ley, y los estimemos en lo poco que ellos son.

Avaricia del corazon.

COR ubi sit, quæris vaga et excors? scilicet hic est,
Est ubi quod proprio plus tibi corde placet.

Si en buscar tu corazon
Solícito te entretienes,
Sábete que allí lo tienes
Donde tienes tu aficion.

LECCION IV.

Avaricia del corazon.

Divitiæ si affluant, nolite cor apponere.
Si abundan las riquezas, no querais poner en ellas el corazon. (*Psalm.* LXI, 11).

Considera lo primero, que las riquezas son el impedimento principal de que el alma se acerque á Dios, y las que mas lo desvian de él y mas lo pegan á la tierra; pues el temor de perderlas, el cuidado de guardarlas y el afan de adquirirlas de tal manera ocupan el ánimo, que no dejan á Dios lugar alguno. Ninguno es digno de Dios, decia Séneca, sino el que desprecia las riquezas. Si quieres tener el ánimo tranquilo, has de ser pobre, ó vivir como tal. Así como el diamante impide al iman que atraiga el hierro, y si lo atrajo ya, se lo quita y arrebata; así el dinero se opone á la cristiana piedad, desvia de Cristo, y no permite que el hombre se acerque á él.

Llámase Cristo, y es verdadero sol de justicia; pero no se deja ver sino de ojos limpios, segun dijo él mismo: Bienaventurados los limpios de corazon, porque verán á Dios. Si se interponen á nuestros ojos riquezas, impiden, como cuerpo opaco, las luces del Sol divino, al modo que causa eclipse la tierra cuando se interpone entre el sol y luna. Y así los que estudian en ser ricos, mas que dueños, son esclavos: no

tanto poseen el oro, cuanto ellos son poseidos del dinero. Muchos mas verás, dice el Petrarca, á quienes llama el Profeta hombres de riquezas, que riquezas de hombres; porque la ciega avaricia de tal suerte les cautiva el ánimo, que los reduce á esclavos de su dinero. Murieron, dice el Profeta, y se hallaron con las manos vacías los hombres de las riquezas. ¡Desdichados hombres! verdaderamente esclavos viles del dinero, infames siervos de Pluton, que no hacen caso de la herencia celestial. Bien al contrario dijo el otro gentil:

Esté á los piés la riqueza,
Y no sobre la cabeza.

Mas tolerable es, segun san Ambrosio, la suerte de un esclavo que la de un rico: el esclavo sirve á un hombre; pero los ricos al pecado y al dinero, y como esclavos viles están siempre entre grillos y prisiones.

Considera lo segundo, que no hay pecado en las riquezas, y que estas no son malas; pero es malo el deseo desordenado de tenerlas: por lo cual dice David: Si tuvieres copia de riquezas, no coloques en ellas tu corazon. San Basilio nos manda que oigamos esto con admiracion, y que tengamos entendido que las riquezas pasan por sus poseedores con mas rapidez que un rio, y que mudan cada instante de dueño. Son como torrente despeñado de una cumbre, que arrima todo su caudal á una ribera, y en breve pasa á la otra. Mas fácil es apretar el agua en el puño, que detener las riquezas mucho tiempo. Dice Elías, escoliador del Nazianceno, que así como es imposible re-

tener agua apretándola en la mano, porque se escapa por entre los dedos, como se ve, lo es tambien el guardar las riquezas; pues cuanto mas agarradas, son mas fugitivas.

Esta es la causa por que debemos no poner en ellas el corazon; porque siendo ellas tan escapadizas, el corazon escapará con ellas. ¿No ves, dice san Agustin, que si pones en ellas el corazon, se irá con ellas tambien? Como las aguas van á parar al golfo, se precipitan los avarientos al amargo mar del siglo: por lo cual dice el Apóstol, que los que desean ser ricos, caen en tentaciones, en lazos de Satanás, y en mil deseos que los conducen á la perdicion. Pues ¿quién no temerá mucho, que si su corazon está pegado á las riquezas, sea de ellas arrastrado como de una rueda de molino, y anegado en el profundo del infierno?

Pondera qué significa *aplicar el corazon*. Lo mismo que estimar mucho ó cuidar demasiado, como consta de varios lugares del sagrado texto. Así decia Job: ¿Qué es, Señor, el hombre para que lo estimes tanto, que *apliques* á él tu corazon? El Sábio aconseja que *apliquemos* el corazon á su doctrina. Salomon escribió de sí: *Apliqué* á la sabiduría mi corazon. Lo contrario se dice del endurecido Faraon, porque hacia poco caso de las plagas con que Dios le amenazaba por boca de Moisés y Aaron. Apartóse de ellos, entróse en su cámara, y *no aplicó el corazon* á lo que le aconsejaban. Como si dijera: No hizo caso. Y así, si tuvieres riquezas, no apliques á ellas tu corazon: no las estimes mucho, ni te deban especial cuidado, porque como dijo Ciceron: Nada arguye

mas encogimiento de ánimo que la aficion á la riqueza; ni hay cosa mas honesta que su renuncia generosa.

Considera lo tercero, ¿por qué causa no se ha de poner en el dinero el corazon? Dióla san Agustin escribiendo á Proba: Mira que en tu viudez cuides mucho de no poner tu corazon en las riquezas, porque entre ellas no se pudra y muera; debiendo estar sobre ellas para que viva. Cuéntate entre aquellos de quienes está escrito: Vivirán sus corazones eternamente. El corazon pegado al dinero está difunto. ¿Cómo es posible que esté vivo, estando separado de alma y cuerpo? No hemos de creer que esté en el cuerpo un corazon conglutinado al tesoro; porque, como dijo Cristo, donde está tu tesoro, allí está tu corazon. San Antonio de Padua hizo patente esta verdad. Ponderando las referidas palabras de Cristo en un sermon de exequias de un usurero, dijo á sus oyentes: Murió este rico, y yace sepultado en el infierno: id á su tesoro, que allí encontraréis su corazon. Despues de dar tierra al cadáver, fueron sus parientes y amigos á examinar el caso, y hallaron el corazon palpitando todavía entre el dinero.

Otro caso semejante refiere Gabriel Inchino de un avariento, que habiendo atesorado una gran suma murió repentinamente; y habiéndole abierto, para hacer anatomía de su enfermedad, echaron menos el corazon. Admirados todos del suceso, fueron á registrar el arca donde tenia el tesoro, y vieron allí su corazon entre las garras de un horrible demonio, en figura de un espantoso dragon, que lo despeda-

zaba con las uñas, y dijo á los circunstantes: Vuestro amigo me vendió este corazon á precio de plata y oro, y en toda buena justicia no es ya suyo sino mio: con que tengo derecho para hacer de él lo que me diere gusto. Quiso Dios que esto sucediese así, para manifestar á nuestros ojos qué infalible es aquella sentencia del Evangelio: Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.

Considera lo cuarto, otras razones por que no debemos aficionarnos á las riquezas. Ya las señaló Cristo, comparándolas á las espinas. Lo primero, porque la espina causa dolor al clavarse, mientras está clavada y al desclavarla: así las riquezas cuestan gran sudor para adquirirlas, gran temor en guardarlas, y dolor intolerable en perderlas, segun lo que san Bernardo decia: Mayor es el tormento que causan las riquezas con el deseo, que el placer que da su uso: el adquirirlas cuesta mucho sudor, el poseerlas temor, y el perderlas dolor. Lo segundo, porque así como no es fácil coger espinas sin daño de la mano, es dificultoso adquirir riquezas sin grave lesion del alma. Lo tercero, así como las espinas punzan con sola la punta, y en lo demás son tratables; así las riquezas parecen suaves al principio; mas al fin de la vida punzan con tanta crueldad, que llegan á sacar sangre del corazon. Nadie siente en la hora de la muerte mayor tormento que un avaro. ¡Oh muerte, dice el Sábio, qué terrible es tu memoria para aquel que abunda de riquezas en paz y prosperidad!

Lo cuarto, el que tiene espinas en la mano abierta no siente molestia alguna; pero si la cierra, cuanto

mas aprieta mas se punza. Así son las riquezas : si las manejas con mano abierta y liberal, no tendrás daño, sino gran mérito; pero si las aprietas en el puño, si no quieres soltarlas sin dificultad y dolor, si te duele cederlas, como si te arrancasen las entrañas, mortalmente te punzarán el corazon. Aprende, pues, á no aficionarte á ellas, sino á despreciarlas como los Santos, y á imitar desnudo á Cristo; ó á lo menos desembarazado del nímio amor á las riquezas, siguiendo, aunque á lo léjos, las mismas huellas que nos dejó estampadas.

Dureza del corazon.

Nec te verba movent, nec verbera, nec mea dona,
Ferrea prœduri COR adamantis habens.

Pues resiste tu teson
A mi amor, males y bienes,
Infiero, ingrata, que tienes
De diamante el corazon.

LECCION V.

Dureza del corazon.

Cor suum posuerunt ut adamantem, ne audirent legem.
Endurecieron su corazon como un diamante para no oir la ley. (*Zach.* VII, 12).

Considera lo primero, que no hay cosa que mas desvie de Dios el corazon, y mas impida su conversion, que la dureza; porque esta resiste al mismo Dios, y desecha todos los medios conducentes á la salud. Por tanto decia á los judíos san Estéban: Vosotros resistís al Espíritu Santo con vuestra dura cerviz, con vuestra sordera y dureza de corazon. Y ¿qué es corazon duro? Es, dice Orígenes, como por la Escritura consta, el que yerto cual cera helada, y empedernido por la culpa, no recibe la impresion ni el sello de la imágen divina. Con lo cual concuerda lo de Filon. El alma, dice, es semejante á la cera, segun un antiguo; porque si está dura no consiente que el sello se estampe; pero lo admite si está blanda ó medianamente flexible.

Á este modo resiste el corazon duro las impresiones, inspiraciones y toques divinos, los cuales admite el blando; por lo cual decia san Bernardo: Ninguno hasta ahora consiguió salud que tuviese duro el corazon, sino acaso aquel á quien Dios por su misericordia le diese, como dice Ezequiel, corazon de car-

ne, quitándole primero el de bronce. Pasa el Santo á explicar los efectos de esta dureza, y pregunta: ¿Cuál es el corazon duro? Aquel es, responde, que ni se quiebra con golpes, ni se suaviza con piedades, ni se mueve con ruegos, ni se rinde á amenazas, ni cede apenas. Es ingrato á beneficios, infiel á consejos, cruel en sus juicios, descomedido en torpezas, audaz en peligros, inhumano para cosas humanas, temerario para las divinas, olvidadizo de lo pasado, descuidado de lo presente, imprórido para lo futuro. Es el que todo lo olvida, menos las injurias, el que nada deja pasar, el que averigua lo presente, y no atiende á lo futuro, mas que vengarse; y para decir mas breve todos los efectos de este mal tan horrible, es el que ni teme á Dios, ni respeta á nadie.

Considera lo segundo, que la dureza del humano corazon es tal, que se compara á las cosas mas rebeldes, que apenas ceden al arte. San Gregorio dice: Los corazones insensibles se comparan á bronces y mármoles, pues reciben muchas veces golpes muy récios de Dios, y con ninguno se quieren ablandar. Tambien usa la divina Escritura de las mismas comparaciones, llamando al duro entrañas de pedernal, pueblo de dura cerviz, de indomable corazon. Bien sé, dice Dios por Isaías, que eres duro, que tu cerviz es de hierro y tu cara de bronce. Y Jeremías: Endurecieron sus caras sobre el pedernal, y no quisieron volver. ¿Para qué dice que son sus caras mas duras que piedras, sino para significar que el corazon humano excede en dureza al bronce y al acero? Ya sabemos que los mas duros metales se derriten con fue-

go, y ceden á los golpes del martillo; pero el corazon humano no se derrite con el fuego del amor divino, ni se ablanda con golpes de los castigos que le amenazan. El martillo hace pedazos las piedras, y el agua basta á agujerearlas. En la pasion de Cristo se hicieron las piedras trozos, y se abrieron los sepulcros: solos los humanos corazones, por quienes Cristo padecia, ni dan seña de piedad, ni se rompen por la contricion.

Por eso compara Zacarías á los diamantes estos duros y empedernidos corazones. No quisieron atender, dice, volvieron la espalda y marcharon: taparon los oidos por no oir, y endurecieron sus corazones como diamantes por no escuchar la ley. Escriben los naturalistas, que no hay en el orbe cosa mas rebelde que el diamante; y por esto explican los griegos tan extremada dureza con el nombre *adamas*, que significa *indomable*: pero tiene una rara propiedad, segun dice el abad Ruperto, que si lo bañan en sangre de recental, se suaviza aquel nativo rigor. Aun le excede en la dureza el hombre, pues no se rinde á la preciosa y eficacísima sangre de aquel Cordero sin mancha, que en la cruz se hizo por nosotros sagrada víctima, para suavizar nuestros ánimos endurecidos con los callos de nuestras pasiones, y para allanarnos el camino de la vida inmortal. En vista de esto exclama san Bernardo: ¡ Oh duros é inflexibles hijos de Adan, á quienes no rinde tanta fuerza de amor! Tambien admiró esta dureza Bernardo Bahusio, y la ponderó en un epigrama piadoso, vertido en el siguiente

SONETO.

Duros los robles son del bosque Hircano;
Duro es el jaspe del Alpino monte;
Duro el metal que fatigaba á Bronte,
Rebelde aun á las llamas de Vulcano.
Dura es tambien la reja que la mano
Robusta rige, mientras ara Etonte,
Y duro es el índico horizonte,
Terso diamante, martillado en vano.
Mas quien te mira con enjutos ojos,
Del universo Redentor constante,
Penetrado de clavos y de abrojos,
Y no se molifica al fuego amante,
Aun mas duro que los jaspes rojos,
Que el roble, el hierro, el bronce y el diamante.

Considera lo tercero, los muchos y gravísimos males que trae esta dureza. Lo primero, deja Dios de su mano al que tiene el corazon duro; por lo cual dice el Apóstol: Dios los ha entregado á sus inmundos deseos. Y el mismo Dios dijo por boca de David: No ha querido mi pueblo oir mi voz: hízose desentendido Israel; mas yo lo he dejado en manos de sus gustos, y que sigan sus antojos. Vayan por cierto tras el apetito de su corazon: consigan y disfruten cuanto desean á su placer. Lo segundo, estos tales, como dice el Sábio, cuando obran mal, se alegran; y cuanto mas mal obran, mas se regocijan: son sus tratos infames, y perversos sus procederes. Y otra vez el mismo: Como por risa hace una maldad el necio. De aquí se sigue que pierden la vergüenza para pecar; por lo cual dijo Ezequiel: Tiene mucho descaro Israel, y muy empedernido el corazon; y expone san Gregorio: La frecuencia de pecar afila la frente del corazon; y cuanto mayor fuere la frecuencia del de-

lito, tanto menos vergüenza tiene el ánimo. Por eso suele llegar á tanto la dureza, que se hace insensible á la correccion, por haberse endurecido tanto con el uso de pecar, que ya no siente la mano que le palpa, como en otro tiempo dijo Jeremías de Judea, por la frecuencia y desuello con que pecaba: No tienes mas vergüenza que una mujer perdida.

De aquí se sigue lo cuarto, que tienen tapiados los oidos y corazon para los avisos y reprensiones divinas. Incrasado está, dijo Cristo, el corazon de este pueblo: entorpeció sus oidos, y cerró los ojos por no ver, oir ni entender, por no convertirse, y porque yo no lo sane. De esta suerte se van hundiendo hasta el fondo del pecado; y no solo desprecian los remedios, pero aun se hacen tan insensatos, que se echan á dormir en medio de los peligros. Serás, dice la Escritura, como el que se echa á dormir en el golfo, y como el piloto que, habiendo perdido el timon, se entrega al sueño, y dirás: Aunque me azotaron, no me dolió, y aunque me arrastraron, no lo sentí.

¿Qué puede seguirse de esta multitud de males, sino el quinto, que es hacerse incorregibles? por lo cual dice la Escritura: Repara en las obras de Dios, y verás que nadie es capaz de corregir á quien él llega á dejar. En otra parte dice: Perversa es esta gente, ya crió callos en ella su malicia, nunca mudará de idea. Á este se sigue el mayor de los males, que es la impenitencia final, y tras ella la implacable ira de Dios. La divina benignidad, decia san Pablo, te convida á penitencia; mas segun tu impenitente corazon y dureza, vas atesorando su ira para el dia de

la venganza. ¡Con cuánta razon dice el Eclesiástico que el corazon duro lo ha de pasar mal el dia del juicio! pues al modo que el endurecido Faraon, cuando iba persiguiendo los israelitas, fue anegado con su ejército en las ondas del mar Rojo, y bajaron todos, como si fuesen piedras, al profundo; caen como piedras de molino hasta el suelo del abismo infernal los que tienen duro y obstinado el corazon.

Considera lo cuarto, cuánto debes temer el privarte poco á poco de sentido espiritual, y caer en dureza de corazon. No pretendas saber, dice san Bernardo, qué mal es este; si no te horrorizas de tí, tuyo es. Solo es duro el que ni se siente, ni se asusta de sí mismo. Teme, pues, alma fiel, y oye con atencion lo que te intima David: No endurezcais los corazones, si oyéreis la voz de Dios. Escucha tambien al divino Pablo: Tratad de exhortaros unos á otros mientras dura el dia de la gracia, para que ninguno se endurezca con la falacia de la culpa. Cierra los oidos á sus engaños, pues como falaz sirena te atraen dulcemente al escollo de la obstinacion. Mientras no se resiste un pecado, suele deslizarse en otro, y tiene por paradero una costumbre y como necesidad de pecar. La úlcera envejecida, que daba poco cuidado al principio, dice san Bernado, cria costra; de lo cual proviene, que cuanto menos duele, es mas incurable. Y así el alma acostumbrada á pecar, si no recibe prontamente el remedio, con la costumbre contrae un pasmo, del cual pasa á la dureza de corazon, y de esta á la impenitencia, la que aparte Dios de nuestras almas por su infinita misericordia.

Division del corazon.

Me tibi cum totum dederim, vanissima, CORDIS,
Cur mihi, virgo, tui pars aliquanta datur?

Todo el corazon te dí,
Ingrata, por obligarte;
¿Y tú con sola una parte
Quieres contentarme á mí?

LECCION VI.

Division del corazon.

Divisum est cor eorum: nunc interibunt.
Tienen dividido su corazon, ahora perecerán. (*Osee*, x, 2).

Considera lo primero, que Dios ama tanto el corazon humano, que lo pide todo para sí: es tan celoso amante, que aborrece tener en él otro consorte. Por eso lo está pidiendo sin cesar, y desea mucho que nos volvamos á él, diciendo: Convertíos á mí de todo corazon. Desea tambien que con todo él lo busquemos; y así intimó Moisés al pueblo: Hallarás á tu Dios cuando lo busques con todo tu corazon. El mismo Señor dijo tambien: Buscaréisme, y me hallaréis si me buscáreis con todo el corazon. Tambien quiere que con todo él le sirvamos. No te pide Dios otra cosa, Israel, sino que lo temas, lo veneres y le sirvas con todo tu corazon. Desea asimismo que con todo él le amemos, segun lo que está escrito: Ama á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Alaba á los que tienen á Dios presente con todo su corazon, á los que con todo él le siguen, á los que con todo él le obedecen, á los que le ruegan con todo el corazon. Tambien nos avisa que con todo el corazon confiemos en él. Con que quiere

que le demos el corazon entero, cuando tantas veces lo pide todo.

Con razon amenaza san Agustin : ¡Ay de los que tienen dividido el corazon ! dan á Dios parte de él y parte al diablo ; y enojado Dios de que el diablo tenga parte en él, huye de allí, deja que todo lo posea Satanás : y así no extrañemos que diga un profeta : Morirán sin remedio, porque tienen el corazon partido. ¿Quién puede vivir teniendo partido el cuerpo ó el corazon? Por eso eran justamente reprobados y segregados del pueblo de Dios los samaritanos, porque adoraban á Dios y servian á los dioses de los asirios. Por la misma causa maldecia Sofonías á los que juraban en su Majestad y en el ídolo Melcom. Elías los reprendia agriamente, diciendo : ¿Para qué tan opuestas adoraciones? Si creeis que el Señor es vuestro Dios, seguidle ; y si Baal lo es, seguid á Baal. Lo mismo les aconsejaba Samuel : Si deseais convertiros á Dios de todo corazon, arrojad esos idolillos. ¿Quiénes son estos, sino las cosas que ama el mundo, dejando por ellas al Dios verdadero? De aquí nace la partija del corazon ; porque es imposible que con solo uno amemos á Dios y á lo que es contrario á él. Por eso decia el Apóstol, que el hombre casado vive solícito de cosas del mundo ; pues por dar gusto á su mujer, tiene dividido el corazon. Y ¿cómo está dividido? distraido en varios cuidados, que no le permiten vacar á solo Dios, por haber de dar parte de ellos á Dios, y la mayor y principal á sus hijos y mujer. Lo mismo sucede en cuanto amamos. El corazon humano, que, como dice Hugo, antes estaba fijo y constante con el

divino, y amando al Uno, perseveraba uno, despues que comenzó á distraerse por deseos terrenos, se dividió en tantas partes cuantas son las cosas que desea.

Considera lo segundo, que Dios nos ha instruido con muchas figuras á darle todo el corazon. No pudo el ídolo Dagon estar un instante con el arca del Testamento en un altar. Isaías dice que es el lecho tan angosto, que no caben dos en él, y que es tan corta la capa, que no puede cubrir á dos. ¿Qué altar es este, y qué lecho tan angosto que no admite dos juntos, sino nuestro corazon, en que no caben amores diversos? Prohibió Dios en la ley antigua que se echasen dos semillas juntas en una tierra, que arasen el buey y el asno uncidos á un mismo yugo, que se tejiese una ropa de lana y lino, y que de ella se vistiese el pueblo. Esto significa que es imposible conciliar dos amores contrarios en un mismo corazon.

Tambien nos dice Cristo en el Evangelio, que no es capaz un hombre de servir á dos amos opuestos, porque amará al uno, y aborrecerá al otro; que uno le dará gusto, y otro enfado. Esto es muy cierto, porque no es posible mirar á un tiempo dos objetos contrarios, ni caminar á dos términos opuestos; pues, como dicen vulgarmente, el que sigue dos liebres, ninguna coge. Sábiamente lo explicó san Anselmo: Del mismo modo hemos de filosofar del amor de Dios y del corazon del hombre, que del vaso del aceite. Así como cuanto mas lleno está el vaso de agua ó de otro licor, tanto menos aceite puede recibir; así tambien cuanto mas ocupado está nuestro corazon de amor mundano, tanto menos cabe del divino. Con

otro símil lo explicó san Gregorio el Nazianceno en sus versos:

Porque al modo que ver es imposible
Dos rostros ó dos cuerpos juntamente,
Ni en un libro dos hojas es factible
A un tiempo registrar atentamente;
Pues al mirar la una, es infalible
Que, si la ha de atender enteramente
El cuidado de la otra, que apartada
Está, si ve, será muy poco ó nada:
Así el que parte del amor (que debe
A solo á Cristo) con el mundo, queda
Engañado, si piensa que de un leve
Afecto con entrambos partir pueda:
Pero el que deja que el amor se cebe
En uno solo, sin que el otro ceda,
Merece, por leal y por constante,
Llamarse fino y verdadero amante.

Considera lo tercero, la gran facilidad con que vence el demonio á los que parten el corazon con Dios y con el mundo. Parécense á unas águilas bastardas, que viven en charcos y lagunas, y tienen un pié llano como los ánades, con que nadan, y otro con uñas largas y corvas como las águilas, con que apresan; pero son tan villanas, que cualquiera cuervo triunfa de ellas; así son los que desean servir á los dos amos; á Dios por conseguir el cielo, y al diablo por disfrutar el mundo; tienen un pié de águila y de ánade otro; afecto espiritual y amor mundano. Desean disfrutar los regalos de ambas riberas, nadar con el mundo en aguas dulces de bienes de fortuna, y volar con las almas espirituales á la presa de la gloria. Estos villanos son vencidos fácilmente del demonio, significado en el cuervo. Á esto se llega, que los que quieren gozar de Dios y del mundo, en medio de sus ansias no consiguen uno ni otro. Temen darse del todo á los delei-

tes de la tierra, y son excluidos de los de la gloria; porque un corazon ocupado de mundanas heces, no es capaz de recibir favores espirituales: y quedando neutrales y péndulos de este modo, ni son de Dios ni del diablo. Por lo cual persuadia el Nazianceno á una doncella virtuosa, que se entregase á Cristo tan del todo, que no dejase en su pecho lugar al mundo.

Has de unirte á tu Dios enteramente,
Y arrojando de tí al fiero enemigo,
Procura estar con Cristo permanente,
Sujetando tu carne con castigo;
Y no como el que danza con la gente
Dés la mano á distintos; porque amigo,
Cuando á Dios y á la carne tener quieres,
Perdiendo á entrambos, de ninguno lo eres.

Considera lo cuarto, con cuánta justicia desea nuestro Esposo que se le dé el corazon entero, en pago de haberse entregado por nosotros enteramente á sí mismo; pues como canta la Iglesia:

Compañero es cuando nace:
Por manjar se da comiendo:
Dase por precio muriendo,
Y premio reinando se hace.

Cuanto tomó de nuestro ser, tanto expendió por nuestra salud. Considera, pues, que el que te manda que le ames con todo el corazon, quiso que le abriese su costado una lanza, para darte su corazon por la rotura: que el mismo que te manda amarle con toda el alma, quiso primero que por tí fuese su alma preciosísima anegada, y consumida de congojas y ansias mortales; que ese que ordena que le amemos con todas las fuerzas, apuró todas las suyas, por nuestro amor, en el duro tronco de la cruz; tanto, que viéndose totalmente desfallecido, entregó su espíritu en manos del Padre eterno. ¿Por qué no darémos to-

do nuestro corazon á quien se dió todo á nosotros y por nosotros? Bien pudiera nuestro Redentor benignísimo redimir muchos millares de mundos con una sola gota de sangre de su cuerpo, y aun con un solo suspiro; pero quiso verterla por nosotros toda, para hacer notorio lo mucho que nos amaba. ¿Por qué, pues, hemos de ser cicateros con un amante tan liberal, que no le demos mas que una partecita de nuestro corazon? Muy mal le correspondemos si admiten nuestros pechos amores adulterinos.

Poco te ama, Señor, decia san Agustin, quien contigo ama otra cosa que no seas tú, ó no la ama por tí. Solo aquel es amor fino que no admite consorcio en el objeto. Tú solo bastas, alma, para Dios; baste, pues, Dios solo para tí. No admitas otro amante sino á él. No dés á otro parte de tu corazon; entrégalo todo á aquel que se dió todo á tí. Recoge todo el afecto que por tantas criaturas tienes distraido, y ofrécelo todo indiviso al amante de tu alma, que se entregó por tí con tanta galantería.

Así como sucede al carpintero,
Cuando rectas las líneas va trazando,
Que acomoda la regla en el madero,
Y el uno de los dos ojos cerrando,
La vista toda entrega al compañero,
La atencion de los dos en él juntando,
Y con el duro hierro va imprimiendo
La línea que el cordel le va instruyendo:
Así el amor en uno recogido,
El casto pecho al Dios de los amantes
Junta, y con él en lazo estrecho unido
Adelanta el deseo por instantes:
Desea al deseoso, y prevenido,
Al que viene le sale al paso antes:
Y cuanto mas querido y deseado,
Tanto mas corresponde adelantado.

Insaciabilidad del corazon.

Non triquetrum toto COR est satiabile mundo,
Solum, quæ fecit, COR replet una Trias.

Al corazon triangular
No lo llena globo ninguno:
Solamente el Triniuno
Es quien lo puede llenar.

LECCION VII.

Insaciabilidad del corazon.

Insatiabilis oculus cupidi.
El ojo del avaro no se sacia.
(*Eccli.* XIV, 9).

Considera lo primero, que es tal el buque de tu corazon, que ninguna criatura, por grande que sea, puede llenarlo ni saciarlo. Por eso un filósofo, preguntando cuál era la cosa mayor y menor, como otro dijese que era el ojo (pues siendo una parte tan pequeña del cuerpo, comprende con la vista todo el mundo), respondió que el corazon era la cosa mayor y menor; porque abraza en sí, no solo al mundo criado, sino á lo que es sobre todo el mundo; tanto, que se extiende con su amor y deseo á lo infinito. De esto nace, que no hay cosa que lo pueda saciar, sino únicamente Dios. El que desea dinero, dice san Bernardo, nunca se sacia: el que desea deleites, no se harta: el que busca gloria, no se llena; y, finalmente, el que ama al mundo, ni con todo él queda harto. Así vosotros, fatuos hijos de Adan, engullendo brebajes inmundos, no alimentais vuestras almas hambrientas: cebais sí el hambre de vuestras almas. Sola vuestra hambre se engolosina con semejante alimento, sola ella gusta de este plato; pero antes se sacia-

rán los cuerpos de viento puro, que los humanos corazones de oro.

Tanto el amor al dinero
Crece con ansia avarienta,
Cuanto el dinero se aumenta.

Y como el Trágico cantaba de un codicioso:

Desea con las riquezas
Saciar su avaro deseo,
Sin que baste á su codicia
Del Istro el caudal entero.
No de Lidia los tesoros,
No del Zéfiro los reinos,
No las doradas arenas
Del sacro Tajo ni de Ebro,
No de Hidaspes la corriente,
Ni aunque con undoso cerco
El Ganges sus tierras ciña;
Porque para su deseo
Poco es la naturaleza,
Porque, en fin, es avariento.

San Juan Crisóstomo compara la codicia del avaro á la sed que causa un tabardillo. Al modo que no se mitiga con bebida el ardor de la fiebre, antes bien se aumenta; el que adolece de avaricia, cuanto mas dinero ofrece á este vicio, mas adusto que toda bile negra, se enciende con mas furiosa llama. Por eso nunca dice *basta* el corazon insaciable del avaro, ni se sacia de torpezas el lascivo.

Pues nunca la codicia,
Mónstruo voraz, se pudo ver hartarse;
Fiera que, en su avaricia,
Nunca, aunque mas se cebe, ha de saciarse.

¿Quién podrá persuadirse que la ambicion se ha de saciar con títulos relevantes? pues como dijo Sé-

neca, nunca equivale el logro á la esperanza; por juzgar el ambicioso que eso y mucho mas tiene merecido, y que exceden sus obras á todo premio. Cuanto mas tenemos, mas deseamos, porque nos punza el ansia de tener mas. Es la ambicion como la llama; mas voraz y mas viva cuanto es mayor la materia. No tiene término ni límite; pues aunque Dios

De mil honores al ansioso llene,
Por despreciables tiene
Los adquiridos ya; que su codicia
Mayores bocas abre á la avaricia.

Y así no se hallará en todo el mundo con que saciar nuestro deseo. Y ¿qué es el mundo? escucha á Justo Lipsio:

Todo es cuanto hay en el mundo
Humo, viento, sombra, farsa:
Y, por decirlo mejor,
Todo cuanto tiene es nada.

¿Cómo podrá la nada llenar el inmenso buque de nuestro corazon? Podrá el alma, hecha á imágen de Dios, dice san Bernardo, ocuparse con cosas criadas; pero no puede llenarse con ellas. Creamos á san Agustin que dice de sí mismo: Íbame yo tras esto y aquello, y nada me llenaba; mas en hallándote en mí á tí, inconmutable, singular, indiviso y único bien mio, nada necesito, nada deseo; porque teniéndote á tí, me sobra todo.

Considera lo segundo, que aun la misma figura del corazon insinúa su inmensa capacidad. Es piramidal, y forma un triángulo, como se ve. Ninguna figura puede llenar la triangular, si no es triangular tambien.

El mundo, el cielo, los astros y elementos son esféricos; con que no pueden llenar sus tres ángulos. Conclúyese, pues, que ni todo el globo del mundo puede llenar los senos del corazon humano. Así lo declaró aquella insaciable ansia de Alejandro, que oyendo á su camarada Anaxarco que habia muchos mundos, en opinion de Demócrito, exclamó diciendo: ¡Pobre de mí, que aun no soy dueño de uno! El ámbito y posesion de tanta gloria, dice Valerio, que para todos los dioses era sobrado, para aquel hombre vino estrecho. Por eso le dijeron, como refiere Quinto Curcio: Si los dioses hubieran medido tu cuerpo por la ambicion de tu ánimo, no cupieras tú solo en todo el mundo; porque con una mano llegarias á Levante, y con otra al Occidente. De él cantó Juvenal:

Angosto es á Peleo
El ámbito del mundo; ya en la tierra
No cabe su deseo:
Mas siente cruda guerra
De verse tan ceñido,
Y á la estrechez de un orbe reducido.

Mas pequeño era el mundo que su anhelo; por lo cual dijo Petronio:

Todo el mundo por alfombras
Alejandro poseia,
Y poco le parecia.

Admírate y pasma de esta inmensidad de corazon. ¡Oh tú, que guardas el tuyo, exclama san Bernardo, mira qué pequeño es y qué ambicioso! pequeño es, pero cabe mucho. Aun no basta él para almuerzo de un gavilan, y no basta todo el orbe para él. Con él solo paseas por todo el mundo, corres sin piés, obras

sin manos, no tienes alas y siempre vuelas, amontonas riquezas y nunca te sacias. En otra parte dice: El corazon se distrae por varios objetos: anda de aquí para allí, buscando dónde descansar, y no halla cosa que lo sosiegue hasta que se vuelve á Dios. De un pensamiento va á otro: varia de ocupaciones y aficiones, para llenarse con la variedad á lo menos de las cosas, ya que no puede saciarse con ellas. De este modo va cayendo la humana miseria, si la deja la divina gracia.

Desprecia, pues, alma mia, estas cosas, que no pueden llenar tu corazon. Deja estas visibles; que no se sacian los ojos con solo ver. Desecha todo lo que divierte los oidos curiosos; que no se satisfacen con solo oir los oidos. Renuncia, en fin, todo el mundo; pues cuanto mas poseyeres, tendrás menos de sosiego. Á donde quiera que vuelvo los ojos, decia san Agustin, desestimo cuanto veo, aunque posea y goce lo que habia deseado. ¿Cuándo estará mi deseo colmado de gozo? Nunca quedaré satisfecho con estas cosas perecederas; nunca me veré harto de las caducas. Dénme alguna eterna que enteramente me satisfaga. Busca, alma mia, tu bien: pero no hay mas bien que Dios. Tu bien es el sumo Bien. Eleva tu esperanza al Bien de los bienes todos, al que solo puede saciar de bienes tus deseos.

Considera lo tercero, que sola la Trinidad es capaz de habitar y llenar el triangular corazon. El alma mia que tú criaste, Señor, dice otra vez Agustino, es tan capaz de tí, que nadie puede llenarla sino tú: cuando á tí te tiene, queda satisfecho su deseo, y no

echa menos cosa alguna de este mundo. Si desea alguna exterior, es evidente que no te tiene á tí: pero en gozándote á tí, no tiene mas que desear; porque siendo tú el sumo y todo bien, posee todos los bienes en tí. Dios Padre llena la memoria, el Hijo el entendimiento, y la voluntad el Espíritu Santo. Por eso fue criado el hombre á imágen y semejanza de Dios, para que conociese al sumo Bien, conociéndolo lo amase, amándolo lo poseyese, y con la posesion lo gozase. No se dice que descansase Dios en alguna criatura, sino en el hombre. Crió la luz, crió el firmamento, el cielo, tierra, sol, luna y estrellas, crió aves, peces y bestias, y en ninguna de estas criaturas se dice que descansó. Pero luego que vió formado al hombre á imágen y semejanza suya, se dice que descansó de todo cuanto habia hecho; dando á entender que escogia el pecho humano para su reposo y domicilio.

¡Feliz alma, dice san Bernardo, en quien Dios descansa! ¡feliz aquella en cuyo pecho reposa! ¡Dichosa la que puede decir con verdad: El que me dió el ser descansa en mi tabernáculo, y no me negará el descanso eterno! Tambien habita Cristo dentro de nosotros por la fe, como afirma san Pablo; porque Cristo está en la fe, la fe en la mente, y esta en el corazon. Este dulcísimo huésped sacia de tal suerte el deseo, llena de tal manera la posada que ocupa, que no deja ni un pequeño lugar para otra cosa. ¿Deseas tú, alma mia, tener y poseer á tu Dios? pues haz que Dios te posea á tí. ¡Qué bien nos aconseja san Próspero! El que se recrea con la ambicion de tener mas, procure tener á Dios, que contiene en sí todo cuanto crió,

y en él hallará cuanto desea tener. Pero como nadie posee á Dios sino aquel que primero es poseido; procure ser primero herencia y posesion suya, y de este modo será Dios su herencia. ¿Quién puede ser mas feliz que aquel que posee por censo á su Criador, y por herencia suya la Deidad?

SEGUNDA CLASE.

VUELTA Y LIMPIA DEL CORAZON.

Vuelta á su coruzon el alma pecadora, entra, guiándola Dios en esta clase, á la primera de las tres vias, que es de los principiantes, y por sus ejercicios se llama purgativa. Las lecciones que aquí se dictan, miran por lo comun á que el corazon, arrojado delante de Dios, se purgue de sus vicios y malos deseos, y por la penitencia se golpee y se humille, para que el que antes estaba endurecido y asqueroso, se enternezca y quede limpio. Expresó este estado el Esposo celestial cuando dijo á la Esposa que guardaba la viña: Ya el invierno pasó, ya cesó la lluvia, y llegó el tiempo de la poda. *Lo cual, como expone san Bernardo, quiere decir: Ya es tiempo, esposa, de trabajar; ya pasó el invierno que impedia la labor; ya cesaron las lluvias que inundaban las tierras, ahogaban las plantas, y no permitian arar ni esparcir semillas; ya estamos en la estacion benigna en que hay comodidad para las labores; ya se acercan los frutos y las mieses. Despues explica lo que*

ha de hacer, y dónde, diciendo : Ya es tiempo de podar. *Instrúyela en el cultivo de viñas; mas para que dén á sus colonos mas abundancia de frutos, es necesario ante todo arrojar fuera los sarmientos vanos, quitar los dañosos, y podar los supérfluos. Y ¿qué es esto, dice Honorio, sino cercenar diariamente el follaje y lozanía de las hojas, que son las obras y palabras supérfluas? Tambien se deben quitar, dice Filon Carpatio, los pámpanos infructuosos, arrancando de raíz todos los vicios, y expurgando de toda culpa las almas que desean ser esposas de Cristo. La vid bien podada, dice Teofrasto, brota con mas pujanza, fructifica mas, y es de mas larga duracion. Por eso poda el celestial Viñador los sarmientos estériles, para que la viña espiritual sea mas fecunda. A esta labor y á esta poda espiritual se dirige toda la doctrina que se propone en las lecciones de esta clase.*

Vuelta al corazon.

Quin mihi jam toties revocata reverteris ad COR?
Nolle redire, merum velle perire, puta.

Vuélvete á tu corazon,
Si no quieres perecer:
Porque no querer volver
Es querer tu perdicion.

LECCION VIII.

Vuelta al corazon.

Redite prævaricatores ad cor.
Entrad en vuestro corazon, prevaricadores.
(*Isai.* XLVI, 8).

Basta, alma cristiana, de vaguear: tiempo es ya de tocar á recoger. Hasta ahora seguiste las huellas de tu errante corazon, que con ímpetu ciego marchó tras los gustos y placeres de su apetito. Ya viste la estolidez del alma boba, que no solo se alejó de Dios á gran distancia, sino tambien de sí misma; pues como dijo el sábio Cordobés: En todo están los malos menos en sí. No estaba en sí san Agustin antes de su conversion; pues vemos cómo se quejaba, diciendo: ¿Dónde estaba yo, Señor, cuando andaba en busca tuya? Tú estabas delante de mí; pero si no me hallaba yo á mí por no estar en mí, ¿cuánto menos te hallaria á tí?

Escucha ahora lo que dice un profeta: Volved, pecadores, al corazon. Vuelve tú al tuyo, alma mia; no te acobarde la jornada, aunque haya mucho que andar; que tanto hay para volver á él, cuanto anduviste para huir de él. Si te fuiste siguiendo los ídolos sensuales á tan distantes regiones, es preciso que desandes para la vuelta todo lo que anduviste para la fuga. Si te volviste á Egipto con el deseo, como los

hijos de Israel, es necesario que traigas de allá tu corazon. No pienses que está cerca de tí. ¿Qué cosa mas vecina á nosotros, dice san Gregorio, que nuestro corazon? ¿qué cosa mas cercana? pero cuando se distrae por sus vagos pensamientos, no hay cosa que mas diste de nosotros. Por lo cual dice el Profeta, que vaya léjos de sí el que ha de volver á su corazon: pues cuantos mas caminos anduvo por fuera, tantos menos encuentra para volver á su casa. Apiádate de tí, si deseas agradar á Dios, y recoge tu corazon en santidad.

Considera, pues, ¿qué quiere decir, *volver al corazon?* Sabráslo, si entendieres qué es salir de él. Uno y otro explica san Gregorio bellamente. De dos modos, dice, salimos de nosotros; ó cuando caemos debajo de nosotros por alguna culpa, ó cuando por la gracia de la contemplacion nos elevamos sobre nosotros. De lo primero es ejemplo aquel pródigo porquerizo que, por su distraimiento y por la incontinencia, cayó debajo de sí; pero reflexionando despues sobre los bienes que habia perdido, se escribe de él, que *volvió en sí*, y dijo: ¡Ah! ¡cuánto alimento sobra á los criados en casa de mi padre! De lo segundo pone por ejemplar á san Pedro, que despues de verse libre de la prision, se dice que *volvió en sí*, porque se habia arrobado en éxtasis; y como se habia elevado sobre sí, estaba fuera de sí. Uno y otro *volvió á sí:* el uno cuando de su culpa se recogió al corazon; el otro cuando desde la elevada cumbre de la contemplacion se restituyó á su sentido natural. Empero aquí solo tratamos del primer modo con que se aleja nuestro

corazon, el cual declara el mismo Santo, diciendo: Cuando somos arrebatados fuera de nosotros por impulsos de nuestros pensamientos, nosotros somos, mas no estamos en nosotros; pues sin vernos á nosotros, vagamos por objetos varios.

Por lo dicho se ve fácilmente qué es volver al corazon, ó volver á sí. Explícalo Ricardo de este modo: Despues que salimos, volvemos como á la casa de nuestra morada, cuando despues de las ocupaciones exteriores recogemos la vista de la mente á registrar por todas partes nuestras contumbres, y escudriñando lo mas recóndito de nuestros ánimos, llegamos á averiguar qué tales somos. ¿Quieres volver á tu corazon? pregunta un docto, pues conócete á tí mismo. Piensa, recapacita y pregúntate: ¿Dónde estoy? ¿cómo vivo? ¿qué espero? ¿qué deseo? ¿qué será de mí si muero en este estado? ¿qué paradero será el mio? ¿qué penas corresponden á mis culpas? Este es el camino real que derechamente te volverá á tu corazon. Con estas consideraciones se va engendrando el santo temor de Dios en el alma; y el que teme á Dios, volverá á su corazon, como dice la Escritura.

Considera lo tercero, que Cristo propone á nuestra vista una viva idea, así de la fuga como de la vuelta al corazon, en la parábola del pródigo. Este, habiendo recibido la porcion de su patrimonio, marchó á una region muy remota, donde todo lo disipó en una estragada vida, hasta que apurado del hambre se puso á servir á un paisano de aquella tierra, quien luego lo envió á una granja. Esta es la fuga del pródigo; y esta es la ausencia de cualquiera que sale de

sí, al cual imita el pecador. Primeramente deja la casa de su padre Dios, y se va á país remoto. Este país es el olvido de Dios, en sentir de san Agustin ; pues cuanto mas grave fuere el pecado, tanto mas se aleja el hombre de Dios y de sí mismo.

¿Qué mayor ausencia puede haber, pregunta san Ambrosio, que alejarse de sí, no por interposicion de regiones, sino por malas costumbres; no por mediacion de provincias, sino por repeticion de culpas, separándose de la compañía de los justos por el fogoso ardor de sus deseos? El que se separa de Cristo se aleja del cielo, y se avecinda en el mundo. Y ¿qué hace en ese país? ¿qué? disipar toda su herencia en una vida torpe, lasciva y glotona; pues cuando se aleja de Dios, cuando se olvida de su temor, como interpreta Teofilato, desperdicia el divino patrimonio. Los que están cercanos á Dios no hacen cosa digna de castigo, como dice un salmo : Siempre tenia yo presente al Señor, y le tengo á mi vista por no pecar. Mas si se ausenta de nosotros, somos apóstatas infieles, capaces de hacer muchas maldades, segun dijo David : Los que se alejan de tí perecerán.

Aun no está aquí toda la miseria del pecador. Pónese á servir y á guardar cerdos. En la tierra del olvido y en el país de la muerte sirve el pecador al demonio, quien lo destina al infame ministerio de porquerizo. Y así, dice Tito Bostrense, justamente es contado entre cerdos el que se revuelca en el cieno de la torpeza; y perseverando algun tiempo en su obscenidad, se propone á otros como ejemplar de perdicion, alimentándolos y engordándolos con la pési-

ma enseñanza de su torpeza y detestables dogmas de lujuria. Los demonios, dice san Pedro Crisólogo, son cerdos que se alimentan y engordan con inmundicias de vicios. San Jerónimo añade: La embriaguez, gula, lujuria y demás vicios son pasto comun de los demonios. Aun no para aquí la miseria del pródigo. Viéndose perecer de hambre, no halla quien le dé siquiera el inmundo pasto de los cerdos, aunque tras él se le van los ojos. Desea hartarse de los deleites de sus vicios el pecador; pero es insaciable el hambre de pecar. Esta casta de diablos no permite que nadie se sacie de gustos; y porque no los deje están siempre irritando el apetito. Este es el desvío del pecador y del pródigo.

Considera ya su conversion, y vuelta á casa de su padre. *Volvió en sí*, y dijo: ¡Cuántos jornaleros tienen en casa de mi padre el pan de sobra, y yo estoy aquí pereciendo de miseria! Vuelve á sí, dice san Ambrosio, porque salió de sí; pues el que vuelve al Señor, se vuelve á sí; y el que de Cristo se desvia, á sí mismo se hurta. Atiende ahora dos motivos principales que le impelieron á volver. El primero, la consideracion de la antigua felicidad y abundancia que con su padre tenia, en cuya casa andaba para los jornaleros el pan de sobra; esto es, donde aun los que sirven á Dios, por el jornal del premio, abundan de copiosos beneficios de espíritu. El otro motivo fue la consideracion de la propia miseria y hambre que lo tenia al umbral de la muerte. Este trabajo le dió juicio para que volviese á su corazon, y marchase en busca de su padre; y así dijo: *Levantaréme é iré á*

mi padre. Levantóse, fué, conoció su culpa, pidió perdon, y lo consiguió. Si tú, alma mia, siguiendo sus huellas, te has ausentado de tu corazon y has caido en el profundo del pecado, no te detengas en ese país mucho tiempo. Pues seguiste al errante, sigue al penitente; pues seguiste al que se fué, sigue al que volvió. Consideró el pródigo la felicidad de la patria y la miseria de la servidumbre, y esto le obligó á volver. Anda, pues, é imítalo tú.

Considera tambien que es tan benigna la misericordia de Dios con algunos, que con la eficacísima suavidad de su gracia los hace volver en sí, aun como forzados y repugnantes á los divinos llamamientos. Así como Lot, cuando con su familia pereceaba salir de Sodoma, no obstante la órden divina, tomándolo los Ángeles de la mano le sacaron fuera; tambien cuando algunos son rebeldes á la luz interior, y se hacen sordos á las voces que Dios les da, los toma como por la mano, y con el poderosísimo auxilio de su gracia los reduce á su corazon. Esto sucedió á san Agustin, quien, como luchando con las inspiraciones divinas, volvió á su corazon, aunque por muchos rodeos. Oigamos de su boca cómo describe esta lucha.

Tú, decia á Dios, entre las palabras de Poticiano me retorcias hácia mí mismo, desmontándome de mis hombros, donde por no verme yo me habia puesto. Presentábasme á mi vista para que viese yo cuán torpe estaba, qué torcido, súcio, manchado, contrahecho. Veíame, y yo me causaba horror á mí; mas no sabia á dónde huir de mí. Si queria retirar la

vista, el mismo aspecto decia lo que yo era. Volvias tú á ponerme delante de mí, y conmigo me dabas en mis ojos, para que me viese y aborreciese mi torpeza; mas disimulaba, aguantaba, y olvidaba mi culpa. ¿Qué no dije contra mí? ¿Con qué ramales de sentencias no castigué mi alma, porque me siguiese á mí, que intentaba ir tras tí, y lo resistia? Rehusaba, mas no se excusaba: pero acabábanse los argumentos, y quedaban sin respuesta. Esto refiere de sí san Agustin.

¡Ojalá, benignísimo Dios, me conviertas así, me vuelvas á mi corazon y reduzcas á tí mi rebelde voluntad! Temo mucho que sea tarde, y que en el dia de mi muerte y del juicio me arguyas y me pongas á mí delante de mí. ¿Qué haré entonces cuando ya se acabó el tiempo de obrar? ¿cómo volveré á mi corazon cuando este sea presentado en aquel tremendo tribunal, y no se le dé tiempo para volver? Tarde piensa en su conversion el que acaba el período del vivir y toca en la raya de la eternidad. Atended á esto los que olvidais á Dios. Cuidado no os llame á juicio, que no habrá quien os libre de su mano.

Considera finalmente el fruto de volver al corazon. Á mas de que vuelve hácia Dios el alma por los mismos pasos que vuelve á su corazon, que es la mayor utilidad, logra tener paz estable y tranquilidad permanente, como testifica David: Dará Dios, dice, paz á su pueblo, á sus electos y á los que vuelven á su corazon, paz cual no puede dar el mundo, paz que excede todo entendimiento, paz que defiende nuestro corazon é inteligencia, la cual comunica á los que

le aman el Dios de nuestro corazon y príncipe de la paz. Gozará, pues, de gran tranquilidad en su interior el que con fervor y frecuencia se vuelve á su corazon por medio de un puntual exámen de su vida.

Muchos Santos los experimentaron así, y especialmente nuestro beatísimo Padre san Benito, de quien escribió san Gregorio, que dejó el consorcio de aquellos monjes disolutos que intentaron matarlo con veneno, y dice: Volvióse entonces á su amada soledad, y habitó solo consigo á vista del Inspector soberano. Y explicando qué sea *habitar consigo,* prosigue: Si este santo hombre se hubiera empeñado en mantener el gobierno sobre aquellos monjes disolutos, que conspiraban unánimes contra su vida, por ser desemejantes á él en la observancia, acaso hubiera decaido su vigor, acaso hubiera alterado el temple de su tranquilidad, y acaso hubiera retirado sus ojos de la luz de la contemplacion; pues con la continua fatiga de corregir á otros, acaso descuidaria de sí y no los ganara á ellos. He dicho que *habitó* siempre *consigo* este venerable varon; porque remirado siempre en escoltarse á sí, contemplándose, sin pestañear, en presencia de su Criador, y examinando continuamente su vida, nunca permitió que sus ojos interiores mirasen fuera. Imítalo tú, alma mia, y despues de haberte recogido á tu corazon,

Búscate dentro de tí,
Y nunca salgas de ahí.

Derramamiento del corazon.

Vota quid occluso, quid vulnera pectore celas?
Ante Deum fusæ COR natet, instar aquæ.

¿Para qué oculta tu pecho
Congojas y ansias mortales?
Nade en liquidos raudales
Ese corazon deshecho.

LECCION IX.

Derramamiento del corazon.

Effunde sicut aquam cor tuum ante conspectum Domini.
Derrama como agua tu corazon ante la presencia del Señor. (*Thren.* II, 19).

En volviendo á su corazon el alma fugitiva, debe primeramente llevarlo hácia Dios, aunque él lo repugne y resista ; presentarlo en su presencia, y derramarlo delante de él, como arrojándolo de sí. Esto es lo que aconseja David, diciendo: Derramad en su presencia vuestros corazones. Y Jeremías: Derrama tu corazon como agua en la presencia divina. No retengais vuestros corazones, dice Agustino, dentro de vosotros; derramadlos delante de Dios, que no se pierde lo que derramais; él lo recoge: y si él lo recibe, ¿qué temeis derramarlo? Pon tus cuidados en Dios y espera en él.

De varios modos se expone esta cláusula *derrama tu corazon,* y todos hacen á nuestro instituto. Entiéndese lo primero, que se evacue de pecados y vicios; en cuyo sentido vierte el Caldeo el lugar citado de los Trenos, derrama como agua tu malicia, reduciendo tu corazon á penitencia. Y en otro lugar del cap. VII del lib. I de los Reyes, en que nuestra Vulgata

lee: Juntáronse los israelitas en Masfa, sacaron agua, y la vertieron en la presencia de Dios, y ayunaron aquel dia, diciendo: Muy irritado tenemos al Señor con nuestros excesos; vierte el mismo Caldeo: Derramaron delante de Dios sus corazones como agua, en lágrimas y penitencia. San Ambrosio añade que debe pugarse tambien de toda malicia, para que se haga capaz de recibir la gracia. Y así dice el Apóstol: Renovad el espíritu. Cuando se evacua la malicia antigua, se recibe nueva gracia con que el alma se renueva. Antes de aplicar remedios confortativos, procuran los médicos evacuar los humores picantes con purgas y vomitorios. El vaso que tuvo algun olor, es preciso que se lave primero para que pueda recibir otro. Si nuestro corazon no arroja de sí el pestilencial hedor de la culpa, no es capaz de recibir nueva gracia. Y así si deseas, alma, recibir el bien, arroja el mal. Pretende Dios infundir dulce miel en tu interior; pues vomita toda la hiel. Desea llenar de su precioso vino el vaso de tu alma, como tú arrojes el vinagre que lo aceda.

Advierte que nos manda derramar el corazon, no como aceite, sino *como agua*, porque siempre queda alguna porcion de aceite en la vasija; pero cuando se vierte agua, no queda en el vaso ni una gota. Así hemos de arrojar los pecados del vaso del corazon, de modo que, como dice Hugo, cardenal, no quede en los ademanes externos su color, en las palabras olor, ni en los afectos sabor. Debe hacerse esta evacuacion, no en público teatro deseando que lo vea el mundo, ni con otro fin siniestro; sino sola-

mente delante de Dios, contra quien cometimos la maldad. De esta suerte obraba el penitente David, diciendo á Dios: Ya te he manifestado mi delito, haciendo patente á tus ojos mi pecado; y por haber confesado mis malas obras, me ha perdonado tu piedad las culpas. Y pues tú, alma mia, imitaste á David en la culpa, imítalo tambien en la penitencia.

Considera lo segundo, que de la efusion referida se sigue otra, segun Rabano, Ruperto y Pascasio infieren de las palabras del Profeta. Uno de ellos lo interpreta así: El que produce de lo íntimo del pecho lágrimas de dolor, derrama su corazon como agua en la divina presencia, porque el espíritu atribulado es para Dios el mas grato sacrificio; pues mira con benignos ojos el corazon lloroso. Sobre cuyas palabras añade Gaspar Sanchez una explicacion muy conforme: No ceses, dice, de gemir y llorar, hasta que agotada la fuente de las lágimas corra destilado el corazon por las mejillas. Buen ejemplo tenemos en aquella pecadora que regó con arroyos de lágrimas los piés de Cristo sentado á la mesa del fariseo; y no solamente vertió lágrimas á fuerza del dolor de su pecado, sino que entre ellas derramó en presencia del Señor su corazon desleido. De tal suerte lo habia licuado el fuego del amor divino que en su pecho ardia, que pudo derramarlo fácilmente á los piés del Señor, quien en vista de tanto exceso dijo: Mucho se le perdona por lo mucho que ama. Tambien aquella triste Ana, deseosa de la fecundidad de Fenena, lloraba amargamente en su oracion. Como He-

lí presumiese que procedia su sollozo de embriaguez, respondió ella : No es por cierto lo que pensais ; sino que he derramado mi alma en presencia del Señor.

Imita á estas dos mujeres, alma penitente, sacando de la mina de tu corazon tan copioso cauce de lágrimas, que pueda nadar en ellas. Las lágrimas del corazon quitan todas sus manchas, lavan la ropa del alma, como dice san Agustin, y la restituyen el candor de la inocencia. El llanto que procede de dolor, como afirma Casiodoro, es alimento de las almas, consuelo de pecadores y lavatorio de culpas. Y así como despues de una récia lluvia queda el aire purificado y sereno ; á la inundacion de lágrimas se sigue una serena tranquilidad de ánimo. San Juan Clímaco pondera muy bien el precio grande que tienen las lágrimas vertidas en la oracion. Claman á Dios las congojas y suspiros, y las lágrimas de temor hacen oficio de nuncios. Aquellas que el amor santo derrama, son claro indicio de que es bien recibida nuestra súplica.

Considera lo tercero, que este derramamiento de alma se hace comunmente en la oracion, lo cual se explica con la misma accion de derramarlo ; y por eso decia David : Derramad vuestros corazones delante de Dios, y decid, él nos ayudará. Con la misma fórmula decimos, derramar ruegos y oraciones para explicar nuestras súplicas. En el libro de Judit se lee, que todo el pueblo derramaba al Señor unánimes ruegos, mezclados con lamentos y sollozos. En el título del salmo CI se escribe: Oracion de un pobre

congojado que derrama sus ruegos en la presencia de Dios. El mismo David decia en otro salmo : Derramo mis ruegos á su vista, y hago patente á sus ojos mi congoja. Derramar, pues, el corazon en la oracion, es como quitarle la tapa, hacerlo patente á los divinos ojos, y poner á su vista todos los afectos, dolores y angustias del ánimo, todas sus ansias y deseos, para que los atienda y socorra. Insigne ejemplo tenemos en Cristo nuestro bien, quien, viendo tan cercana su pasion, oró á su Padre en el huerto, manifestándole la gran congoja que afligia su ánimo. Puesto en la agonía oraba con tanto fervor, que prorumpió en un sudor de sangre tan copioso, que goteaba y chorreaba hasta el suelo, de modo que derramaba oracion y sangre á un tiempo mismo.

Pero debes observar cinco afectos que se insinúan en la cláusula del Profeta, en que nos intima que derramemos los corazones, los cuales pueden sacar en la oracion los penitentes. El primero es afecto de gran dolor ; porque con él suelen explicar los suyos los que se hallan congojados, proponiéndolos para mover á compasion á sus oyentes y amigos con lágrimas, suspiros y lamentos. El segundo es de humildad, vertiendo á los piés del Señor su corazon como si fuese agua. El tercero de sinceridad, manifestando á Dios todos sus afectos, sin reservar ni ocultar alguno. El cuarto de resignacion, dejando todas las cosas á la divina Providencia. Y el quinto, finalmente, de confianza y esperanza firme, desprendiéndose de todo cuanto desea, y poniéndolo en manos

de Dios. Aprende á excitar estos afectos en la oracion. Conviértete á Dios, alma mia, y por estos cinco caños vierte tu corazon como agua en la divina presencia.

Circuncision del corazon.

Crux capulum, chalybem cultro dat lancea, clavi
Ferrum, hoc COR circumcide Deoque sacra.

Dale á Dios tu corazon,
Despues de circuncidado;
Que los que cuchillo han dado,
Cruz, clavos y lanza son.

LECCION X.

Circuncision del corazon.

Circumcidite præputium cordis vestri.
Circuncidad el prepucio de vuestro corazon. (*Deut.* x, 16).

Considera lo primero, que mandó Dios á su escogido pueblo judáico, que circuncidase su carne, para que se distinguiese de las demás gentes del mundo, y para que siempre llevase consigo la dolorosa y vergonzosa marca del pecado. Cristo nuestro mediane-ro, que vino á observar la ley y no á relajarla, dió cumplimiento á este precepto, como tambien á otras ceremonias é institutos legales; y sin haber pecado jamás, recibió espontáneamente por los pecadores la violenta herida de la ley, manifestando en esto su grande amor; pues no solo se minoró por nosotros y nuestra salud, y se hizo inferior á los Ángeles vistiendo nuestra naturaleza, sino que, como dice san Bernardo, aun se hizo inferior á otros hombres, tomando no solo la forma de hombre, mas tambien la de pecador y la marca de infame. Y ¿qué es la circuncision sino indicio de culpa y de superfluidad? Esta quiso recibir, no por sí, sino por nosotros miembros suyos; por lo cual le debemos infinitos agradecimientos.

En esta circuncision carnal debe hacer el cristiano

lo que místicamente se mandó en el Deuteronomio. Si encontrares en tierra ó en árbol algun nido y en él la madre sobre sus huevos ó sus pollos, no apreses la madre con los hijos; mas para que te suceda bien, suelta la madre y reserva los polluelos para tí. Y ¿qué significa soltar la madre y retener los hijos, sino dejar la observancia literal como madre, y retener los sentidos espirituales, que son sus hijos, como dice santo Tomás? En el árbol eminente de la Escritura hemos hallado el nido de la circuncision. Soltemos la madre, que es la circuncision carnal, y guardemos los polluelos, esto es, los sentidos místicos ó la espiritual circuncision. Esta es propia de cristianos, la carnal es de judíos.

Considera lo segundo, que con la circuncision carnal nos enseñó Cristo la espiritual. Así como murió por pagar nuestros delitos, y resucitó para justificarnos, podemos decir tambien que fue circuncidado por nuestra circuncision. Fue circuncidado, dice Eusebio Emiseno, para intimarnos lo que se figuraba en aquella ceremonia; para que, al modo que aquel oculto miembro quedaba despojado de la túnica, se despoje nuestro corazon interiormente de toda concupiscencia. Por esto nos encarga repetidas veces la Escritura la circuncision espiritual, la cual dice san Pablo que se ha de hacer segun el espíritu y no segun la letra, y que su aprobacion ha de ser de Dios y no de los hombres. Moisés dijo tambien á los israelitas, que cercenasen lo supérfluo de su corazon, y que Dios habia de circuncidar los corazones de ellos y sus descendientes para que lo amasen de veras. Je-

remías les amonestaba que se circuncidasen para Dios, cercenando lo supérfluo de sus corazones.

Al contrario, son reprobados los de corazon incircunciso, como se colige de lo mucho que Dios se queja por el mismo Profeta, diciendo: Todo Israel tiene sin cercenar el corazon. Á Ezequiel mandó que dijese á su pueblo: Basta ya, Israel, tanta maldad, sin que introduzcas hombres profanos que no han circuncidado el corazon. Y el glorioso protomártir san Estéban decia á rostro firme á los judíos: Siempre haceis frente al Espíritu Santo con vuestro incircunciso corazon. Por eso es necesaria la circuncision ó monda del espíritu; que la carnal es ya veneno. Y así como de la carnal dijo san Pablo: Aunque os circuncideis, de nada os aprovechará Cristo; dirémos de la interior: Si no circuncidais el corazon, Cristo no os aprovechará. ¿Quién habrá que no reciba este cercen con gusto, y que no desee con las mayores ansias esta circuncision espiritual, sin la que no podemos tener consorcio con nuestro Salvador?

Considera lo tercero, que debe circuncidarse no solo un miembro sino todo el hombre. Esta circuncision se debe hacer en ojos, piés, manos, lengua, entendimiento, voluntad y memoria. De los ojos se han de cortar los curiosos, falaces y torpes aspectos; de las manos los tactos ilícitos; de los piés los malos pasos; de la lengua los juramentos, mentiras, murmuraciones, injurias y palabras ociosas, y de la memoria, entendimiento y voluntad cuanto desagrada á Dios. Y aunque tiene mandado por su invariable decreto que se corte con el cuchillo espiritual

toda la lozanía, así de miembros como de afectos; se ejecutará ese corte perfectamente con que solo el corazon se cercene. Pues así como se secan todas las ramas de un árbol cortando solamente la raíz, se secarán todos los afectos desordenados, cercenando solo el corazon.

Pero veamos qué es el cercen ó circuncision espiritual. Circuncidamos el corazon, dice san Jerónimo, con el cuchillo de Dios, y quitamos el prepucio, cuando de él no sale torpe pensamiento, ni de nosotros se dice: Sordo tiene este pueblo el corazon, y difícilmente puede oir. Con que se han de cercenar los pensamientos malos, los cuidados inútiles y cuanto puede manchar el alma. Cási del mismo modo explica san Bernardo esta circuncision. El que entre vosotros, dijo, suele tener su voluntad mas pegada á alguna cosa, rasgue su corazon con el cuchillo del espíritu, que es la palabra divina, y hágalo trozos; porque no es convertirse á Dios de todo corazon sino haciéndolo pedazos. Tambien se puede entender de otra suerte esta rasgadura de corazon; que si es malo se rasge para la confesion, y si duro para la compasion. Y ¿por qué no se rasgará para que salga la sangre podrida? Mas ¿con qué cuchillo? No con otro sino con uno de pedernal, como en otro tiempo hizo Josué. La piedra es Cristo, dice san Pablo. Con que el cuchillo de piedra de Cristo circuncidado es ejemplar con que el cristiano circuncida suavísimamente el corazon.

Cualquiera que considere que el Verbo eterno hecho hombre fue circuncidado al octavo dia, ofreciendo

á su Padre las primicias de su sangre en precio de nuestros pecados, fácilmente mondará su corazon de todos los afectos perniciosos. Córrase, pues, el cristiano de tener su corazon sin circuncidar, viendo que Cristo su cabeza pasó por los filos de la circuncision. San Justino escribió, que los hebreos usaban cuchillo de hierro para su circuncision; y para la nuestra forjó otro tambien de hierro de la pasion de Cristo el cardenal Vitriaco. En cinco partes de su cuerpo, dice, fue llagado este Señor estando en la cruz; pues llaguémonos nosotros espiritualmente por él con un cuchillo, cuyo cabo sea de la madera de la cruz, la hoja de los clavos, el acero de la lanza que rompió su costado, para que de este modo salga de nuestras almas toda la sangre de las culpas. Con el astil de la cruz debemos traspasar nuestra sensualidad, para que así quedemos crucificados con todos los vicios y deseos. Verdaderamente nos circuncidamos si con valor arrojamos todas las superfluidades de nosotros.

Considera lo cuarto, las utilidades de la circuncision espiritual, y mira lo que sucede á la viña que no se poda, al que padece una récia calentura si no le abren la vena, al que nunca se corta el cabello, y al que nunca monda las uñas, y verás que lo mismo sucede espiritualmente al hombre que no corta sus vicios y deseos. Los Macabeos observaron que en el atrio del templo habian nacido arbustos y matas como en los montes y selvas. Así verás nacer en los miembros corporales y en las facultades del alma espinas, matas y maleza de vicios, si no se cortan con la podadera de la circuncision; y que se convierten en

opacas y oscuras selvas y bosques, donde se alimentan leones, lobos, tigres, esto es, varios mónstruos de pecados, odios, perjurios, lujuria, avaricia, ambicion y otras fieras de este jaez. Si Absalon hubiera cortado su cabellera, no hubiera muerto colgado de ella como de una soga. Á Absalon ocasionó la muerte el no cortar los cabellos; y el no cortar los deseos y pensamientos supérfluos nos causa el daño á nosotros. Si no se cortan las piedras no pueden sentarse en las fábricas, ni pueden los hombres ser sentados en el edificio celestial sin la espiritual circuncision. El tronco no desbastado ni labrado viene á ser pasto del fuego; y el hombre que nunca se labra, vendrá á ser pasto perpétuo de las llamas infernales, en que siempre arderá y nunca se consumirá.

Ea pues, alma mia, si deseas no parar en este fuego, no rehuses el cercen del corazon. Ama la circuncision tanto como amas la salud espiritual. Si quieres ser colocado entre las piedras del celestial edificio, no huyas los cortes y los golpes del martillo y del escoplo. Toma tú el cuchillo, y corta el oprobio de Egipto. Despues que se circundaron los hebreos, dijo Dios á Josué: Hoy os he quitado el oprobio de Egipto. ¿Qué Egipto es este sino el mundo? ¿y cuál es su oprobio sino lo que él estima? á saber, la concupiscencia de la carne y de los ojos, la soberbia y altivez, lo cual es opuesto á Dios. La palabra divina y la espada de su boca te ha de cercenar todo eso, para que no tengas el oprobio de Egipto.

Quebranto del corazon.

In partes quam mille velim contundere COR hoc,
Quod fuit auctori sponte rebelle suo.

¡Oh si en mil partes pudiera
Quebrar este corazon,
Autor de una rebelion,
Por tan injusta, tan fiera!

LECCION XI.

Quebranto del corazon.

Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.
Al corazon contrito y humillado no lo despreciarás, ó Dios. (*Psalm.* L, 19).

Considera lo primero, como el corazon hasta aquí errante y fugitivo de Dios, siguiendo las veredas del mundo y de la carne, se endureció y petrificó de tal modo, que pudiera decírsele aquello de Virgilio:

El Cáucaso su aspereza
Te dió para tu dureza.

Resiste á los avisos, amenazas y castigos de Dios; y no se mueve con ellos mas que

Un duro pedernal rebelde y raro,
Ó terco jaspe del sublime Paro.

Para que este corazon se rinda á su Dios, para que se le ofrezca, y finalmente se le una, se debe quebrantar y hacer migajas. Y ¿cómo se ha de hacer este quebranto? repasando el pecador arrepentido toda su vida con dolor de su alma, y detestando de tal modo todas las culpas cometidas por pensamiento, palabra y obra, que si posible le fuera todas las

aniquilara. El mortero en que se ha de golpear y macear es la propia conciencia; y mazo el dolor de los pecados, concebido por la suma injuria que con ellos hizo á Dios. Es preciso que todos se quiebren en partículas tan menudas, que no quede á Satanás esperanza alguna de restaurarlas; porque si quedan en su antigua dureza y sólidez, estarán á pique de revivir. Lo que está picado, dice Joel, no se podrá reunir, y lo que está majado no se puede restaurar. Romped, pues, pecadores, vuestros corazones; pero hágase la contricion ó quebranto de las culpas en tantas y tan menudas piezas, que no halle el demonio un casco siquiera en que pueda retener una gota de pecado, ni conservar una chispa de mal deseo. Hágase lo que dice un profeta: Romperáse como el jarro que recibe un golpe récio, y no quedará casco de él, en que pueda llevarse una ascua de fuego, ni tomarse un sorbo de agua de un charco. No quede pecado, ni levísimo, á que no se extienda la contricion del espíritu y el íntimo dolor del ánimo.

Considera lo segundo, cuánto mas sólido es el guijarro, es mas difícil romperlo, y se necesita mayor martillo. Cuanto mas duras son las gomas, debe ser mas robusto el mazo para molerlas. Con que si el corazon se ha empedernido con la costumbre de pecar, es preciso que el martillo que ha de desmenuzarlo sea muy robusto. No basta, escribe Eusebio Emiseno, decir de boca: *Pequé, Señor, ten piedad de mí.* Tambien dijo Saul, *pequé*, y no mereció el perdon que consiguió la penitencia de David; porque la confesion de Saul procedia solo de los labios, no

de gemidos; y no es compensable la gravedad de una culpa con una sumision de ceremonia. No ha de ser leve el dolor, capaz de borrar pecados que merecen castigos eternos, ni basta una satisfaccion transitoria por aquellas culpas á las cuales corresponden eternas llamas. Si queremos entender lo mucho que el Juez supremo se ofende de los pecados, atendamos á sus castigos.

Del mismo modo hablan otros Padres. Lloremos, dice san Cipriano, tan grandemente como pecamos. La úlcera profunda pide larga y diligente curacion, y así no debe la penitencia ser mas leve que la culpa. ¿Piensas tú que podrás aplacar á Dios luego, á quien con tus pérfidas palabras has negado, á quien estimaste en menos que á tu patrimonio, cuyo templo has violado con tu contagio sacrílego? ¿Piensas que se apiadará fácilmente de tí, habiendo dicho tú que no es tu Dios? San Ambrosio dictó otra fórmula para nuestra penitencia. Oigan, dice, cómo deben hacerla los que la hacen con estudio; con qué afecto, con qué intencion, con qué golpes de pechos, y con qué conversion de corazon. Atiende, Señor, exclamaba Jeremías, vuelve los ojos á mi tribulacion; pues de tanto llorar estoy cási ciego y mi corazon moribundo. Ya habrás notado la intencion del ánimo; repara ahora en la habitud exterior del cuerpo. Sentáronse en el polvo, dice el mismo Profeta, estuvieron en un silencio profundo los hombres mas respetables de Sion, y cubrieron de ceniza sus cabezas, ciñéronse ásperos cilicios las doncellas de Jerusalen; y yo he llorado tanto, que he quedado cási ciego.

Así lloró el pueblo de los ninivitas, y por este medio evitó las penas amenazadas.

Considera lo tercero, que los golpes de pecho que se dan los pecadores instruidos con ejemplos de la Escritura, son indicio de esta contricion. Golpeamos el pecho, como castigando el corazon, en que residen los pecados, pues de él nacen los malos pensamientos. Y así dice san Agustin que la contricion es golpeo del pecho, y que solia usarse al decir aquellas palabras del Pater noster, *perdónanos nuestras deudas*. San Cipriano escribe, que con golpes de pecho arrojó el publicano las culpas contenidas en él; y san Jerónimo afirma que san Hilarion heria el pecho á puñadas, como si á golpes de sus manos pudiese sacudir los pensamientos. San Agustin explica mas largamente esta ceremonia. Golpear el pecho, dice, es argüir y castigar lo que se oculta en él, y azotar los pecados ocultos con golpes manifiestos. El publicano castigaba su pecho, porque por sus culpas era digno de castigo. Tambien se golpea el pecho y corazon en él, para despertarlo si está dormido. Duerme la conciencia en los pecados; y así no ve su torpeza ni la eternidad de los castigos. Despierta con golpes, para que abra los ojos, vea los enemigos que la cercan, y con la mayor presteza huya del sumo peligro en que se halla. Aprende tú á hermanar tales afectos en la oracion, siempre que usares esta piadosa ceremonia, para presentar á Dios toda tu alma, todo su ser, y no un frio simulacro de contricion.

Considera lo cuarto, el fruto de la contricion es hacer el corazon grato á Dios; pues como dijo David:

No desecha el corazon contrito y humillado. ¿Cómo lo desechará el que sana los quebrantados y liga sus quebraduras? ¿cómo lo desechará el que habita con el contrito y humilde de espíritu, para vivificar el espíritu de los humildes, y alentar los corazones penitentes? ¿cómo lo desechará el que estima al pobrecito, al contrito y al que tiembla de oirle hablar? Así atendió al contrito corazon de Pedro que lloraba amargamente; y con solo mirarle, con un solo golpe de ojos de su piedad excitó en su alma aquel vehementísimo dolor. Así miró la contricion de la pecadora; como manifestó al fariseo, diciéndole: ¿Ves esta mujer? ¿ves su llanto? ¿ves su dolor? ¿ves el amor con que su corazon se quiebra y se liquida? Miró tambien al publicano que golpeaba su pecho, y decia: Piedad, Dios mio, con este pecador. A estos y otros contritos penitentes miró aquel que bajó del cielo á sanar contritos, á redimir cautivos y libertar presos.

Aun la penitencia del impío rey Acab fue del agrado de Dios, en pluma de san Agustin. No dilató Acab ofrecer á Dios sacrificio de corazon contrito y humillado, ni Dios lo desechó, antes bien lo estimó mucho, como manifestó á Elías, diciéndole: ¿No has visto á Acab humillado en mi presencia? pues por haberse humillado por mi causa, no lo castigaré en su vida. Aquí exclama san Jerónimo: ¡Oh penitencia feliz! que atrajo á sí de tal suerte los ojos de Dios, que con solo confesar su culpa hizo rasgar la sentencia. De esto colige san Gregorio, que se complace Dios en la penitencia de un predestinado mucho mas que en la

de un réprobo, como era Acab; y concluye así: Considérese ¿qué gusto le dará el pesar y la pena de sus escogidos, y de los que temen perder su amistad, si le pareció bien la penitencia de Acab, siendo reprobado, por el temor de perder su reino? ó ¿cómo no le agradará la espontánea afliccion de aquellos que le aman, si le pareció bien entonces en aquellos que le ofendian?

Considera lo quinto, así como los trapos viejos, inútiles y podridos de tal suerte se macean, que por tanto golpeo sabe el ingenio humano fabricar papel blanco y hermoso; tambien el corazon súcio, inútil para obras de piedad, tupido al influjo de la gracia (que no entra en corazon sujeto á culpa), si se macea por la penitencia y dolor del ánimo, se hará tan blanco y tan puro papel, que en él escriba su ley Dios. Si os pusieren vuestras culpas tan rojos como la grana, dice por Isaías, yo os haré tan blancos como nieve; y si os pusieren de color de cochinilla, quedaréis tan cándidos como lana. ¿Quién no abrazará con todo el corazon esta virtud tan necesaria, que sin ella perdemos la salud eterna? El que estuviere manchado no tendrá entrada en el cielo. Todas las manchas del corazon se quitan y se limpian con la contricion. Si no haceis penitencia, dice la misma Verdad, todos moriréis.

¡Oh penitencia, exclama Crisóstomo, que con la piedad de Dios sanas al quebrantado, alegras al tristete, libras de muerte, restauras el estado, renuevas el honor, das confianza, confortas la fuerza, y restituyes la gracia en mayor copia! Por tanto debe

cualquiera estimar la penitencia y contricion, cuanto estima la salud de su alma y la felicidad eterna. Pésete, pues, de pecar; mas no te pese de la contricion. Avergüénzate del peligro, y no te corras de salir del riesgo. ¿Quién en la tormenta quitará al náufrago una tabla? ¿Quién sentirá que el enfermo se cure y sane? Aplícate, pues, alma penitente, al ejercicio de la contricion, aplícate al dolor y penitencia, para restaurar tu antigua robustez con tan saludable medicina.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

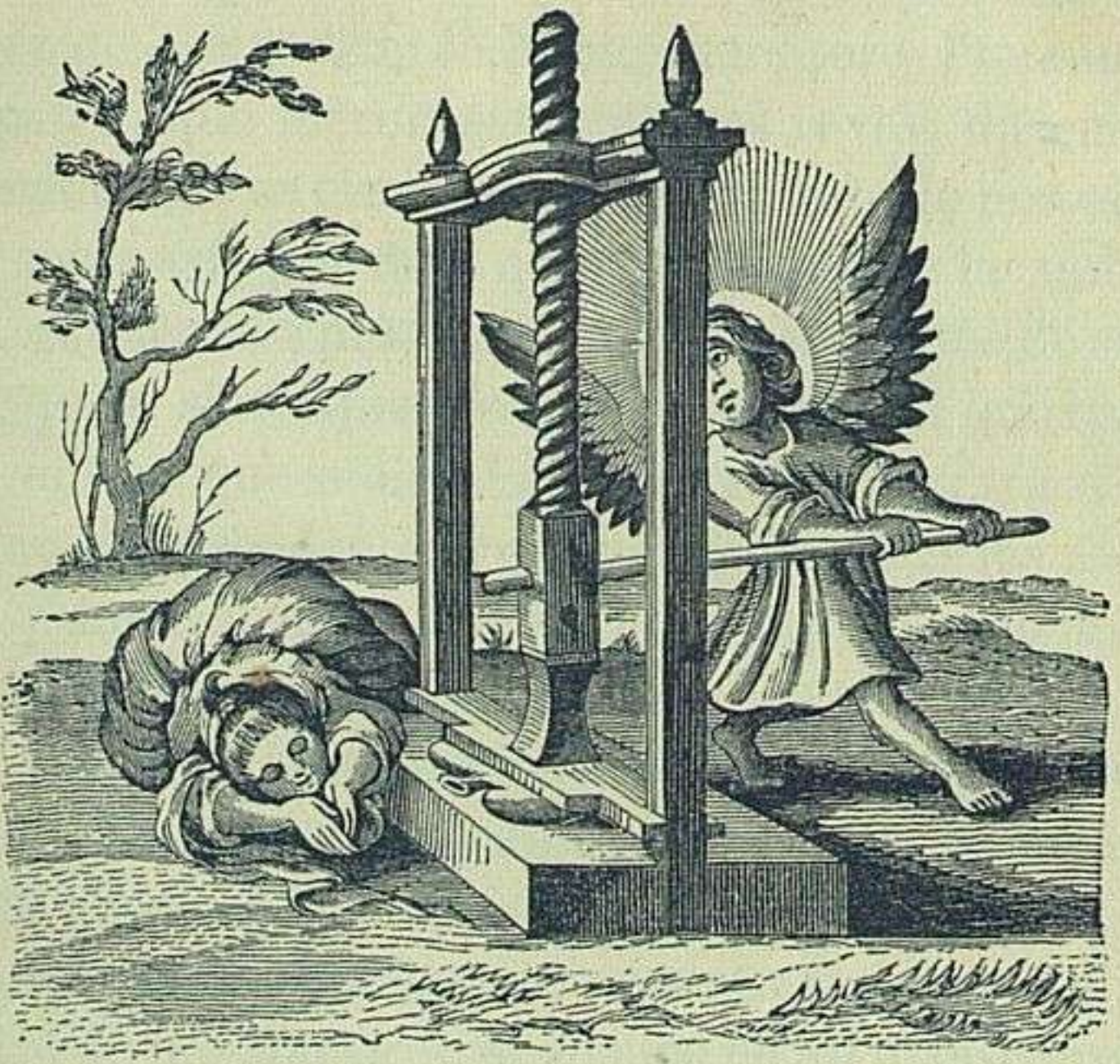
LECCION XII.

Abatimiento del corazon.

Deprime cor tuum, et sustine.
Humilla tu corazon, y sufre.
(*Eccli.* II, 2).

Tan hermanas son humildad y penitencia, que comunmente andan juntas en la Escritura. Isaías dice, que Dios habita con el contrito y humilde de espíritu, para dar vida á los humildes y alentar los contritos. Ni David separó estas dos virtudes compañeras, antes bien dió á entender que andan estrechamente unidas, diciendo: No desestimarás, Señor, el corazon contrito y humillado. Porque para la contricion se requiere humildad; y penitencia sin humildad no agrada á Dios.

Considera, pues, lo primero, que nuestro corazon tiene apetito natural de subir, y un insaciable deseo de exaltacion. Todos deseamos subir, dice san Bernardo, todos suspiramos por ascender; y es que somos criaturas nobles y de ánimo grande, por lo cual aspiramos con natural conato al lugar mas sublime. Mas ¡ay de nosotros si seguimos al que dijo: Sentaréme en el monte del Testamento, al costado aquilonar! ¡Ah lado del Aquilon! No voy allá, que es muy frio ese país; el subir á él es lo mismo que engreirse y entumecerse el corazon. En el libro segun-



Abatimiento del corazon.

COR, nimis, heu, sese, gaudens sublimibus, effert;
Ni super impositum, deprimat illud onus.

Si una prensa no deprime
La altivez del corazon,
¿Querrá ascender su elacion
Á la esfera mas sublime?

do del Paralipómenon se cuenta, que viéndose el rey Ozías triunfante y sobrepuesto, se elevó su corazon para su precipicio. Del mismo modo se pondera la altivez de Alejandro, de Nabucodonosor y Ptolomeo Filopatro, que fueron soberbísimos reyes, diciendo solamente que se elevaron sus corazones. No nos está bien subir así, por mas que nos estimule la ambicion. ¿Quién nos mostrará un modo saludable de subir? ¿quién sino aquel de quien leemos: El que bajó es el mismo que subió? Este habia de mostrarnos el camino de ascender, porque no siguiésemos los consejos y huellas del maldito conductor, ó seductor, por mejor decir. Cristo, que bajó, es el mismo que subió; y en el descenso logró su mayor exaltacion, mostrándonos con su ejemplo que el bajar es escala segura para subir.

Considera lo segundo, con cuánta razon nos dijo nuestro divino Maestro: Aprended de mí mansedumbre y humildad de corazon, y hallaréis reposo para vuestras almas. Á cuyas palabras exclama san Agustin lleno de admiracion: ¡Á esto se reducen, Señor, todos los tesoros de ciencia y sabiduría que oculta tu pecho, á que aprendamos de tí por cosa grande cuán benigno eres y cuán humilde! ¿Tan gran cosa es que el que en sí es grande se apoque, que si tú, que lo eres tanto, no nos lo enseñaras, nadie pudiera aprenderlo en el mundo? Es cierto. No se halla la quietud de alma de otro modo, que digiriendo aquel hinchado tumor con que se pensaba grande en el juicio propio cuando no era sana en el tuyo.

Explica san Bernardo la humildad de corazon, y

distingue dos humildades, una de conocimiento y otra de afecto, que aquí se llama de corazon. Con la primera, dice, conocemos que somos nada, lo cual estudiamos en la propia miseria. Con la segunda pisamos la gloria vana del mundo; y esta aprendemos de aquel que se anonadó tanto, que vistió traje de siervo, que huyó de los que pretendian coronarlo por rey, y se presentó á los enemigos, que andaban en su busca para afrentarlo en el ignominioso madero de la cruz. La primera no se aprende de Cristo, que no era como tú y como yo, que conocemos realmente que por nuestras culpas somos dignos de injurias, oprobios, vilipendios, penas y castigos. No era Cristo así; mas padeció todo esto solo porque quiso, y porque era verdaderamente humilde: humilde digo, con aquella humildad que nacia de afecto de su alma, no con la humildad de conocimiento, porque sabia muy bien lo que era. Con tanto empeño, pues, debemos imitar esta humildad de corazon, cuanto es mas ilustre el ejemplar que la intima, y principalmente porque la misma realidad nos hace dignos de todo vilipendio y deshonra.

Considera lo tercero, que no dijo Cristo, el que fuere humillado, sino *el que se humillare á sí*, será ensalzado: con que es preciso que te humilles á tí, que te deprimas, y no desdeñes el propio abatimiento. La humillacion, dice san Bernardo, es camino de la humildad, como la paciencia de la paz, y de la ciencia la leccion. Cárguese, pues, el corazon del propio abatimiento si quiere ser elevado. Es nuestro corazon como la palma, que cuanto mas abatida mas

se eleva. Por eso se dice de la Esposa, que es parecida á la palma. Tambien dijo David, que el justo florecerá como palma; pues aunque sea abatido y pisado en esta vida, tendrá grande elevacion en la otra.

Miremos á la tierra que nos dió el ser, y carguemos con ella nuestro corazon, para que no le engria la vanidad. Atendamos á nuestra culpas, que como enorme peso nos agobian, y de ese modo se reprimirá nuestra altivez. La abejuela, dice san Ambrosio, si teme viento borrascoso, agarra unas piedrecillas, y con su peso se balancea entre las ráfagas, porque la fuerza del aire no la lleve al través, y la precipite. Así tambien cuando alguno teme ser arrebatado del viento de vanagloria, agárrese de la consideracion de sus culpas y defectos, y vuele con las alas de la mente, para que este conocimiento lo deprima cuanto pudo engreirle la jactancia. Si traes á la memoria, dice el Crisóstomo, las culpas de solo un dia, ese recuerdo te hará que bajes la cresta. Los que llevan por el rio á rejon una barca, corren por ella de proa á popa; estriban hácia bajo para ir hácia arriba; retroceden para ir adelante. Así pues, si queremos subir hácia arriba, vamos hácia bajo por la sumision y humilde abatimiento. Volvamos hácia atrás, considerando nuestra miseria, para que caminemos hácia arriba. Humillémonos á la mano del Todopoderoso, para que nos exalte el dia del juicio. Así como se eleva el agua cuanto se profundiza el conducto; cuanto el alma se humillare mas, tendrá mas elevacion.

Considera lo cuarto, que debe ser tan grande esta sumision, que aun en las acciones externas se dé á entender: por lo cual, cuando nuestro Padre san Benito erigió aquella escala celestial, distribuida en doce peldaños, por donde suben al cielo sus discípulos, colocó el siguiente en el lugar mas sublime: Si el monje diere á conocer su humildad á todos los que lo vieren, no solamente con el corazon, mas tambien con acciones exteriores; quiero decir, que en la labor, en el templo, en el monasterio, en la huerta, en el camino, en el campo, y donde quiera que esté, de pié, sentado ó andando, tenga siempre la cabeza inclinada, y puesta en el suelo la vista; y juzgándose siempre reo por sus culpas, considérese presentado ya en el tribunal de Dios, repitiendo continuamente en su corazon aquello que el publicano del Evangelio decia, clavando los ojos en tierra: No soy digno, Señor, por mis pecados de levantar al cielo mis ojos; y con el profeta David: Humillado y abatido estoy hasta no mas. De esta manera se debe acompañar la humildad del cuerpo con la del ánimo, expresándola con muestras sensibles, como lo ejecutó el impío Acab, bajando la cabeza, y como lo hizo Esdras, cuando rogaba á Dios por el pueblo, con estas palabras: Confundido estoy, Señor, y avergonzado de mirarte, porque hemos amontonado tantas maldades contra tí. Hasta el cruel Manasés decia en alta voz: No merezco levantar al cielo mis ojos, por la gran multitud de mis delitos.

Une, alma mia, estas dos humildades para que con ellas seas grata al Maestro de humildad, que ya

para ello te dió páuta el rey David, diciendo: Nunca se engrió mi corazon, ni mis ojos mostraron altivez. Jamás pensé en cosas altas que excediesen á mis fuerzas. Y ¿qué mas? Si no he sentido bajamente de mí, si se ha entumecido mi corazon, tratadme como al infante recien destetado, que en los brazos de su madre está triste y melancólico. Que segun interpreta el cardenal Belarmino, quiere decir: Así como un tierno infante recien destetado está lloroso en el regazo de su madre, por verse privado de la dulzura de la leche, se vea privada mi alma de la suavidad de tus gracias, que son mis especiales y únicas delicias.

Considera lo quinto, los grandes frutos que nacen de la humildad. El primero, que Dios oye sus ruegos, por lo cual dice David: Atendió á los ruegos de los humildes, y no repelió sus peticiones; y el Eclesiástico: La oracion del que se humilla penetra el cielo. El segundo, que Dios comunica á los humildes su gracia en esta vida, y en la futura su gloria. Así dice el apóstol Santiago, que resiste Dios á los arrogantes, y da su gracia á los humildes; y David: Tú salvarás, Señor, á los humildes y abatidos, y humillarás los ojos de los soberbios; el santo Job: El que se humillare tendrá gloria, y se salvará el que bajare la vista.

El tercero y mayor fruto, que sigue á los antecedentes, es que el hombre consigue acercarse á Dios por la humildad, y que Dios se acerque á él, como lo explicó con elegancia san Agustin: El que desdeña la humildad de la penitencia, desdeña la cercanía

de Dios. Una cosa es elevarse hácia Dios, y otra elevarse contra Dios. Al que ante Dios se postra, Dios le ensalza; pero el que se eleva contra Dios, es postrado por el mismo Dios. Dios está muy alto, y no puede llegar á él un ánimo altivo. Para alcanzar cosas altas, nos empinamos; si de este modo no llegamos á ellas, buscamos máquinas y escalas para conseguirlas. Al contrario, llegan á Dios los humildes, aunque está tan alto; pues, segun dice la Escritura, vive muy cerca de los que golpean su pecho. Estos golpes son humildad y piedad. El que golpea su pecho es porque se enoja contra sí; y se enoja contra sí el que quiere tener propicio á Dios. Pórtese como severo juez de sí mismo el que le desea patrono y abogado. Humilla, pues, tu espíritu con la mayor sumision; abate tu corazon y sufre, para que te unas á Dios, y tu vida se dilate.

Ablandamiento del corazon.

COR, marmor glaciale, Deus, ceu cera, liquescet,
Urere cum tuus hoc cœperit ignis amor.

Mi corazon, mármol frio,
En cera verás trocar,
Si lo llega á calentar
Un rayo de amor, Dios mio.

LECCION XIII.

Ablandamiento del corazon.

Deus mollivit cor meum.
Dios ha enmollecido mi corazon.
(*Job*, XXIII, 16).

Considera lo primero, que es tal la clemencia divina, que se empeña en ablandar los mas obstinados corazones; y así decia Job: Dios ha ablandado mi corazon; y el profeta Nahum: Dios es sufrido, pero muy fuerte su enojo. Derramó su indignacion, y deshizo las piedras la actividad de su fuego. Lo cual interpreta san Jerónimo así: La divina indignacion, despues de tolerar mucho tiempo, suele prorumpir al castigo, no de golpe sino poco á poco, como fuego, para disolver la dureza de los corazones, significada en los pedernales. ¿Quién podrá decir los muchos medios de que usa la bondad divina para suavizar nuestra dureza? El que quiere ablandar cosa dura, primero la soba entre las manos; si se resiste, la baña de aceite; si aun está dura, la echa en agua; luego la pone al fuego, y últimamente la amartilla en el yunque; y si aun no se ablanda, la arroja como inútil.

Así se porta Dios con el corazon humano. Lo primero, lo soba y suaviza con sus divinas manos, esto es, con la piadosa memoria de la pasion y de sus

inefables beneficios. De eso se congratulaba san Agustin, hablando de esta manera con Dios: Ablandastin, hablando de esta manera con Dios: Ablandaste, Señor, mi corazon duro, sobándolo con tu suavísima y piadosísima mano. Lo segundo, lo unge con divinas inspiraciones y auxilios, para que mas fácilmente deponga la rigidez del pecado. Lo tercero, lo anega en aguas de bienes temporales, para que, dando por ellos gracias á su Autor divino, venga en conocimiento de su yerro. Lo cuarto, lo aflige con fuego de tribulaciones; y finalmente lo sujeta á los golpes de la muerte temporal, para que entonces siquiera se enmiende y se vuelva á Dios. Y si con todos estos medios no se doma aquella torcida y dura voluntad, arroja al infierno aquel hombre perdido, cuyo corazon fue tan terco, que ningunas fuerzas pudieron domarlo. Porque no te suceda tanto mal, dí á Dios en alta voz aquellas palabras de san Agustin: Ruégote, Señor, por todas tus misericordias, con que nos libraste de la muerte eterna, que ablandes mi empedernido y férreo corazon con tu uncion sacratísima y eficaz, y hagas que por el fuego de la compuncion sea yo hostia viva que eternamente arda en tu presencia.

Considera lo segundo, que la palabra de Dios es muy eficaz para ablandar el corazon humano. De ella está escrito: ¿No son por ventura mis palabras como fuego que abrasa, y como martillo que deshace piedras? Este fuego derrite los corazones humanos, aunque estén como bronces, y este martillo los quebranta, desmenuza y deshace, aunque sean como pedernales. Bien conoció la actividad de este fuego el

profeta David cuando decia: Son tus palabras, Señor, tan ardientes como fuego, pero yo las amo mucho. Tambien la conocian aquellos discípulos que iban á Emaús, que estando antes tan tibios y cási desesperanzados de la resurreccion del Señor, fueron abrasados del oculto fuego de sus palabras de tal manera, que dijeron: ¿No estaba nuestro corazon ardiendo en las entrañas, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras? ¿No afirma la Esposa claramente, que al oir la voz de su Esposo su corazon se derritió en el pecho? Mi alma, dijo, se derritió cuando comenzó mi Esposo á hablar.

La eficacia con que el martillo de la palabra divina desmenuza las piedras de los mas duros corazones, se puede colegir, de que con solo oirla, ó verla escrita, muchos se han convertido á Dios. San Antonio abad se hizo ermitaño, con solo oir en la iglesia estas palabras del Evangelio: *Anda, vende cuanto tienes, dalo á los pobres, y sígueme.* Aproniano creyó en Cristo, se bautizó, y fue mártir, por haber oido: *Venid, benditos de mi Padre, á gozar el reino,* etc. Oyendo san Agustin aquella voz: *Toma, lee; toma, lee;* y leyendo estas palabras de san Pablo: *Dejad ya glotonerías, embriagueces, lascivias, liviandades, riñas, porfías, emulaciones, y tratad de imitar á Nuestro Señor Jesucristo,* se convirtió enteramente á Dios. Oyendo á un predicador san Nicolás de Tolentino ponderar aquellas palabras de san Juan: *No ameis al mundo, ni lo que hay en él, porque él y todos sus placeres se han de acabar,* mudado repentinamente en otro, se hizo religioso agustino.

Y ¿qué sucedió á Moneto, aquel que de intento huia de los sermones de Reinaldo, orador celebérrimo de la Órden de santo Domingo, porque no le persuadiese que fuese religioso? Fué al sermon dia del protomártir san Estéban, vencido de los importunos ruegos de sus amigos; y al oir ponderar aquella cláusula: *Los cielos veo abiertos*, quedó preso de las palabras del predicador, que dijo: Ahora están patentes las puertas del cielo para ir á la gloria, y para que entre el que quisiere; mas los que fueren descuidados y flojos, y cerraren á Dios las puertas del corazon, hallarán cerradas las del cielo, para que no entren en él. No fue necesario mas; pues inmutado instantáneamente el corazon de Moneto, si antes estaba tan averso, entonces concibió un fervoroso deseo de ser religioso. Acabado el sermon, buscó á Reinaldo, manifestóle su ánimo, y lo confirmó con voto. Aplica tú, alma fiel, los oidos del corazon, para oir las dulcísimas palabras del Esposo, que suenan en la sagrada Escritura y en cualquiera leccion piadosa, las cuales con su eficacia ablandarán tu dureza. Escucha, dice el abad Gilberto, y mira lo que habló á la Adúltera, á la Samaritana, á la Cananea, á Zaqueo, á Pedro y al Centurion. ¿Qué corazon no se ablandará, qué voluntad no cederá á tantas voces de clemencia y amor? Con tan fuertes soplos de tal austro bien pueden liquidarse los carámbanos empedernidos del mas helado pecho.

Considera lo tercero, que sola una benigna ojeada de Jesús, á que de ordinario sigue ó acompaña su amor, es suficiente á ablandar los corazones. Mira á

san Pedro, yerto de frio calentándose al fuego, negar al Señor, y endurecerse como solidísima piedra; mas al punto que le miró el Señor benignísimo, se desató la piedra, saltaron las lágrimas, y lloró amargamente. ¿Y de qué procedió el desatarse y desleirse la Pecadora en lágrimas tan copiosas, que regaron los piés de Cristo, sino de su benignísimo aspecto? La Iglesia así lo asegura.

Bello sol, si tus rayos
Hácia mi pecho vibras,
De amor llamas le infundes,
Que el mas duro carámbano liquidan.

No es esto cosa extraña ni ajena de razon; porque siendo Cristo sol de justicia, es efecto suyo natural desatar con el calor de sus rayos los corazones yertos, y resolverlos en arroyos. Por eso introduce uno á la misma llorosa, diciendo:

Divino sol es Cristo,
Yo nieve congelada;
Y al calor de sus rayos
El teson se liquida de mi escarcha.
Con que no será mucho,
Pues sus rayos me abrasan,
Que destilen mis ojos
Copiosas lluvias, abundantes aguas.

Derretido el corazon por la actividad del amor, dice Radberto, se disuelve como hielo á fuerza de calor, y empieza á fluir. Conoció la admirable eficacia de este divino sol Isaías, quien constituido en una estacion, como de invierno, imploraba su Oriente con estas ardientes ansias: ¡Oh si rasgases los cielos y bajases á nosotros! á tu presencia se harian los

montes líquidos. Esto es, con la fuerza de tu gracia se liquidarian los corazones de los mortales en humildad, paciencia y demás virtudes. Secaríase todo, y arderian las aguas á fuego; esto es, los humanos corazones blandos, húmedos, pegajosos por sus vicios, con el fuego de tu amor quedarian enjutos é inflamados. ¿Quién no admirará tanta actividad en los rayos de este sol, que disuelve y derrite un pedernal?

En este sentido expone san Gregorio aquello de Job: La piedra disuelta con el calor se vuelve bronce. Entonces, dice, se vuelve bronce la piedra disuelta con calor, cuando el corazon, duro y frio por falta de amor divino, es tocado de este amor y derretido; de modo que arde ya con el deseo el que antes era insensible guijarro. Con este ardor se enternece para amar, y se esfuerza para obrar; y como antes habia sido sólido en el amor del siglo, es constante despues en el de Dios. ¿Qué mas conforme á razon que atribuir al amor esta licuacion, por la cual se hace flúido lo que era sólido? siendo ya averiguado que el efecto principal del amor es impeler al amante hácia el amado, y unirlo con él; cuya union se efectúa con mas primor si el amor es mútuo, y hace que amante y amado fluyan recíprocamente uno hácia otro.

No ignoramos que dijo por boca de David Jesucristo, amado de las almas santas: Como cera se ha derretido mi corazon. Si el alma fluye hácia Jesús, y Jesús hácia el alma, ¿qué se seguirá sino una union perfectísima? Cuando por excesivo calor extrínseco

se liquidan cosas corpóreas, se resuelven en sí mismas; mas cuando las almas se liquidan por calor interno, no se resuelven en sí, sino en el resolvente. Deshácense de sí mismas, mas no en sí mismas. Resuélvense, á fuerza del divino fuego, del amor de sí en amor del del Esposo. Así lo dice san Pablo: El que se une á Dios, se hace un espíritu con él. É insinuando que su alma se liquidó de esta manera, añade: Vivo yo; pero no soy yo el que vivo, porque Cristo vive en mí. ¡Oh qué dulce hora, en que el alma derretida se une á este torrente de fuego! ¡qué sutil está en aquel momento! ¡qué pura! qué ágil! Inflamada entonces y derretida no tiene pesadez, rigor ni dureza.

LECCION XIV.

Limpia del corazon.

Lava à malitia cor tuum.
Lava tu corazon de toda maldad.
(*Jerem.* IV, 14).

Considera lo primero, que en aquella soberana ciudad de Jerusalen, que, segun cuenta el mas amado discípulo, es de oro acendrado, trasparente como el vidrio, guarnecida de preciosa pedrería, ilustrada con la claridad divina, ninguno puede entrar que tenga mancha; porque todos sus habitadores han de ser limpios, puros y sin imperfeccion, como la misma ciudad. Y preguntando aquel insigne profeta, á quien reveló Dios lo mas recóndito de su sabiduría, quién seria digno de subir al monte del Señor, y vivir en aquel santo lugar, se le respondió: El inocente de manos y limpio de corazon. En esto consiste toda la perfeccion, dice Niseno; porque la inocencia de manos arguye operaciones inculpables, y la pureza de corazon declara la sencillez de intenciones; y así se requiere pureza interior y exterior para ser admitido en la patria celestial.

Los fariseos solo cuidaban de la limpieza exterior, olvidando la interna, y por eso se exacerbó nuestro Salvador contra ellos, diciéndoles: ¡Ay de vosotros, hipócritas fariseos y escribas, que pagais diezmo de yerba buena, eneldo y cominos, y no haceis caso de

Limpia del corazon.

Fons scaturit lateris transfixi, è vulnere, sponsi,
Hoc CORDIS maculas ablue, sponsa, tui.

Lava, esposa penitente,
Ese corazon manchado;
Pues te ofrece mi costado
Una cristalina fuente.

lo principal de la ley, esto es, de la fe, del juicio y misericordia, debiendo hacer lo segundo y no omitir lo primero! ¡Directores ciegos, que colais la bebida porque no pase un mosquito, y os tragais sin escrúpulo un camello! ¡Ay de vosotros, hipócritas escribas y fariseos, que limpiais la taza y el plato por defuera, para que la superficie exterior parezca limpia! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, parecidos á los sepulcros barnizados, de hermoso aspecto por la blancura postiza, pero llenos de huesos de difuntos y de toda pestilencia! Así vosotros pareceis ajustados en lo exterior; pero estais llenos interiormente de hipocresía y maldad. Con que, segun la mente de Cristo, antes hemos de buscar la limpieza de corazon que la exterior del cuerpo.

Escriben que tiene tal industria la araña, que, para remendar la tela que rasgó la mosca, comienza por el centro, y concluye el remiendo antes que el sol llegue al ocaso. Desde que recibimos el Bautismo empezamos á urdir en nuestros corazones la tela de la eterna salud. Mas ¡ay! ¡cuántas veces la han rasgado las moscas infernales! ¡con cuánto furor la han roto! Si la hemos de remendar, es preciso que empecemos por el centro, que es el corazon, y concluyamos la obra antes que el Sol de la gracia y divina piedad nos anochezca. Clama, pues, y dí con David: Criad, Dios mio, en mí un corazon limpio, y renovad en mi interior un espíritu recto; y juntamente: Sea mi corazon en tus mandatos muy puro, para que no me vea confundido.

Si nadie, como dice Job, está sin mancha; y si,

como el Sábio escribe: Ninguno puede decir que está sin culpa, considera lo segundo, qué fea, qué deforme, qué macilenta estarás, alma, despues de haber vagado errante por el camino de tus antojos, siguiendo tus apetitos. Anduviste á oscuras por sendas resbaladizas, y así manchaste tus ropas, y aun como súcio cerdo te revolcaste en el cieno de tu pecado, y te enlodaste en tu delito. ¡Cuánto debes pensar en limpiar tus impurezas! Atiende lo que dice Dios por Jeremías: Lava, Jerusalen, la malicia de tu corazon si deseas tu salud. ¿Hasta cuándo han de morar deseos malos en tí? ¿Y por qué pide Dios este lavatorio? Porque como desea que el corazon se le ofrezca en holocausto, quiere que sea muy limpio.

Tambien mandó que se lavasen los intestinos y piés de la hostia. ¿Y qué significa esto sino que nuestros afectos, figurados en los piés, y nuestros pensamientos, representados en los intestinos, deben estar purgados y limpios antes que se ofrezca el corazon en sacrificio digno de su aprecio? Tambien es nuestro corazon templo de Dios vivo, por cuyo título debe brillar con el mayor aseo. Si ordenó que aun con los piés se tuviese cuenta, porque no entrase en el templo material cosa súcia; y si mandó á Moisés quitarse los zapatos, en que se entienden los carnales pensamientos; ¿con cuánto mayor esmero debe brillar nuestro corazon, templo espiritual de Dios? pues, como dice san Pablo: Vosotros sois templo de Dios vivo, segun él dijo: Habitaré y trataré con ellos: yo seré su Dios, y ellos serán pueblo mio.

Considera lo tercero, que para lavar el corazon

necesitas agua, y porque no te fatigues en su busca, el profeta Zacarías te muestra una fuente muy copiosa. Entonces, dice, tendrán una fuente franca la casa de David y los vecinos de Jerusalen, para que laven sus inmundicias la menstruada y el pecador. ¿Á quién figura esta fuente, sino á nuestro Salvador, mina y manantial de gracia, justicia y salud? Así interpreta el texto san Gregorio: La fuente oculta es el unigénito del Padre, el Dios invisible; la fuente patente y franca es el mismo Dios hecho hombre, el cual se llama propiamente fuente franca de la casa de David, porque de esta casa vino á nosotros el Redentor. Los que fijan su mente en la vision de la íntima paz, son los ciudadanos de Jerusalen; pero el pecador y menstruada son el que peca por obra, ó el que por deseo pecaminoso se ensucia.

¿No será tambien Cristo crucificado fuente patente de quien manan cinco caños de sangre? En el paraíso terrreno habia una fuente copiosísima que se dividia en cuatro rios, para que regase toda la tierra. La fuente mas caudalosa del paraíso de la Iglesia es el Crucificado, de cuyas sacrosantas llagas brotan cinco rios en que se lavan todos los pecados. Es probática piscina con los cinco pórticos de sus llagas; pues cualquiera que entra por ellas, luego que se mueve el agua, queda libre de toda dolencia. La sangre de Cristo purifica nuestras conciencias de obras muertas, dice san Pablo. Esta sangre derramada lava toda la tierra, y purifica el sancta sanctorum: esta sangre vertida, dice Crisóstomo, lava todo el mundo; esta sangre purifica el santuario. Si su figura tu-

vo tanta actividad en el templo hebreo, y en medio de Egipto, que con solo rociar los umbrales, libró sus habitadores de la espada y del estrago, purificó al pueblo, y todo lo santificó; ¿cuánto mayor eficacia tendrá la realidad? Esta sangre santificó el altar de oro; sin ella no se atrevia á entrar á lo interior del santuario el sacerdote sumo. Esta sangre en figura hacia sacerdotes, y purgaba culpas; y esta sangre en realidad es salud de nuestras almas. Con ella se lavan y se adornan. Con este fuego se enciende y aclara la mente, haciéndola mas brillante que el oro; y vertida, abre las puertas del cielo.

Toma, pues, con gozo y alegría en el cántaro de tu memoria la eficacísima agua que sale de las fuentes del Salvador, con que puedas lavar las manchas feas de tu alma. Usa como de manos, de consideraciones, por frotaciones, de afectos, y estrega con ellos tu corazon; lávalo y límpialo bien. Échalo en este baño sanguíneo, que sin duda lo sacarás limpio y blanco. ¡Dichosos los que lavan sus ropas en la sangre del Cordero! No hay cosa mas eficaz, dice san Bernardo, para curar las llagas de la conciencia, y aclarar la vista del alma, que la continua meditacion de las llagas de Cristo. Acude, pues, á este lavatorio, diciendo con la Iglesia: Jabona y limpia, Señor, mi corazon, para que purificado en la sangre del Cordero, disfrute el eterno gozo.

Considera lo cuarto, que cuanto mas tenaces son las manchas que se pegan á una ropa, es menester lavarlas con mas fuerza; pues si dijo un poeta, que el búcaro nuevo difícilmente desprende el olor ya

recibido; mas frecuentes y mas fuertes friegas necesita el vaso lleno de un hedor pestífero. Para limpiar al leproso, se le mandaba rociar siete veces con sangre del pájaro sacrificado, y que despues le lavasen todo el cuerpo. Tambien al príncipe Naaman, infecto de lepra, le fue mandado que para su curacion se lavase siete veces en el Jordan. Y sabiendo David que no hay lepra mas fuerte que el pecado, pues se pega al corazon con tanta tenacidad, que no es fácil purgarla de una vez, pedia á Dios con humildes voces, que para quedar del todo limpio, lo lavase una y muchas veces.

¿Quieres, alma mia, otro lavatorio para sacar las manchas del corazon? Mezcla en las fuentes de sangre del Salvador gran cantidad de agua llovediza, esto es, copiosos arroyos de ardientes lágrimas, destiladas de la continua meditacion de tus culpas, y lávalo bien con ellas. Así como se forma la lluvia en una densa nube en que reverbera el sol, con cuyo calor empieza á destilar; así tambien, cuando hiere el calor del amor divino en la opaca nube de nuestros pecados, que impide á nuestros ojos los rayos del Sol de justicia, la disuelve fácilmente, convirtiéndola en copiosa lluvia de lágrimas. Si quieres hacer con estas lágrimas una lejía fuerte, para sacar tus manchas, por mas arraigadas y envejecidas que estén en el vestido nupcial que te dieron en el bautismo, cuela esas lágrimas en el vaso de tu corazon con las cenizas de la muerte, del juicio y del infierno, que con la continua meditacion de todo ello recobrarás el candor antiguo. Acuérdate, dice el Ecle-

siástico, de tus novísimos, y ahorrarás de culpas y pecados.

Considera lo quinto, el premio singular que se promete á la pureza de corazon. Bienaventurados los limpios de corazon, dice Cristo, que ellos verán á Dios. Esta vision se reserva para la otra vida, y tambien se concede en esta. En esta vemos á Dios por brújulas, ó como en un espejo; pero en la otra lo verémos como es en sí, y rostro á rostro. Como Dios es purísimo, no permite ser visto sino de un corazon puro; pues, como dijo Platon, es indecencia y aun osadía que un impuro se atreva á tocar cosa pura; y Niseno: ¿Cómo podrá nuestro ánimo avasallado de carnales apetitos, y con propension total á humanos afectos, ver libremente aquella luz interior que solo se reserva á ojos mentales, siendo así que con una loca anticipacion ponemos toda la mira en estas cosas bajas y soeces? El que tiene limpio y puro el corazon, contempla, ama y posee felicísimamente á Dios en la patria celestial.

Allí, decia san Agustin, toda la virtud será, alma mia, ver lo que amas, y toda la felicidad amar lo que miras. Allí se bebe en su orígen toda la dicha, donde se manifiesta claramente la vision de la verdad. Allí holgarémos y verémos, verémos y amarémos, amarémos y loarémos en fin aquel Ser sin fin. Lo que tienes, ó Dios, preparado para tus amantes no cabe en la esfera de la fe, no se toca con la esperanza, ni se posee con la caridad; trasciende las ansias y deseos; puede adquirirse, pero no puede pensarse.

TERCERA CLASE.

OBLACION Y EXÁMEN DEL CORAZON.

El corazon purgado de vicios en la clase antecedente es digno de ofrecerse á Dios en don muy grato, y en sacrificio de su gusto. En esto lo dedica y consagra el alma fiel á su querido. Pero Dios, que ordenó que no se le ofreciese cosa que tuviese defecto, y que registra lo recóndito del corazon, admite el don de su Esposa, no sin muchas y diligentes pruebas; pues como sábio contraste, pone el corazon en su balanza, lo prueba con fuego, registra su fondo, y lo explora por la regla de su corazon y perfectísima rectitud.

La misma diligencia puso el Esposo sobre la viña de la Esposa, segun él dijo: Bajé al huerto de las nueces, á ver los frutos de los valles, y á registrar si la viña tenia flores. Visita por sí mismo y examina con cuidado la viña de nuestro corazon, que él plantó de su mano, regó con su sangre, cercó de custodia de Ángeles, y de muros de su gracia y virtudes, y contempla si da esperanza de fruto, ó si convertida en ruin vidarra, merece que la arrojen á la llama eterna. Esto es tan grato á la Esposa, que ella misma le convida. Ven, querido mio, le dice, salgamos al campo; holgarémos en la casa de recreo, irémos á las viñas por

la mañana, verémos si floreció nuestra viña, y si hay esperanza de cosecha. ¿Qué otra cosa es esto, sino rogar al Esposo que examine con cuidado si las viñas corresponden al cultivo? En este exámen se finaliza la via purgativa; porque las flores de la viña pertenecen á los aprovechados, así como los frutos á los perfectos.

Donacion del corazon.

Unice CORDIS amor, timor unice CORDIS, Jesu,
COR tibi dono meum, COR mihi redde tuum.

Ó norte de mi aficion,
Cuyos rigores merezco,
Recibe el que te ofrezco,
Y dame tu corazon.

LECCION XV.

Donacion del corazon.

Præbe, fili mi, cor tuum, mihi.
Dame, hijo mio, tu corazon.
(*Prov.* XXIII, 26).

Considera lo primero, que así como se ofrecen dones á los reyes en muestra de honor y vasallaje, mandó Dios, que es Rey de reyes y Señor de señores, que se le ofrezcan dones correspondientes. Por eso dijo: Nadie se ponga delante de mí con las manos vacías: ofrezca cada uno segun su caudal, y segun los bienes que le diere Dios. De Cristo nuestro dueño, verdadero rey pacífico, se predijo así: Rendiránle adoraciones, porque es tu Dios y Señor. Las islas de Tiro le darán dones, y le tributarán honor los príncipes. Quiere decir, que los gentiles convertidos lo adorarian, y tributarian dones espirituales; no solo las plebes humildes, sino tambien las gentes principales, y aun los reyes. Y aun por eso se dice en otro salmo: Los reyes de Tarsis y las islas ofrecerán dones, y los de Arabia y Sabá ricos presentes.

Esto se cumplió á la letra, en sentir de los Padres y de la Iglesia, en los Magos que adoraron á Cristo; pues abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra, con lo cual lo confesaron Dios, rey, y hombre. Pero tú, alma mia, ¿con qué presente

has de honrar á tu Dios y Rey? No necesitas mas que tu corazon. Entre todas las criaturas que vanamente se emplean debajo del sol, no hay cosa mas sublime, mas noble ni mas semejante á Dios que el corazon humano; y así no te pide mas que el tuyo. Por eso dice por Salomon: *Dame á mí tu corazon, hijo mio;* con cuyo estilo insinúa primorosamente de qué mano se digna recibir el don, qué tal debe ser, y de qué modo se ha de dar. Consideremos atentamente cada palabra de por sí.

Considera lo segundo, que no pide el corazon, sino á solo aquel que es hijo suyo, y por eso dice: Dame, *hijo mio,* tu corazon. No habla aquí con judíos, turcos ó paganos, ni con los pecadores obstinados; que estos no son hijos, sino enemigos suyos, hijos malditos. Con que solo lo pide á los hijos de Dios, adoptados por su gracia y espíritu, que creen en su Unigénito. Los que se rigen por espíritu de Dios, dice san Pablo, son hijos suyos, coherederos de Cristo; porque los que son consortes en su pena, han de serlo tambien en su gloria. Una de las condiciones de hijo es, que sufra y padezca; porque Dios ejercita á aquel que adopta. Debe tambien, el que se precia de hijo, ser obediente á su padre. Si por la educacion, dice san Pablo, respetábamos á nuestros padres, que nos dieron el ser carnal, ¿cuánto mas debemos obedecer al Padre del ser espiritual? Debe asimismo el hijo procurar paz en casa del Padre celestial. Dichosos los pacíficos; pues serán hijos de Dios. Finalmente, aquellos son hijos, que imitando al padre procuran ser perfectos, como el Padre ce-

lestial lo es. Si deseas que tu corazon sea grato á Dios, mira no caigas del número de sus hijos. Ten gran cuidado de adquirir estas propiedades de hijo, para que en el nombre y realidad seas verdaderamente hijo suyo.

Considera lo tercero, de qué modo pide que se le dé el corazon. No quiere que se le preste, ó se le venda, sino que se le dé por donacion graciosa. No es otra cosa *prestar,* sino conceder el uso de alguna cosa, reservándose el dominio, el que presta. *Vender,* es tomar precio por la cosa vendida. *Donar,* es darla, y entregarla graciosa y liberalmente; y así, el que presta, vuelve á recibir lo que prestó; el que vende, recibe el precio de su venta; pero el que hace donacion libre y espontánea, no tiene derecho á pedir su alhaja, ni precio alguno por ella.

De este modo prestan á Dios su corazon los que por algun tiempo se dedican á su culto, y despues se emplean en vanidades del siglo. Estos suelen ocuparse los dias solemnes en obras de piedad; pero olvidándose fácilmente, vuelven á su genio, y se entregan á la vanidad y al vicio. Á estos llamó Cristo hombres de á tiempos; porque á tiempos creen, pero se retiran al tiempo de la tentacion. Y ¿quiénes venden el corazon á Dios? los que quieren que les pague de contado en riquezas y prosperidades de este siglo. Los que de este modo se entregan á Dios, no lo harian si no les hubiera prometido el estipendio de la vida eterna, y el premio de la gloria. Aquellos en fin ofrecen el corazon bizarramente, que ni por estipendio, ni por premio alguno de tal suerte se lo

dan, que no piensan en volver á poseerlo, diciendo con David: ¿Qué espero yo sin tí en el cielo, ó qué pretendo en el mundo? Quiere que lo amen de balde, y le sirvan sin interés, y no por respeto á galardon. El mismo Dios, á quien amas sin interés, ha de ser un premio singular. Démosle, pues, graciosa y liberalmente el corazon, para que este tenga al mismo Dios en sí.

Piensa ahora bien, que Dios dice: *Dame tu corazon á mí.* No quiere que lo dés al mundo, al demonio, ni á la carne; porque es amante tan celoso, que no admite consorcio de otro alguno. Pero no se ofende, antes bien estima, que el prójimo halle abrigo en nuestro pecho, por ser un mismo indivisible el amor con que amamos á Dios y al prójimo, á quien no amamos sino por Dios; pues como dijo Aristóteles: Cuando queremos un objeto por conseguir otro, no hay allí dos objetos, sino uno; como cuando tomamos alguna bebida por conseguir la salud, no hay allí mas que un amor. Por lo cual debemos hacer entrega del corazon á solo aquel dueño que debe ser único norte de nuestro cariño.

Considera lo cuarto, ¿por qué aquella inmensa Majestad pide una parte del hombre tan pequeña como el corazon? Aunque hay muchas razones para ello, la principal es porque ninguno hay tan pobre que no pueda dárselo. ¿Quién está sin corazon? Si pidiera otras cosas, muchos alegarian excusas. El sordo no puede dar oidos para oir la palabra divina; el ciego no tiene ojos para llorar su pecado, ni para mirar un Crucifijo; el mudo no tiene lengua para re-

zar, ni para alabar á Dios; el mendigo no tiene manos para dar limosnas; el enfermo no puede ofrecer estómago para ayunos y penitencias; el débil y el decrépito no puede doblar las rodillas para orar; el cojo, ó tullido, no tiene piés ni piernas para visitar templos, ni para hacer romerías. Nada de eso pide Dios, sino solo el corazon, que cualquiera le puede dar. Podrás decir, escribe san Agustin, no puedo velar, no puedo ayunar, no puedo peregrinar, no puedo hacer limosnas, ni resucitar muertos; mas no podrás decir: No puedo amar, que esto se hace con solo el corazon. Añade á lo dicho, que aunque se ofrezcan á Dios los miembros todos del cuerpo, si faltare el corazon, el don no le será grato; pues si dijo por Isaías: Este pueblo me alaba con los labios, pero su corazon está muy léjos de mí, lo mismo podrá decir de todos los demás miembros.

Ninguna obra le da gusto, si no procede del corazon, que en el hombre es lo mismo que en un árbol la raíz. Viciada esta, se secan las ramas, y se marchitan las flores, las hojas se caen, y los frutos se podrecen. Si la raíz está sana, las ramas tienen vigor, firmeza las flores, verdor las hojas, y sazon los frutos. Así tambien, si la raíz del corazon está sana, cualquiera obra será buena. Si es santa la raíz, dijo san Pablo, tambien los ramos lo serán; pero si llegó la malicia á dañar el corazon, no serán meritorias las obras que nacen de él. De él nacen, como Cristo decia, malos deseos, homicidios, hurtos, blasfemias y falsos testimonios. Fuera de que tambien suele pecar el corazon sin obras exteriores; pues

muchos obran con el corazon iniquidades. Y como todas nuestras operaciones participan del corazon, su valor y precio, por eso lo pide Dios con tanto ahinco; pues ni aun entre los hombres se agradecen los dones, si no nacen del corazon. Enfada el criado que no sirve bien sino cuando el amo le mira. El esposo nada piensa que da á su esposa, si no la da el corazon; ni él la pide mas retorno, sino que lo ponga como sello sobre su corazon, y sobre el brazo.

Considera lo quinto, á qué fin has de dar tu corazon á Dios, sino para que more en él, y lo haga conforme al suyo. Débesele por muchos títulos: por los beneficios de la creacion, gobernacion, redencion, y otros innumerables. Á los azores suelen darse los corazones de las aves que cazan. Cristo subió á cazar cuando subió al árbol de la cruz. Así entienden muchos el vaticinio de Jacob, cuando dijo de su hijo Judas: Á la presa has subido, hijo mio. Cristo, que procedió de la familia de Judas, entre otros títulos tiene el de *Arrastra-triunfos, Roba-trofeos,* porque despojando al diablo desde la cruz, robó nuestro corazon, y por eso se le debe dar. No intentes ocultárselo, corrido de que está inmundo; que él es fuente, y lo limpiará; si está torcido, ó corcovado, él, que ama la rectitud, lo pondrá recto; si pandea hácia la tierra, él, que vino del cielo, lo elevará hácia arriba; si está ocupado de varios apetitos, y como enlodado, él, que es fuego, lo consumirá todo; si está duro, él lo ablandará, que es todopoderoso. Á tí solo debe desplacer tu tortuosidad; y así ofrece todo tu corazon con toda tu alma, con toda tu

mente, con todas tus fuerzas, al que con tanto amor se entregó todo á tí, que sin duda reformará fácilmente todas las deformidades de tu corazon.

Como muchos, segun refiere Séneca, ofreciesen mucho á Sócrates á proporcion de sus facultades, Esquines oyente suyo, pero pobre, le dijo: Tan pobre soy, que no tengo cosa que darte digna de tí; pero doyte lo poco que tengo, que es á mí mismo; y te ruego que no desdeñes este don, tal cual es, y que adviertas que si otros te han dado mucho, mucho mas se han reservado. ¿Parécete poco lo que me das? dijo Sócrates: No te estimes en tan poco. Yo procuraré volverte mejor que te recibo. Si tú imitares á Esquines, y ofrecieres tu corazon á Dios, y no á Sócrates, él te lo volverá muy mejorado. Aquí pondrémos oportunamente un modo de ofrecer el corazon á Dios.

La práctica y modo de ofrecer á Dios espiritualmente nuestro corazon nos enseñaron las santas Gertrudis y Mectildis, hermanas en sangre y religion, que fueron muy llegadas á Dios, y le sirvieron de una voluntad. Santa Mectildis, oyendo un dia cantar en el ofertorio: *Los reyes te ofrecerán dones*, dijo á nuestro Salvador: Y ¿qué te ofreceré yo, no teniendo cosa digna de tu majestad? respondió el Salvador: Ofréceme tu corazon de cinco modos, y me ofrecerás un don de mi mayor gusto. Primero, me lo ofrecerás como prenda de desposorio, con toda fidelidad cordial, rogándome incesantemente que con el fuego de mi amor consuma cuanto hubieres delinquido por infidelidad. Lo segundo, me lo ofre-

cerás como collar de oro, ó dije amatorio, con interior desasimiento de todos los placeres del mundo que son capaces de ocuparlo. Lo tercero, me lo presentarás como guirnalda, con todo el honor que puedes tener en esta y en la otra vida, para que solo yo sea gloria y corona tuya. Lo cuarto, me lo ofrecerás en forma de preciosa jarra, en que yo pueda beber mi dulzura. Lo quinto, en figura de vernegal precioso, en que me recree á mí mismo. Así enseñó el Señor á su Mectildis.

Santa Gertrudis dictó y practicó esta fórmula de ofrecer á Dios el corazon: *Ofrézcote, Señor, con entera voluntad mi corazon abstraido de toda criatura, rogándote que lo laves en el agua eficacísima de tu costado santísimo, y lo adornes decentísimamente con la preciosa sangre de tu dulcísimo corazon, y con el varo por aromático de tu amor divino.*

Añade el hermoso y gallardo poema con que dedicó á Cristo su corazon el pio y religioso Bernardo Rahusio, vertido en estas

LIRAS.

Una guirnalda hermosa
Hacer quiso mi amor, que matizada
Adornase pomposa
Tu sien, ó buen Jesús, ensangrentada,
Juntando en dulce ensayo
Las pompas odoríficas del mayo.
Las pálidas violetas
Uni a los amarantos inmortales:
Las clicies, que discretas
Miden del sol las sendas desiguales,
Con tiernos alelies
Enlacé á los claveles carmesies.

El lirio, rey del prado,
Dió la mano á la reina de las flores,
Gozando equivocado
Nácar y plata en tálamo de olores,
Y el cándido narciso
No amarse á sí, servir á su rey quiso.
El nardo, que, oloroso,
Es de la nieve emulacion amable,
Y el tulipan vistoso
De los pensiles íris vegetable,
Sus luces ha esmaltado
Con sombras del jacinto pavonado.
Estas delicias breves
Te prevenia pródiga mi mano,
Ofreciéndote leves
Volátiles riquezas del verano,
Deseando quien te adora,
Para tu obsequio empobrecer á Flora.
Mas vuelto en mi sentido,
Troqué, por mejorarlo, el pensamiento,
Creyendo que al oido
Me pronunciabas con susurro lento:
Esas flores arroja,
Vanidad blanca, azul, dorada y roja.
Tan vanas oblaciones
Á Pan y Pales en Arcadia y Gnido
Se hicieron: otros dones
Mas nobles con amor á tu amor pido;
Que el Dios que por tí muere,
Tu *corazon* para guirnalda quiere.
Y yo desengañado
Digo, dulce Jesús, que darte quiero
De mi pecho arrancado
Mi corazon con gozo verdadero:
Y si yo mil tuviera,
Mil corazones, mi Jesús, te diera.
Ea, corazon mio,
¿Tienes acaso incierta la salida?
Rompe ese pecho frio:
Sal, aunque sea á costa de mi vida;
Mas puesto que ya sales,
Feliz serás con glorias inmortales.
¡Dichoso tú mil veces,

De mi vida porcion la mas preciada!
Pues que ya ser mereces
Victima que á Dios trino dedicada
Ofrece mi alma amante,
En ara digna de una fe constante.
No aspire la violeta
Á ceñir de Jesús la frente santa;
Si en humildad discreta,
Ni aun merece ser huella de su planta:
Que un corazon piadoso
Mas fragante es, mas tierno, mas hermoso.
No la caduca rosa,
No el clavel, el narciso, ó la azucena,
Guirnalda tan preciosa
Formen; si un leve cierzo las condena
Á hallar en solo un dia
Frágil ser, cuna ardiente, tumba fria.
Ea, Jesús piadoso,
Recibe un corazon enamorado,
Y escóndele amoroso
En tu abierto, en tu pródigo costado:
Porque vivir no quiero,
Si logro mejor vida cuando muero.
Vivo yo; mas no vivo;
Que en mí vive el sagrado Nazareo:
Dél aliento recibo,
Que él es mi corazon, vida y recreo:
Y en tan gloriosa calma,
Tengo mas alma cuando estoy sin alma.
Dadle á Cristo, mortales,
Siguiendo las celestes influencias,
El corazon leales:
Porque en perder el alma y las potencias,
Con tanta granjería,
Consiste la mayor sabiduría.

Sacrificio del corazon.

Non vituli, cæsive Deo placet hostia tauri:
COR mihi qui dedit, hic COR sibi poscit amor.

No el toro sacrificado
Á Dios es grata oblacion;
Mas quiere mi corazon
El amor que me lo ha dado.

LECCION XVI.

Sacrificio del corazon.

Sacrificium Deo spiritus contribulatus.
Sacrificio para Dios es el espiritu atribulado. (*Psalm.* L, 19).

Considera lo primero, que así como á los reyes se dan gabelas y tributos, se deben sacrificios al supremo Númen, dueño de toda criatura, en testimonio de su soberanía. Por tanto, no basta, alma fiel, que le hayas entregado tu corazon, como á Rey de los siglos invisible é inmortal; es necesario que se lo ofrezcas tambien en víctima como á Dios. Y así dice el Esposo de nuestras almas con estilo místico, que le sacrifiquemos todos los primogénitos, porque todos ellos son suyos. ¿Qué? ¿Tanto desea la Majestad suprema los primogénitos de ovejas y de vacas, que manda que de ellos se le haga sacrificio? ¿Cuida Dios acaso de bueyes? pregunta san Pablo. Y el mismo Dios dijo por boca de David: ¿Pensais que yo he de comer carne de becerros, ó beber sangre de hirascos? ¿Por qué pide, pues, los primogénitos? ¿por qué pondera tanto que son suyos? Si dió fin á todos los sacrificios legales con el del cuerpo y sangre de Jesucristo, ¿para qué nos pide ahora que le sacrifiquemos los primogénitos? Algun misterio se oculta

con el cendal de la letra: sin duda nos pide el corazon, que es el primogénito espiritual.

Este es el primogénito entre todos los miembros; pues segun dice Aristóteles, es el primero que entre todos vive, y el último que muere. El sacrificio de este miembro principal es el que mas agrada á Dios; y en sentencia de san Agustin, fue misteriosamente figurado en el de Abrahan. Como Dios dijo al Patriarca: Sacrifícame tu unigénito; te dice á tí la eterna Sabiduría: *Dame, hijo, tu corazon,* que este es tu único, tu querido hijo. ¿Que temes dárselo? sacrifícale tu contrito corazon, diciéndole con David: No te deleitas tú con sacrificios; mas te agrada un espíritu lloroso, pues nunca desechaste el corazon contrito. Con tal sacrificio no temas; él lo aceptará, y todo lo que ofrecieres quedará para tí. Así lo conoció el devoto poeta Prudencio, diciendo que el sacrificio de Abrahan nos enseña á ofrecer á Dios en holocausto lo que mas roba nuestro cariño.

Abrahan de la fe enseñó el camino,
Padre de la familia venturosa;
Á cuyo nombre aumento le previno
La silaba añadida misteriosa;
Que al dedicar la víctima, que fino
Entregaba á la mano rigorosa,
Nos enseñó, que aquel que sacrifique,
Aquello que mas ama, á Dios dedique.

Ninguna cosa ama el hombre mas que á su mismo corazon: y así para ponderar un amante su excesivo amor, suele llamar al sujeto que ama, *corazon mio, alma mia;* dando á entender con esta expresion de terneza, que lo estima como á su mismo

corazon y su alma. Con que, si hemos de dedicar á Dios lo que mas queremos, es preciso que le ofrezcamos el corazon.

Considera lo segundo, por qué se debe sacrificar á Dios el corazon. Mandó á los israelitas que sacrificasen sus primogénitos en perpétua memoria de haberlos libertado de la esclavitud de Egipto. Esta libertad ordenó Dios, quitando la vida á los primogénitos egipcios. Y por haber muerto á los primogénitos egipcios, conservando indemnes en medio del estrago á los de los hebreos que estaban en Egipto, mandó por ley especial que se le ofreciesen todos; pues se le debian, como suyos, por haberlos redimido, y por haberlos conservado. Todo esto era figura. Con mayor razon debemos nosotros sacrificarle nuestros primogénitos, por habernos libertado Cristo de la esclavitud del Egipto de este mundo, y de las garras del demonio. No mató primogénitos de egipcios por adquirir nuestra libertad; pero murió el Unigénito del Padre y de la Madre vírgen, y fue sacrificado por nosotros. ¿Por cuántos títulos, pues, pide la víctima de nuestro corazon?

Pero advierte que cualquiera puede ser ministro de ese sacrificio misterioso, el grande, el pequeño, el rico, el pobre, el noble, el plebeyo, el eclesiástico, el secular, el varon y la mujer. Y ¿cuál será el altar? La conciencia pura. ¿Cuál la víctima? El corazon contrito, y el espíritu humillado, que en sentir de muchos es lo mismo. ¿Con qué cuchillo se ha de hacer trozos la víctima? Con el exámen de la conciencia, con dolor de alma, y confesion de boca.

¿Cuál será el fuego que lo ha de consumir? El que el Hijo de Dios vino á encender en la tierra, con deseo de que creciese su llama, que es aquella caridad divina que consume toda la hostia. ¿Con qué leña se ha de cebar este fuego? Con una atenta consideracion de la divina bondad y de sus muchos beneficios, con la cual arderá siempre en el pecho la llama del divino amor, porque está escrito: Arda perpétuamente fuego en el altar, para lo cual lo cebará el sacerdote cada dia, poniendo leña por la mañana. Cualquiera cristiano debe cuidar que no se apague en su pecho el fuego de amor, y avivarlo con ejemplos de santos Padres y de las divinas leyes. Conviene que se cebe por la mañana, que es la primera parte del dia. Y así dando de mano á los cuidados de esta vida, procure primeramente avivar á toda costa el fuego de la caridad, para que siempre esté ardiendo la víctima de su corazon.

Considera lo tercero, que nadie tiene excusa para no hacer este sacrificio; pues como decia David: Dentro de mí está, Señor, lo que quieres que te ofrezca para tu honor y alabanza. Que segun interpreta san Gregorio, quiere decir: Aunque no tuviera yo bienes exteriores que ofrecerte, hallo en mi interior que sacrificar á gloria tuya; pues aunque no necesitas de nuestras dádivas, sé muy bien que con el sacrificio del corazon se templan mejor tus iras. Nunca se hallarán vacías las manos delante de Dios, si el arca de nuestro pecho está llena de buena voluntad. Saca de ella, dice san Agustin, incienso de alabanza, y de la despensa de la conciencia víctima

de fe, y enciéndelo todo con fuego de caridad. Haya en tí siempre que ofrecer á Dios.

En otra parte dice el mismo: Si estuvieras obligado á ofrecer á Dios sacrificio grato á sus divinos ojos, como se hacia en la ley antigua, en sombra y figura de la nueva, acaso no hallarias en tus rebaños becerro á propósito, ni cordero digno del sacrificio; y aunque este fuese pingüe, acaso tendria alguna imperfeccion que lo hiciese indigno del altar. No hallándolo á propósito, no sabrias qué hacer; y en tal caso dirias á Dios: Yo quiero, mas no tengo que dar; pero del sacrificio de alabanza no podrás decir: Ya quise, pero no tuve. ¿Podrás acaso decir: Quise, y no tuve alabanzas que ofrecer? El querer es alabar. No te pide Dios palabras, sino el corazon. Confiesa á Dios con la lengua, cuando puedes, para tu salud; y cuando no pudieres con la lengua, cree con el corazon. Con él le alabas, con él le bendices, con él pones víctimas en el altar de la conciencia, y te se responde: Paz sea en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Este sacrificio de alabanza tenia Zaqueo en su patrimonio, la viuda en su retiro, y cierto húesped en su jarro. Aun el santo Job lo tenia, cuando todo le faltaba. Destruyóle el demonio toda la hacienda, matóle los hijos, y despues de tanta pérdida quedó solo. Mas aunque le robaron cuanto tenia, quedaron en él víctimas de alabanza. No pudo el demonio invadirle el arca del corazon, y así tenia mucho que ofrecer. Oye lo que tenia, oye lo que sacrificaba: Dios me dió bienes, y Dios me los quitó; como

quiso el Señor, así se ha hecho; sea su nombre alabado. ¡Oh riquezas interiores, á que no llega el ladron! Estas son las que pide Dios, y estas debes tú ofrecer.

Considera lo cuarto, que ningun sacrificio aplaca mas aquella soberana Majestad, que el sacrificio del corazon. Los hombres, dice san Bernardo, pesan el corazon por las palabras; pero Dios pesa las palabras por el corazon. Y san Gregorio: No atiende Dios á las voces del que suplica, sino al corazon del que ora. Por el corazon mide y pesa nuestras buenas obras; que aunque en sí sean de poca monta, tendrán mucho valor, si proceden de fina voluntad. Y añade, que solo pesa la voluntad del que obra, y no la entidad de la obra misma. No atiende á la cantidad del sacrificio, sino á la grandeza del afecto. El corazon es el que hace á Dios propicio, quien lo dobla, y lo inclina hácia nosotros; pues como cantó el Mantuano:

Dobla la tierna vara el cierzo frio,
Cede el arco flechero á quien lo liga,
Rinde á las llamas el acero el brio,
El diamante con sangre se mitiga;
Y á Dios omnipotente
El corazon suaviza penitente.

Y ¿por qué le agrada tanto el corazon? porque este significa la buena voluntad; y por mejor decir, porque no es otra cosa que una voluntad pronta y sencilla; y antes hemos de escoger, como dijo el filósofo, la buena voluntad sin accion, que la accion sin buena voluntad: lo cual ponderó aquel poeta que cantaba:

Aunque sea el don corto, de alabanza
Digna es la voluntad del que lo ofrece:
Porque solo el afecto me parece
Que de los Dioses el agrado alcanza.
Con ella sola el pobre sacrificio
Al número, como el rico, es agradable:
Y hace una corderilla tan preciable,
Como víctima grande á Dios propicio.

¿Cuánto se pagaria Dios de aquella séria y pronta voluntad de Abrahan cuando quiso sacrificar á su hijo Isaac? Tanto por cierto, que por ella mereció que nuestro Redentor naciese de él. Pon, pues, tu corazon sobre el ara de tu conciencia con voluntad pronta y sencilla, para que encendido del fuego de caridad, arda como holocausto de suave olor; y pide á Dios con el santo Azaría, que te mire con ojos de piedad, y que reciba el sacrificio de tu humilde corazon. Dí tambien con la santa Iglesia: Sea, Señor, nuestro sacrificio tan grato á tus divinos ojos, como aquellos en que te ofrecian millares de corderillos. Así lo espero de tu piedad, pues nunca se malogran los deseos de los que esperan en tí.

LECCION XVII.

Balance del corazon.

Appendit corda Dominus.
El Señor pesa los corazones.
(*Prov.* XXI, 2).

Considera lo primero, que no basta ofrecer á Dios el corazon, si no es tal que pueda serle grato. Los buenos contrastes examinan, no solo si la moneda es de legítimo cuño, si es de oro fino, de plata ó de estaño; mas tambien averiguan en la balanza, si es de justo peso. De esta manera reconoce Dios, que todo lo ordenó en número, peso y medida, si son cabales los corazones, y todo cuanto se dedica á sus altares; y hallando que son faltos ó cortos, los desecha como falsos. Por eso Salomon le llamó *Contraste de espíritus;* no solo porque comprende los mas ocultos pensamientos, sino porque los pesa en la balanza de su divina comprension, para examinar si llegan al fiel: y así dice, que juzga Dios con peso y balanza, porque por ella averigua la integridad de la obra. Por eso es su juicio recto, porque nunca se desvia del equilibrio.

El santo Job deseaba sériamente ser examinado así cuando decia: Péseme Dios en su balanza fiel, y examine mi simplicidad. Y otra vez: ¡Ojalá mis culpas, con que merecí su justo enojo, se contrapesa-

Balance del corazon.

Quod mihi donasti magno pro munere, non est,
Si neget hoc, justi ponderis æqua bilanx.

No imagines que es cabal
El don que ofreces rendida,
Si de mi ley y tu vida
La balanza es desigual.

sen en su balanza con las calamidades que padezco! Pienso que como arena pesada gravitaria mi calamidad hácia la tierra. Al contrario se escribe del rey Baltasar: Pusiéronte en la balanza, y se averiguó que no llegabas al fiel. Esto es: Contrapesáronse en la balanza de la divina justicia, ó Baltasar, tus buenas y malas obras; y se ha visto claramente que son muy pocas las buenas, respecto de tu mucha soberbia, embriaguez, glotonería y maldad: luego tienes muy merecido que con la vida te priven de la corona. Procura pues, alma piadosa, que el corazon, que has de ofrecer á Dios, tenga tu justo peso, para que no sea reprobado.

Considera lo segundo, que entre los hombres se usan pesas falsas y balanzas inícuas, con que fabrican el fraude y el engaño, pesando á su albedrío y antojo. Falaces son los hombres, dice David, en sus pesos, solo por engañarse unos á otros. No pasa eso ante el justísimo Contraste de corazones, que no los pesa sino con pesos muy fieles. Abomina balanzas dolosas, y quiere que las pesas sean legítimas. De aquí sucede, que muchas obras son buenas en los ojos de los hombres; pero en los divinos no son tales. El hombre, dice el Sábio, piensa que obra bien; pero sábelo Dios. Aunque una obra sea buena en lo exterior y en el dictámen de los que la ven; para con Dios suele no ser así, que no la pesa por lo que en sí tiene, sino por la voluntad con que se hace.

Cuando Abel ofreció su sacrificio, se escribe que miró Dios á él y á sus dones; y pregunta san Grego-

rio: ¿Por qué se dice que miró á Abel antes que al sacrificio? y dice, que cuanto se da á Dios, se pesa por el afecto del que lo da: y así no le agradó Abel por los dones, sino los dones por Abel; y es, que regula lo que recibe, por el corazon del que lo ofrece. ¿Qué valdrian las dos monedillas de cobre que echó en el cepo la viuda hebrea, en comparacion de las sumas de plata que tanto ponderaban los fariseos? Para con Dios valian mucho mas, como la misma Verdad aseguró, diciendo: De verdad os aseguro, que ofreció esta pobre viuda mucho mas que todo el pueblo. Y ¿por qué dice que dió mas? porque dió cuanto tenia su pobreza, y porque dió las dos monedas con afecto mas pronto, con mas alegría de ánimo. En vista de esto dice san Cipriano: Valúa el Señor la obra, no por la cantidad, sino por la voluntad, considerando, no el cuánto, sino con cuánto afecto; y por eso dijo: Mas dió la viuda sola, que todos juntos á la caja.

No hay para Dios don mas precioso que la voluntad, la cual pueden presentarle todos, aunque sean pobres míseros. Si esta falta, aunque se le ofrezcan cosas grandes, no serán de su agrado, porque no llegan al peso. Las obras del obispo sardicense eran muy grandes en opinion de los hombres, pero no eran así en los ojos de Dios; por lo cual le dijo el Ángel: No son cabales tus obras. Aunque parecen buenas á los hombres, y te has merecido por ellas grande aplauso, no llegan al peso justo, porque estás muerto; y así trata de acabalar lo que falta. Pon, alma mia, tu corazon en la balanza divina, para que

conozcas claramente lo que te falta para llegar á la verdadera justicia, diciendo con san Agustin: Ahí te presento, Señor, todos mis deseos y pensamientos, y los hago patentes á tus ojos. Tú solo pesas los espíritus: tú eres el juez rectísimo que comprendes si es dulce ó amarga la raíz, de que proceden unas hojas tan bellas en lo exterior.

Considera lo tercero, cuál es el peso con que se ha de balancear nuestro corazon. Ya lo dijo Dios: Todo lo que se ofreciere, se ha de pesar con el peso del templo, que él solo es incapaz de engaño. Por esto se lee que todo lo que ofrecian al templo los príncipes de Israel, y las cabezas de las tribus ó familias, se regulaba por el peso del santuario; porque no estima Dios lo que no llega al fiel de este peso. ¿Qué peso es este, sino la misma voluntad divina, por la cual debe regularse la nuestra? Por eso deseaba Salomon que se arreglase el corazon de su pueblo al de su Dios y Señor, siguiendo la vereda de su divina voluntad. Así se dice que el rey Asa ajustó su corazon con el divino; pero de Abías se refiere lo contrario: es á saber, que no estuvo ajustado su corazon con el de Dios, como el de David. Y ¿qué rectitud tuvo el de David? ¿qué pesa se puso en la balanza contrapuesta, por donde podamos colegir la perfeccion de este Monarca? No fue otra que el divino corazon. De él se escribe, que halló Dios un hombre ajustado á su voluntad.

De esto se colige, que aquel es perfecto que (cuanto es posible al hombre) es mas conforme en peso y rectitud con el divino. Y ¿qué cosa sino la recta in-

tencion manifiesta mejor esta conformidad? Dios es recto, y ama á los que tienen rectitud de corazon. La intencion mala y torcida discrepa del divino, y así no puede contrapesarse con él; y si á la intencion se añade mala obra, es réprobo lo que á Dios se consagra. Lo que un cuerpo sin vida, dice Ricardo, es la obra sin rectitud de intencion. Aunque cualquiera obra parezca buena, está en los ojos de Dios muerta si la intencion sana no la anima.

Bien sabia David lo mucho que Dios estima la rectitud de intencion, y por eso decia: Yo te ofreceré holocaustos con medula. No hay holocausto mas agradable á Dios que nuestro corazon; pero lo desestima si no tiene cañada. Esta es la recta intencion. No hay en nosotros cosa mas interna, como dice san Agustin. Los huesos están dentro de la carne; pero el meollo en lo interior de los huesos. El que sirve á Dios superficialmente, no intenta parecer bien á Dios, sino á los hombres. El que siente en su interior lo contrario á lo que obra, no ofrece sacrificio con medula; pero cuando Dios ve que tiene cañada, entonces lo acepta. Aquellas obras son holocaustos con cañada, que tienen tuétano de buena intencion, y sana voluntad; que los secos, áridos y desmeollados no son del agrado de Dios. Hallarás muchos que oran con frecuencia, que asisten á misa, que dan limosna; pero ¿qué tiene todo eso de medula? No es mas que huesos blancos y bruñidos, pero enjutos, sin meollo de espíritu, sin intencion recta, sin afecto de piedad, que eleva todas las obras á Dios. Por eso aconseja san Gregorio, que elevemos hácia el cie-

lo con la intencion todo lo bueno que hiciéremos. Esto es lo primero que pide Dios, como tuétano de su sacrificio, cuyas palabras son vivas y eficaces, mas penetrativas que espada de dos cortes, y llegan á separar el alma y el espíritu, las junturas y los tuétanos, y discierne las intenciones y pensamientos todos.

Considera lo cuarto, para que el sacrificio de tu corazon no sea desechado de Dios por leve y de poco peso, no basta que tú le encomiendes que lo pese él; mucho mas acertado será que lo peses tú antes de ofrecerle á Dios, y veas por el peso si tiene suficiente integridad. Á cada hombre, dice san Basilio, dió el Criador balanza, para que pueda pesar las cosas. A tus ojos tienes la muerte y la vida, lo bueno y lo malo, dos cosas contrarias entre sí: examínalas, y pésalas tú, y elige la que quisieres. Pesa propria se te ha dado, suficiente para demostrar la diferencia entre el mal y el bien. Las cosas corpóreas se examinan por pesas en balanzas; y las que se han de elegir para ordenar la vida, se disciernen por el libre albedrío, con el cual puedes elegir igualmente lo que quisieres. Pon, pues, en la balanza del libre albedrío la intencion recta, y arroja la torcida. La intencion recta es aquella que dirige las operaciones á buen fin; y como este puede ser diverso, puede serlo asimismo la intencion.

Primeramente hay intencion de siervos, que por temor de que Dios los castigue eternamente, hacen lo que se les manda. La segunda es de mercenarios, que hacen lo que manda Dios, con la mira del pre-

mio que esperan recibir. La tercera es de hijos, de aquellos, digo, que se esmeran en servir á Dios, á quien aman de veras, solo por servirle, ó por temor de que se enoje. Esta tiene tres grados: el primero se llama recta intencion, la cual hace las obras buenas, y aun las indiferentes, puramente por amor de Dios, y con solo el fin de servirle. El segundo grado toca á la simple intencion, por la cual desea el hombre honrar y servir á Dios, y unirse á él con el entendimiento y voluntad, teniéndolo siempre á la vista. El tercer grado comprende la intencion que llaman deiforme, por la cual el hombre se arrebata á Dios de tal suerte, que está indiferente para el consuelo y para el desconsuelo, para lo adverso y lo próspero, para la infamia y la honra. Aspira, pues, alma mia, y vé subiendo de grado en grado á este supremo de intencion; para que puesto tu corazon en la divina balanza, se estime su integridad y justo peso como arreglado al del santuario, que es el corazon amante de tu Esposo.

Ensayo del corazon.

COR, rutilo, dilecta, tuum pretiosius auro,
Impuram scoriam si prius ignis edat.

Si tu corazon de amor
El fuego purificare,
No habrá oro que á él se compare
En precio ni en esplendor.

LECCION XVIII.

Ensayo del corazon.

Sicut igne probatur argentum, et aurum camino: ita corda probat Dominus.
Así como en el fuego es probada la plata, y el oro en la hornaza: así prueba el Señor los corazones. (*Prov.* XVII, 3).

Considera lo primero, que no basta ofrecer á Dios nuestro corazon como moneda de oro cabal; tambien se requiere que esta moneda no sea falsa, con mezcla de otra materia. Al ensayador perito toca averiguar si la moneda es legítima, como si es de oro fino ó de cobre, si es de plata ó de estaño bruñido; sobre lo cual establecieron leyes Graciano y Teodosio. Tambien debe examinar si es moneda de oro puro, ó mezclado, sobre que impusieron en otra ley penas gravísimas á los que en la moneda de oro mezclasen otras materias. Con mayor expresion habla la ley Cornelia, en que se ordenó que si alguno hiciese mezcla con el oro, ó acuñase plata con liga de otro metal, fuese castigado como traidor. Por eso la que tiene alguna mezcla es reprobada por falsa.

Para averiguar la finura del oro y de la plata, lo pone el ensáyador en el fuego, y lo acrisola. La Escritura atribuye á Dios este oficio, porque examina los corazones del mismo modo. De Cristo dijo Ma-

laquías, que es fuego vivísimo, y yerba jabonera, y que examinaria de espacio, y limpiaria la plaza; que purgaria á los hijos de Leví, derritiéndolos, como si fuesen plata ú oro, en su crisol. El fuego con que Dios prueba los corazones es la tribulacion, como entienden la Escritura y Padres, en cuyo sentido dice el Eclesiástico: La plata se afina en el fuego, y los hombres que Dios quiere para sí, en la forja de la penalidad. De los justos dice el Sábio: Ejercitólos en poco, y los dispuso Dios para mucho; pues habiéndolos probado, los halló dignos de su aprecio. Examinólos á fuego, como se examina el oro. Aprende, pues, alma mia, á no temer trabajos, ni desmayar cuando los tengas, que ellos dirán lo que eres tú.

Considera lo segundo, que como el fuego, derritiendo el oro, lo separa de otros metales, y manifiesta si es puro; así tambien manifiestan los trabajos si nuestro corazon es réprobo en los ojos de Dios; pues como dijo Ezequiel: Por cuanto todos habeis degenerado en vil escoria, haré un monton de todos vosotros, como se amontonan en el horno plata, cobre, hierro y estaño, y os acrisolaré á puro fuego. Exponiéndolo san Gregorio, dice con elegancia: Procuré purificarlos en el fuego de la tribulacion, á fin de que se convirtiesen en oro ó plata; pero, aun estando dentro del horno, se me han convertido en bronce, estaño, plomo y hierro; pues no salieron de allí para la virtud, sino para el vicio. Si el bronce recibe un golpe, suena mas ruidosamente que otro metal; y el que con un golpe de penalidad pro-

rumpe en palabras de murmuracion, se conoce claramente que dentro del horno se convirtió en bronce. El estaño bruñido imita el esplendor de la plata; y el que en la adversidad finge sufrimiento, dentro del horno se convierte en estaño. El hierro sirve para hacer mal al prójimo; y el que en la tribulacion reserva encono, dentro del horno se convierte en duro hierro. Plomo es en el fuego el que se deja cargar tanto de su vicio, que aun estando en el horno de la tribulacion, no quiere echarlo de sí.

Por eso dijo el mismo Ezequiel: Ni con la fuerza del fuego quiso soltar su mucho orin, por mas que yo sudé. Aplica Dios el fuego de la tribulacion, para purificarnos del orin de los vicios; y no dejamos el orin con el fuego, si, aun sintiendo los azotes, no deponemos el vicio. En vista de esto decia Jeremías: En vano ha sido la industria del crisol; bien los podeis reprobar como plata falsa, pues con tanto fuego no se apuró su malicia. La tribulacion te instruirá, y por ella sabrás si eres estaño, plomo, cobre ó hierro, ó si eres plata ú oro fino, como el santo rey David, que habiendo pasado por el fuego de la tribulacion, decia: Probaste mi corazon con pesares, y lo examinaste en la llama, y no hallaste en mí malicia. Y el santo Job: Probóme como al oro, que pasa por fuego. Un Ángel dijo á Tobías: Porque eras grato á Dios, fue necesario que la tentacion hiciese prueba de tí. Díle tambien con el Profeta: Pruébame, Señor, y haz experiencia de mí, quemándome las entrañas y el corazon.

Considera lo tercero, que en el crisol se afina el

oro, se mejora y esplendorea. Para limpliar la plata, suelen echarla plomo, segun consta de Jeremías: Quebróse el fuelle, dice, el plomo se consumió en el fuego, y el artífice trabajó en vano. Échase plomo para derretir, dice Matiolo; porque con el admiículo del plomo ceden mas fácilmente los metales á la actividad del fuego. Al modo, pues, que se prueban con fuego los metales, prueba Dios los corazones. Dios es el ensayador, fuego la tentacion ó penalidad, fuelle el diablo, que, tentando, con sus soplos atiza y aviva el fuego. El plomo, que es el mas pesado de los metales, al contrario de los demás, crece si lo cubren de tierra; lo cual, en sentir de san Cirilo, significa la memoria y temor de la muerte. Es útil su recuerdo para preservar el corazon de cualquiera lesion, y para afinarlo.

Como el oro no recibe daño del fuego, dice Crisóstomo, tampoco el alma constante lo recibe del trabajo. ¿Qué hace el fuego? Afinar el oro. ¿Qué obra la tribulacion? Tolerancia, aumento de paciencia, privacion de discordia, union, y sobriedad de alma. Así debe gozarse el hombre piadoso cuando tuviere tribulaciones; pues con ellas se purifica, y se adelanta á paso largo en virtudes. La virtud desmaya sin contrario. Vese su generosidad, su valor y pujanza, cuando muestra cuánto es su poder con la paciencia. Al modo que los ladrillos sin cocer se deshacen y disuelven si se mojan, y cocidos con el fuego, que al parecer los habia de hacer polvo, de tal manera se fortifican y endurecen, que á cualquiera agua resisten, y son muy aptos para edificios; del

mismo modo los justos, que á nuestro parecer habian de flaquear ó bambanear de su estado, con la fuerza de sus tribulaciones conciben y adquieren de ellas tal fortaleza de ánimo y tal brio, que no les hacen daño las avenidas de cosas adversas, y se convierten en vivas y duras piedras, idóneas y escogidas para el edificio espiritual.

Considera lo cuarto, que aunque los justos tengan muchas y graves adversidades, es necesario que las aguanten con paciencia invicta, armándose con la consideracion de que aun no están purgados totalmente de escoria. Puede Dios, segun Crisóstomo, quitarnos hoy cualquiera adversidad; mas no quiere, hasta vernos purgados, hasta ver nuestra conversion perfecta, y la penitencia firme y segura. El artífice no saca el oro del crisol, ni Dios nos saca de la tribulacion á nosotros, hasta que nos ve bien purgados. ¿Brilla acaso el oro en el crisol? pregunta san Agustin; no, pero brillará en una joya. Pasa, pues, por la adversidad del horno, si quieres quedar lucido. El mundo es horno, leña los malos, oro los justos, fuego la tribulacion, y Dios el artífice. Hago lo que el artífice quiere; yo persevero tolerando, donde él me pone. Él me manda tolerar, y él me sabe limpiar; y por mas que arda la leña de los malos, para quemarme, ella se resuelve en cenizas, y yo quedo limpio de mis manchas.

Refiere Casiano, que muchos hombres santísimos padecieron gravísimas enfermedades por algunas culpas leves; porque como los desea tan puros la divina clemencia, que quisiera no hallar en ellos, el dia

del juicio, ni una mota, los purifica de toda escoria en esta vida, para trasladarlos á la otra sin purgatorio, como oro caldeado y puro. Yo apuraré tu escoria, dijo Dios, yo te quitaré todo el estaño, para que te llamen pueblo fiel, y cuidad del justo. Aun el oro degenera si se mezcla con plata, como escribia san Agustin. Qualquiera cosa pierde su valor si se une á otra de inferior calidad, aunque aquella, á que se une, sea en sí perfecta y noble. Así se mancha nuestro ánimo de algunas cosas, que, aunque sean limpias en sí, son inferiores á él; y para dejarlo limpio, se necesita de fuego. Muchas veces sucede que Dios pone al hombre, como en un horno, entre trabajos, molestias y tribulaciones, para purgar su ánimo de cosas ínfimas, aunque no malas ni torpes, y pasarlo á otras mas grandes. No te acobarde, pues, ni te asuste la tribulacion, que conduce á tu alma tanto bien.

Considera lo quinto, que aunque es durísimo el oro, se hace flexible y blando por virtud del fuego, de suerte que á golpes del martillo pueda el artífice darle figura de vaso, incensario, candelero, copa ó plato, y aun estirarlo en chapas y panes, y sacar hilos sutiles: tambien el corazon humano caldeado en la forja de la tribulacion, golpeado repetidas veces, como con muchas martilladas, se dilata y estira mas y mas, para que Dios, que es el artífice, segun su santísima voluntad le dé la forma ó figura que gustare.

Así lo enseña san Agustin sobre aquello del Salmista: Cantad divinas alabanzas con clarines y trom-

petas. Los clarines, dice, son de metal, que á puro golpe se estira: con que si vosotros fuéreis golpeados, tambien seréis trompetas tiradas, para alabanzas divinas. Cuando somos tribulados, es golpe la adversidad, y el aprovechamiento es largor. ¡Qué bien suena y con qué suavidad un clarin que, cuando lo golpean con molestias, da gracias á Dios! Quiero pulir esta trompeta, dice el soberano Artífice; pero no sonará bien, si no se funde. Antes de alargarla, sonaba mal; mas ya que tiene bastante longitud, prorumpirá en alabanzas la que antes solo resonaba blasfemias.

Aprende, pues, alma, á no murmurar, ni quejarte de Dios en las penas y trabajos, sino á darle muchas gracias por ellos; porque la espina que te punza, produce flores para tu corona. Lo adverso, que en esta vida es momentáneo y leve, obra en nosotros un gran peso de gloria inamisible. Fuera de que no pueden cotejarse los temporales trabajos con aquella gloria eterna que se ha de manifestar en nosotros. Ea pues, da gracias á Dios, aunque te veas muy atormentado en el horno de la tribulacion; y con los tres mancebos en el de Babilonia alaba al Criador de cielo y tierra. No temas que se queme tu corazon en el fuego; antes saldrá mas puro, mas brillante, mas glorioso.

LECCION XIX.

Sondeo del corazon.

Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscet illud? Ego Dominus scrutans renes et cor
Torcido es el corazon de todos é impenetrable: ¿quién lo conocerá? Yo el Señor que escudriño el corazon.
(*Jerem.* XVII, 9).

Considera lo primero, que son tan recónditos los senos del humano corazon, que nadie los puede conocer; por lo cual un profeta llamó inescrutable al corazon del hombre. Verdaderamente, dijo san Bernardo, es un abismo sin suelo; porque así como no es posible agotar el golfo, tampoco puede evacuarse de sus pensamientos el corazon humano, que en continua volubilidad están bullendo dentro de él. Es mar profundo y espacioso, en que cruzan sabandijas sin número: y al modo que estas, culebreando de un lado y otro, entran y salen sin ser sentidas; entran y salen, sin ser sentidos, en la conciencia del hombre pensamientos ponzoños, sin que él sepa sus principios ni paraderos. Bien lo conoció el que dijo: Falso es é insondable el humano corazon: ¿quién lo podrá bucear?

Tambien san Agustin lo juzgó abismo, por no ser capaz de registro ni conocimiento. Si es abismo, dice,

Sondeo del corazon.

Solus ego immensam CORDIS perscrutor abyssum,
Nautica quam potis est haud penetrare bolis.

Solo yo puedo sondear
Abismos del pecho humano,
Que nautica sonda en vano
Solicita registrar.

la profundidad, creo que es abismo el corazon. ¿Qué cosa hay mas profunda que este abismo? Pueden los hombres hablarse, pueden verse por sus operaciones, pueden oirse por sus palabras; pero ¿qué pensamiento se penetra? qué corazon se registra? quién comprenderá lo que allá dentro traza? qué intenta? qué maquina? qué dispone? qué quiere, y qué no quiere? Por eso deseaba un filósofo que los pechos fuesen de vidrio, para poder registrar su fondo, y ver si en ellos habia algun engaño. Esta fue la causa por que Momo reprendió á Vulcano de no haber hecho en el corazon una ventana, para que todo estuviese á la vista. San Macario dijo tambien, que el corazon es de infinita profundidad, que en él hay retretes, aposentos, cámaras y bodegas, pero no hay por donde entrar; y así ninguno ha visto su interior.

Considera lo segundo, que solo Dios conoce los mas ocultos pensamientos. Todos los corazones registra, y penetra lo mas íntimo del alma. Cinco tesoros reservó Dios para sí, cuyas llaves á nadie quiso fiar. El primero es el de la creacion, que excede de tal manera las facultades de toda criatura, que á nadie puede atribuirse sino á solo él; y así él solo puede gozar el ilustre título de Criador. El segundo es el del honor que debe contribuirle toda criatura; pues como enseña san Pablo: Á solo Dios se debe el honor y gloria; y el mismo Dios dice: Á nadie daré la gloria de mi nombre. El tercero es de la venganza de las injurias, de la cual dice él mismo: Dejad por mi cuenta el castigo, que yo lo tomaré por mi mano. El cuarto es de la ciencia del dia destinado para el

juicio, del cual afirma Cristo que ninguno, sino Dios, lo sabe, y que ni aun los Ángeles del cielo tienen la menor especie. El quinto tesoro es el conocimiento claro de todos los pensamientos. Este conocimiento claro, con que Dios registra los mas retirados senos de nuestros corazones, debe estar grabado profundamente en ellos, para que no reserven en sí cosa que pueda ofender á quien tanto ve. Aunque reside principalmente en el cielo, como en solio magnífico de su gloria, con todo eso, como con Prudencio canta la Iglesia:

Desde el cielo está notando
Atalaya vigilante
Nuestras obras y deseos
De la mañana á la tarde.

El gran cuidado con que nota las acciones de cualquiera hombre en particular, conoció san Agustin, quien habla de esta manera con Dios: Con tanta diligencia observas mis pasos y el rumbo de mis caminos, tan grande y tan continua es tu vigilancia sobre mí, con que consideras, atalaya perpétua, los ápices de mis huellas, como si olvidado de todas tus criaturas de cielo y tierra, solo te ocuparas en mirarme á mí, sin tener otra cosa de que cuidar. No se aumenta la inconmutable luz de tu vision porque miren un solo objeto tus ojos, ni mengua ni se embaraza por atender á tantos y tan diversos.

Pasa adelante, alma mia, á contemplar con el mismo Santo el escrupuloso registro que hace de lo mas profundo de tu pecho. Cuanto hago, dice el santo Doctor, está delante de tí, y sea lo que fuere, lo que

hago, tú lo ves mejor que yo que lo ejecuto. Siempre estás presente á lo que hago, como perpétuo inspector de todas mis intenciones, obras y contentos; y no solamente penetras la intencion, pero ves, notas y apuntas, con la discretísima verdad de tu clarísima luz, aun el tuétano mas íntimo de su raíz, para retribuir á cada uno, no solo segun la obra y la intencion, mas tambien segun lo mas interno, que es la raíz oculta de donde procede la intencion del que obra. Acaso será esto lo que nos tenias dicho: Contemplaré el paradero de sus intenciones; y lo que de tí, gran Señor, se dijo, que consideras el fin de todas las cosas; pues en todo cuanto hacemos, mas atiendes á la intencion que á las manos.

Considera lo tercero, que es totalmente impía la persuasion de los que, para soltar la rienda á sus apetitos, fingen que no conoce los corazones, ni ve los que profanan sus leyes. Á estos llama Isaías *profundos de corazon*. ¡Ay de vosotros que teneis el corazon profundo, por ocultar á Dios vuestro consejo! Hacen sus obras ocultamente, diciendo: ¿Quién nos ve? ¿quién nos conoce? mas el Eclesiástico lo reprende de este modo: Engañado vive el hombre que con desprecio de su alma se arroja al peligro, diciendo entre sí: ¿Quién me ve? yo estoy rodeado de tinieblas, y cubierto de paredes: nadie me mira: ¿á quién temo? el Altísimo no tendrá cuenta de lo que hago; y no advierte que Dios lo mira todo, y que sus ojos son mas lúcidos que el sol, que por todas partes están viendo los pasos de los hombres, y contemplan hasta el fondo del abismo, y los mas ocultos senos

del corazon humano. Conocia el Señor todas las cosas antes de ser, y las contempla todas despues de su creacion. ¿Qué cosa mas elegante se puede decir?

Aun los gentiles conocieron esta verdad. Preguntado Tales Milesio si los hombres podrian engañar á los dioses con sus obras, respondió: Ni aun con los pensamientos los pueden engañar; y así deben tener gran pureza, no solo en las manos, sino tambien en los pechos, creyendo que registran sus ojos los pensamientos mas ocultos. Por lo cual, queriendo los egipcios explicar con sus símbolos la esencia de Dios, pintaban un ojo sobre un cetro, dando á entender con este emblema, que todo lo gobierna y todo lo mira. Mas ve que el fingido Argos y que aquellos misteriosos animales que estaban vestidos de ojos. Tiende y contempla perspicaz los mas ocultos senos de los corazones, y ve clarísimamente cuanto se reserva en sus retretes. Pongamos, pues, sumo cuidado en que no haya en nuestro corazon cosa que tenga la mas leve apariencia de mal. Muchas veces creemos que nuestro corazon es recto; pero sabe, el que lo sabe todo, que no está recto, sino siniestramente pandeado y muy torcido.

Considera lo cuarto, que á mas de ser manifiestas nuestras obras y pensamientos á los ojos de Dios, se han de hacer públicas á todo el mundo en el juicio universal. Entonces iluminará la oscuridad de las sombras, y revelará todos los secretos de nuestras conciencias. Entonces se verá claramente el fondo del corazon, y se leerá en el rostro de cada uno, como en un cartel, todo cuanto en su vida dijo, hizo y pen-

só. Entonces, segun Daniel, se abrirán los libros de la conciencia escritos, como dice san Ambrosio, no con tinta, sino con borrones de culpa. Oigamos á san Basilio hablar de esto. Las culpas, dice, que pensábamos no tener por estar cubiertas con el velo de los cuerpos, se harán patentes á los ojos de todos. No habrá lugar á la negacion ni á la defensa, porque se verá en su autor clara y patente cada obra. Todas se verán allí, no á bulto ni en monton, sino una por una, como si estuvieran pintadas. Y san Efren: Cada uno tendrá á su vista todas sus obras, buenas y malas, conforme las hizo en esta vida. Abriránse los formidables libros en que están escritas nuestras obras, pensamientos y palabras, y cuanto hubiéremos ejecutado en este mundo; y no solamente las obras, sino las intenciones y los pensamientos mas leves.

¿Qué será entonces de nosotros miserables, exclama san Juan Crisóstomo, cuando todas nuestras obras se hagan públicas á todo el mundo, y se representen, como ellas fueron, en tan ilustre teatro de hombres conocidos y de incógnitos? Cada uno podrá decir con san Ambrosio: ¡Ay de mí! que solicito ocultarme, y no hallo dónde esconderme. Mas ¿cómo me he de ocultar, trayendo grabados en la frente mis delitos? Si queremos que entonces se vean escritas en el libro de la conciencia buenas obras, procuremos tener el corazon ocupado en cosas santas, y pidamos con mucho rendimiento á Dios, que es quien todo lo conoce, que meditando siempre lo mas conforme á razon, ilustrados de su luz para intentar cosas santas, nos es-

fuerce, con auxilio de su gracia, para emprenderlas. Para lo cual servirá esta

ORACION.

O Dios, á quien están patentes todos los corazones, á quien revelan sus arcanos todas las voluntades, y á quien ningun secreto se puede ocultar, purifica por virtud del Espíritu Santo las intenciones de nuestro corazon, para que podamos amarte perfectamente, y dignamente alabarte. Amen.

Ajuste del corazon.

Ad rectam, persæpe, mei, COR, cordis, amussim,
Si rectum cupias, exige, nata, tuum.

Si deseas, alma fiel,
Tu corazon arreglar,
Al mio lo has de ajustar,
Que es infalible nivel.

LECCION XX.

Ajuste del corazon.

Rectis corde lætitia.
A los rectos de corazon alegria.
(*Psalm.* XCVI, 11).

Considera lo primero, que demás de las pruebas sobredichas, el Dios amante de los corazones explora de otro modo la integridad del que se le ha ofrecido; pues como sábio arquitecto examina su rectitud con regla, con plomada y con nivel. La voluntad divina, dice Agustino, es lo mismo que una regla. Si tú tuerces la regla, ¿por dónde te corregirás? La de Dios es siempre recta, porque es inmutable. Mientras la regla está recta, tienes con que ajustarte, y con que corregir tu teso; tienes por donde enmendar lo que en tí está torcido: y de aquí concluye, que son rectos de corazon los que siguen la voluntad de Dios en esta vida sin resistencia ni desconfianza.

Llámase recto el corazon del hombre que quiere lo que Dios quiere. Dios es recto; y el que se ajusta al recto, como á regla infalible, tambien es recto. Llámase torcido y malo el corazon que, no ajustándose á Dios, quiere torcer á Dios, para que se ajuste á él. Al modo que un leño torcido, aunque lo pongas en un plano igual, no asienta, no se ajusta, ni se une á él, y queda siempre bambaneando, no porque sea desigual el pavimento, sino porque lo que pusiste en él está torcido; así tu corazon, mientras es malo y torcido, no puede colinear á la rectitud de

Dios, ni puede sentarse en él, ni ajustarse á él, ni quedar recto. El que se ajusta á Dios, se hace un espíritu con él. Pero es perversa la gente que por no arreglar su corazon no ajusta su espíritu con el divino. De esta casta era Simon el Mago, á quien dijo el apóstol san Pedro: Tú no tienes parte en lo que digo, porque tu corazon no está ajustado con Dios. En esto dió á entender, que sin Dios no puede haber rectitud. Y así, si por humana flaqueza comienzas á discrepar, y querer lo que no quiere Dios, si la malicia de tu corazon sale de regla, procura ajustarlo á ella, y enderezarlo hácia Dios, para que el que en el hombre era torcido, se vuelva recto.

Considera lo segundo, que se usa entre los hombres una gran perversidad, y es, que debiendo ellos arreglarse á la voluntad divina, quieren que esta se acomode á la suya; y no queriendo ellos corregirse, quieren que Dios se desregle, no teniendo por recto lo que quiere Dios, sino lo que es conforme á su torcida voluntad. Quiere Dios que una temporada estés sano, y que otra estés enfermo. Si cuando te hallas sano y robusto te es dulce lo que Dios quiere, y te amarga cuando no tienes salud, no es recto tu corazon. ¿Por qué? porque no quieres arreglarte á lo que Dios quiere, sino violentar la voluntad divina, para que se tuerza hácia la tuya. Si esto haces, eres tan imprudente como un niño; pues quieres á tu padre, cuando te halaga, y no lo quieres cuando te castiga; como si de uno y otro modo no estuviese disponiéndote la herencia.

Hay esta diferencia entre el corazon recto y el tor-

cido. El que padeciendo sin causa voluntaria aflicciones, desconsuelos, penalidades y trabajos, no lo atribuye á otra causa sino á la justísima voluntad de Dios, sin notarlo de poco próvido en los castigos, porque en unos los frecuenta, y en otros los disimula; ese tiene recto corazon. Pero los que dicen que injustamente padecen cuanto padecen, y que es injusto aquel por cuya voluntad padecen, y porque no se atreven á pronunciar que es injusto, dicen que tiene poco gobierno; estos tienen el corazon torcido, malo, perverso.

Estos tales discurren así: Dios no puede hacer cosa mala; pues ¿qué cosa peor puede haber, que el otro no padezca, y padezca yo? confieso que soy muy malo; pero peor es el otro: y con todo eso yo soy ejercitado, y el otro está alegre y bueno. Con que siendo iniquidad que el justo padezca, y el injusto esté con alegría; siendo yo, si no bueno, á lo menos no tan malo como el otro, y suponiendo que no hace Dios cosa injusta, se sigue por consecuencia que no gobierna bien las cosas del mundo, ó que no le debemos el menor cuidado. Tales hombres, de perverso y torcido corazon, llevan una de estas tres sentencias: ó no hay Dios, como pensaba el necio, ó es injusto el que tal hace ó permite, ó no gobierna las cosas humanas ni cuida de las criaturas. Cualquiera de estas tres opiniones es blasfemia muy impía. Guárdate, alma, de semejante impiedad, y de que por tener el corazon torcido, no te ajustes á tu Dios.

Considera lo tercero, que para practicar esta virtud de la conformidad, hemos de imitar al girasol, del

cual dice Plinio: Ya en otras ocasiones hemos tratado del milagro del girasol, que aunque esté turbado el dia, sigue los rumbos del sol; pero en anocheciendo, cierra su dorada flor en el capullo. Tanto es el amor que tiene al astro. La divina voluntad es nuestro sol, la cual no siempre luce serena á nuestros ojos: que hay en las almas dias claros y serenos, y los hay tambien opacos, con nubes, lluvias, tempestades y granizos. No hay cristiano que deje de sentir esta pesadez y tristeza de cielo, y algunas turbulentas tempestades; pero debemos hacer lo que el girasol, aun en los dias mas tristes, circulando con nuestro sol, que es la voluntad divina. Tan grande amor hemos de profesar á este planeta. Tal era el del santo Job, que, cercado de penas y calamidades, decia: Dios me llenó de bienes, y Dios me los ha quitado; segun fue su voluntad, así se ha hecho: sea su nombre bendito. Y otra vez: Si de mano de Dios hemos recibido bienes, ¿por qué no sufrirémos adversidades? Veis aquí un corazon recto, decia san Agustin, el cual tenia tan exacta rectitud, porque estaba fijado en Dios. Como Dios es recto, si fijares en él tu corazon, será tu páuta, para que adquieras una rectitud perfectísima.

Así se gobernaba santa Gertrudis, que, siendo molestada de una grave enfermedad, como el Señor se le apareciese, trayendo la salud en una mano y la enfermedad en otra, dándóla á escoger lo que quisiera; mirando á una y otra mano la Santa, y poniéndose en medio de las dos con mucho fervor de espíritu se acercaba al dulcísimo corazon de su Es-

poso, solicitando saber su voluntad, y le dijo así: Deseo, Señor, con todo mi corazon que no atiendas á lo que yo quiero, sino que hagas en mí cumplidamente tu gusto.

Pero para que mas te admires, has de saber que el filósofo Epicteto, no siendo cristiano, escribe que siempre hacia lo mismo. Siempre estuve rendido, dice, á la voluntad de Dios. ¿Quiere Dios que yo tenga un tabardillo? tambien yo quiero. ¿Quiere que logre alguna suerte feliz? tambien quiero yo. ¿No quiere? yo tampoco. ¿Es voluntad suya que yo muera? así es la mia. ¿Quién podrá violentarme contra mi dictámen? Cualquiera hombre prudente lo debe considerar así. Esta cuenta debe hacer, poniéndose en las manos de Dios para hacer su jornada con felicidad. Y ¿qué es ponerse en las manos de Dios? querer lo que él quiere, y no querer lo que él no quiere. Mas ¿cómo se ha de hacer esto? como por el contrario se haria, á no considerar su justísima voluntad y recta administracion. En otra parte dice el mismo filósofo: Por mas acertado tengo lo que Dios quiere, que lo que quiero yo. Tras él ando como fiel criado suyo. Deseo con él, con él pretendo, con él logro, y quiero finalmente aquello mismo que él quiere. Imitemos á Epicteto; pero mas acertado será decir con Cristo: No se haga, Dios mio, mi voluntad, sino la tuya. El hacer en todo la voluntad de mi Padre eterno es mi sustento y regalo.

Considera lo cuarto, que como en las ciudades populosas hay un reloj principal, al cual se arreglan ordinariamente todos los demás, es muy justo que

arreglemos nosotros nuestros relojillos, esto es nuestras voluntades, á aquel celestial y supremo reloj de infinita magnitud; pues como dice el P. D. Juan Gersen: No hay cosa, Señor, que tanto gozo cause en quien te ama y conoce tus beneficios, como el que se cumpla en él tu voluntad y el beneplácito de tu eterna disposicion; porque tu voluntad y el deseo de tu honra debe exceder á todo lo demás: por lo cual debe estar mas consolado y mas gozoso con este beneficio, que con todos cuantos le has hecho y le has de hacer. El mismo autor introduce á Cristo, que aconsejando al alma dice de este modo: Desea siempre, hija, y ruega á Dios que en tí se haga enteramente su eterna voluntad. El hombre que tiene esta conformidad, entra en el país de la paz y quietud.

Si, demás de esto, deseas saber la práctica y modo de esta conformidad con la voluntad divina, escucha lo que dijo el mismo Dios á santa Catalina de Sena: Si quieres llegar á la cumbre de la perfeccion, has de perseverar en una suma humildad, y por el verdadero y cordial conocimiento de tu miseria y pobreza has de desear con ardientes ansias obedecerme únicamente á mí, y observar solamente mi voluntad. Para que puedas hacerlo, es necesario que por concepto de la mente y del ánimo fabriques en tu interior un retrete, cuyos tabiques y materiales sean de sola mi voluntad, para que te encierres en él, sin salir jamás de su recinto, vayas adonde fueres, y sin mirar fuera de él, adonde quiera que mires: de suerte, que siempre esté mi voluntad cercando tus

sentidos corpóreos y mentales, para que no hables, pienses ni ejecutes sino lo que creyeres ser de mi gusto y voluntad ; y si hubieres de hacer algo, el Espíritu Santo te enseñará.

Considera lo quinto, cuán bueno es el Dios de Israel para los que tienen recto corazon. Y pasando por ahora en silencio los inmensos frutos que proceden de este divino ejercicio, se consigue á lo menos estar perpétuamente en un inefable gozo. No contristará al justo cosa que le suceda ; porque los justos tienen perpétua alegría. Por eso decia san Pablo: En todos mis trabajos estoy lleno de consuelos y rebosando gozos. Pues como dice san Ambrosio : Los sábios no se desaniman por dolores, ni se afligen por penalidades; en medio de los trabajos son felices: que no consiste la felicidad de vida en regalar al cuerpo, sino en la conciencia pura de todo pecado. Nace esta tranquilidad de conciencia, de que nuestra voluntad se conforme en todo y por todo con la divina.

Por lo cual solia decir santa Catalina de Sena, que los hombres de sana conciencia son muy parecidos á Cristo : pues como no perdió la bienaventuranza de su alma santísima en medio de tan atroces tormentos, tampoco pierden ellos la felicidad de la suya, la cual consiste en la entera conformidad de la propia voluntad con la divina. Y así dijo muy bien san Doroteo, que el que desea seguir en todo la divina voluntad, es llevado en coche con todas aquellas cruces y trabajos que él habia de llevar á cuestas; pero los que no saben este modo de ir por el atajo van á pié, y se quedan muy atrás, llevando á hombro las

pesadas cruces, ó con mucha lentitud, ó con gran penalidad. Aquel que se conforma con la voluntad divina, vuela á la patria celestial por medio de los trabajos de este mundo, seguro, gozoso y desembarazado. Alegraos, pues, justos, con placer, y gozaos los que teneis recto corazon.

Mas debe advertir el discípulo, que en todas sus oraciones ha de usar de aquella resignacion que el Señor practicó en la del huerto, y nos dictó, enseñándonos á orar, cuando dijo: *Hágase tu voluntad en la tierra, como se hace en el cielo.* La gloriosa vírgen santa Gertrudis, deseando saludar todos los sacratísimos miembros de la humanidad de Cristo, repitió trescientas y sesenta y cinco veces estas palabras: *Hágase tu voluntad, y no la mia, benignísimo Jesús.* Entonces se le dió á entender que este es el sacrificio mas grato que se puede hacer á Dios. Refiere Alfonso Salmeron, que hallándose un hombre perplejo en una grave necesidad, en lugar de una larga oracion, rezó por su órden todas las letras del abecedario, y concluyó diciendo: Juntad Vos, Señor, las letras, formad las cláusulas de mi peticion, y concededme aquello que fuere de vuestro agrado, y redundare en mi mayor provecho. Cuenta Rufino, que preguntando unos monjes al abad Macario cómo habian de orar, les respondió: No es necesario gastar mucha prosa, sino levantar las manos y los ojos al cielo, diciendo: *Hágase, Señor, lo que Vos quereis que se haga.* La oracion mas frecuente de san Pacomio era pedir que en todo se cumpliese la voluntad de Dios. Este es el mejor modo de orar.

LIBRO TERCERO.

BENEFICIOS QUE DIOS HACE AL CORAZON HUMANO.

CUARTA CLASE.

ALUMBRAMIENTO DEL CORAZON,

Y APROVECHAMIENTO ESPIRITUAL.

El alma que despues de un diligente exámen es promovida á esta clase, entra en la via iluminativa, y merece ser contada entre los aprovechados. Aquí comienza á producir los deseados frutos la viña de la Esposa, que antes estaba florida: pues como dijo san Gregorio, florecen las viñas, cuando proponen los fieles hacer buenas obras; mas no llegan á fructificar, porque desmayan de encogimiento y temor. Propónense en esta clase frutos de buenas obras y ejercicios de virtudes: y no se pregunta ya, si la viña floreció; mas contemplando la floricion ya pasada, se dice absolutamente: Ya floreció nuestra viña: ya las viñas con sus flores llenan el ambiente de ámbares. *Esta fragancia procede de la pujante floricion de la vid, cuando en las florecitas comienzan á asomar menudos granos,*

que poco á poco y con el calor del sol llegarán á perfeccion de racimos. San Bernardo describió de esta manera el estado de esta viña: Ha de estar, dijo, plantada en fe, radicada en caridad, cultivada con azada de mortificacion, abonada con lágrimas penitentes, regada con palubras de predicadores. De ese modo rebosará vino de alegría, y no de sensualidad; vino de toda suavidad, y no de liviandad. Llamemos, pues, vid á la fe, á las virtudes sarmientos, á las buenas obras racimos, y vino á la devocion. Todo esto dispone el corazon, para que reciba la divina luz, y para el aprovechamiento espiritual, como se verá en las lecciones siguientes.

Renovacion del corazon.

Cui nova cuncta placent, vetus, ó COR, pone; novumque,
Quod tibi pro veteri sponsa repono, cape.

Deja el viejo corazon
Que con novedades vive;
Y este nuevo, hija, recibe,
Que te ofrece mi aficion.

LECCION I.

Renovacion del corazon.

Dabo vobis cor novum, et spiritum novum ponam in medio vestri.
Os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros.
(*Ezech.* XXXVI, 26).

Considera lo primero, que tu amado desea que te renueves espiritualmente, revistiendo el hombre nuevo, criado á imágen de Dios en justicia y verdadera santidad: y así aconseja san Pablo, que despojándote del hombre antiguo, el cual se corrompe con sus errados deseos, te hagas en Cristo nueva criatura; pero no puedes hacerte nueva criatura, ni hombre nuevo, si no fuere tu corazon renovado. Esta renovacion mas es interior que exterior; y si no nace del corazon, el hombre se quedará en su vejez. Por eso aconsejando Dios á los pecadores que hagan penitencia, les ordena que hagan un nuevo corazon. Arrojad de vosotros, dice, todas las culpas que habeis cometido, y formad un nuevo corazon y un espíritu nuevo. ¿Por qué quieres, Israel, dejarte morir? dando á entender que el pecador morirá si no fabrica un nuevo corazon. En esto conocerás cuánta necesidad tienes de renovarlo.

El corazon manchado de heces de culpas, no es posible que mejore, si de nuevo no se funde: pues al modo que el artífice no puede restituir su antiguo lustre á una estatua de bronce mohosa, mellada ó quebrada, sino que hecha pedazos la arroje al horno, y la vaya disponiendo con la fundicion y nuevo trabajo, para nueva forma y lustre nuevo; tampoco podrá restituirse perfectamente á su antigua dignidad el corazon contaminado de culpas, si no se hace pedazos por la contricion, si no se derrite con la eficacia del fuego del amor divino, si no es renovado y criado como de nuevo por mano del Todopoderoso, lo cual se hace por la infusion de la gracia, con que el pecador se justifica. Por esto se aumenta la necesidad de renovar el corazon; pues siendo vaso en que se ha de recibir aquel vino preciosísimo, debe estar muy limpio y purificado. Por lo cual decia nuestro Salvador, que no es razon que el vino nuevo se guarde en vasijas viejas: dando á entender que el vino del Espíritu Santo no debe recibirse sino en un corazon nuevo.

Considera lo segundo, que no es posible hacer este despojo ni renovacion con sola la facultad de la naturaleza, y sin el auxilio de la divina gracia; por lo cual es preciso pedirla con fervorosas lágrimas á la piedad divina, como hizo el rey David cuando decia á Dios: Criad, Señor, en mí un corazon puro, y renovad en mi interior un espíritu recto. Pues qué, ¿estaba sin corazon David, cuando con tantas veras lo pedia á Dios? no por cierto; pero veíale tan depravado y tan corrupto, que para ser otro hombre,

lo necesitaba nuevo. La lascivia, dice Oseas, quita al hombre el corazon; y habiendo caido en esta culpa David, se convence que quedó sin él. Demás de esto, confiesa él mismo que estaba aniquilado. El pecador es nada, segun dice Ezequiel. Nada es ciertamente el pecador, pues vive sin caridad, que da al alma el ser; y así decia san Pablo: Nada soy, si no tengo caridad: con que teniendo David su corazon aniquilado, justamente pedia á Dios que lo criase de nuevo. Criar es producir de nada, lo cual está reservado á sola la Omnipotencia. Invoca, pues, alma mia, á tu Dios, para que crie en tí un corazon limpio. Pide al Padre de los espíritus que renueve en tus entrañas un espíritu recto.

Considera lo tercero, que será atendida esta súplica; porque es Dios tan generoso, que atiende no solo á las peticiones de quien le ama, sino tambien al impulso del que suplica. Á tales extremos pasa su magnífica piedad, que promete graciosamente renovarnos el corazon. Yo os daré, dice, corazon nuevo, y pondré dentro de vosotros nuevo espíritu. Yo os quitaré ese corazon de pedernal, y pondré en su lugar otro dócil corazon, infundiendo mi espíritu en vuestros pechos, y haciendo que sigais mis caminos. ¿Qué cosa mas dulce ó mas grata nos podia prometer? Pero atiende, alma, cómo ordena esta renovacion. Quita primeramente el corazon duro y empedernido, como el que tenian Faraon y los judíos. Algunos autores clásicos, como Plutarco, Plinio y Celio Rodiginio, escriben que Hermógenes, Leónidas, Aristómenes, Meseno y Lisandro tuvieron corazones muy

duros, ásperos, vellosos: lo cual indicaba que tenian ánimos crueles, y que eran hombres brutales. Al contrario es de sentir san Basilio, que el Autor de la naturaleza representó en la suavidad y lisura del corazon la pureza de toda malicia, y de pilosidad de culpa, de que abundan aquellos corazones que, como copiosos manantiales, están siempre brotando deseos carnales y terrestres.

En quitando este brutal, empedernido corazon, da Dios otro nuevo, como de carne, esto es, suave, limpio, terso y blando, en que se entiende la voluntad dócil, obediente, flexible, que recibe en sí fácilmente la ley de Dios, y los toques, impresiones é inspiraciones divinas, y estampándolas en sí, las pone en ejecucion. Y ¿qué dirémos de este corazon nuevo? ¿si acaso será el mismo de Jesucristo? Despues de haber dicho él: Pondré en vosotros un espíritu nuevo; como explicando lo que habia de darnos, añadió: Pondré en vosotros mi espíritu. Como si dijera que el espíritu nuevo prometido es el mismo espíritu suyo: y si corazon es lo mismo que espíritu, se infiere claramente que el nuevo corazon que Dios nos da, es el mismo corazon de Dios.

Pásmese Job, y admire justamente aquel amor indecible que el supremo Númen tiene al hombre, dignándose acordarse de él para beneficiarle. ¿Qué es el hombre, exclama, para que lo estimes así, y para que apliques á él tu corazon? Aun es mayor el exceso; pues entrega al hombre su mismo corazon divino tan ingénua y amistosamente, que por la grandeza de su amor no se corre de decir que el alma

amante le roba el corazon. Donde nuestra Vulgata dice: *El corazon me has herido, hermana y esposa mia*, leen el texto hebreo, Pagnino y Vatablo, *El corazon me has robado;* los setenta intérpretes, *Me has descorazonado;* ó como san Ambrosio interpreta, *Cautivaste mi corazon*. Este es el efecto de aquel insigne amor que arrastra el alma al objeto amado tan imperiosamente, que mas vive donde ama, que donde anima; pues como dice el Evangelio: Tu corazon está donde está tu tesoro. Llévase tras sí el objeto amado al amante corazon; y así dijo san Bernardo:

El corazon me ha dejado,
Porque está con Jesús mejor hallado.

Así como el reino de los cielos se lleva á fuerza de armas, y solo lo conquistan los que escalan sus almenas; así el divino Esposo de las nuestras, que es la misma felicidad eterna, es vencido con un guiño de su Esposa, y cautivado de un débil cabello de su cabeza. Con la fe viva y perfecta obediencia lo atraemos y cautivamos con tanta valentía, que no sabe negarse á su Esposa, y la da su corazon y toda su alma. Por tanto debes considerar,

Como ha dado Cristo su corazon á algunas almas santas.

Muchos testimonios creibles y ciertos hay en la Iglesia de Dios, con que se puede probar sobradamente lo que acabamos de decir. De santa Gertrudis se lee, que estando afligida por ver en sí algunos descuidillos que por su fragilidad habia tenido en el coro, apareciéndosele el Señor, la presentó su cora-

zon deificado en forma de lámpara encendida, diciéndola: Ahí tienes mi dulcísimo corazon, órgano de la siempre venerable Trinidad, al cual encomendarás con gran confianza que supla por tí todo aquello que tú no pudieres hacer con la perfeccion debida; y de este modo será muy perfecto á mis ojos cuanto hicieres. Y hablando con Cristo la misma Santa cerca de esta dádiva admirable, le dijo así: Á todos estos beneficios, que amontonas sobre mí, has añadido, Señor, el de tu familiar trato y amistad singularísima, dándome de mil modos aquella nobilísima urna de la Deidad, tu deificado corazon, para cúmulo de todas mis delicias, unas veces de pura gracia y sin recompensa alguna, otras veces canjeándolo por el mio, en muestra de nuestro amor, por cuyo medio me has revelado muchísimos secretos de tus juicios inefables y de tus inestimables deleites.

Con otro favor igual honró la divina Bondad á la gloriosa vírgen santa Metilde, hermana de la referida por sangre y profesion. Al oir esta Santa cantar en el intróito de la misa del miércoles de Pascua florida estas palabras: *Venid, benditos de mi Padre*, etc., llena de inefable gozo, dijo al Señor: ¡Oh! si fuese yo del número de aquellas benditas almas que han de oir de tu boca estas palabras dulcísimas! Respondióla el Señor: Ten por cierto que serás una de ellas. Y para que te asegures de mi palabra, toma mi corazon en prendas, y guárdalo en tu pecho; pero mira que me lo has de restituir, en testimonio de esta verdad, al tiempo en que yo cumpla la palabra que te doy. Tambien te lo doy como casa de refu-

gio, para que en él solamente seas hospedada cuando salgas de esta miserable vida. Despues de recibir este inestimable don, fue arrebatada hácia el corazon de su amado Jesús. Y á la hora de partir á la patria, ilustrándola con la luz inaccesible de la divinidad su dulce Esposo, la convidó á sus brazos, diciéndola con suave y amorosa voz: Ven, bendita de mi Padre, á poseer el reino que te tengo prevenido desde el principio del mundo. Entonces la reconvino con aquel favor excelentísimo que algunos años antes la habia hecho, cuando la dió el corazon en testimonio de su infalible verdad; y recibida aquella dulcísima alma en el mismo corazon de Jesús, fue conducida en él á los gozos de la eterna felicidad.

Aun parece mayor maravilla la que cuentan de santa Catalina de Sena. Herida esta santa vírgen de un dardo de amor vehementísimo de su divino Esposo, le pidió con muchas ansias, que la arrancase del pecho el corazon y propia voluntad, para ser mas obediente y mas pronta, en cuanto fuese del obsequio de la divina, sin la menor resistencia ni disculpa. Estando en esta oracion, le pareció que veia á Cristo venir á ella, y que rasgándola el costado izquierdo, la arrancaba el corazon, y marchaba con él. Desestimó el confesor esta vision, haciendo juicio que acaso estaria la Santa fuera de sí; pero al salir esta el dia siguiente de una capilla de la iglesia, se le apareció Cristo cercado de luz, que llevaba en la mano un rosado corazon, el cual depositó en su costado izquierdo, diciéndola: Ahí te queda, hija mia, mi corazon en lugar del tuyo, y desapareció,

cerrándola el costado: y porque nadie presumiese que esto era ilusion fantástica, quedó señalada en aquel lugar la cicatriz de la cisura, la cual vieron muchas veces las compañeras.

Discurra cada uno los maravillosos efectos de este prodigioso trueque de corazones; pues el Criador de todas las cosas no guardó en su pecho el corazon de esta piadosa vírgen por otro motivo, que por saciarlo de un ardentísimo amor y de innumerables gracias. De lo cual es testigo de mayor excepcion y digno de toda fe la misma Santa, quien sentia en su corazon un increible ardor de caridad tan excesivo, que solia decir que tenia en su alma tanta humildad y pureza, como si se hubiese vuelto á la tierna edad de la infancia. Un devoto poeta describió este admirable trueque en un epigrama latino, fielmente vertido en este

ROMANCE.

Corazon sin corazon
Es el corazon que tengo;
Y el vivir sin vida es
La vida que mas aprecio.
Quien me concedió vivir
Sin vivir, y sin aliento,
El corazon y la vida
Ha sacado de mi pecho.
No me los quitó, intentando
Que yo viviese sin ellos;
Sino que su amor formó
Para sí corazon nuevo,
Porque vivir pueda en mi
La vida sin vida á un tiempo,
Y este nuevo corazon
Sin aquel corazon viejo.

Ahora mi libertad
Ya no es mia; es de aquel dueño,
Que robando el corazon,
Me robó á mí de mí mesmo.
Vive, pues, mi vida: vive,
Corazon mio; y atentos
Dad del ser y del vivir
El mas prodigioso ejemplo.
Para que encuentre en vosotros
Reglas de un amor perfecto
Quien viviendo para sí
A sí se ama con exceso.

Otra prerogativa de amor, semejante á esta, concedió la divina Bondad á santa Lutgarda: la cual teniendo, como otra Ester, ámplia libertad de su Esposo para pedir lo que quisiese, dijo al mismo Esposo divino: Yo, Señor, no pido mas que tu corazon; y el Señor le respondió: Yo tampoco mas que el tuyo. Sea en hora buena, dijo la Santa; pero de modo, que atemperes al mio el amor excesivo de tu divino corazon, y goce yo el mio en tí, asegurada con la proteccion de tu virtud. Desde entonces quedó efectuado este trueque prodigioso, y la inseparable union de espíritus, del Criador y criatura, por la excelencia de la divina gracia. Desde aquel dia vivió Cristo tan estrechamente unido al corazon de esta Santa, amparándola y confortándola tanto, que no sintió ni un solo carnal estímulo, ni jamás la perturbó el mas leve pensamiento.

LECCION II.

Ilustracion del corazon.

Illuminabuntur corda vestra.
Serán iluminados vuestros corazones.
(*Eccli.* II, 10).

Considera lo primero, que no hay cosa mas infeliz que un corazon tenebroso, privado de la divina luz. El que anda sin luz, da en mil peligros, por no saber por dónde va. Anda en perpétua oscuridad, buscando en vano los reflejos del divino Sol; porque no es posible conciliar las tinieblas con la luz. Por esto decia, llorando su ceguera, san Agustin: ¡Ay de mis porfiadas tinieblas, en que viví tanto tiempo! ay de aquella ceguedad, en que no podia ver la claridad de la luz! ay de aquella antigua ignorancia mia, en que estaba sin conocerte, Señor! El Salmista describió muy bien los peligros en que anda el alma privada de esta luz, cuando decia, hablando con Dios: Tiende la noche sus sombras, y entonces cruzan los montes las fieras. Rugen los leoncillos buscando presa, y pidiendo á Dios les dé comida.

En el sentido moral lo explica san Gregorio así: Deja Dios que caiga la sombra, cuando en pena de la culpa retrae la luz de su inteligencia. Hácese noche oscura, porque la mente del pecador se ciega con el error de su ignorancia. Entonces cruzan las

Ilustracion del corazon.

Lux de luce Deus, cæci lux unica mundi,
CORDE graves tenebras discute luce tua.

Luz de luz, mi Dios, mi amor,
Que al ciego mundo amaneces,
De mi alma las lobregueces
Destierre tu resplandor.

fieras el campo, porque los espíritus malignos cubiertos de las sombras de sus engaños, corren libres por los corazones de los réprobos, llenándolos de maldades y vicios. Rugen los leones pequeños, porque los espíritus infernales, ministros de las malditas superiores potestades, acosan á los malos con importunas tentaciones; y piden á Dios la presa, porque no pueden hacer mal á un alma, sino que por sus justos juicios se lo permita.

¿Quién no se asustará de estas fieras cruelísimas viviendo en tan oscuras tinieblas? quién no temerá que se lo traguen? y quién, á vista de este riesgo, no aspirará á la luz verdadera que á todos los hombres alumbra? En naciendo el sol, todas aquellas fieras se retiran, como dijo el mismo Profeta: Retíranse todas á sus cuevas en viendo rayar el sol, y entonces sale el hombre á trabajar. Cuando la luz de la verdad reverbera en nuestro corazon tenebroso, se ahuyentan todos los desenfrenados deseos, y el hombre, alumbrado ya, sale libre de susto á su labor, esto es, á la observancia de la divina ley y al estudio de la virtud, en cuyo ejercicio no puede emplearse, á menos que Dios lo alumbre; pues como decia san Agustin: Como los ojos corporales nada pueden ver sin luz, aunque estén muy sanos; tampoco puede obrar bien el hombre, aunque esté perfectamente justificado, si la luz de la divina gracia sobrenaturalmente no lo conforta. Dí, pues, á Dios con el mismo Santo: Ó resplandor de la gloria del Padre eterno, cuyo trono forman Querubines, luz que registras los abismos, luz verdadera, luz ilumi-

nativa, luz interminable, luz á quien desean mirar absortos los Ángeles, ahí te presento mi corazon: destierra de él tanta oscuridad, y báñalo cumplidamente de la claridad de tu amor.

Considera lo segundo, que cuando Dios crió cielo y tierra, todo estaba tenebroso, y al imperio de su voz recibió su ser la luz. Tambien está nuestro corazon lleno de tinieblas de ignorancia y culpa, en las cuales hemos de permanecer, á menos que el Señor, que mandó que despues de las tinieblas amaneciese la luz, amanezca en nuestros corazones, ilustrándolos con la ciencia de su claridad. Aspira, pues, á esta luz, pidiendo á Dios que amanezca á aquellos que yacen entre tinieblas y sombras mortales, y guie nuestros piés al camino de la paz.

Pero escucha las fervorosas ansias con que imploraba esta luz san Agustin. Luz invisible, á quien el abismo del corazon humano está patente, destierra, pues eres luz, las tinieblas que cubren la haz de mi corazon; pues eres verdad, disipa la lobreguez que está sobre la playa de mi corazon. Ó Palabra, á cuyo imperio fue todo el mundo criado, y sin quien nada se hizo; Palabra cuyo eterno ser fue antes de toda criatura y antes de la misma nada; Palabra que todo lo produce, y sin quien nada se hace; Palabra que todo lo gobierna, y sin quien todo es nada; Palabra que dijiste en el principio: Hágase la luz, y fue hecha, díme á mí tambien: Hágase la luz, y hágase en mí. Vea yo la claridad, y distinga todo lo que ella no es, y conviértanse mis tinieblas en luz; pues sin luz no hay verdad; hay error, hay vanidad:

no hay discrecion, sino confusion; hay ignorancia, y no ciencia; ceguedad, y no vision: no hay camino, sino espesura fragosa, y todo muerte sin señal de vida. ¡Ay miserable de mí, tantas veces obcecado! pues siendo tú mi luz, estaba yo sin tí. Habla, Señor, y dí: Hágase la luz, para que la vea yo, y huya de las tinieblas; vea el camino, y evite el riesgo; vea la verdad, y evite la vanidad; vea la vida, y evite la muerte. Alúmbrame, Señor, luz mia, mi resplandor, mi salud: ¿á quién sino á tí he de temer? Cubierto estoy de sombras en el abismo de este funesto calabozo, en que permaneceré postrado, hasta que raye el dia, y huya la sombra, y se vea resplandor en el cielo de tu virtud. Diga la voz de Dios poderosa y magnífica: Hágase la luz, y huyan las sombras; descúbrase la tierra, y vístase de yerbas y plantas, con virtud de producir frutos dignos del reino de Dios.

Considera lo tercero, que mandó Dios poner en su santuario á la parte meridional un candelero de oro con siete mecheros. Este santuario, figurativo de los templos, significa el alma del justo, como dice san Pablo: Templo de Dios sois vosotros, y el Espíritu Santo habita en vuestros pechos. El candelero, que se debe colocar en el santuario del corazon, es aquella luz invisible con que es ilustrado el hombre. Las mechas encendidas significan aquellas lámparas de que dijo el Señor: Cuidado de estar prontos, y prevenidos con luces en las manos. Escucha á Orígenes, que explica con gran elegancia cuál es el candelero de nuestro corazon. Sepa el cristiano, dice,

que debe poner en el santuario su candelero con luz, para que sus mechas estén ardiendo sin cesar, esperando, como siervo, á que su amo vuelva del desposorio; mas debe colocarlo á la parte meridional, para que siempre esté mirando al Aquilon. Debe mirar con luz encendida y ánimo despierto hácia la plaga aquilonar, observando al enemigo que vendrá de allí; porque de aquel paraje vendrá todo el mal al orbe. Vigilante pues, cuidadoso y ardiente, observe siempre las astucias del demonio, y el paraje de donde puede venir la tentacion; por dónde embiste, y por dónde intenta entrar.

Para que puedas ver esto, pide á Dios que encienda en tí la luz que alumbra, y díle con el Profeta: Pues eres tú el que iluminas, ilumina, Dios mio, mis tinieblas. Y con san Agustin: Alúmbrame, divina luz, que luces siempre sin mengua de resplandor. Ó luz inaccesible, rompe con tus benévolos rayos las envejecidas escamas de mis ojos, para que te vea á tí, y me vea á mí. ¡Desdichados los ojos que no te ven, Sol divino, que esclareces tierra y cielo! ¡Infelices de aquellos ojos enfermos, que no te gozan por sus impedimentos voluntarios! ¡Ay de aquellos que desvian sus ojos de tí, por no ver la verdad! y ay de los que no los desvian de la vanidad! Los ojos que están hechos á sombras, repugnan los rayos de la suma Verdad. No saben apreciar la luz los que siempre han vivido en oscuridad. Ven solo tinieblas, aman tinieblas, gustan de sombras, y pasando de tinieblas á tinieblas, vienen á dar en una oscuridad tan densa, que aun ignoran su caida. ¡Mi-

serables por cierto los que ignoran lo que pierden! y mucho mas miserables los que lo conocen! pues con vista clara dan de ojos, y se dejan caer en los infiernos.

Considera lo cuarto, el gran beneficio que Dios hace al corazon, comunicándole su luz. Hácelo lúcido, y lo libra de todo sobresalto. Lo primero declaró Isaías, cuando dijo: Rayará entre tinieblas tu luz, y se transformarán en suma claridad. Dios te dará perpétua quietud, y bañará tu alma de resplandor. Lo segundo confesó David, diciendo: El Señor es mi antorcha y mi salud: ¿á quién he de temer? ¿Quién ha de temer teniendo consigo á Dios, que le aclara el camino con sus rayos, para que evite peligros? Uno y otro beneficio explica san Juan Crisóstomo: No está tan claro el mundo cuando el sol nace, como el alma que es ilustrada de gracia, y á quien el Espíritu Santo comunica lucimiento. Repara con atencion en las cosas naturales. Verás que en anocheciendo, en vistiéndose de sombras el mundo, suele suceder que al ver en el suelo un cordel un hombre, se le eriza el cabello como si viese una sierpe: huye del amigo que se le acerca á él, pensando que es su enemigo: cualquiera ruido le da susto. Nada de esto sucede con la luz del dia, porque se ven las cosas como ellas son.

Esto mismo sucede al alma. Despues que amaneciendo la gracia, ahuyenta las sombras de la mente, conocemos las cosas como son en realidad, y despreciamos aquellas que nos causaban horror. No se teme ya la muerte; porque vemos claramente, por esta di-

vina introduccion de la luz, que la muerte no es muerte, sino sueño temporal; y sin miedo de pobreza, de enfermedad y de adversidad alguna, caminamos á otra vida mejor, exenta de toda desigualdad. Y así, si entre tus tinieblas ha rayado en tí esta luz, da muchas gracias á Dios, y díle: Yo, Señor, hijo de tu esclava, abato por tu fe la cerviz de mi corazon á los piés de tu majestad, dándote gracias de que por tu piedad has tenido á bien comunicarme tu luz. Ya veo, gracias á tí: ya veo la luz del cielo: ya raya en los ojos de mi alma la luz de tu rostro, que alegra todo mi espíritu. ¡Oh si en mí llegase á su última perfeccion! Aumenta, divino Autor de la luz, la que ya amanece en mí, y dispon que se aumente y se dilate mas y mas.

Considera, finalmente, que no basta que Dios encienda luz en la lámpara del corazon, si no se tiene gran cuenta de que nunca se apague. Apágala cualquiera mala obra. Y así, sobre aquello que dijo san Pablo: *Cuidado de no apagar el espíritu*, glosa san Juan Crisóstomo: *No apagueis los dones del Espíritu.* Apaga el espíritu la vida impura: pues al modo que se apaga la luz si en la mecha se le echa agua ó polvo, y aun con solo no ponerla cebo, sucede al don del Espíritu. Apagaráslo, si lo rocias de cosas caducas y terrenas. Tambien, cuando viene un récio viento de tentacion, y no es pujante la llama, si tiene poco aceite, si no cierras rendijas y puertas, quedarás á oscuras. Rendijas son en nosotros los ojos y los oidos. No permitas que por ellos entre algun récio soplo de culpa, porque se apagará la mecha. Tapa

todas las rendijas con el temor de Dios. Puerta es la boca: tenla siempre cerrada. Tambien se apaga la lámpara, si la falta óleo: y si no hacemos obras de misericordia se apaga el espíritu; pues por sola la divina misericordia se enciende en nosotros la luz del Espíritu Santo. Guardemos cautamente la luz encendida, y vivamos como hijos de luz, cuyos frutos son bondad, justicia y verdad.

La Iglesia nuestra madre manifiesta bien cuán necesaria es para nosotros y cuán útil la luz del corazon, pues la pide á Dios frecuentísimamente en los himnos cotidianos, de los cuales hemos formado un centon, para pedir á Dios esta luz.

Gloria y esplendor del Padre,
Luz, orígen de las luces,
Luz de luz, de la luz fuente,
Dia que al dia das lumbre;
Verdadero sol, tu luz
En nuestros pechos infunde;
Y á nuestros sentidos da
Del Espíritu las luces.
Tu luz mis tinieblas venza,
De la noche el dia triunfe,
Sientan su ruina las sombras,
A que la culpa conduce.
Fantásticas ilusiones
Huyan de aquí, y cuanto enlute
La luz del alma en horrores
Que el entendimiento anublen.
Ó luz, que en la luz paterna,
Como eterno dia luces,
Ceda á tus rayos mi sombra,
Y solo ellos me alumbren.
Muchas sombras hay en mí
Que tu luz hermosa purgue:
Ea pues, bello lucero,
Tus resplandores madruguen.

Ya la razon con la culpa
Se entorpece, mas la huye:
Y aunque al pecado la incita,
Á tí, Redentor, acude.
Tu luz mis sombras ahuyente,
Porque yo el paso apresure,
Y feliz en tus abrazos
Beba tus serenas luces.
Á tí, Redentor, á tí
Pedimos que nos alumbres,
Para que del tiempo el alma
Un dia forme sin nubes.
Tu bella luz nos asista;
Pero tan perpétua dure
En los sentidos, que al pecho
Nieblas del siglo no turben.
Vea la fe una luz pura;
Y tal resplandor la ilustre,
Que vanidades deshaga,
Y falsedades anule.
Ó luz, Trinidad sagrada,
Que en unidad trina luces,
Tu resplandor mis sentidos
Y mi corazon ocupe. *Amen.*

Escritura del corazon.

Scribo novam teneri nunc CORDIS in æquore legem,
Cum vetus in duris sit mihi scripta petris.

En duras piedras grabé
La ley antigua severa;
La nueva en la blanda cera
De tu pecho escribiré.

LECCION III.

Escritura del corazon.

Dabo legem meam in visceribus eorum,
et in corde eorum scribam eam.
Pondré mi ley en las entrañas de ellos, y
la escribiré en sus corazones.
(*Jerem.* XXXI, 33).

Considera lo primero, que no quiere Dios que esté ocioso el corazon ofrecido; mas usando de él, como de papel muy blanco, escribe en él su ley, que es la gracia del Nuevo Testamento. Despues que esculpió antiguamente con sus manos el Decálogo en duros mármoles, prometió escribir el Nuevo Testamento en los corazones de los fieles. Por boca de Jeremías dijo: Este es el pacto que he de hacer con Israel: Tiempo vendrá en que yo escriba en su pecho mi ley, y la grabe en su corazon. Esta escritura se hace por virtud del Espíritu Santo, diciendo san Agustin: ¿Qué es la ley de Dios escrita en nuestras almas, sino la presencia del Espíritu divino, que es el dedo de Dios, por el cual se difunde en ellas la caridad, que es el complemento y causa final de la ley? Por esta razon san Pablo llamó carta de Cristo á los corintios, y en ellos á todos los católicos: Vosotros, dice, sois carta de Cristo, escrita de mi mano, no con tinta,

sino con el Espíritu de Dios vivo; no en losas de pedernal, sino en las dóciles planchas del corazon.

Si tú quieres ser tambien carta de Cristo, y recibir la gracia del Nuevo Testamento, prepara tu corazon, para que la escriba en él. Para eso es necesario primeramente que esté muy limpio, sin borron ni mancha de pecado. No raspes de tu corazon la ley de Dios, escribiendo sobre ella la de Satanás. No escribas en tus sentidos halagos diabólicos, borrando los preceptos divinos. No hagas tu corazon, como los hijos del siglo, mapa geográfico, ó descripcion del mundo con reinos, provincias y ciudades; hazlo carta limpia y pura, en que pueda estamparse la ley divina. Así como Dios mandó á Moisés que bruñese aquellas losas en que habia de escribir de su mano la ley, debes tú bruñir tu corazon, y ponerlo tan liso, que no tenga la menor aspereza que sea impedimento á la escritura. Por tanto debes alisarlo con la escoda ó trinchero de la mortificacion continua, para que esté dispuesto á recibir los caractéres del amor y gracia.

Debe tambien ser blando como cera. No se puede escribir en planchas de cera, si no está flexible y blanda; y por eso requiere san Pablo en el corazon planchas de carne, esto es, que no sea duro como guijarro, sino dócil, flexible y tierno. Y así, si ves alguna dureza en él, procura suavizarlo y enternecerlo con el fuego del divino amor, para que en él se escriba su santa ley. Preparado así, invoca al soberano Escritor, diciéndole con san Agustin: Escribe de tu mano, Dios y Señor mio, en la plana de mi

pecho la dulce memoria de tu nombre melífluo, y escúlpelo en él, de tal modo, que ningun olvido sea capaz de borrarlo. Escribe tus leyes, tus preceptos y tu voluntad en la plana de mi corazon, para que en todo tiempo y lugar, Señor de dulzura inmensa, tenga yo á tí, y todos tus preceptos á mi vista.

Considera lo segundo, ¿por qué quiere Dios que la ley se escriba en la plana del corazon? porque no basta que se reserve en el arca, como las tablas de Moisés, ni en el tabernáculo, como los Libros sagrados ó Deuteronomio, por no exponerla al olvido. Por no acordarse los hijos de Israel dónde habian puesto los Libros sagrados, los dieron por perdidos, hasta que en tiempo del rey Josías los halló en el templo el sumo sacerdote Helcías. Tampoco basta escribirla en los vestidos, como hacian los fariseos con letras abultadas sobre las guarniciones, y en rótulos grandes sobre sus frentes. No es suficiente rodearla á los dedos, ó atarla á las manos, para recuerdo, ó traerla en la frente, ó esculpirla en las puertas y umbrales de las casas: eso es cosa externa, que solo sirve de ayudar la memoria.

Tampoco basta que esté en los oidos, porque puede el demonio robarla de allí, ó impedir que penetre á lo interior; ni solo en el entendimiento y memoria, pues al que así la guarda, como dice san Pablo, y san Bernardo interpreta, la ciencia le infla; fuera de que el olvido con facilidad la borra. Con que solo se debe escribir y guardar en el corazon. Y ¿cuándo pensamos que escribe Dios en él su ley? sino cuando infunde á la voluntad pias afecciones, impulsos, com-

placencia, prontitud para cumplirla, y finalmente una caridad tan ardiente, que diga la voluntad: Dame, Señor, que yo ejecute lo que mandares, y manda lo que quisieres. Este es el mayor beneficio que Dios nos hace, el cual debemos estimar como merece. Así lo hacia san Ambrosio, cuando decia: ¡Oh verdadero Legislador! que estampa su ley en nuestros pechos, y la escribe en nuestros ánimos, para que no pensemos cosa que desdiga de sus preceptos, y solo demos asenso á los oráculos divinos. Diónos su gracia, reformó la naturaleza, y acordándose de sí solo el que de nada se olvida, ha borrado la memoria de mis pecados, retallando en mí la de sus preceptos.

Considera lo tercero, el ejemplo de aquellos que estamparon en su pecho la divina ley. Sea el primero Cristo nuestro bien, quien decia en un salmo á su Padre eterno: En el principio del libro está escrito de mí, que he de hacer tu voluntad. No deseo, Dios mio, otra cosa; y así traigo en mi corazon tu ley escrita. San Pablo lo interpreta de Cristo; y quiere decir, que aceptó pronto y alegre el decreto de su Padre, que le ordenó la redencion del hombre por medio de su afrentosa muerte, y que lo deseaba con tan ardientes ansias, que estampó este decreto, no solo en su corazon, sino en lo íntimo de él. El segundo ejemplo tenemos en la sacratísima Vírgen María, quien conservaba en su pecho todas las palabras y misterios de su Hijo. El tercero es el rey David, que decia: Escondida tengo en mi corazon tu ley, para no pecar; y otra vez: Meditaré tu ley, y la guardaré dentro de mi corazon. En ninguna parte se guarda mejor

la ley, porque ella guarda al mismo corazon; y así mas hemos de querer que nos arranquen el corazon, que la ley de Dios que está en él.

El continuo ejercicio de los justos es tener en su corazon la ley divina, de que proviene que todas sus obras y palabras sean muy ajustadas á ella; pues como dice el Salmista: La boca del justo pronuncia palabras sábias, y su lengua dice sentencias juiciosas. ¿Quieres saber de qué proviene esto? de que tiene dentro de sí la ley de Dios; y como pronuncia aquello de que el corazon abunda, propala palabras ajustadas á la ley divina, y dispone sus conversaciones con prudencia. Por tanto debemos cuidar mucho que las divinas leyes estén escritas y grabadas en nuestros corazones.

Considera lo cuarto, que usaban antiguamente los cristianos traer como medalla pendiente del cuello, en lugar de amuleto, una cédula con algunas palabras del Evangelio, dando á entender, con este piadoso uso, que debe estar en nuestros corazones retallado. Así lo hacia santa Cecilia, de quien canta la Iglesia: Esta vírgen gloriosa siempre traia en el pecho el Evangelio de Cristo. Lo mismo hacian ordinariamente otros muchos, segun refiere el cardenal Baronio por estas palabras: Si damos crédito á la historia del apóstol san Andrés, se verá claramente que se usaba tambien en tiempo de los Apóstoles. Esta piadosa costumbre de nuestros mayores es santa y buena, á menos que se vicie por alguna circunstancia supersticiosa. De ella hizo mencion san Juan Crisóstomo, cuando dijo: ¿No ves como las mujeres y

niños traen al cuello los Evangelios como antídoto eficaz, y los llevan así, á donde quiera que fueren? Este uso perseveraba en los tiempos de san Gregorio, quien envió á Teodelinda, reina de los longobardos, luego que dió á luz al infante Adaluvaldo, una cajita persiana, y dentro de ella unos relicarios que contenian una raja de la cruz de Cristo, y las palabras del santo Evangelio.

Aun se usa en estos tiempos tan santa costumbre, por lo cual aconseja san Juan Crisóstomo, que estampemos en el corazon el Evangelio de Cristo, y añade: Escribe en tu memoria los preceptos de la ley evangélica, que para eso no necesitas dinero, plata, oro ni papel; basta la voluntad pronta, y el afecto libre y despierto del alma; y advierte, que mas seguro tendrás el Evangelio reservado en lo mas secreto de ella, que trayéndolo en la parte exterior. Lo mismo dice san Agustin, aprobando que el Evangelio se aplique contra dolores de cabeza, pero aconsejando que se coloque en el corazon. Cuando te duele la cabeza, dice, me parece bien que apliques el Evangelio á la parte dolorida, antes de echar mano á la venda; pero hemos llegado ya á tan deplorable miseria, que antes que al Evangelio, recurren algunos á la ligadura. Gran contento tengo cuando veo alguno que, postrado en cama, y fatigado de dolores y del calor de una fiebre, no pone en otra cosa su esperanza sino en que le apliquen el Evangelio á la cabeza: no porque el Evangelio se hiciese para este efecto, sino porque debe ser preferido á todo. Y si se aplica á la cabeza, para que el dolor se mitigue, ¿por qué no se

aplicará al corazon, para que sane? Hágase así: ¿qué? aplicarlo al pecho, para que sane el corazon.

Considera lo quinto, los efectos que tiene la divina ley colocada en el corazon. Preserva al hombre de pecado; y así decia David: Tengo, Señor, en gran custodia tu ley dentro de mi corazon. ¿Para qué? para no pecar; y en otro salmo: El justo tiene la ley en su corazon, y no titubearán sus piés, esto es, no flaquearán en algun desliz. La palabra de Dios, dice Agustino, libra de cualquiera lazo. La palabra divina en el corazon libra de malos pasos, preserva de caidas y peligros. Contigo está aquel Señor, cuya palabra está en tí. ¿Qué daño ha de padecer aquel á quien guarda Dios? Así, pues, como mandó que las tablas de la ley se guardasen en una arca cubierta de chapas de oro, quiere que guardemos en el arca de nuestro corazon, guarnecida de un amor de Dios muy acendrado, las tablas de la ley de su Evangelio, como tesoro preciosísimo.

LECCION IV.

Aradura del corazon.

Convertar ad vos, et arabimini, et accipietis sementem.
Me volveré á vosotros, y seréis arados, y recibiréis la simiente.
(*Ezech.* XXXVI, 9).

Considera lo primero, que tu corazon es tierra, ó haza del celestial labrador, la que ha resuelto sembrar; mas para que esta tierra reciba la simiente, es necesario que primero se are. ¿Cuál será el arado místico de nuestro corazon, sino aquel que se forma del madero de la cruz, y de la lanza que abrió el santísimo costado del Redentor? Observó Justo Lipsio que el arado tiene figura de cruz, y lo confirma con Máximo arzobispo de Turin, que dice: Cuando el práctico labrador determina arar una heredad, lo ejecuta por medio de la señal de la cruz. Cuando ingiere el dental al arado, y añade orejas y esteva, imita esta sacrosanta figura. Su formacion representa en algun modo la misma pasion de Cristo. San Justino obispo y mártir dice tambien: Considerad todas las cosas criadas, y veréis como todas son gobernadas por la señal de la cruz, y que nada puede usarse sin esta señal. La tierra no se ara sin ella. De aquí se colige

Aradura del corazon.

CORDIS agrum, Crucis eia tuæ proscindat aratrum,
Cui verbi inspergas semina, sponse, tui.

Rompa tu cruz el erio
De este mi corazon vano,
Y de tu palabra el grano
En él siembra, Esposo mio.

fácilmente, qué significa arar en el sentido místico. Si creemos al venerable Beda, no es otra cosa arar sino rajar y abrir con el arado de la compuncion, con el leño y hierro de la pasion de Cristo, la tierra de nuestro corazon, para que dé frutos de buenas obras.

Con mas extension lo explicó el cardenal Hugo. Echar mano á la esteva, dice, es arar el corazon por la compuncion, y memoria de la pasion de Cristo. En el arado hay esteva, que es aquella pieza corva, con su mancera, en que estriba y empuja la mano izquierda del que ara, y hay tambien el dental, en que se sienta la reja. Por la esteva se entiende la contricion, y en la reja, que es el instrumento que abre la tierra, se figura la memoria de la pasion de Cristo, la cual suele abrir el pecho humano. No puede haber pecho tan de pedernal, que no se raje acordándose de la pasion del Señor. Para este efecto principalmente debe tenerla siempre presente cualquiera hombre; pues cualquiera recuerdo de tan alto beneficio empeña á amar á su bienhechor con mas exceso. Acuérdate, alma, de la cruelísima pasion de tu amado, y no de cumplimiento; mas medita en ella de modo que rompa la tierra de tu corazon, deshaga sus terrones, y forme muchos surcos en él.

Considera lo segundo, que no basta meditar en la pasion de Cristo: es necesario que la practiques, imitándola en todo cuanto pudieres. Esto es lo que pedia el Esposo amante á la alma fiel, diciéndola que lo trajese estampado sobre el brazo y corazon. Como si no bastara traer grabada la imágen de Cristo paciente en nuestros pechos, quiere que tambien la estampe-

mos en los brazos: lo cual harémos si conformamos á su vida nuestras acciones, trato, vida y costumbres. Quiere nuestro Salvador, dice Teodoreto, que lo tengamos por sello de todos nuestros pensamientos y obras, y que lo imprimamos en todas nuestras obras y palabras. Lo mismo intimó Dios á Moisés, cuando le dijo: Repara, y ejecuta segun la idea que en el monte te mostré. *Repara*, le dijo, *y ejecuta*; dándonos á entender que no basta tener presente aquel admirable ejemplar de paciencia que se presentó á nuestros ojos en el Calvario, si no regulamos por él nuestras acciones.

Y ¿cómo hemos de reducir á práctica este arado espiritual de la cruz, para romper con su reja el erío de nuestro corazon? tolerando, á imitacion de Cristo crucificado, con ánimo tranquilo cualesquiera dolores, penas, adversidades y pesadumbres, vengan de mano de Dios, ó sean causadas por los hombres. Lo mismo dijo san Juan Crisóstomo por estas palabras: Como el que, arando, rompe la tierra, y dispone segura custodia de los granos, porque no queden en la superficie, sino abrigados en sus senos, así debemos hacer nosotros: esto es, usando, como de arado, de la penalidad, rajemos profundamente el corazon. Esto es lo que aconseja Joel, diciendo: Rasgad los corazones, y no las vestiduras. Rasguemos, pues, los corazones, para que, si en ellos viéremos alguna yerba mala, la arranquemos de raíz, y tengamos nuestras tierras muy limpias para recibir semillas de piedad.

Considera lo tercero, que el corazon se ara espiri-

tualmente cuando se rompe con la reja de la mortificacion. No hay cosa que mejor lo disponga, para recibir semillas de divinas inspiraciones, que el estudio de la verdadera mortificacion. Esta corta y arranca todas malas yerbas, cardos, abrojos y espinas. Con que la mortificacion es el arado, el corazon es el suelo que se ara, y el alma sirve de yunta, la cual debe rozar su corazon con el arado, dividirlo en muchos surcos, y desmoronar sus terrones. Acaso extrañarás esto, y dirás con san Bernardo: ¿Qué? somos bestias los hombres? sí por cierto: que el hombre, viéndose tan honrado, perdió el juicio, y se hizo tan estólido como un jumento. Pues ¿qué mucho será, que el que se hizo bestia por la culpa, sea empleado en ejercicio de bestia? Digno es, dice san Paulino, de estar atareado á ejercicios de bruto el que se privó del lumbre de la razon, haciéndose esclavo de su apetito brutal. No rehuses, alma mia, este arado, no huyas de este ejercicio; mas dí á Dios con el profeta David: Como un jumento estoy delante de tí, y siempre seguiré tu direccion.

¿Quieres yunta que tire del arado? unce tu entendimiento y voluntad, y trabaja con ellos en el estudio de la mortificacion. Nada aprovecha conocer con el entendimiento lo que con la mortificacion debes cortar, si la voluntad no coopera con diligencia á la ejecucion. Y ¿quién será el místico labrador, sino Cristo Jesús, amor de nuestro corazon? Él echará mano á la esteva, él guiará la yunta, y aplicará el arado á la tierra, y si la yunta se parare, la avivará con el estímulo del temor de Dios. Nada harémos sin

Cristo en este estudio de la mortificacion, aunque trabajemos mucho. Él es nuestro ejemplar, que nos dió con toda su vida un modelo de mortificacion. Él es el blanco á quien debemos dirigir este piadoso estudio, y él finalmente debe ser el amor que nos estimule y obligue á trabajar. Si él nos asiste con su presencia, será próspera y feliz nuestra labor. Por esto debemos rogarle, y pedirle con empeño, que no desdeñe tomar este oficio, diciéndole con san Agustin: Pon, Señor, en mí la mano de tu piedad, y arranca de mí todo lo que en mí ofende los ojos de tu benignidad. Á tus ojos está patente mi enfermedad y mi salud: conserva la una, y sana la otra. Si tienes á bien sembrar en mi pecho, que es campo tuyo, buena semilla, es preciso que arranques primero con tus manos todas las espinas de mis vicios.

Considera lo cuarto, que para que quede bien laboreada una heredad, no basta pasar por ella la reja tal cual vez, haciendo pocos surcos; es necesario que se hagan muchos, y que estos estén contiguos. Tampoco basta que tal cual año se are: es preciso que cada año se repita esta labor, si cada año se ha de sembrar. De lo cual se infiere, que no debe cesar el ejercicio de la mortificacion, ni ceñirse á tiempo determinado; sino que se ha de perseverar en ella hasta el último aliento. Esto nos enseñó Cristo, que no quiso bajar de la cruz hasta que espiró, por mas que los judíos le decian: Baje de la cruz Cristo rey de Israel, y en viéndole bajar, creerémos que es Dios. Así hemos de hacer nosotros, dice san Bernardo. No suspendamos la penitencia los que seguimos á Cristo,

nuestro capitan: no cesemos de llevar la cruz, perseverando en ella como él, hasta que el espíritu nos mande descansar. Á nadie demos oidos. No atendamos á la carne y sangre, ni á otro alguno que nos aconseje que bajemos. Perseveremos en la cruz: espiremos en la cruz: bájennos de ella ajenas manos, y no nuestros antojos. Toda la vida hemos de perseverar arando, porque dice la Escritura: Trabajarás seis dias, y el sábado descansarás. Los seis dias de la semana significan todo el tiempo de esta vida, y el sábado, que es dia de descanso, significa el siglo venidero. ¿Qué? ¿presumes tú descansar, alma mia, antes que se acabe la semana? ¿Para qué dejas la labor, antes que llegue el dia destinado para descansar? Persevera en el ejercicio de la mortificacion, y no retires la mano: que el que echa mano al arado, y despues la retira, no es á propósito para la gloria.

Considera lo quinto, la gran necesidad que hay de arar el corazon, la cual pondera el Sábio diciendo: Por temor del frio no quiso arar el perezoso; con qué habrá de mendigar el verano. Cuyas palabras interpreta así Salonio: Por el perezoso se entiende aquel que por su flojedad, y por las adversidades de este mundo, significadas en el frio, no se anima á trabajar en servicio de Dios. Este mendigará en el juicio; porque no tendrá buenas obras, por las cuales recibiria premio: pues como dice el Apóstol: Segun el hombre sembrare, así cogerá. Así sucedió á las doncellas bobas, al verse sin óleo, que, cuando llamaba el Esposo, decian á las prudentes: Dadnos del vuestro. Dirás acaso: ¿Por qué el reino de Dios y el dia

del juicio se ha de comparar al verano? porque ya entonces habrán pasado los tristes nublados de nuestras aflicciones, y estará despejado el dia con la claridad de las eternas luces.

Cási del mismo modo explicó Hugo cardenal este texto. El hombre que, resfriándose en la caridad, se encoge con el frio, y rehusa labrar el suelo de su corazon con el arado de la penitencia, y sembrarlo de buenas obras, mendigará el verano. Esto es, cuando se halle próximo á morir, agravándose la enfermedad, tostado de una fiebre maligna, pedirá tiempo para penitencia, y no se le concederá. Dirá á grandes voces: Dadme treguas, Señor, hasta mañana; repitiendo aquella cantinela frecuente en los moribundos: ¡Oh si Dios me concediera los años de la vida pasada! Clamará, gritará, pero en vano; que no le darán mas tiempo. Esto te ha de avivar con toda eficacia al continuo ejercicio de arar: pero mas la esperanza del fruto de la vida eterna; porque, segun dice san Pablo: Cualquiera que ara, debe arar con esperanza de coger. Vamos, pues, á esta espiritual aradura, como el Eclesiástico ordena que se vaya á la sabiduría. Llégate á ella, dice, como el que ara ó siembra, y espera copiosos frutos. Las fatigas serán leves; mas presto comerás de sus producciones.

Siembra del corazon.

Semina jam terræ manda, divine colone,
Ne nostri sterilis sit tibi CORDIS ager.

Tiempo es que siembres tu grano
En el campo de mi pecho:
No quede, Esposo, el barbecho
Baldío, estéril y vano.

LECCION V.

Siembra del corazon.

Verbum seminatum est in corde.
La palabra se sembró en el corazon.
(*Matth.* XIII, 19).

Considera lo primero, ¿para qué fuiste criado? qué haces? á dónde vas? para qué estás en el mundo? para qué vives? ¿Quieres saberlo? pues escucha á la misma Verdad. Yo os he plantado, dice, para que deis fruto, y para que vuestro fruto sea eterno. Todos somos árboles plantados en el verjel del celestial labrador, para que fructifiquemos á tiempos oportunos. El que no diere buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Ya está el destral amagando á la raíz. Por eso debe ser nuestro principal cuidado el de llevar fruto; pero nadie puede fructificar, si anteriormente no tiene semilla en sí. Y ¿de dónde vendrá la semilla á un pobre mísero, que de sí es puro nada? No hay que desmayar, que el Señor es muy benigno; y pues su bendicion á todo alcanza, él hará la siembra.

Ya salió á esparcir su semilla el sembrador. ¿Quién es este sembrador sino Cristo? del cual dice Beda: Salió el sembrador á sembrar; porque saliendo el Señor del seno de su Padre, vino al mundo, y sembró la palabra de la verdad. Con que el sembrador es

Cristo, semilla su palabra, y nuestro corazon tierra. Si la semilla no se arroja á la tierra, no fructifica. Esparce trigo al aire, en agua, ó en fuego: no sacarás fruto. Al mismo modo es la palabra divina: si en el corazon no cae, nada produce. ¿Qué aprovechará que la palabra oida se quede en los oidos, y la escrita en los ojos? lo mismo que sembrar en aire, ó en agua. Así, pues, como la tierra sita en medio del mundo recibe la simiente; así debe recibir la palabra el corazon, que está en medio del hombre, y abrigarla en sí para que fructifique.

Considera lo segundo, cómo debe disponerse tu corazon, para que en recibiendo la semilla pueda fructificar: pues como consta de la parábola de Cristo, se perdieron tres partes de la semilla, y solo se salvó una, no por defecto del que la sembraba, sino por culpa de la tierra; quiero decir, por el ánimo resistente y repugnante. Una parte cayó en el camino, y despues de hollada la comieron las aves; la segunda parte cayó sobre una lastra, y por falta de humedad se secó, despues de nacida; la tercera cayó entre espinas, y quedó sufocada; la cuarta cayó en buen suelo, y dió ciento por uno.

Toda la parábola explicó el Señor de esta manera: Los que están cerca del camino, son aquellos que oyen la palabra de Dios; pero viene luego el demonio, y la roba de su corazon, porque no se salven, aunque creen. Los que andan por el camino, son aquellos cuyo ánimo se distrae y confunde con la multitud y variedad de cosas que ve y oye: y así, para oir la palabra de Dios con fruto, debe estar

atento y recogido el ánimo; porque distrayéndose á hacer, ó pensar otra cosa, se puede temer que venga el enemigo de repente, y la robe, sembrando otras contrarias especies. Así como las aves se llevan el grano que no está cubierto, roban los demonios la palabra divina que se oye con descuido, y queda descubierta en el ánimo ó despreciada en el suelo; la cual hurtan y comen los demonios, que tienen gran gusto y complacencia de que así despreciemos la semilla. Y porque en nosotros no suceda, advierte san Juan Crisóstomo, que la cubramos con estudio, con grandeza de ánimo y continuo recuerdo.

Considera lo tercero, que la semilla que cayó sobre la lastra significa aquellos que oyen la divina palabra con alegría, pero no echan raíz; pues aunque creen á tiempos, vuelven las espaldas cuando viene alguna tentacion. Si la palabra de Dios no se arraiga bien en lo íntimo del pecho, nunca llegará á dar fruto, aunque, cuando se oye, se sienta alguna mocion superficial y deleite en el ánimo. ¿Cómo es posible que crezca sin raíz? Los hombres temporales, esto es, los que creen á tiempos, no tienen raíz, porque ni están fundados ó radicados en caridad, ni Cristo vive en ellos por viva fe. Así como se humedecen exteriormente las piedras con la lluvia, y quedan con su interior sequedad y dureza, reciben los corazones duros con alegría la lluvia de la divina palabra; pero quedan con su interior aridez, porque su mala costumbre hace resistencia á que en ellos entre la divina gracia.

Considera lo cuarto, que el grano que cayó entre

espinas denota aquellos que oyen la palabra de Dios, pero luego la ahogan con cuidados, riquezas y deleites del siglo, y por esto no dan fruto. Con estas tres cosas se sufoca la palabra divina, aunque se haya recibido en lo íntimo del alma, y aunque se haya sentido compuncion muy grande; pues apenas empieza á fructificar, esto es, á enmendar la vida, cuando á los primeros pasos se encoge, se marchita y se ahoga, como yerba tierna que tiene sobre sí una losa. Cuidemos, pues, que nuestro corazon no sea camino público en que los pasajeros pisen la semilla: cuidemos que no sea tan de piedra, que no la reciba, y que no se pueble de espinas de riquezas, pasatiempos y vanos cuidados, que sufoquen la semilla de la divina palabra. Cerremos los portillos, porque no quede el corazon libre á los pasajeros. Suavícese la dureza del corazon con el fuego de la devocion; y finalmente arránquense de raíz las espinas y abrojos, porque no opriman y sufoquen la semilla nacida, y hágase buena tierra, fértil y fecunda.

Debemos advertir aquí, que no se imputa la falta de fruto en esta parábola á alguna gran sequía, á lluvia intempestiva, récia ó copiosa, ni al demasiado calor, frio, granizo, viento ó escarcha; toda la culpa se atribuye á la tierra. Y así el no producir fruto en nosotros la palabra de Dios, no se debe imputar á defecto de la palabra divina, que interiormente nos habla, ni á falta de gracia del Espíritu Santo; con que solo debe imputarse á nuestro vicio. Pues aquel que hace que nazca el sol para buenos y malos, no

pudo hacer mas de lo que hizo en abono y cultivo de su tierra. Tu perdicion nace, alma mia, de tí: espera todo tu socorro de solo Dios.

Considera lo quinto, que Cristo llama tierra buena á los que oyendo con gusto la palabra divina, la conservan en sí, y fructifican con tolerancia. Buena tierra es el corazon libre de afectos humanos y cuidados terrenos. Si escardamos cuanto antes del ánimo los vicios contraidos por nuestra culpa, dejando en él solo aquello que crió el Autor de la naturaleza, luego fructifica en nosotros la semilla. Mas como la carne quiere sobreponerse al espíritu, y hay entre ellos perpétua guerra, se necesita gran paciencia, perseverando constantes en el campo de batalla. Por eso dijo Cristo, que con paciencia se lleva fruto; y otra vez: Con vuestra paciencia venceréis. Nadie sin paciencia podrá perseverar, y sin perseverancia no puede esperarse salud; pero salvaráse el que perseverare hasta el fin. Mas, para que esta tierra fértil produzca fruto de la semilla que ha recibido, es necesario que retenga en sí la palabra divina, no permitiendo que lo que entra por un oido salga por otro. Rumie con el entendimiento, como animal limpio, y medite continuamente la virtud y eficacia de esta palabra. Por tanto, aquellos que esconden, como David, la divina palabra en el fondo de su corazon, y los que la reservan en él y la meditan, como la sacratísima Vírgen María, son tierra muy fecunda, y dan fruto á su tiempo en abundancia. Rogaré al celestial labrador que haga mi corazon tierra de esta calidad: que si es duro como piedra, de pie-

dras puede él hacer hijos de Abrahan; si está poblado de espinas y maleza, puede convertir en floresta deliciosa esta tierra inculta á soplos suaves y blandos de su gracia.

Riego del corazon.

Telluri clausum, cœlo patet, implue rorem,
CORDIS ab hoc vario flore virescet humus.

Mi corazon un verjel
Florido será y vistoso,
Si su rocío piadoso
El cielo destila en él.

LECCION VI.

Riego del corazon.

Rigabo hortum meum plantationum.
Regaré mi huerto de los plantíos.
(*Eccli.* XXIV, 42).

Considera lo primero, que no basta esparcir la semilla sobre la tierra, si no sobreviene riego ó lluvia. El mismo Cristo dice, que aunque la semilla nació, se perdió ya nacida, por falta de humedad. Por eso se quejaba Axa, de que en la distribucion de tierras le habian asignado una, de que no esperaba fruto, porque era secana, y deseaba que le diesen otra regadía. Aunque haya recibido nuestro corazon la semilla de la divina palabra, si la gracia de Dios no la riega, viene á ser, segun decia David, como tierra sin agua, esto es, como campo árido y seco, que abriendo grietas como bocas, por la demasiada sed, pide á Dios agua para poder fructificar. La gracia del Espíritu Santo es la lluvia que riega el corazon humano, segun dice san Gregorio sobre aquellas palabras de Job: Si estancare las aguas, se secará todo; y si las soltare de golpe, se anegará el mundo. Por el nombre de agua, dice este Santo, se entiende la gracia de Dios, en pluma de san Juan, por quien dijo el Señor: El que creyere en mí, brotará de sí rios de agua perene. En lo cual expresó el espíritu ó la

gracia que habian de recibir los que creyesen en él. Si estancare, pues, las aguas, todo se secará; porque si no entra la gracia en el que oye la palabra divina, queda árido el entendimiento, que ya daba buenas muestras de fruto. Del mismo modo lo explica san Bernardo. Las plantas noveles necesitan mucho riego, y crecerán poco, y acaso se perderán, si las falta humor. Busque, pues, jugo de devocion quien hubiere sembrado buenas obras, para que no se marchite el jardin de la vida espiritual, y para que con el riego de la gracia aumente su lozanía.

Considera lo segundo, como acudian á Júpiter llovedor cuando tenian falta de agua los paganos, y como por lo mismo lo veneraban los indios, segun refiere Estrabon y otros. Tambien Tertuliano hace memoria del sacrificio de águilas que ofrecian á Júpiter, pidiendo lluvias. Pidamos, pues, nosotros á Dios, que es fuente de gracia, padre de las lluvias, y autor del rocío de la mañana, como dice la Escritura, que destile sobre la viña de nuestro corazon lluvia voluntaria, para que pueda fructificar nuestra tierra. Presente el alma, dice Radberto, en la divina presencia el sediento huertecillo de su corazon, como tierra árida, para que lo riegue con sus lluvias el que de un seco peñasco produjo abundantes aguas.

Á tí, Señor, clamo, á tí elevo mis manos con el Profeta; pues sabes muy bien que estoy en tu presencia como tierra sin agua. Llueve, Señor, en mí, diré con Agustino, para que fructifique yo. El Señor manifestará su benignidad piadosa, y dará su fruto nuestra tierra. Puedo yo, Señor, estar sediento de tí;

pero no puedo regarme á mí. Por eso tiene mi alma de Dios sed insaciable. ¿Cuándo vendré á él, sino cuando él viniere? Sed tiene de Dios vivo el alma mia, y está delante de él como tierra sin agua. Abunda el mar de aguas, rebosa, es copioso y fluctuante, pero amargo. Separóse el agua, y se manifestó mi alma árida y seca: riégala, Señor, que está á tu vista como tierra sin agua. Óyeme luego, Señor. ¿Dilatas acaso oirme por aumentar mas mi sed? Si dilatabas la lluvia para que yo bebiese con ansia, no habia de desechar yo lo que en mí llovieses tú. Si por esto ha sido la detencion de tu lluvia, llueva ya tu clemencia, porque está mi alma tan seca como tierra sin agua. Ven ya, ven, fuente perene de agua viva, riega toda la superficie de la tierra de mi corazon: recrea y fecunda con tu rocío los senos mas ocultos de mi alma, que se alampa de sed con tan prolongada sequía.

Considera lo tercero, que Dios es muy propicio y muy benigno para oir nuestros ruegos. Él es quien cubre el cielo de nubes, y prepara lluvias para los campos. Demás, que promete tomar él este ejercicio, diciendo: Yo soy la sabiduría, que derramé rios por la tierra: yo como golfo inmenso de aguas, como rio caudaloso, como cauce ó acequia salí del paraíso, para regar el plantío de mi huerto, y empapar en agua los frutos de mi prado. ¡Qué bien se confirma con estas expresiones nuestra esperanza! ¿Quién podrá temer que falte agua á su árido corazon, oyendo que el mismo hortelano es cauce inmenso, rio caudaloso y perene manantial? Y porque nadie dude de

su voluntad, no solo ofrece regar el huerto, sino hacer que nade en agua todo el prado; y así, aunque mas árido y sediento esté mi corazon, esperaré, Señor, en tí. Hasta un tronco tiene esperanza. Si le cortan, reverdece y echa nuevas ramas. Si de puro anciano se seca, brotará en sintiendo el agua, y echará follaje nuevo, como si fuese recien plantado. Pues ¿qué mucho será que segun la pródiga multitud de tus piedades, me concedas, Señor, que sea mi alma como huerto regadío, que bañado con las copiosas aguas que nacen de tí, fuente viva, brote todo un jardin de hermosas flores y de blancas azucenas de los valles?

Considera lo cuarto, que al mismo tenor que merece bendicion aquel campo que corresponde agradecido al riego, incurre en las formidables penas de infidelidad y maldicion el que despues de mucho riego se halla sin fruto; pues como dice el Apóstol: La tierra que, bebiendo la lluvia, produce abundante yerba para aquel que la cultiva, merece la bendicion de Dios; pero la que produce espinas y abrojos, es réproba, próxima á la maldicion, cuyo paradero será fuego sin fin. Oigamos esto aterrados, dice san Juan Crisóstomo, que estas no son amenazas de san Pablo, no son de hombre puro, sino del Espíritu divino; voces son de Jesucristo, que habló en san Pablo. Infeliz por cierto es el alma que se sujeta á la maldicion como los montes de Gelboé, privándose de los destellos de la lluvia y del rocío de la divina gracia; y mucho mas infeliz la que recibe en vano la gracia de Dios, esto es, la que con ella no obra, haciendo

al Espíritu esa contumelia. Procuremos con gran solicitud que no esté ociosa en nosotros la gracia, poniendo todos los medios para una noble correspondencia: pues no nos falta la gracia á nosotros, como se quejan algunos, nosotros sí faltamos á la gracia. ¿Cuánto nos parece que haríamos, y aun prometemos hacer, si el rocío de la divina gracia regase nuestro corazon? Mas no nace el poco fruto de que nos falte la gracia; sino de que hacemos de sus avenidas poca estima, y no solicitamos obrar con ella.

LECCION VII.

Flores del corazon.

Dilectus meus descendit in hortum suum, ut lilia colligat.
Mi amado descendió á su jardin á coger lirios. (*Cant.* VI, 1).

Considera lo primero, que el que planta un jardin, el que lo ara, lo siembra y riega, emplea en él sus trabajos por el fin de comer de sus frutos, ó recrear con su amenidad los ojos. ¿Quién planta, dice san Pablo, un majuelo, sin esperanza de fruto? ¿Á qué fin, pues, juzgas, alma fiel, que tu amado, como labrador ó jardinero, ha sembrado en tí la palabra divina, ha llovido sobre ella copiosamente raudales de gracia, y la ha hecho labores diferentes, sino para que tú produzcas frutos y flores? ¿No dijo él: Bajé al huerto de las nueces, á ver las frutas de los valles, á saber si florecian las viñas, y si brotaban las granadas? La Esposa misma, conociendo que ella era el huerto cerrado, cuyas producciones eran un verjel de granadas y varias frutas, convidó á su Esposo, diciendo: Venga mi querido á su jardin, y comerá frutas de su plantel. No fueron en vano estos suspiros; pues decia gozosa, dándose parabienes de su venida: Ya vino mi dulce dueño á su jardin, á

Flores del corazon.

Hæc tibi, nata tuo de semine, consecro sponse,
Lilia, et his patrium floribus addo solum.

Estas flores que el desvelo
De tu sudor cultivó,
Te consagro, Esposo, y yo
Les añado el patrio suelo.

la era de las flores, á comer de sus frutas, y á coger azucenas. Tiene gran aficion á las flores y á los jardines el que qúiso ser concebido en el florido campo de Nazaret, el que acostumbraba orar en un huerto, el que en un huerto dió principio á su pasion, el que eligió un huerto para sepulcro, y finalmente el que se manifestó, ya glorioso, á su querida Magdalena en traje de hortelano. El que dijo que tenia sus mayores deleites en tratar con los hombres, desea que sus corazones sean pensiles floridos, para tener en ellos sus recreos. Este es el que planta estos pensiles, los riega, y les da incremento; y así se le debe de justicia todo el fruto.

Considera lo segundo, qué es lo que busca el Esposo en el jardin de un corazon, y qué hace en él. Explicólo clarísimamente Sulamitis, aquella que sabia muy bien los secretos de su amado, diciendo que habia bajado su querido á recrearse en las eras de las flores, á comer frutas y á coger azucenas: de que se infiere que busca azucenas y flores el Esposo que vive entre lises. ¿Cómo no buscará flores y lises el que es flor del campo y azucena de los valles? Y porque cada uno gusta de su semejante, no busca otra esposa sino la que fuere azucena. Por eso dice: Como brilla entre espinas la azucena, campea entre las damas mi Esposa; y como leemos en el cuarto libro de Esdras: Entre todas las flores del orbe, sola una azucena escogió para sí el Omnipotente. Esta es la única paloma, esta es la Esposa querida. Considera estas lises, llevando por guia y maestro á san Bernardo. Búsquense, dice, entre lirios espirituales es-

tos recreos; que es cosa ridícula buscarlos en los corpóreos. Demostremos ya los lirios ó azucenas espirituales. ¿Qué lirios son aquellos de que resulta su belleza? Anda, dice David, que reinarás por tu verdad, tu mansedumbre y justicia. Lirios son, lirios nacidos en tierra, brillantes sobre tierra, eminentes á las flores, olorosos sobre los ámbares. Entre estas azucenas vive el Esposo, y por ellas es hermoso y bello.

Buena azucena es la verdad: por su candor es hermosa, y sobresaliente por su fragancia; su olor anima la fe, é ilumina el entendimiento su esplendor. Tambien la mansedumbre es azucena: tiene candor de inocencia, y olor de esperanza. Que sea azucena la justicia, lo dice, si os acordais, la Escritura: El justo brotará como azucena, y florecerá eternamente en la presencia divina. No es azucena de solo un dia de duracion: ha de florecer por toda la eternidad. Florecerá en la divina presencia, donde gozará el justo eterna memoria. Otras muchas azucenas tiene el Esposo. ¿Quién podrá contarlas? Tantas tiene como virtudes, y acaso por esta causa quiso llamarse azucena; ó porque vive entre azucenas, ó porque lo son todas sus obras, como su concepcion, natividad, trato, palabras, milagros, sacramentos, pasion, muerte, resurreccion y ascension. ¿Qué misterio de estos no es cándido, y suavísimamente oloroso?

Considera lo tercero, que la misma azucena enseña al alma el adorno de virtudes que debe tener para ser grata al Esposo celestial. Aquel candor que brilla en las azucenas por dentro y fuera, denota la

intacta candidez de cuerpo y alma. Si manoseas la azucena, perderá el honor y la hermosura: tambien se ofusca la brillantez de la castidad con el tacto, y aun con un mínimo deseo. El candor de las azucenas está principalmente en las hojas; y en esto se nos enseña que no solo debemos guardar la castidad interna, sino tambien la externa de lengua y de palabra. El remontarse las hojas hácia arriba, y formando una bella copa torcer hácia bajo con mucho aseo las hebras de los cantos del labio, nos insinúa que levantemos el ánimo hácia el cielo, é inclinemos la caridad hácia el prójimo, con quien hemos de ejercitar todo oficio de piedad siempre que lo haya menester.

Repara tambien, dice san Bernardo, en las varillas doradas que salen del medio, ceñidas como de corona, de aquella copa candidísima. Aquel oro tirado en hebras insinúa la ardiente caridad que debe brillar en nuestro corazon; mas si la falta este oro, la plata de la castidad no tiene valor alguno. En venta está el reino del cielo; pero no se compra sino con oro finísimo. La castidad sin caridad es lámpara sin óleo; si este falta, serás excluido de las bodas, y te dirán como á las doncellas fatuas: No te conozco; ya están cerradas las puertas. Aquel ameno verdor del tallo es como cetro de esperanza firme y recta. La cebollosa raíz, envuelta en tantas túnicas y tan delicadas, nos enseña la vigilante centinela de corazon y lengua á cerrar nuestros labios, y á poner candados á nuestros sentidos. La vara recta, lisa y sólida significa fortaleza y perseverancia en los buenos propósitos, y nos instruye que seamos firmes y constantes en las

rectas resoluciones. Las hojas suaves al tacto, sin aspereza ni vello, indican mansedumbre y afabilidad. La grositud del tallo, y la delgadez del cuello cercano á la flor, acaso insinúa que, cuando brotan nuestras obras, parecen al principio abultadas; mas cuando se van elevando en virtud, y menos distan del cielo, parecen despreciables en el juicio propio. El alma, pues, que tuviere estas virtudes, será azucena, y estará vestida de una riquísima gala, guarnecida de tan bellas perfecciones, que ni Salomon con toda su riqueza fue capaz de vestir gala tan rica. ¡Qué dicha tendria yo, si arrancando la miés perniciosa de mis culpas y vicios, me emplease en el cultivo de mi corazon, para producir siquiera un lirio, por si se dignase bajar á mis entrañas el que busca su recreo entre azucenas!

Considera y pondera finalmente lo que san Bernardo te persuade. Tú que oyes, ó lees esto, dice, cuida de tener azucenas en tu poder, si quieres que el que vive entre azucenas more en tí. Tus obras, estudios y deseos protesten ser azucenas: todo eso tiene su olor y candor moral. Tienen las costumbres color y olor; y así como en los cuerpos, se distingue el olor y color en los espíritus. Consúltese para el color la conciencia, y para el olor la fama. La intencion del ánimo y el dictámen de la conciencia dan color á la obra. El vicio es negro, la virtud es blanca: uno y otro discierne la conciencia. Lo que procede de conciencia sana y de pura intencion, es blanco y virtud: y si á esto se sigue buena fama, será tambien azucena; porque sobre buen olor tiene blancura.

Siendo, pues, el Esposo la misma virtud, se complace entre virtudes; siendo azucena, vive entre azucenas gustoso; y como es todo candor, se deleita con lo cándido.

LECCION VIII.

Guarda del corazon.

Omni custodia serva cor tuum.
Guarda tu corazon con toda custodia.
(*Prov.* IV, 23).

Considera lo primero, que el corazon humano es un tesoro preciosísimo que nos ha dado Dios por su benignidad; y así decia Cristo: El hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro de su corazon. Tenemos este tesoro en la frágil custodia de nuestro cuerpo, que formó Dios de masa de barro. Cuanto mas precioso es el tesoro, se debe guardar con mayor cuidado; pues como dice san Gregorio: Gana tiene de que le quiten su tesoro el que lo lleva manifiesto, ó no lo coloca en lugar seguro. Como las alhajas preciosas se cierran en el arca, debemos cerrar en arca con llave el corazon. Arca llaman los médicos á aquel lugar que la naturaleza destinó para él; pues así llaman á todo el espacio de las entrañas. Remigio explica muy bien qué arca es esta. ¡Dichoso, dice, el que conserva limpio el corazon! Con tanto aseo debemos procurar su limpieza, como una dama cuida de sus aderezos, guardándolos en el tocador, porque no les llegue polvo ó cosa soez. Así guarda su corazon el alma en la conciencia pura, porque no contraiga mancha.

Guarda del corazon.

Quam bene conclusum vigil hic COR protegit hortum,
Pro stricto, munit, quem timor, ense Dei.

Tan seguro está, que nada
Este jardin ya recela,
Pues vibra su centinela
Del temor de Dios la espada.

La conciencia sirve de arca al corazon, la cual puede idearse en aquella muy suave y muy firme túnica que lo envuelve, la cual llaman los griegos *pericardio*, y los latinos *precordio*. Esta túnica ó bolsa está siempre llena de un humor acuoso, para que el corazon, que está en continuo movimiento, braceando, como si nadara, se mueva suavemente y sin fatiga, y porque no se lastime, ludiendo con las túnicas que lo ciñen. Si á este modo está ceñido nuestro corazon por todas partes de buena conciencia, como de túnicas sanas, tendrá muy suave y blando movimiento; mas si flaquea por alguna culpa el pericardio, ó bolsa de la conciencia, y falta aquel dulcísimo humor, sin duda padecerá. La buena conciencia ciñe el corazon, y lo guarda. Cuidemos, pues, de tener buen testimonio de nuestra conciencia.

Acaso será mas útil poner este tesoro de nuestro corazon, suspirado de tantos ladrones, en poder de algun tutor abonado que lo guarde con fidelidad. ¿Quién mas abonado que nuestro Salvador, que se llama *Guardahombres?* porque si él no guarda este tesoro, cualquiera que lo guarde, velará en vano. Tú, Señor, puedes guardar el tesoro que te entrego. Resérvate la llave de mi corazon, para que nadie lo pueda abrir ni hurtar. Tú eres llave de David: nadie puede abrir, en cerrando tú. Sella tambien el candado con tu sello y con tu anillo, para que nadie tenga osadía de profanarlo. Guarda, Señor, la posesion que quitaste á fuerza de armas al amorreo. Tú solo, cautivando al príncipe del mundo, libraste todos los cautivos de su mano.

Considera lo segundo, que nuestro corazon es el jardin en que nuestro Esposo tiene sus placeres, porque se recrea mucho en comerciar con los hombres. En recibiendo este jardin la semilla de buenos pensamientos, brota flores de honestidad, y produce frutos de virtud. El Esposo dice en los Cantares cuál debe ser este huerto, llamando á la Esposa: Huerto cerrado y fuente sellada. El huerto de nuestro corazon, dice san Ambrosio, debe estar cercado de la proteccion divina contra las tempestades de este mundo, porque no puedan inquietarlo los récios vientos del siglo. Debe estar murado de varias virtudes, de humildad, castidad, silencio, modestia y otras, porque no esté expuesto al robo, ni los ladrones puedan asaltarlo; y para que la vid dé fragancia, exhale ámbares la oliva, y brille de la rosa la belleza; y para que en la vid crezca la religion, la paz en la oliva, y el pudor sacro en la rosa.

Mas no basta el muro para defensa del huerto: deben cerrarse tambien todos los portillos y rendijas, para que no puedan entrar zorruelas en él, ó intente profanarlo un jabalí. Estos portillos son los órganos de nuestros sentidos, que deben cerrarse con la mayor diligencia, porque no entre por ellos la muerte del alma. Así lo avisa el Sábio diciendo: Cerca tus oidos de espinas, y guárdalos de malas lenguas: pon puertas á tus labios, y candado á tus oidos. Desea el Esposo, dice san Ambrosio, que esté cerrada la puerta cuando él llama. Nuestra puerta es nuestra boca, que solo debe abrirse á Cristo, y solamente despues que él haya llamado. ¿Qué tienes tú con los demás? con

solo Cristo has de hablar; á él solo has de comunicar. Si las mujeres deben estar silenciosas en las juntas, ¿cuánto mayor silencio deben observar las doncellitas? Entra pronto y solapado el enemigo del pudor. Fácilmente se suelta una palabra, que querrás y no podrás volver á la boca. Si Eva hubiera cerrado su puerta, ni hubiera engañado al primer hombre, ni respondido á la serpiente; pero introdújose la culpa y la muerte por la ventana, esto es, por la boca de Eva. Tambien entra la muerte por la tuya cuando dices mentiras y palabras torpes ó bufonas, y últimamente si hablas cuando no debieras.

Considera lo tercero, que no es tu corazon jardin comun, sino aquel paraíso delicioso que plantó Dios en el principio del mundo, y quiso que estuviese muy guardado. Despues de expelidos de él nuestros primeros padres, prevaricadores de su precepto, puso á su puerta un Querubin que con una espada de fuego impedia el paso. Cuando oyeres á la Escritura, dicen san Macario y Marco eremita, tratar del paraíso, de la serpiente, y de la caida de Adan, arrimando todos tus afectos, vuélvete á tu corazon, y hallarás ese paraíso en él. Con mas ventajas y con mas perpetuidad que nuestros padres disfrutaron el paraíso terreno, disfrutarémos nosotros el espiritual, consolándonos siempre la gracia de Dios. Por tanto deseemos mucho guardar puntualmente su mandato, para que perseverando en su precepto, disfrutemos ahora y siempre las delicias del espíritu. Así como Adan fue arrojado del paraíso, porque gustó la fruta del árbol de la ciencia, serán arrojados de él los que

gustan de cosas del siglo; porque como dice Santiago: La amistad del mundo está reñida con Dios. Por eso manda que cada uno guarde su corazon con la mayor solicitud; para que conservando en él como en jardin murado la palabra divina, persevere en la amistad de Dios, sin dar oidos á la culebra que se enrosca y sugiere incitativos á culpa.

¿Quién podrá ahuyentar esta sierpe del jardin del corazon? Pon, Dios mio, á mi vista aquella espada fogosa de dos filos, esto es, de tu santo temor, y el de las penas infernales, cuyo recuerdo tenga bien defendido, y guardado el jardin de mi corazon.

Con esta espada, Señor,
Del enemigo mayor
Combate la saña impía;
Y al paraíso me guia
Por tu clemencia y amor.

Lo que yo mas solicito, amado de mis deseos, es que tengas á bien tomar á tu cargo la defensa de este jardin, que plantaste para tu recreo, y que ahuyentes de sus contornos todas las fieras que lo están acechando. Aterra, Señor, la serpiente que atisba, el leon que ruge, el jabalí que asuela, las zorras astutas, y todas sus emboscadas. Sesenta soldados los mas valientes de Israel hacian guarda al florido catre de Salomon; todos diestros y bien armados, por los sobresaltos nocturnos. Mas que seiscientos valentones vales tú solo, Dios mio, misericordia mia y mi refugio, mi amparo y mi defensor. Ea pues, Protector mio, disipa el ejército contrario, obligándolo á huir con tal terror, que no se atreva á parecer jamás.

Suplícote, por todas tus misericordias, que hagas á mi corazon este beneficio, para que con alegría de ánimo cante el triunfo á mi Protector, diciendo: Tu diestra, Señor, ha triunfado; tu diestra ha deshecho al enemigo; y para ostentacion de tu gloria has abatido su soberbia.

Considera lo cuarto, que seguro está el jardin y el castillo del corazon que se ve acogido á la sombra del Altísimo, y es protegido de Dios del cielo. Suelen decir comunmente en el mundo, como pondera san Bernardo: Buen castillo guarda quien guarda su cuerpo; pero yo digo que quien guarda su cuerpo, guarda un muy pestilente muladar, porque quien siembra en carne, cogerá por fruto corrupcion. Guardemos, pues, con toda vigilancia el fuerte del corazon, que es orígen de la vida. Como está en país enemigo este castillo, por todas partes lo están continuamente batiendo. Por eso debe guardarse con vigilancia, esto es, debe fortificarse arriba y abajo, por los costados, y en circúito. Si deseas poseer tu casa en paz, cierra sus puertas con la llave del amor y temor de Dios.

LECCION IX.

Escudo del corazon.

Dedisti eis scutum cordis laborem tuum.
Les diste por escudo del corazon un trabajo tuyo. (*Thren.* III, 65).

La vida humana es una continua guerra. Por todas partes nos sitian enemigos que no cesan de batir nuestro corazon. Este es la mas noble porcion del hombre, que como rey domina sobre los miembros todos del cuerpo. Es castillo del Todopoderoso, cuya custodia fió á nuestro cuidado. Este fuerte está sitiado de muchos enemigos. Por una parte el mundo con sus sagitarios dispara flechas de vanidad, para herir ocultamente á los que tienen recto corazon. Por otra la carne halagüeña procura atraerlo con blandas palabritas, que en realidad son saetas. La malignidad del demonio embiste por otro lado con flechas de alquitran, sin omitir diligencia por herir el corazon.

¿Qué no hace tambien la chusma de pecadores, que con espada en mano, con arco tendido procuran derribar al pobre y al mísero, y hacer molestias al justo? ¿Quién podrá librar al flaco corazon de ejército tan poderoso? de las flechas, que vuelan de dia, de las traiciones ocultas, de las invasiones manifiestas? De dia y de noche, en público y en se-

Escudo del corazon.

Ægide COR tanti mea lux defende laboris,
Quem pro CORDE tuus ferre coegit amor.

Con tu escudo á la fatiga
De defensor mio atiende;
Pues el amor que te enciende
Á tal empeño te obliga.

creto está combatido nuestro corazon; y así cualquiera, como buen soldado de Cristo, debe cuidar mucho de tenerlo bien guardado, para que por ninguna parte puedan sorprenderlo. Todos, dice san Agustin, debemos tener bien guarnecidos los corazones, porque no entre en ellos cosa que los inquiete. Y ¿quién sabrá por dónde se introduce? Un hombre solo lucha en su corazon con un ejército. Mas aunque los enemigos sean tantos, la batalla cruda y la guerra cotidiana, no desesperemos; que Dios peleará por nosotros, pues es nuestro protector, nuestro amparo, salud y libertad.

Considera como fortaleció este corazon de carne, para que sepas que no faltará á la defensa de la mente. Ponderólo muy bien san Juan Crisóstomo. Como el corazon es el miembro principalísimo entre todos, al cual dió Dios la firmeza de la vida, y de cuya lesion se sigue la muerte, lo cercó de sólidos y duros huesos, murándolo con las prominencias del pecho y robustez de la espalda. Y porque no padezca alguna lesion, dolor ó golpe, como está continuamente palpitando, ó tropiece, cuando salta con afectos de ira, ú otros, con la dureza de los huesos, que lo circundan, lo cercó de túnicas ó membranas, y puso el pulmon debajo, para que, como sobre un blando acerillo, si da algun salto repentino, no padezca daño alguno. Hasta aquí Crisóstomo. Vuela, pues, intrépido á aquel que por todas partes protegió tu carnal corazon: invócalo contra todas las asechanzas del enemigo, y díle: Vuelve tus ojos á mí, protector y Dios mio: ven á socorrer mi corazon.

Combate, Señor, á los que me impugnan: toma tus armas y escudo, y ven luego en mi socorro.

Considera tambien los muchos escudos que Dios te da para proteger tu corazon. El primero, é impenetrable, es la gracia, que lo libra y asegura de todas las maquinaciones del enemigo; por lo cual dijo san Pablo: Lo mejor es fortalecer con gracia el corazon. El segundo es la oracion, por la cual pedimos á Dios socorro, y lo aplacamos si está enojado, como se escribe del justo Aaron, que á toda priesa fué á rogar por los pecados del pueblo, é interpuso el escudo de la oracion; y ofreciendo el incienso de los ruegos, mitigó la ira de Dios, y facilitó el fin de aquella calamidad. Tambien se escuda con la palabra divina, que es fuerte pavés de los que esperan en Dios. Con ella rebatió Cristo al demonio sus flechas, escudándose con las divinas Escrituras. Tambien es muy fuerte el escudo de la fe, con el cual se apagan todos los dardos de fuego que arroja el enemigo, como pondera san Pablo.

Pero siendo el hombre tan débil y tan flaco, y nuestro enemigo tan poderoso y astuto, como padre de la mentira, que engañó á nuestros primeros progenitores despues que él no quiso perseverar en la verdad, es necesario estar prevenidos con su escudo contra él; pues de ella dice David: Con su escudo te rodeará la verdad. ¿Qué escudo es este, sino aquel que vino al mundo á dar testimonio de verdad, rebosando verdad y gracia? aquel que dijo: Yo soy camino, verdad y vida? Este es el que protege nuestro corazon, y por todas partes lo cerca, para que

siempre nos encuentre el enemigo prevenidos y cubiertos; y con el escudo de la verdad estén murados nuestros sentidos.

Considera aquí con mas cuidado, como Cristo Señor nuestro fue nuestro escudo. Nunca ofendió á su eterno Padre; y con todo eso le dice á voces en un salmo: Tus saetas, Señor, se han clavado en mí. ¿De qué provino este castigo al que nunca tuvo culpa, ni ofendió á su Padre en la mas leve cosa? de que vió el Hijo de Dios á su Padre armado contra nosotros, y que á sangre y fuego trataba de castigarnos. Vió tambien á los hombres desarmados, y que no teníamos poder ni prudencia para evitar el estrago que amenazaba: y ¿qué hizo? movido de sola su piedad, se puso entre el hombre y Dios; y haciéndose nuestro escudo, recibió en su virginal cuerpo todas las heridas, azotes y llagas con que intentaba Dios vengar en nosotros sus ofensas: de manera que fue herido por nuestros pecados, y sufrió los azotes que merecíamos nosotros. ¿Qué mas pudo hacer por tí, que oponerse á las iras de su Padre, como escudo de tu corazon, y recibir en su pecho las flechas, porque tú quedases guardado á sus espaldas? Procura corresponder á tan raro amor, alma mia, haciendo tú otro tanto por tu defensor, á quien puedes cantar por los mismos motivos que David: El Señor es mi amparo, mi abrigo y mi salvador: es mi fortaleza, es áncora de mi esperanza, es escudo con que me defiendo, refugio á quien me acojo, y es finalmente salvador mio, quien me librará del pecado.

Considera, demás de esto, que no solo es Cristo

paciente nuestro escudo, tambien su pasion lo es; sus bofetadas, sus azotes, sus heridas, sus escarnios, sus dolores y su cruz. En este sentido dijo en sus Lamentaciones Jeremías: Darás á los hombres para escudo suyo tus trabajos. Que es como si dijera: Tú, Redentor de Israel, darás á los hombres los trabajos que por ellos has de tolerar, para que les sirvan de incontrastable arnés contra cualquiera invasion. Tu pasion será su amparo, tus dolores y afrentas serán su escudo; porque todo el remedio de los hombres está afianzado en la pasion y llagas de Jesucristo.

Creamos á Agustino como experimentado. Cuando oigo, decia, tocar á la puerta de mi corazon algun torpe pensamiento, al punto me acojo á las llagas de Cristo: cuando la carne me hace guerra, me animo con la memoria de las llagas de mi Dueño: cuando veo los lazos que arma el demonio, en refugiándome á la amorosa misericordia de mi Dios, huye de mí. Si me fatiga el ardor carnal, refreno sus ímpetus con la dulce memoria de las llagas del Hijo de Dios. No he hallado remedio mas eficaz en todas las adversidades, que las llagas de Jesús. En ellas duermo sin susto, en ellas hallo sosiego; por lo cual le cantaré gozoso: Doyte mil gracias, Señor, porque me ha socorrido tu piedad, y no has dado lugar á que mis enemigos se alegrasen de mi perdicion. Aunque se oponga á mí un ejército, no me dará el menor susto; porque aunque asesten contra mí sus baterías, estoy seguro, colocando en tí solo mis esperanzas. Bien hace en acogerse á este escudo el ejército de Cristo, el pueblo que él conquistó, en quien cae de lleno aquella

bendicion de Moisés: Dichoso eres, Israel! ¿Qué pueblo habrá tan feliz como tú, á quien defiende el poder de Dios? Él es escudo para tu defensa, y espada fulminante para tu gloria. Tus enemigos huirán de tí, y tú pondrás sobre sus cuellos el pié.

LECCION X.

Escala del corazon.

Ascensiones in corde suo disposuit.
Dispuso subidas en su corazon.
(*Psalm.* LXXXIII, 6).

No sin misterio ordenó Dios que se subiese por quince escalones al magnífico templo de Salomon: pues como contemplaba san Gregorio, siendo aquel Príncipe especulador de los divinos secretos, y vaso de la eterna sabiduría, ideó el templo material de tal modo, que fuese figura del místico, para que aquel edificio terrestre y corruptible fuese bosquejo ó rasguño de otro que no se corrompe. Al templo, pues, que en el cielo se fabrica de piedras vivas, no se va por camino llano y espacioso, ni con pasos corporales, sino con movimientos de fe y progresion de caridad. Por lo cual dijo el Profeta: ¡Dichoso aquel que solo confia en tí! pues dispone y arma escala en su corazon. Dijo que la escala se dispone en el corazon del hombre dichoso, y señaló el lugar desde donde se asciende, que es este valle de llanto. En él lloramos el castigo de nuestro destierro, y las innumerables molestias de nuestra corrupcion. Este es el valle de donde los santos desean salir, para avanzar á aquel inefable bien, á aquel gozo inestimable, que

Escala del corazon.

Vin' scalis dilecta poli conscendere sedes?
Hic prius in proprio construe CORDE gradus.

¿Quieres, esposa, avanzar
Á la celestial Sion?
Primero en tu corazon
Escala has de fabricar.

ni ojos lo vieron, ni lo percibieron oidos, ni jamás subió al humano corazon. Suba, pues, el corazon humano, exclama san Agustin, á aquel bien sumo á que no subió el humano corazon. Coloquemos el corazon allí, para que oigamos alegres: Hácia arriba van los corazones. Dispongamos escala en este valle de llantos, para que podamos ascender á la eminencia de los gozos.

¡Qué pocos son, dulce Jesús, dice san Bernardo, los que quieren ir tras tí, siendo cierto que todos quieren llegar á tí, porque saben que todas las dichas están en tí! Por eso desean todos tenerte, pero no quieren imitarte: pretenden conreinar, mas no compadecer: desean el fin de los justos, mas no sus principios y sus medios: no cuidan de buscar al que desean hallar: pretenden conseguir, mas no seguir. ¿Deseas tú, alma mia, llegar al alto monte de Dios, al tabernáculo del Altísimo, al templo del Espíritu Santo? pues deja el ocio, y vé poco á poco subiendo. No se sube á la cima sino por grados. Con pasos, y no con vuelos, se sube á la cumbre de aquella misteriosa escala de Jacob. Nadie es perfecto repentinamente; poco á poco y paso á paso se llega á la perfeccion: que no es fácil se renueve el hombre en solo un dia. Y así mientras estuvieres en este valle de lágrimas, mientras durare esta miserable vida, vé armando en tu corazon escala, y fabrica peldaños en él, para este ascenso. Y ¿qué es, pregunta Agustin, subir en el corazon? Es subir hácia Dios: y así como el que en este ascenso flaquea, ó desmaya, no baja, que cae; el que adelanta en él, se eleva y sube.

Considera ya qué peldaños ó escalones son aquellos por donde se sube hasta Dios, y los que debemos disponer. Casiodoro dice, que son tantos los escalones que se suben, cuantos son los vicios que con el favor de Dios se vencen: que tanto se eleva el hombre, cuantos son los defectos de que queda libre: que cuanto mas baja por la humildad y penitencia, tanto se acerca á la gloria. De que se sigue, que sube y aprovecha cada dia mas el que mas se adelanta en virtud, sin acordarse de la ya adquirida perfeccion. Este es el puntual sentido de aquello que decia el real Profeta en un salmo: *Irán de virtud en virtud*. Los malos suben tambien, porque su soberbia siempre va á mas, y porque siempre van estos de malo á peor. Este subir es propiamente bajar, cuadrándoles á la letra lo que dijo David: Cuanto mas se elevaban, los abatiste. Y otra vez: Elévanse hasta los cielos, y bajan á los abismos, y vienen á consumirse entre trabajos: pues cuanto mas los remonta su orgullo, tanto mas abajo caen en el infierno; y el que parecia al mundo estar muy pingüe de bienes, viene á desecarse entre miserias y males.

Considera que esta escala de virtudes se ha de zanjar en el corazon; no en las manos, ni en los piés, ni en otras partes del cuerpo; porque aunque las acciones tengan buena exterioridad, Dios no las aprueba, como queda dicho, si no proceden de un ánimo fervoroso, pues solo atiende al fervor del ánimo. Y así, si queremos aprovechar y subir, debemos frecuentar actos fervorosos de sólidas virtudes, que deben nacer de afectos ardientes. Errados van cier-

tamente, y verdaderamente bajan, los que fijan estas gradas en el corazon ajeno, y no en el propio: que si hacen alguna obra de virtud, es solo con el fin de captarse el aplauso popular. ¿Qué es esto, sino poner la escala de su elevacion, no en el corazon propio, sino en la boca y opinion del vulgo? Si deseas, alma mia, subir, y disponer con recto órden las gradas de tu ascension, pon por primer peldaño la humildad. Que así como fue arrojado al abismo aquel vano que pensó escalar el cielo; así es elevado de Dios el que dispone su ascenso sobre gracia y humildad: porque el Señor, que atiende á los humildes, estima los contritos penitentes.

San Agustin explica bellamente cómo se eleva el corazon por la humildad. Bueno es, dice, que el corazon suba hácia arriba; mas no ha de subir hácia sí mismo; que esto es soberbia: suba hácia Dios, que es de obedientes, lo cual no puede ser sino de humildes. Hay una humildad que por raro modo eleva á una soberbia que humilla. Parece implicacion, y no lo es; porque la humildad somete el hombre al superior: y como no hay cosa superior á Dios, la humildad exalta por el mismo medio que abatiendo humilla. La elacion viciosa, por lo mismo que desdeña la sujecion á Dios, cae del que no tiene superior, hácia sí, y por este medio baja; cumpliéndose así á la letra lo que dice un salmo: Cuando ellos se elevaban, los echaste al suelo. En vano, pues, piensa ascender el que no comienza por la humildad, bajando de sí mismo por medio de esta virtud.

El maestro de la verdadera humildad, el Hijo del

Altísimo, nos enseñó con sus obras este modo de subir; pues de él se lee: El que subió es el mismo que bajó. Venia á enseñarnos, dice san Bernardo, el camino de los ascensos, para que no imitásemos á aquel embustero que pretende despeñarnos. Bajó, pues, el Altísimo, para subir mas, dejándonos estampado su suave y saludable ascenso en su humildad y abatimiento propio. Bajó, vestido de nuestra miseria, de la cumbre de su sabiduría, á salvar los fieles por su predicacion, la cual al mundo parecia necedad. ¿Qué mayor debilidad puede haber que la del débil cuerpecillo de un infante? ¿quién tan pobre de ciencia como un tierno niño, que apenas sabe buscar el pecho? ¿quién tan desfallecido como aquel que estuvo atravesado en la cruz con duros clavos, tan flaco y tan extenuado, que se le contaban todos sus huesos? ¿quién con menos discrecion al parecer, que el que entregaba á la muerte su vida, por pagar una deuda que no era suya? Ahí verás lo mucho que bajó, y cuánto se envileció, como si se hubiera privado de su sabiduría, ó abandonado su omnipotencia; pues no pudo llegar á mayor altura su piedad, ni hacer con el hombre mas vivas expresiones de su amor.

Ea pues, alma mia, si ansiosa de ascenso suspiras por pasar de este valle de lágrimas á las delicias del paraíso, procura seguir las huellas de tu capitan valeroso. Corre al olor de los ámbares que vierte el que de veras fue humilde. Vé subiendo de virtud en virtud, hasta que veas al Dios de los dioses en Sion. Emprende animosa el ascenso de este yermo esca-

broso; pues tienes el arrimo de tu amado, que quiere ser tu bracero. Con tal arrimo irás segura; y caerás ciertamente si fias en la debilidad de tu flaqueza: pues toda tu perdicion nace de tí, y todos tus auxilios de solo Dios. ¡Desventurado aquel que coloca su esperanza en la humana fortaleza! No la pongas tú sino en solo el amparo del Altísimo y en la proteccion del cielo. Dichoso mil veces aquel que solo confia en el Señor; pues quien le manda ascender, le dará la mano para subir: el que le da consejo, le dará auxilio, y finalmente lo conducirá á su reino.

LECCION XI.

Ensanche del corazon.

Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.
Corrí el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazon.
(*Psalm.* CXVIII, 32).

Considera lo primero, que esta presente vida, que pasamos en destierro, no es otra cosa que un breve pasadizo para la eterna, una carrera espiritual que velozmente hemos de correr, un viaje á la Jerusalen celeste, á la cual caminamos sin cesar. Pero ¡cuántos se desvian de esta senda! cuántos rehusan esta estrada! cuántos, los que errantes en yermos áridos, no hallan el camino de la ciudad de su habitacion! qué poco adelantamos en esta jornada! cuántas paradas hacemos! cuántas veces fatigados del camino dejamos de andar, y nos echamos en el suelo! Miserables por cierto hijos de Adan, á quienes aflige la labor de los necios; pues aun no saben ir á la ciudad! Y ¿de qué proviene esta miseria, sino de que nuestra alma se pega al polvo y á la tierra? á este cuerpo digo, que se corrompe, y aploma el alma; pues como dice san Bernardo: Por mas perfecta que sea, mientras gime en este cuerpo mortal y en este mundo maligno, presa en una cárcel, atada entre

Ensanche del corazon.

Quam volupe est, quod amare prius COR duxit amarum,
Angustam lato currere CORDE viam.

Corre veloz su carrera
Mi corazon dilatado;
Y juzga ya muy holgado
Lo que antes angosto le era.

miserias y atormentada de culpas, es preciso que con mas lentitud y pesadez levante la cabeza á contemplar cosas del cielo, y que no tenga bastante libertad para seguir al Esposo. De aquí nació la voz lacrimosa del que gimiendo decia: ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará de este cuerpo mortal? Aun hay otra causa, y és, que se adormece el alma por el tédio y fatiga del camino. Algunos hay, dice el mismo Santo, que fatigados de ejercicios espirituales, constituidos en una tibieza y desmayo de espíritu, andan tristes el camino del Señor, y con sumo tédio y aridez de alma hacen lo que se les ordena.

Considera lo segundo, que, como este mal nace de frio, tristeza y encogimiento de corazon, el remedio mas eficaz y mas seguro es su dilatacion y desahogo, que nace de la alegría de espíritu. Hablando físicamente, en los tristes se comprime el corazon y se encoge, por cubrirse de un humor térreo; en los alegres se esparce la sangre, se ensanchan sus vasos, y el corazon se dilata. Esto manifiesta lo rosado del rostro en los risueños, y la palidez en los melancólicos, por retirarse la sangre al corazon; en cuyo sentido interpretó san Agustin aquel texto: En la tribulacion me dilataste. Como si dijera: De las angustias de la tristeza me sacaste á la playa de la alegría. En dilatándose el corazon, se corre el camino de los divinos preceptos con inefable dulzura. David depone de experiencia, diciendo: Luego que me dilataste el corazon, corrí el camino de tus preceptos con suma velocidad; y no pudiera correr, dice san Ambrosio, si tuviera el corazon encogido.

Lo mismo sucede á todos. En adormeciéndose el alma por tédio y melancolía, estamos flojos y pesados; y no solo no corremos, pero aun necesitamos de ser traidos. Expónelo san Bernardo con su acostumbrada dulzura. Necesito, dice, que me traigan, porque poco á poco se fué resfriando en nosotros el fuego de tu amor; y por este frio no podemos correr ahora, como corríamos hasta aquí. Correrémos despues, cuando nos restituyas tu saludable alegría, cuando vuelva mejor tempero de gracia, cuando caliente el sol de justicia, cuando pase el nublado de la tentacion, que por breve rato suele impedir su claridad, cuando á leves soplos de aires blandos comiencen á desleirse tus ungüentos, á fluir los aromas y llenar el ambiente de fragancias. Entonces correrémos; y correrémos al olor de aquellos bálsamos.

Si preguntas cómo se hace este desahogo de corazon, y cómo introduce Dios en él este gozo espiritual, escucha al mismo Santo: Cuando aconteciere padecer tédio, ó desabrimiento de espíritu, si apiadándose el Señor se llegare á nosotros en el camino, y comenzare á tratar del cielo, el que del cielo bajó, á cantarnos algo de gusto de los cánticos de Sion, y á tratar de la ciudad de Dios y de su paz; os digo que esta alegre narracion servirá de vehículo al alma emperezada y adormecida, de modo que expelerá todo fastidio del ánimo, y toda fatiga del cuerpo. ¿Paréceos, acaso, que padecia, ó pedia otra cosa aquel que dijo: De puro tédio está mi alma soñolienta; confórtame, Señor, con tu palabra? Cuando lo-

gre su deseo, dirá á voces: ¡Oh cuánto amo, Señor, tu ley! mi perpétua meditacion será.

El pensar, pues, y desear la patria celestial, ensancha y desahoga el corazon, como explicó de este modo san Agustin: Es el deseo un seno de nuestro corazon. Aun no vemos aquello que deseamos; pero deseándolo, nos hacemos capaces de recibirlo, para quedar despues llenos con su logro. Al modo que, si quieres llenar un saco, y sabes la cantidad que has de recibir, estiras el seno, saco ó talego, para que quepa lo que se ha de echar en él, y si ves que es angosto, extendiéndolo lo haces mas capaz; así conviene que extienda nuestra alma su deseo, y con seno mas ancho procure comprender lo que no han visto los ojos, ni oyeron los oidos, ni tocaron humanos pensamientos. Dilatado el corazon con este deseo, anda el justo las sendas de la equidad, y en entrando en ellas no se estrechan ya sus pasos: pues aunque corra mucho, no hallará tropiezos. Los principiantes gatean como niños, los aprovechados andan, los perfectos corren, y aun como águilas vuelan, y no se fatigan. ¿Quién nos dará, como se dió al Rey pacífico, tan grande anchura de corazon como la costa del mar, para que sin impedimento alguno podamos correr el camino de los preceptos de Dios?

Lo tercero, se ha de considerar aquí y se ha de explicar una cuestion tan curiosa como pia. Siendo la estrechez del camino, y no del corazon, ¿por qué dice aquí David que el corazon es dilatado, y no el camino, que es el que debia ensancharse, como dijo

en otro salmo: Pusiste mis piés en un camino espacioso? Responde san Hilario, que es ancho el corazon en que reside el sacramento del Padre y del Hijo, y en que, como en habitacion capaz, se espacia el Espíritu Santo; y que no pudo David correr el camino de Dios, antes que el suyo se hiciese digna y ámplia morada de la Deidad. Así tambien san Ambrosio: Repara, dice, la distancia: el camino se hace estrecho, y el corazon espacioso, para que sea mansion del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; porque viniendo la palabra divina, y llamando á la puerta, si viere que es angosto el corazon, no se dignará quedarse en él. Admirando san Bernardo la gran capacidad del corazon, exclama: ¡Oh cuánta anchura y cuánta prerogativa de méritos tendrá aquella alma que es digna de recibir, y suficiente á alojar en sí á todo un Dios! ¡qué tal será aquella que tiene bastantes salas y galerías para paseo de la divina Majestad, pues él dice: Habitaré en ellos, y me pasearé! ¡Qué dilatado será el espacio en que pasea Dios! En esta anchura difunde su caridad en nuestros corazones el Espíritu Santo que se nos ha dado. Digámosle pues: La casa de nuestro corazon es estrecha: dilátala, Señor, y ven á habitarla: repárala tambien, que está ruinosa.

Otra cuestion se puede mover aquí. ¿Cómo, dilatándose el corazon, se corre el camino de los mandamientos divinos, habiendo en él tantos tédios, penalidades y trabajos, pues por medio de muchas tribulaciones se entra al reino de los cielos? Muchas respuestas se dan, y todas muestran que en la ad-

versidad se dilata el corazon. Lo primero, con este desahogo concede Dios don de magnanimidad, con que se toleran generosamente cualesquiera infortunios, y no se encogen los que padecen trabajos. Así Didimo, Crisóstomo y Eutimio sobre aquello de David: Dilataste mi alma en la tribulacion.

Lo segundo, campo mas libre goza, dice Crisóstomo, aquel á quien la tribulacion compele á abstenerse de los amores torpes, que le comprimian y ataban cuando las cosas le salian bien: así como el que tiene calentura padece mas si se regala, y si se abstiene mejora. Lo tercero, el justo, como oro tirado, y maceado con el martillo de la tribulacion, se estira y se dilata en muchas chapas, y se hace copa muy capaz de recibir dones de Dios: por lo cual dijo Cristo de san Pablo, vaso electo: Yo le haré saber lo mucho que ha de padecer por mí. Lo cuarto, cuanto mas se estrecha corporalmente el hombre piadoso, tanto mas se dilata en el espíritu. Es como la palma, que en la parte inferior es recogida, pero en la superior muy espaciosa; por lo cual dijo el Profeta: El justo florecerá como palma. Lo quinto, el camino que guia á la vida es angosto; pero son muy anchos y muy alegres los espacios de la caridad, por lo cual se llama mandato muy espacioso su ley. Con él lo comprendemos todo, y remontándonos sobre lo criado llegamos hasta Dios mismo. El templo que se mostró á Ezequiel era mas ancho por la parte de arriba: porque, como enseña san Jerónimo, siempre es mas estrecho lo de abajo, esto es, ayunos, vigilias, abstinencias; mas cuando por estas cosas vamos subiendo

como por gradas á la cumbre, se nos abre un camino muy espacioso y alegre, verificándose lo que dijo David: En la tribulacion me dilataste.

QUINTA CLASE.

PERFECCION DEL CORAZON,

Y UNION CON CRISTO.

Despues de flores y frutos, y de la alegre vendimia, resta gustar el vino de la cosecha. El divino Salomon reguló con él copiosamente á su querida Sulamite, como ella ponderó llena de gozo, diciendo, que no solo la dió tal cual trago, sino que la introdujo en la despensa del vino. El rey me introdujo, dijo, en su bodega. ¿Qué bodega es esta sino la via unitiva, en que los perfectos beben el vino del divino amor con sóbria embriaguez de caridad? Este es el vino regalado de que abunda la bodega, como la Esposa asegura, diciendo: En mí ordenó la caridad. Á esta bebida suavísima se reduce la saludable doctrina de esta clase. Aquí se enseña lo primero, como se derrama en nuestros corazones la caridad de Dios por medio del Espíritu Santo, que los habita; y como por amor es marcado nuestro corazon con el sello de su Esposo. Pero ¿qué no hace el Espíritu divino en aquella alma que posee? Hiérela con sus flechas, y la abrasa con su fuego, de modo que la hace levantar el grito, y decir: Arrimad flores y frutas hácia mí, que desfallezco de amor: ó como leen los Se-

tenta: Porque estoy herida de caridad. Y así como el que padece desmayo, ó está herido, apenas puede acordarse mas que de sus dolores, tanto, que aun durmiendo sueña sobre ellos; así tambien dice la Esposa: Yo estoy dormida, pero mi corazon vela. Por eso impaciente de amor, aspira continuamente á su amado; y no pudiendo ir con el cuerpo, envia su corazon á donde come y sestea su querido. Nada apetece sino unirse á él, y encontrar al que ama su corazon, para asirlo y no soltarlo jamás, pensando solo en un amor recíproco, como expresan aquellas palabras: Yo soy para mi amado, y mi amado para mí. Finalmente sus ansias se reducen á reposar en su Esposo, á que su mano izquierda sea su acerico, y con la diestra la dé un eterno abrazo. Descansando de este modo no la despertará alguna de las hijas de Jerusalen, hasta que ella quiera despertar. Vamos ya repasando estas suavísimas lecciones.

LECCION XII.

Morada del corazon.

Misit Deus Spiritum Filii sui in corda nostra.
Ha enviado Dios á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo.
(*Galat.* IV, 6).

Considera lo primero, el inmenso amor que Dios tiene á los hombres; pues se deleita tanto en su trato, que no desdeña venir á ellos, habitar con ellos, y hacer en ellos mansion: y aunque esta sea de toda la Trinidad, principalmente se atribuye al Espíritu divino, que se llama bondad y amor. San Pablo lo dice así: La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que se nos ha dado. Y como el Espíritu procede del Padre y del Hijo, se dice que lo envian estas dos Personas. Yo os enviaré, decia Cristo, del seno de mi Padre el Espíritu verdadero. Dícese tambien enviado del Padre, porque, como afirma san Pablo: Envió Dios Padre á nuestras almas el Espíritu de su Hijo.

Contempla, pues, y admira la gran misericordia que Dios usa con nosotros. Por cierto, exclama el abad Guerrico, que es imposible exagerar con humanas voces la gran misericordia de Dios. Parecióle poco al amor del Padre dar á su querido Hijo en pre-

Morada del corazon.

Spiritus, ó mea lux, CORDIS, tuus, incolat ædem,
Sponse, ut amore tuo, mî redameris, amans.

De tu Espíritu morada
Mi corazon haz, Esposo;
Para que en lazo amoroso
Te ame, como soy amada.

cio de un vil esclavo, si no daba juntamente el Espíritu Santo al siervo, que adoptaba por hijo. Dió su Hijo en precio de nuestra redencion, dió su Espíritu en privilegio de adopcion, y finalmente se reserva á sí mismo, para darse despues en premio. ¡Oh inmenso Dios, pródigo de sí mismo, si así puede decirse, por el amor tan grande que tiene al hombre! Pródigo es sin duda el que por recobrar al hombre, que se habia perdido, dió no solo su inmenso tesoro, sino tambien su mismo ser, haciendo un exceso tan raro, no por provecho suyo, sino por utilidad del hombre, á quien amaba con exceso. ¿No debe llamarse pródigo el que no contento con entregar su hijo á la muerte por el género humano, dió tambien su divino Espíritu, derramándolo sobre los hombres como agua, con nueva y prodigiosa galantería? Y ¿qué otra cosa es no desdeñar el dulce huésped del alma aposentarse en una casa de tierra? ¡Oh cuánta dignidad es alojar en el corazon al sumo bien!

Considera lo segundo, que es preciso adornar el alojamiento de nuestro corazon para el huésped que ha de recibir. Por cierto, dice san Gregorio, que si hubiéramos de hospedar en nuestra casa un hombre de cumplimiento, un amigo, ó un poderoso, procuraríamos tenerla tan limpia, tan aseada, que no hubiera en ella ni una mota capaz de ofender su vista. Limpie, pues, la inmundicia de su mal proceder el que dispone en su alma hospedaje á Dios: porque no entra la divina sabiduría en alma inmunda con pecados, ni se hospeda en hombre sujeto á vicios. El

Espíritu Santo huye del pecado, y se retira de aquellos que obran sin juicio: esto es, segun san Jerónimo, se retira de necios pensamientos. Dase en esto á entender que el Espíritu Santo no habita en hombres vanos, aunque ellos se tengan por resabidos; pues aunque el mundo los celebre por muy agudos, aunque á ellos parezcan muy elevadas sus ideas, son en los divinos ojos fatuidades locas y fantásticas locuras: porque como dice san Pablo, la sabiduría mundana es necedad en la divina presencia. Solo asiste el Espíritu divino al que discurre con entendimiento. Por eso decia Nuestro Señor, que su Padre habia de dar al mundo el Espíritu de verdad; pero que no podia recibirlo el mundo, porque no lo conocia, ni sabia qué dádiva es.

En el mismo sentido que pronunció esta cláusula, dijo tambien, segun la mente de san Agustin, que la prudencia del mundo es enemiga de Dios, porque no se ajusta ni concuerda con la divina ley; y es lo mismo que decir, que la injusticia no puede ser justa. La prudencia, dijo, del mundo, señalando á los que aman el mundo, cuyo amor no procede del Padre, quien quisiera ver semejante amor aniquilado en nosotros, por la valentía de aquel amor que el Espíritu Santo difunde en nuestros pechos. Otra razon señala san Gregorio: Como el Espíritu Santo es invisible, excita en el hombre, que habita, amor de cosas invisibles; y como los amantes del mundo solo aman lo que ven, no reciben el Espíritu septiforme, porque no se elevan á desear lo invisible. Las almas que siguen el mundo, cuanto mas se dilatan por el

deseo de cosas exteriores, tanto mas se estrechan interiormente para poder recibir las celestiales. Dejemos, pues, la prudencia y sabiduría del mundo; y aun todo el mundo debemos abandonar, para que merezcamos ser morada de Dios. Pero es preciso pedirle que para esto nos asista con los auxilios de su gracia, sin la cual no podemos hacer cosa buena; y que expeliendo todos los vicios y deseos carnales, se digne hacer eterna mansion suya nuestros corazones.

Pero ¿dónde están, divino amor, los gustos que tienes en el hombre? ¿En qué parte has preparado dentro de mí aquel santuario digno de tu majestad, donde puedas vivir con todo placer? Necesario es que sea muy limpia la cámara donde has de ser alojado tú, que eres la suma pureza que todo lo purifica; y no puedes ser visto, y mucho menos poseido, del corazon en quien cae mancha. ¿En qué parte del hombre está, Señor, aquel templo tan limpio que pueda alojarte á tí, que riges el mundo? Y ¿quién sino tú solo es capaz de hacer limpio á aquel que desde su concepcion es inmundo? ¿Qué hombre, siendo vaso de inmundicia, podrá dar á otro pureza? pues segun el decreto que diste desde el trono de aquella preñada nube, y desde aquel incendio que abrasaba el monte, inmundo quedará lo que el inmundo tocare. Inmundos somos todos nosotros, como pedazos de masa soez, y traemos grabada en la frente la ignominiosa marca de nuestra inmundicia, la que no podemos ocultar, especialmente á tí que todo lo ves: con que no podemos lavar esta

mancha, si no la limpias tú, que eres limpio por esencia.

Ven pues, desciende á nosotros, divino Dueño. Ven, Espíritu Santo, único consuelo, huésped amoroso. Penetre tu eficaz virtud hasta lo mas íntimo de mi corazon. Quédate en él, y alegra con la claridad de tu luz los tenebrosos retretes de esta morada, y fertiliza con tu vista y con el rocío de tu gracia este jardin inculto, que por tan prolongada sequía está marchito. Bien creo yo, Señor, que aquella alma en quien haces alto, es dichosa morada del Padre y del Hijo. ¡Feliz mil veces aquel en quien habitares tú! pues logra la dicha de que por tí, y contigo el Padre eterno y el Hijo moren en su corazon.

Considera lo tercero, que entra en el alma de diversos modos el Espíritu divino. Viene á morar en algunos, dice san Gregorio, pero no para en ellos: porque aunque, por la compuncion que sienten, conocen que Dios los mira; en viéndose en una tentacion molesta, no se acuerdan de la compuncion pasada, y vuelven de nuevo á cometer pecados, como si nunca hubieran llorado los cometidos. El que ama á Dios de veras, y observa su ley, logra que Dios venga á su alma, y que haga mansion en ella; porque de tal manera lo penetra el fuego del divino amor, que por ninguna tentacion querrá echarlo de sí. Cuidemos, pues, mucho de recibir este divino Espíritu en nuestro corazon; y una vez recibido, guardarlo en él con toda solicitud, sin contristarlo con alguna culpa, por no precisarlo á que se ausente del alma.

Considera lo cuarto, qué señales hay para conocer que el Espíritu vive en nuestros corazones. Explícalas con gran discrecion san Gregorio. El sentido vital, dice, es prueba de que el alma está en el cuerpo; y la vida espiritual prueba que habita en el alma el Espíritu Santo. Conócese lo primero por los movimientos corporales; lo segundo se infiere de la caridad, humildad y otras virtudes, aquellas principalmente que cuenta san Pablo, como frutos del Espíritu divino, caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad.

La gran utilidad que causa en nosotros la mansion del Espíritu divino pondera ingenioso san Bernardo diciendo: Supuesto el precepto natural, de que huyamos del mal y obremos bien, debes reparar con reflexion, cómo corrobora nuestra flaqueza la gracia del Espíritu divino, para que hagamos uno y otro. Para que huyamos del mal, causa en nosotros estas tres virtudes, compuncion, oracion y remision. El principio de nuestra conversion es la penitencia, la cual causa en nuestro ánimo el Espíritu de Dios, y no el nuestro. ¿Quién, llegándose frio y yerto al fuego, dudará que aquel calor que recibe procede del fuego, y que sin él no se hubiera calentado? Lo mismo se debe filosofar de aquel que está helado con el frio de su culpa, cuando en su interior empieza á acalorarse con algun fervor de penitencia; el cual no podrá dudar que procede de otro espíritu distinto, que enmienda y corrige al suyo. Lo segundo, importa poco que te arrepientas de la culpa cometida,

si no pides perdon de ella: lo cual causa tambien el Espíritu Santo en nuestros corazones, moviendo ardientes suspiros en nuestros ánimos, para que pidamos á Dios perdon de nuestros excesos. Lo tercero, porque el mismo que nos inspira y nos mueve para que le pidamos, nos concede aquello que le pedimos: y así como hace que dentro de nuestros corazones pidamos perdon, dentro del corazon del Padre nos perdona con él; siendo abogado nuestro en el tribunal del Padre, el que en el corazon paterno clama porque nos perdone.

Y ¿qué es lo que en nosotros hace el Espíritu, para que obremos bien? Tres cosas, avisa, mueve y enseña. Avisa la memoria, enseña al entendimiento, y mueve la voluntad. Sugiere á la memoria el recuerdo de cosas de virtud, para estimular nuestra pesadez. En esta suposicion debes alabar á Dios, y dar las debidas gracias al Espíritu Santo, cuando sintieres en tu interior algun toque para bien obrar, porque entonces suena su voz en los oidos de tu alma. Ya veo que hay muchos, que aun inspirados de su amor, para que obren bien, no saben lo que deben obrar, si el Espíritu Santo no les inspira de nuevo con su gracia, concurriendo con ellos á ejecutar lo mismo que les inspira. Y qué será acaso ociosa la gracia de Dios? no por cierto: porque el que sabe lo que debe hacer, y pudiendo no lo hace, es delincuente. De lo cual se infiere la necesidad, que por nuestra miseria tenemos, no solo de que nos avise y enseñe, sino que tambien nos incline y nos mueva á obrar bien, aquel divino Espíritu que corrobora

nuestra flaqueza, y difunde en nuestras almas su amor, que es la buena voluntad. Por lo cual pediré á Dios que se digne renovar en mí su Espíritu, y que no permita que me vea yo privado de él por algun yerro, sino que con él me corrobore, y me confirme en él, el Padre criador de los espíritus, para que viviendo espiritualmente, nunca obre segun los deseos de la carne.

LECCION XIII.

Selladura del corazon.

Pone me ut signaculum super cor tuum.
Ponme como sello sobre tu corazon.
(*Cant.* VIII, 6).

Atiende, alma querida de Dios, como tu mismo amante te manda que lo ames, pidiéndote que no lo olvides, y que siempre lo traigas en la memoria. Este precepto expresó en el libro de los Cantares por estas voces: *Ponme como sello sobre tu corazon;* cuyas palabras por su gran fecundidad dan copiosa materia para discurrir.

Lo primero debes considerar, que aquí se entiende por sello el instrumento que sirve para marcar, que los antiguos llamaban anillo sellador. Solian aquellos grabar en el plano de los anillos la efigie de los sujetos en quienes tenian puesta su aficion, y los traian en el dedo que llaman anular, en el cual hay un pequeño nervio que nace del corazon; pareciéndoles que ciñendo el dedo de esta forma, coronaban el corazon de una hermosa diadema, y dando á entender en esto, que aquella efigie grabada en el anillo representaba el gran amor que profesaban al sujeto. En este sentido hablaba Dios, cuando para expresar el amor que tenia á Zorobabel, decia: Tú, Zorobabel, eres sujeto de mi gusto; por tanto te he de grabar en mi anillo. De un mal príncipe dijo lo

Selladura del corazon.

Quod gerit, inscriptum, COR, Patris epistola, verbum,
Sponsa, tibi dius, molle, sigillat amor.

De tu pecho plana bella
El eterno Padre labra
Para escribir la palabra
Que el amor divino sella.

contrario. Por mi vida te aseguro, que aunque estuviera grabado Jeconías en el anillo de mi diestra, de allí lo arrojara. Hablando, pues, en este sentido, lo que dice, alma mia, tu amante Esposo, es esto: Emplea en mí, querida Esposa, todos tus cuidados y cariños, apreciándome á mí tanto como los hombres á sus sellos; y como estos llevan en el dedo el anillo sellador, porque nadie lo robe de allí, me has de guardar á mí dentro de tu corazon.

Considera lo segundo, que con los anillos sellaban tambien los pliegos. Así leemos en la Escritura, que Acab y Asuero enviaron unos pliegos sellados con sus anillos, para que nadie tuviese osadía de violarlos. De este modo desea el Esposo divino que sea carta viva tu corazon, que lleve la palabra del Padre escrita con su dedo, que es el Espíritu Santo, y que vaya sellada con el sello del Esposo. Esto es, que tu corazon sea blanda cera en que él pueda estamparse, para que se sepa quién la escribe. Tambien sellaban con el anillo aquello que querian se guardase con cuidado: y así dice la Escritura, que despues de haber echado al profeta Daniel al lago de los leones, mandó el rey Darío montar una lápida sobre el brocal del pozo, y la selló con su anillo, para que quedase asegurado. Escribe san Clemente Alejandrino, que el anillo que suele dar el esposo no es para adorno de la esposa, sino para que con él selle lo que se hubiere de guardar en casa; pues á ella pertenece asegurar lo que fuere digno de custodia. Con que lo que nos pide el Esposo en las palabras referidas es que guardemos el corazon.

Es este un retrete donde se depositan los tesoros del cielo, donde se guarda la gracia y la caridad, y donde habita el Espíritu de Dios; mas como no hay cosa mas instable, necesita custodia mas diligente. Por ese motivo dice el Esposo: Ponme como sello sobre tu corazon, que yo seré su guarda fiel; y no temas que te roben tu tesoro si estuviere á mi cuidado. Á este modo sellamos las cosas, dice san Gregorio, para que no sean temerariamente violadas: y así ponemos el sello del Esposo sobre el corazon, imprimiendo en nuestra memoria el misterio de su fe, para que aquel astuto enemigo nuestro no presuma robar las almas, viendo estampadas en ellas sus divisas.

Considera lo tercero, que algunas gentes usaban poner sobre el pecho, ó sobre el brazo, las divisas de aquellas personas á quienes tenian mas afecto, porque no borrase su memoria, ni la ausencia ni el olvido. De esta suerte hemos de estampar ó esculpir á nuestro Esposo en el corazon, para poder decir con san Pablo: Grabados llevo en mi pecho los blasones de Cristo. Como si dijera: Esclavo de Cristo soy, tan amante soldado suyo, que perderé la vida por él. Por eso llevo en mi cuerpo sus timbres labrados á fuego, y retallados, para que todos vean por el corazon, y por la obra, que no es mio ya mi cuerpo, sino de Cristo; y que llevando grabados en mí los timbres de su pasion, vive él crucificado en mí, porque vivo yo crucificado con él.

Al modo que, como dice san Juan, han de llevar la efigie de la bestia en la frente y en el brazo los

ministros del Anticristo, deben las almas esposas de Jesús esculpir las divisas de su Esposo, no solamente en las manos y en otros miembros, sino en el mismo corazon: para que como antes llevábamos la imágen del hombre terreno, llevemos en adelante la del Hombre divino. Á este propósito dijo con grande agudeza san Ambrosio: Cristo es nuestro sello en el corazon, en la frente y en el brazo. En la frente, para que siempre confesemos su fe, en el corazon, para que siempre lo amemos, y en el brazo, para que obrando siempre bien le sirvamos. Resplandezca, pues, su imágen en la confesion de la lengua y en el afecto del alma, y brille en la rectitud de la obra, para que se vea expresa en nosotros la imágen de su hermosura.

Considera lo cuarto, que conviene que nuestro corazon sea moneda en que esté acuñada la imágen del sumo Rey. Desea nuestro Salvador que lo miremos como ejemplar de nuestros pensamientos y obras, y que lo estampemos en nuestras obras y palabras, para que sean legítimas nuestras monedas. Como adquieren las monedas su valor por sola la efigie del rey, así adquieren por Cristo su valor las obras y pensamientos que nacen de corazon perfecto; y solo es acepto á Dios el nuestro, en cuanto con el suyo se conforma, y cuya imágen representa. Advierte tambien, alma, que eres moneda de Dios sellada con la luz de su rostro: por lo cual no eres ya tuya, sino de aquel cuya imágen é inscripcion llevas grabada. Al ver la moneda del César, dijo el Señor: Dad al César lo que es suyo, y lo que es de Dios á Dios; que en sentir de san Agustin es lo mismo que si di-

jera: El César os pide la impresion de su figura, y Dios no pide otra cosa. Como al César se le da su dinero, se debe dar á Dios el alma, por estar en ella su retrato.

Por esto nos aconseja san Ambrosio que procuremos conservar esta imágen muy lustrosa y muy lucida; pues dice san Pablo, que está grabado en nosotros el sello del Espíritu, porque tenemos la imágen del Padre en el Hijo, y el sello del Hijo en el Espíritu Santo. Sellados, pues, con tan alta Trinidad, pongamos todo cuidado en que esta divisa grabada en nuestros corazones no se reselle con malas costumbres. Pero, porque, si Dios no guarda el corazon, trabaja en vano el que lo guarda; debemos pedirle que lo conserve lucido, y que nos ilumine con su rostro. En nosotros estampaste, Señor, la imágen de tu hermosura, formándonos á tu imágen y semejanza, hicístenos moneda tuya; no permitas que quede tu imágen deslucida. Envia, Señor, un rayo de tu sabiduría, que desterrando las tinieblas de nuestra ignorancia conserve en nosotros lustrosa la imágen de tu hermosura.

Considera lo quinto, la práctica y el fruto de este ejercicio. La práctica consiste en la continua memoria de la presencia de Dios, que habita en tu pecho, como en templo vivo, pues como decia san Pablo: Santo es el templo de Dios, y vosotros sois ese templo. San Basilio encarga este ejercicio, diciendo: Tengamos siempre presente á Dios, trayéndole estampado en nuestra memoria, como sello que nunca puede borrarse. Y otra vez: Esta mansion consiste

en que abracemos con una perpétua memoria al Dios que mora en nuestros pechos: por cuyo medio serémos templo suyo, si no se interrumpe el tenor de la memoria con cuidados de la tierra, ni se anubla el entendimiento con las turbulencias del mundo; mas huyendo de ellas el hombre en quien vive el fuego de la caridad, se retira de todo, y se acoge á Dios. Esta práctica y ejercicio puede verse en otros autores que lo tratan con mas extension.

Los frutos que de él nacen son muchos. El primero, el gozo interior que rebosan aquellos que imprimen altamente la memoria de Dios en sus corazones. De lo cual es buen testigo David, que decia á Dios: Con sola tu memoria se bañaba en gozo mi alma. Judas Macabeo, y todo su ejército, peleaban con las manos, pero tenian fijados en Dios los ojos, y de esta manera postraron treinta mil enemigos, y triunfaron con la presencia de Dios de todos ellos. Escudados con esta memoria vivian aquellos hombres alegres y gozosos á vista de tan formidable chusma, porque como san Bernardo cantaba:

De Jesús la memoria
¡Qué inefable alegría
Da al corazon! ¡qué gloria!
¡Qué dulce melodía
Es su amable presencia!
No en sonora cadencia
Cosa suave se canta
Como el nombre divino
De Jesús. Adelanta
Para el corazon fino
Todo deleite el nombre
De mi dulce Jesús, que es Dios y hombre.

Es el dulcísimo nombre de Jesús, como cantaba el mismo Santo,

De los Ángeles gloria,
Suave acento al oido,
Y mas dulce al sentido
Que la miel; su memoria
En sabrosa dulzura
Néctar da al corazon que la procura.

Ejemplos conducentes á este asunto.

Parecióme oportuno ilustrar esta leccion con algunos ejemplos, con que la divina bondad ha manifestado, por raro modo, lo mucho que se complace en morar en el corazon por medio de su piadosa memoria. El primero refiere el angélico doctor santo Tomás por estas palabras: Tan extremado era el amor que tenia san Ignacio mártir al nombre soberano de Jesús, que respondió al emperador Trajano, cuando le mandó abjurar del nombre de Cristo: Imposible será que yo lo deje de la boca. Y amenazándole que le cortaria la cabeza, para que no pudiese pronunciarlo, le respondió el Mártir animoso: Aunque puedas quitarlo de mi boca, nunca podrás borrarlo de mi corazon. En él tengo este dulcísimo nombre esculpido; y así no puedo dejar de invocarlo. Oyendo estas razones el tirano, quiso hacer prueba de lo que el Santo decia; y despues de cortarle la cabeza, mandó que le sacasen el corazon, y rasgándolo por medio, halló que en él estaba grabado el nombre de Jesús con letras de oro. Habia puesto sobre él este dulcísimo nombre como sello.

Otro semejante caso cuenta Fr. Luis de Granada de la V. Margarita del Castillo. Tenia continuamente esta venerable mujer ocupada su memoria en la contemplacion del soberano misterio del nacimiento de Cristo, de cuyo ejercicio sacaba inefable gozo. Sucedió pues, que habiendo de embalsamar su cuerpo, al cortar el corazon, por aquella parte que pendia, salió milagrosamente y con admiracion de los circunstantes una perla portentosa por su grandeza y hermosura. En ella estaba grabado, como en lámina de oro, aquel soberano misterio, representando á la Vírgen arrodillada ante el pesebre, donde estaba reclinado su precioso Hijo. Aun hoy se venera esta perla maravillosa en el sagrario de un convento de santo Domingo, cuya Órden tercera habia profesado. Otro suceso refiere Tomás Bozio, asegurando que él vió el cuerpo de santa Clara de Montefalco, y su corazon, en que estaba milagrosamente efigiado un Crucifijo, y que se veian formados de la misma carne los ramales con que fue azotado, la coluna y todos los demás instrumentos de su pasion.

Cantimprato refiere otro caso prodigioso, por estas palabras: De un mártir de nuestro tiempo he oido, por verídica relacion, lo que diré. Estaba cautivo en servicio de un pagano que lo trataba con gran benignidad; pero reparó el amo, que siempre andaba el mártir melancólico. Preguntóle un dia cuál era la causa de sus desconsuelos, y de no divertirse y alegrarse con los demás esclavos. Harto me huelgo con ellos, dijo el Santo, pero no puedo disimular mi pena, acordándome de la muerte de mi Dios, cuyas

preciosas llagas tengo estampadas en mi corazon. Enfurecido con estas razones el amo, dijo: Yo sabré si es verdad lo que acabas de decir. Hizo llamar un verdugo, y le mandó que abriendo el pecho del mártir, le arrancase el corazon, y lo rajase por medio. Ejecutólo así el verdugo, dejando suspenso con la maravilla al tirano; pues vió que en una haz del corazon del mártir estaba la imágen de un Crucifijo; y en vista de este portento se hizo cristiano, y recibió con el resto de su familia la saludable agua del Bautismo.

Reveló Dios á una persona devota el gran amor que profesaba á santa Gertrudis, de la Órden de san Benito, y entre otras cosas la dijo: En ninguna parte, ni mas decente, ni mas de mi gusto me podrás buscar, que en el Sacramento del altar, ó en el corazon de mi querida Gertrudis. Otro tanto se cuenta de su hermana santa Metilde, la cual vió que Cristo se paseaba dentro de su corazon, recreándose en él como en una viña muy frondosa, como puede verse en la vida de esta Santa.

Llagadura del corazon.

Mille COR hoc validis, mea lux, transfige sagittis,
Pharmaca sunt, tua, quæ vulnera dextra facit.

Traspasen mi corazon
Tus saetas, luz querida,
Pues tus flechas de la herida
Dulce medicina son.

LECCION XIV.

Llagadura del corazon.

Tetendit arcum suum: posuit me quasi signum ad sagittam.
Entesó su arco, me puso como blanco á la saeta. (*Thren.* III, 12).

Aquel insigne galan, el mas bello de los hombres, cuya hermosura desean mirar los Ángeles, tiene gran contento de conquistar el reino de nuestros corazones; pues no desea mas que sujetarnos al dominio de su amor, identificarse con nosotros, y ser en realidad nuestro Manuel. Pero ¿qué armas tiene para la conquista? las que señaló David cuando dijo de él: Por tu hermosura y belleza será feliz tu empresa y lograrás la corona. Como si dijera: La bizarría y la belleza son las armas con que el rey pacífico triunfa, cuando se deja ver con manto real, ó cuando en su triunfal carroza es aclamado por rey. Es imágen del Dios invisible, primogénito de las criaturas, y mayorazgo de todas; porque quiso su Padre juntar en solo él los primores de todas ellas. Con razon, pues, le llamaba Sulamite dos veces hermoso. *Hermoso eres*, decia, *y bello, querido mio*. Divina es aquella hermosura que rinde y avasalla nuestros corazones, para reinar en ellos con todo lleno de deleites.

Bellamente lo declara san Basilio por estas palabras: Como hay precepto de que amemos á Dios, desde el principio de nuestro conocimiento, y al rayar en nosotros la luz de la razon, sentimos una fuerza ó impulso natural que nos empeña á amarlo; porque naturalmente apetecemos lo hermoso. ¿Qué cosa hay, pregunto, mas admirable que la hermosura de Dios? ¿qué nocion puede excogitarse mas graciosa ó mas bella? ¿qué deseo ó qué amor puede imaginarse tan impulsivo, tan imperioso y vehemente, como el que se le infunde sobrenaturalmente al alma depurada de heces de culpa? pues pudiera decir sencilla y verdaderamente, desfallecida estoy de amor, y herida de caridad. No pueden explicarse dignamente los relámpagos que entrebrillan y se vibran de aquella fuente fulgentísima de la divina hermosura. De esta belleza salen, como de una aljaba, aquellas flechas de que dijo David: Vuelen tus agudas flechas á los pechos de los enemigos del rey. Con arco y corona salió nuestro rey á conquistar y vencer pueblos; y los venció con sus dardos, y los clavó en los pechos de sus enemigos. Penetrólos con flechas de amor, y convirtió en amigos los que halló contrarios. Estas son las heridas de un amante, que en sentir de Salomon son mas sabrosas que besos del que aborrece.

Considera lo segundo, que sagitario y saeta son una misma cosa. La saeta es amor, y Dios, que es el sagitario, caridad. El que ama á Dios, tiene el pecho herido de esta flecha, con la cual va el mismo que la arroja, y ambos quedan clavados en el alma;

pues segun dice san Juan, el que tiene caridad, mora en Dios, y Dios en él. Niseno explica este misterio en una elegante oracion. El flechero es el amor; y sabemos por las divinas Letras, que Dios es caridad, y que dispara á los que ha de salvar, el dardo electo, el Dios unigénito, untando las puntas con espíritu de vida, para hacer una cosa misma del flechado, del flechero y de la flecha. El alma que por esos divinos grados es elevada á tanta cumbre, contempla en sí la dulzura de la dileccion, como flecha de que se halla herida. ¡Oh herida hermosa! oh dulce llaga! por la cual penetra á lo interior la vida, franqueando la puerta por la misma cisura. ¡Qué cosa tan bella es, dice Orígenes, y qué gustosa, recibir una herida de amor! Unos sienten un dardo de amor carnal, otros se ven heridos del amor mundano; mas tú descubre el pecho al dardo hermoso, porque Dios es el flechero. Oye lo que la Escritura dice de esta flecha; y porque mas te admires, oye lo que la flecha dice de sí misma: Escogióme Dios para saeta suya, y me reservó en su aljaba, diciéndome: Gran gloria es para tí ser blanco de mi eleccion. Entiende tú lo que de sí dice la saeta, y como es de Dios escogida. ¡Qué dicha tan rara ser herido de esta flecha!

Considera lo tercero, cuán necesario es que seamos heridos de este dardo saludable, porque llevando á Jesús, que es el flechero, lleva la verdadera salud consigo. Esta herida, decia san Agustin, arrebata el hombre á la verdadera salud; y el que no recibiere semejante herida, nunca podrá arribar á la salud verdadera. Con mas extension lo explicó san Gre-

gorio diciendo: No están sanos nuestros corazones, si no se hallan heridos de caridad, si no sienten lo penoso de su peregrinacion, si no dan muestras de su afecto compasivo, á vista de la necesidad del prójimo. Son heridos, para que sanen: porque hiere Dios las almas insensibles con las puntas de su amor, y con el ardor de la caridad las hace sentir; y así decia la Esposa: De amor estoy herida. Malsana el alma, y postrada con loca seguridad en este destierro, ni veia á Dios, ni hacia diligencia para mirarlo. Mas herida de la saeta de amor, sintió piadosos afectos en su íntimo, ardiendo en ansias de verlo; por cuyo modo admirable restauró su vida con la llaga, la que en su entera salud yacia muerta. Hiere pues, divino flechero, lo íntimo de mi corazon con tus agudas y saludables puntas, para que llegue á enfermar de las ansias y deseos de tu amor.

Considera lo cuarto, los efectos de esta saludable flechadura. Así como se evacua con la sangre la vida, cuando es penetrado el corazon de una flecha; así se evacua tambien nuestro amor propio, cuando las flechas del amor divino penetran el pecho. Este efecto ponderaba la Esposa diciendo: De amor estoy desmayada. Como si dijera: Aquella flecha escogida, con que me ha herido mi Esposo, es de vivo fuego, que induce ardor y desmayo; pero desmayo saludable, desmayo vital, con que el alma muere para sí, y vive para Dios. Consiste este desmayo, como notó el abad Guillelmo, en que el hombre desfallece para sí. Cuanto mas aprovecha en amor de Dios, cuanto mas se acerca á él; tanto desmaya en el amor pro-

pio, tanto se aleja de sí mismo: cuanto en Dios es mas robusto, tanto mas débil está en sí mismo; y cuanto mas ama á Dios, tanto menos se ama á sí. Notando san Gregorio otros efectos, dice: Semejante alma no recibe consuelo de esta vida; solo suspira, se enardece, anhela y se acongoja por aquello que ama; desprecia la salud corporal, porque está herida de amor. La salud del corazon no es segura, si no siente dolores de esta herida; mas si comienza á suspirar en deseos celestiales, y á sentir la llaga, recobra mas robustez el alma que enfermaba de salud.

Considera lo quinto, que estos efectos se ven en los santos, cuyos pechos penetra el divino amor, pues como decia san Basilio: Siempre que Dios manifiesta su hermosura á algun amigo suyo, deja clavado en su alma el arpon de su deseo: por cuya causa muchos concebian tédio de esta vida, y prorumpian en aquellos ardientes ayes: ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! ¡Cuándo lograré la dicha de verme en la presencia de mi Dios! Quisiera morir á este mundo, para vivir eternamente con Cristo. ¡Qué sed tan insaciable tengo de ver á mi Dios! Saca, Señor, á este esclavo tuyo de las prisiones del cuerpo. Tanto horror tenian á esta vida, como á una cárcel tenebrosa, siéndoles muy difícil poderse contener, los que se sentian tocados del divino amor.

Ves ahí las flechas agudas del poderoso. Con ellas, dice san Jerónimo, estaba herido Cleofás, cuando dijo en el camino á su compañero: ¿No sentíamos un volcan dentro de nuestro corazon? En otro lugar se lee:

Los afligidos son como flechas en manos de hombres robustos. Con estas flechas fue herido y conquistado el mundo todo. Herida de estas flechas la pecadora, fué presurosa á casa del fariseo á pedir al Señor remision de sus pecados. Sus acciones declaraban la inquietud interior que tenia; pues como canta la Iglesia,

Corre en amor ansiosa
A ungir los piés sagrados:
Con su llanto amorosa
Los lava; y los dorados
Cabellos son toalla,
Que mas pronta á servirle su amor halla.

No fue vana su esperanza; pues se restituyó á su casa sana, habiendo salido enferma. Tambien estaba tocado del fuego de estas saetas san Agustin, cuando decia: Saludablemente enloquecia yo, y moria vitalmente, sabiendo lo malo que era, é ignorando lo que habia de ser por la gracia. Bramaba en el espíritu, y me indignaba contra mí con gran turbacion, viendo que no daba paso, Dios mio, hácia tu voluntad, aunque todos mis huesos me decian á dónde debia ir. Habias tú herido mi corazon con las flechas de tu caridad, y estaba preso del arpon de tus inspiraciones, y de los ejemplos de los santos, á quienes de oscuros habias vuelto lúcidos, y restituido á la vida estando muertos. Todo esto recogido en el seno de mi memoria, quemaba y consumia mi pesadez, y me estimulaba y encendia para que no me dejase caer en mayor profundidad. Lo que en esta materia sucedió á la gloriosa madre santa Teresa es un asombro. Vió que un Ángel, en traje de hermoso jó-

ven, á quien ella tuvo por Serafin, segun el resplandor que despedia su rostro, estaba á su lado izquierdo, y que la penetraba el pecho con un dardo de oro, que en lugar de punta tenia una vivísima llama; y al sacarlo, la pareció que la arrancaban las entrañas, y que se le abrasaba el corazon con el vehemente ardor de la divina caridad.

Mucho antes habia conseguido santa Gertrudis este beneficio singular de su Esposo. Habia pedido á una persona, que dijese todos los dias delante de un Crucifijo estas palabras: Ruégote, amantísimo Señor, por tu traspasado pecho, que traspases el corazon de tu esclava con las flechas de tu amor, y de tal manera lo penetres, que no pueda retener cosa terrena, y sea contenido de sola la eficacia de tu divinidad. En estos ruegos confiaba conseguir lo que sucedió despues. Un domingo sintió que su corazon se habia acercado al de Cristo; y conoció este maravilloso efecto, así por la abundancia de gracia interior, como por las señales que vió en la imágen del Crucifijo. Parecíale que de la llaga del costado salia un rayo como de sol, agudo como flecha, con el cual robó á la Santa todo su afecto blanda y amorosamente; pero no estaba cumplidamente satisfecho su deseo fervoroso, hasta que vió que el mismo Cristo repentinamente la penetró el corazon con una flecha, diciendo: Aquí concurrirá el tumor de todas sus aficiones.

En otra ocasion, predicando un religioso en la capilla, dijo entre otras cosas: Es el amor divino flecha de oro. Si el hombre hiere con ella algun objeto,

de algun modo lo hace suyo: luego es necio el que emplea su amor en estas cosas caducas, despreciando las eternas. Enardeciéndose la Santa con estas palabras, dijo al Señor: Si yo tuviera esa flecha, al punto te la tiraria á tí, amado dueño, para hacerte siempre mio. Al decir esto, vió al Señor con una flecha en la mano, y que vuelto á ella la dijo: Si tú tuvieras la flecha de oro, propones que la emplearias en mi pecho: pues yo que la tengo, he de herir el tuyo de tal manera, que nunca mas recobres la salud antigua. Parecióle tambien que la flecha tenia tres vueltas ó tornos, al principio, al medio y al fin; por lo cual entendia tres efectos que en el alma hace el amor. La primera la llaga de tal modo, que como si padeciera desmayo, todo cuanto hay en el mundo le parece totalmente insípido; de suerte, que en ninguna cosa de él puede hallar gusto ni consuelo. La segunda hace, penetrando el alma, que (como un calenturiento que por el sumo calor pide con impaciencia el remedio) esté desasosegada, é impaciente sobremanera por unirse á Dios, pareciéndole que no estando en él, le es imposible respirar. La tercera eleva el alma á tanta altura, que no se puede decir con otra similitud, sino que como separándola del cuerpo, la engurgita de copiosos néctares de la Divinidad. La misma gracia logró su hermana santa Metilde, la cual vió que desde una cruz se le disparó una flecha de oro que la penetró amorosamente el pecho; y al tiempo de dispararla, oyó al Esposo de su alma que la dijo: Querida mia, toda la sustancia de este mundo no basta á dar gusto á

una sola alma, cuya mayor gloria y salud consiste en padecer penas y trabajos por mí.

¿Quién me dará, Dios mio, que yo sea saludablemente herido con estas saetas? Hiere, Señor, lo íntimo del hombre interno con la flecha de tu amor; penetra y abrasa con tus saludables saetas los tuétanos de mi corazon, y consume con tu amor activo lo íntimo de alma y cuerpo. Ponme por blanco de tus flechas. Golpea con la piadosa y valiente punta del dardo de tu caridad la durísima piedra de mi corazon, penetrándolo profundamente con tu poderosa virtud, para que yo llore y desfallezca con el deseo y amor de tu hermosura, la que espero me muestres cuando se manifieste tu gloria.

LECCION XV.

Incendio del corazon.

Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.
Se acaloró mi corazon dentro de mi, y en mi meditacion se inflamará fuego.
(*Psalm.* XXXVIII, 4).

Considera lo primero, que el divino amante de nuestras almas es fuego voraz, insaciable, que devora los pecados, consume la vida antigua, y renueva todo el hombre. Desea corazones ardientes, amantes, fogosos, para unirse é internarse en ellos. No es posible haya union, si las cosas no tienen similitud. Como estuviesen, pues, tan frios y tan helados los corazones, y por eso tan distantes de Dios, vino el Unigénito del Padre á prepararlos, para que pudiesen ser unidos á su autor. Afirmólo el mismo Cristo diciendo: Yo vine á la tierra á encender fuego, y solo deseo verlo encendido. Esta tierra es el corazon humano. Como la tierra, ínfimo y frio elemento, está conglobado en medio del mundo, así está el corazon colocado en medio del cuerpo con natural propension y resabios de lodo.

Los corazones terrenos, dice san Gregorio, se llaman tierra; porque como siempre se llenan de cuidados terrenos, los pisan como á tierra los espíritus

Incendio del corazon.

Perge, Amor, et succende mei penetralia CORDIS;
Vivat ut in patrio, ceu Salamandra, rogo.

En mi pecho vacilante
Excita incendios amor,
Para que yo en tal ardor
Salamandra viva amante.

malignos. Pero pone Dios en esta tierra su fuego, cuando enciende los corazones carnales á soplos de su espíritu. Arde la tierra, cuando el corazon carnal, que con sus pasiones estaba helado, deja las cosas del mundo, y se enciende en amor divino. De este fuego dijo insignemente san Ambrosio: Esparció Dios en el Nuevo Testamento un fuego que inflamase los afectos de nuestras almas con el ardor de su conocimiento, exhalase vapor de devocion y fe, y avivase deseos de virtud. Recalentado el profeta Jeremías de este fuego decia: En mis huesos sentia yo un ardor que me abrasaba. Con este fuego hervian en devocion y fe Cleofás y su compañero, que habian caminado con Cristo desde Jerusalen á Emaús, cuando decian: ¿No estaban nuestros corazones dando llamaradas, cuando nos interpretaba las Escrituras? ¿Quieres tú tambien ser encendido de este fuego? pues invoca aquel que solo puede darlo, y díle postrado con la Iglesia: Ven ya, divino Espíritu, ven á ocupar los corazones de tus fieles, y enciéndelos con el fuego de tu amor.

Considera lo segundo, que en la ley antigua no era lícito al sumo sacerdote entrar en el *sancta sanctorum*, sin que primero ofreciese suaves perfumes á Dios, poniendo en el incensario ascuas del altar. ¿Qué significa esto, sino que nuestros corazones, como incensarios de oro, deben estar siempre preparados con fuego de Espíritu Santo, para que con ellos ofrezcamos á Dios suaves vapores de virtudes y pebetes de oraciones, extendiendo nuestros deseos al logro de los bienes prometidos? La gravedad del pecado que se comete en proveer el incensario de nuestro

corazon de otro fuego, se colige del horrendo castigo que Dios tomó de Nadab y Abiú hijos de Aaron; pues habiendo proveido de fuego profano los incensarios con que habian de ofrecer á Dios el sacrificio, bajó del cielo un fuego tan voraz, que en un momento los alampó.

Este fuego profano opuesto á la caridad, que es fuego divino, es cualquier deseo desordenado. Es la caridad fuego celestial que infunde Dios en las almas; pero el fuego profano, opuesto á este, es aquel que enciende el alma en ira, avaricia, lujuria ú otro cualquiera vicio, como dice Radulfo; y este es el que enciende en los hombres la carne y el demonio. Tambien el demonio, que intenta remedar las obras de Dios, tiene su fuego como dijo san Bernardo, fuego de concupiscencia carnal, fuego de envidia, fuego de ambicion; pero no vino el Salvador á encender en nosotros estos fuegos, sino á apagarlos y consumirlos. Y así si alguno intentare ofrecer á Dios en sacrificio este fuego profano, morirá sin duda por su maldad, aunque sea hijo de un Aaron.

No permita nuestro benignísimo Dios que este fuego se cebe en nuestros pechos; antes bien se digne de encender en ellos el fuego de su amor. Dulce Cristo, Jesús bueno, amor mio, mi Dios amado, haz que todo yo arda en tu fuego, en tu amor, en tu belleza, en tu suavidad y dulzura, en tu gozo y alegría, para que embriagado de la ambrosía de tu amor y encendido en llamas de tu caridad, te ame á tí solo, Dios mio, con todo mi corazon, con todas las fuerzas de mi alma, trayéndote siempre á la vista en todo

lugar, en el corazon y en la boca; y viva tan poseido de tí, que no quede en mi pecho lugar alguno á otro amor adulterino.

Considera lo tercero, que mandó Dios en la misma ley, que ardiese perpétuamente fuego en su altar, y que lo cebase el sacerdote cada dia, poniendo nueva leña por la mañana. Este precepto explica san Gregorio con grande propiedad á nuestro asunto. El altar, dice, es nuestro corazon, en el cual debe haber fuego perene, porque es necesario que la llama de la caridad arda perpétuamente hácia Dios. El sacerdote que ha de cebar este fuego, es cualquiera cristiano, quien debe conservar y avivar la llama del amor con ejemplos de santos Padres, y con la materia que prescriben las divinas leyes. Debe hacerse esto por la mañana, que es la primera parte del dia. Dejando, pues, á un lado todos los cuidados de esta vida, debe pensar el cristiano ante todo y con el mayor esfuerzo, cómo ha de avivar el estudio del amor divino. De este fuego dijo el Señor: Sea perpétuo este fuego, y nunca falte del altar. No debe faltar en nuestros pechos fuego de amor, el cual si nosotros no lo apagamos, durará por toda la eternidad; pues aun cuando se cumplan todas las profecías, cuando cese el don de lenguas, y las ciencias tengan fin, nunca lo tendrá la caridad. Guárdate, alma, de apagar este perpétuo fuego, porque no te condenen al oscuro calabozo.

Esta llama, decia san Gregorio, se apaga luego en nuestros corazones, si no se ceba con ejemplos de la Escritura, y doctrinas de Padres. Emprende, pues,

alma mia, este ministerio sacerdotal, y pon el mayor cuidado en cebar este fuego todos los dias por la mañana, destinando algun rato para este empleo, aplicando, ya algunas rajas del madero de la cruz y de los instrumentos de la pasion del Señor, ya los beneficios recibidos, para que con esta materia se conserve y se avive la llama. Cualquiera varon perfecto debe poner gran cuidado en que luzca la llama de una caridad fervorosa toda la noche de esta triste vida, para que al rayar el aurora de la eterna tenga mucho resplandor en la divina presencia. Enciende, pues, Señor, el corazon mio, y abrasa mi alma con aquel divino fuego que esparciste en la tierra, deseoso de que se aumentase su llama; para que bañado en copiosas y ardientes lágrimas, te ofrezca yo todos los dias, en holocausto de tu gusto, mi corazon contrito y mi espíritu humillado. Dulce Cristo, Jesús bueno, ocupa eternamente mi corazon con el perene fuego de tu amor y con el perpétuo recuerdo de tu beldad; para que, como llama voracísima, me abrase todo en tu amor y dulzura, haciendo que en mí se cebe tanto, que ni todo un mar baste á apagar el incendio.

Considera lo cuarto, las propiedades del fuego material, de que puedes colegir si hay fuego divino en el incensario y altar de tu corazon. San Dionisio Areopagita refiere muchas, de las cuales propondrémos algunas. Lo primero, que siendo muy lúcido, si no le aplican materia en que manifieste la actividad de su oficio, se queda en sí mismo desconocido y oculto. Tampoco muestra el fuego del amor divino el res-

plandor de su llama, sino en el alma bien dispuesta. No se deja ver sino en el hombre que profesa vida inculpable, para que en vista de ella alaben los hombres al eterno Padre, y glorifiquen al autor de fuego tan excelente. Lo segundo, todo lo rinde, y comunica su oficio á la materia en que prende. Tambien el amor divino enciende los corazones, y los hace ardientes y flamantes. Contempla el hierro. ¿Qué cosa mas dura? mas si el fuego prende en él, no solamente se ablanda, pero tambien arde y quema. Lo mismo puede hacer la caridad en un frio y duro corazon. Lo tercero, el fuego y el amor comunican su consorcio á los que se les acercan,

Porque si amor se acalora,
Prorumpe en llamas; y luego
Al prójimo pega fuego.

Mas no por eso se menoscaba su ardor, ni tiene mengua su luz.

Lo cuarto, todo lo renueva el fuego con su calor vital, y todo lo ilumina desplegando su resplandor; pero no permite ser asido, ni mezclado. El amor divino renueva el corazon, alumbra el entendimiento, y no se mezcla con afectos de mundo. Lo quinto, aspira siempre á subir, y no hay poder para hacerlo bajar. Los que están tocados del fuego del amor divino solo aspiran al cielo, solo les sabe lo de arriba, solo buscan lo de la gloria; y aunque corporalmente están en la tierra, habitan con el deseo en la patria. Lo sexto, ostenta su majestad y poder en la materia que ocupa: es muy eficaz y poderoso; y está presente sin ser visto. ¡Qué bien viene todo esto á la

caridad! es sufrida y benigna; no envidiosa, no hace mal, no es hinchada, ambiciosa ni interesada, ni se irrita, ni piensa mal, y con sus operaciones manifiesta lo que en los prójimos obra. Lo séptimo, si se descuida del fuego, parece que se amortigua; pero á poco que se mueva, parece que se irrita prorumpiendo en viva llama. ¿Qué es esto sino que, si con meditacion continua y vivos deseos no refregamos y movemos los divinos beneficios y los misterios de nuestra fe, que son pasto de este fuego, está en nosotros como amortiguado?

Ó Dios mio, fuego que siempre ardes y nunca mueres, enciéndeme. Ó luz, que siempre luces y nunca te oscureces, alúmbrame. ¡Oh si ardiera yo de tí! ¡Oh fuego divino! qué dulcemente ardes! qué secretamente luces! qué ansiosamente enciendes! Infelices los que no arden en tu amor! desventurados los que no se iluminan con su luz.

Desvelo del corazon.

Te vigil exquirit COR, dum sopor occupat artus,
Nec sine te noctu, nec potis esse die.

Si el cuerpo se rinde al sueño,
En ti vela el alma mia;
Porque ni noche ni dia
Puedo vivir sin mi dueño.

LECCION XVII.

Desvelo del corazon.

Ego dormio, et cor meum vigilat.
Yo duermo, y mi corazon vela.
(*Cant.* v, 2).

Considera, alma fiel, lo que obra el amor divino en los corazones en que hace asiento. Hace que, aun cuando están dormidos, suelta la mente de las prisiones corpóreas, y libre el ánimo, estudie los cuidados anteriores; pues como dijo san Juan Crisóstomo, suele el alma soñando revolver en la fantasía lo mismo que meditaba despierta. Buen testigo es de esto la amada Esposa, que decia en el sacro cántico: Yo duermo y vela mi corazon; que segun interpreta Justo, obispo de Urgel, quiere decir: Entregados de algun modo al sueño mis sentidos, estoy dormida para gustos terrenos, porque solo deseo los futuros; y así, aunque duermo estoy velando. De varios modos exponen los Padres este sueño de la Esposa, y desvelo de su alma, y todos conducen á enseñanza nuestra. Por tanto

Considera lo primero, que aquí se entiende aquella dormicion con que el justo está dormido á vicios y deseos carnales, y despierto á las virtudes. El sueño de los santos, dice san Ambrosio, es dia feriado de

todo gusto corpóreo, de toda turbacion de ánimo, causando en la mente tal tranquilidad y gusto, que como si el alma estuviera desprendida del cuerpo, se eleva sobre sí, á unirse á Dios. En otro lugar exhorta así el mismo Santo: Procura estar despierto y prevenido, cuando venga el Esposo. Duerma tu carne, pero vele la fe; duerman los deleites corporales, pero vele el corazon. Huelan tus miembros á la cruz de Cristo, y despidan olor de su sepulcro; para que el sueño no les infunda calor, ni excite movimiento sensual. Tal es el alma que se manifiesta á Cristo, á quien no despiertan vapores del cuerpo.

Considera lo segundo, que san Agustin entiende el sueño de la Esposa por la suspension de obras externas, aunque sean buenas y lícitas, de las cuales se debe abstener, para vacar á la interior sabiduría, y lo explica de esta manera: Mas seguro es oir la verdad que predicarla; apenas se hallará hombre á quien alguna jactancia no lisonjee; y si la admite, es preciso que se manche. Y despues, complácese la santa Iglesia en aquellos que saben oir con humildad y provecho, pasando una vida sosegada en este dulce y saludable estudio, diciendo: Yo duermo, y vela mi corazon; esto es, duermo, pero escucho. No es mi ocio efecto de pereza, sino estudio de sabiduría. Duermo yo, y mi corazon vela. Ociosa estoy contemplando que tú eres mi dueño; porque estudio sabiduría en tiempo de ocio, la cual consigue el mas desocupado. Yo estoy dormida, y mi corazon vela; y estoy abstraida de negocios; pero el ánimo se ocupa en divinos afectos.

Considera lo tercero, lo parecida que es á esta exposicion de san Agustin la que entiende el sueño por la abstraccion de las obras exteriores de Marta, y por el desvelo, el estudio de la oracion que es la mejor parte de María; en cuyo sentido dijo san Pedro: Velad en oraciones. Y aun el Señor dijo á este y los demás discípulos que se echaron á dormir en el huerto: ¿No habeis podido velar conmigo una hora? velad y orad, porque no entreis en tentacion; insinuándonos con claridad que encargó á los Apóstoles la vigilia, la cual se hace no solo con los ojos del cuerpo, sino con los del ánimo. Por eso decia san Cipriano, que el distraerse en la oracion con ineptos y vanos pensamientos, es dormir con el corazon y velar con los ojos; siendo así que debe cualquiera cristiano tener el corazon despierto, cuando el cuerpo está dormido. En cuya inteligencia se dijo en el cántico en nombre de la Iglesia: Yo duermo, mas vela el corazon. Por lo mismo nos advierte el Apóstol solícita y cautamente que perseveremos en la oracion y velemos en ella, para enseñarnos que cualquiera alcanzará de Dios lo que pide, si su Majestad lo viere vigilante. Y así, cuando te recojas á orar, entra en tu retiro diciendo á tu cuerpo y sentidos, y á todos tus pensamientos y cuidados: Quedaos fuera, y esperadme aquí hasta que vuelva de orar y velar;

Porque la atenta oracion
Quita el sueño al corazon.

Demás que la meditacion que se hace teniendo presente á Dios, impide el sueño á los ojos del espíritu, y sacude la soñolencia de las pestañas del ánimo;

pues como dijo san Juan Clímaco: El alma que continuamente medita la palabra divina, aun durmiendo suele estudiar en ella. Sea el sueño, exhorta san Basilio, estudio de ejercicios de piedad; pues las imaginaciones que cruzan en la fantasía entre sueños, son como ecos de un blando susurro ó suave sonido de los cuidados que tenias despierto. Mientras durare nuestra vida es preciso que las especies que nos ocurren cuando dormimos, tengan visos de los ejercicios que en la vigilia tenemos. De este modo ha de ser continua y perpétua tu oracion. Así era el sueño de la sacratísima Vírgen madre de Dios, María, de quien dice san Ambrosio: No dormia por apetito, sino por necesidad. Cuando dormia el cuerpo, velaba el ánimo, ó repitiendo entre sueños lo que habia leido, ó continuando lo que habia interrumpido el sueño, ó tratando lo ya dispuesto, ó disponiendo lo que debia ser ejecutado.

Considera lo cuarto, que en sentir de los santos Padres, la mas sublime vigilia se hace por contemplacion, estando dormidos los sentidos del cuerpo. San Gregorio papa dice: Cuando los varones perfectos dan de mano al siglo, cuando huyen los bullicios del mundo, cuando se entregan al ocio del espíritu, no lo hacen por holgar; antes trabajan interiormente por saber para qué los crió Dios. No duermen por ocio y pesadez; pero descuidan de cosas transitorias por emplearse mas libremente en las eternas. San Gregorio Niseno explicó bellamente este sueño y vigilia de la contemplacion.

Es el sueño, dice, imágen de la muerte. Con él

están como muertos los sentidos corporales, y se relaja toda la intension del cuerpo, introduciéndose en el hombre un como olvido de todo, cesando el miedo, mitigándose la ira y privándose de sentir toda molestia. De aquí se sabe, que aquella alma que se jactaba de que dormia con el cuerpo y velaba con el corazon, estaba elevada sobre sí. Porque es cierto que en aquel en quien la mente vive para sí, sin recibir molestia de algun sentido, está suspensa la naturaleza coprórea en un como sueño, y la vision se adormece con rara tranquilidad. Entonces los ojos mentales están despejados y libres: no se dejan llevar de materiales objetos, por tener puesta la mira en otros superiores á la esfera de los ojos. Entonces, como perdida la sensacion, yace el oido muerto, ocupada la mente en cosas sublimes que no alcanza el entendimiento humano.

No entran aquí en cuenta los sentidos que se acercan algo mas á la naturaleza de los brutos. Remuévense del ánimo como hedor pestífero, el olfato rastreando olores sagazmente, el gusto destinado á servir á la gula y despues de ellos el tacto, órgano ciego y servil con que tocamos, el que acaso formó naturaleza por los ciegos. Estando estos en un como letargo profundo, es pura la operacion de la mente; y mira hácia arriba la razon, sin que ningun movimiento la cause inquietud. Por esto, siempre que el alma se deleita en sola la contemplacion del verdadero bien, está dormida á todo gusto sensual: y adormecidos todos los movimientos corpóreos, percibe con la mente pura y clara, como en una divina vi-

gilia, lo que Dios la manifiesta. Hasta aquí Niseno.

San Ambrosio, confirmando estas últimas palabras que tratan de la revelacion de arcanos, dice: Segun eso, el patriarca Jacob, aun durmiendo veia los misterios que no veia velando; pues vió lleno de resplandores el aire, que subian y bajaban Ángeles, y que el Señor con afable aspecto le prometia toda la tierra que miraba en su circúito. De esta suerte consiguió en un brevísimo sueño todo lo que despues ganó con gran trabajo. ¡Feliz por cierto el alma que duerme y descansa con tranquilidad tan pacífica, á quien la oscuridad de la noche es luz deliciosa! ¡Qué bien podrá decir con el santo Job: Consolaréme en mi lecho, y me aliviaré hablando conmigo! ¡Feliz la Esposa, que entregada al ocio santo, solo cuida de contemplar la suavidad de Dios! cuyo sueño es tan del gusto del Esposo, que él mismo impide que se le interrumpa diciendo: Cuidado, hijas de Jerusalen, no interrumpais el sueño de mi amada; no la desperteis hasta que ella quiera. ¡Oh si pudiera yo dormir tan dulce sueño velando con el corazon, hasta que venga el Esposo! para que hallándome despierta, me introdujese en sus bodas, en compañía de las doncellas sábias. Concédeme, pues, Señor, norte de mis ansias,

Que, cuando la tenebrosa
Sombra de la oscura noche
Enlute de Febo hermoso
Los lúcidos resplandores,
No ofusquen mi fe las sombras;
Mas luzca en sus arreboles,
Y no duerma la razon
De la culpa en los horrores.

Temple la fe en refrigerio
Del sueño densos vapores ;
Y en tí sueñe el corazon,
Que todo pecado ignore.
No permitas que me asusten
Enemigas ilusiones,
Con que su autor envidioso
En mi perdicion se goce.

LECCION XVII.

Vuelo del corazon.

Quæ sursum sunt, quærite, quæ sursum sunt, sapite.
Buscad las cosas que son de arriba, pensad en las cosas de arriba.
(*Colos.* III, 1).

Mientras dura esta vida mortal, vivimos ausentes del Señor. Los desterrados hijos de Eva, errantes, ¡qué dolor! en este valle de lágrimas, andamos vagos, instables, muy remotos de la patria; pues no la hay en esta vida y la buscamos en la otra. ¿Cuál será esta sino aquella Jerusalen, nuestra madre, que está en el cielo? Á ella subió Cristo Jesús nuestro medianero, habiendo bajado de ella para enseñarnos el camino. Á donde subió la gloria de la cabeza, es convidado el cuerpo con la esperanza. Levantemos, pues, despejados los ojos del corazon á aquella cumbre donde reside Jesús. No abatan deseos de tierra nobles ánimos llamados á la gloria, ni falaces halagos retarden el progreso á los que ya han puesto el pié en el camino seguro. No discuerde del rostro el corazon, mirando con el rostro al cielo, y con el corazon á lo caduco. Ya que Dios nos dió rectitud en el cuerpo, no andemos con el corazon arrastrando.

Vuelo del corazon.

Quis mihi Chaonii geminas dabit alitis alas,
Pertæsum terræ queis COR ad astra volet.

¡Quién alas al corazon
Dará, con que vuele al cielo!
Porque enfadado del suelo
Allá aspira su aficion.

Aunque somos peregrinos en la tierra, levantemos la vista hácia la patria, como aquel que decia: Mi trato es solo en la gloria. Suba, pues, el corazon arriba, los pensamientos, el amor y la esperanza, para que no se corrompa. Por el trabajo que tuviste en arar, trillar y aventar, buscas lugar para tu trigo; ¿y no lo buscas para tu corazon? ¿no lo buscas para guardar tu dinero? pues haz lo que dice Cristo: Coloca el corazon donde tienes el tesoro. Levanta el corazon al cielo, porque no se pudra entre polvo. Consejo es este de quien desea salvarte y no perderte. Sigue, alma mia, este consejo; y estando en tierra, fija tu corazon en la gloria. ¿Quieres saber cómo? amando á Dios. Es el amor, decia san Gregorio, una máquina que cuanto aleja el corazon del mundo, tanto lo eleva hácia el cielo.

Considera tambien, que esta elevacion que se hace por amor, se insinúa en las calidades y figura del corazon. Su figura es piramidal inversa, cuyo orificio mira al cielo y con sola la punta toca al mundo. ¿Qué significa esto sino que miremos atentamente con el amor y deseo á la gloria, y con solo un punto indivisible toquemos en cosas de la tierra? El girasol es una planta que el vulgo llama solar porque siempre mira al sol, tan enamorada de este planeta, que se va moviendo en círculo, siguiendo el curso del astro; pero la raíz no circula, por estar fijada profundamente en tierra. Á este modo siguen muchos el curso del Sol de justicia, haciendo vana ostentacion de que le siguen, pero con solo el follaje exterior, pues tienen preso en la tierra el corazon que es la raíz. Y al con-

trario, los vapores crasos que por virtud del sol suben de la tierra, se van elevando en su busca, y condensándose en nubes vuelan apresurados á iluminar sus arreboles. Así hemos de sobreponer nuestro afecto á cosas del mundo, y volar con todo él hácia Cristo, imitando aquellos de quienes dijo Isaías: ¿Quiénes son estos que vuelan tan veloces como nubes?

Considera tambien, que es muy cálido el corazon á que se sigue la levedad, por lo cual apetece moverse hácia arriba; y de eso proviene ser mas espaciosa y robusta la parte superior, y que tenga mas elevado lugar. Esto nos enseña que el amor divino difundido en nuestros corazones los dilata para cosas celestiales; y como si les diera alas con que volar, los eleva á la gloria, y hasta el mismo Dios. El corazon que arde en amor divino toma su rumbo hácia el cielo; pero el que no ama, ni tiene gusto en las cosas de arriba, se deja caer al lodo y allí se queda atollado. Esto nace de estar frio y de que abundando la iniquidad se heló el amor; de lo cual se sigue, que se haga tan pesado, que su misma pesadez lo lleve á fondo. Harto deplorable es la vida del que vive así, porque tiene el corazon al revés; siendo por la parte superior muy estrecho, pues apenas toca en cosas del cielo con un punto, y para las terrenas es muy ancho. Luego obra contra el órden natural quien obra así, pues une y pega á la tierra un corazon generoso que solo fue criado para el cielo. ¡Oh! quién tuviera en el corazon alas tan veloces como de paloma, para llegar con rápidos vuelos á descansar en la patria! Volaria con ellas mi deseo á aquella ciudad centro de

paz y quietud: porque en esta vida no hay sosiego, sino trabajos, fatigas y congojas de espíritu.

Concédeme, pues, Dios mio, que con todo conato y estudio camine yo á donde creo con firme fe que subiste tú, y que viva con solo el cuerpo en la presente miseria, pero con el pensamiento siempre esté en tu compañía, para que mi corazon esté donde estás tú, tesoro mio deseable, inconmutable y muy amable. Tome, Señor, mi espíritu alas ligeras, para que infatigablemente vuele hasta llegar á la hermosura de tu casa, al alcázar de tu gloria. Descanse en tí, Dios mio, mi corazon. Dame alas de contemplacion para volar hácia tí; y porque lo que no está recto se desploma hácia bajo, ten de tu mano mi corazon, porque no caiga al profundo valle tenebroso, ni por interponerse sombras de la tierra se separe de tí, sol verdadero de justicia, ni algun vapor oscuro le impida mirar al cielo. Tome, pues, el rumbo hácia los gozos de la paz, hácia el serenísimo y deleitable país de la luz. Ten mi corazon de tu mano; pues sin tí no puedo subir al cielo. Voy á donde reina la paz suma, á donde brilla la tranquilidad perpétua. Ten, y guia mi espíritu segun tu voluntad, para que guiándome tú, arribe á aquella fertilísima region en que alimentas á Israel con el eterno pasto de la verdad.

LECCION XVIII.

Union de corazones.

Dabo eis cor unum.
Les daré un solo corazon. (*Ezech.* XI, 19).

Considera lo primero, que entre los insignes y admirables favores que hace á sus amigos el Esposo de nuestras almas, es el mayor juntarse y unirse por amor á ellas. El amor ata los corazones con un lazo apretadísimo. En sentir de san Agustin, es una liga que une ó desea unir dos cosas distintas, que son el amante y lo que se ama. Esto es lo que de san Pablo refiere san Dionisio. Tiene el amor virtud de unir; y no permite que el que ama, tenga en sí dominio, sino que pase al amado; y por eso decia aquel gran amador: Vivo yo; pero no soy yo el que vivo: Cristo es el que vive en mí.

Para explicar la Escritura la estrechez con que se unen dos almas, la compara al betun, que pega diversas cosas; y así, queriendo describir el amor que Siquem tuvo á Dina, dice que el alma de Siquem se pegó á ella. Del mismo Dios lo dijo Moisés: Dueño es tu Dios de cielo y tierra, y de todo lo criado; y no obstante su grandeza, se pegó á tus padres, y los amó, y eligió su posteridad. Al mismo modo se lee de aquellos dos finísimos amantes, que el alma de

Union de corazones.

Unanimes animæ, concordia vivite CORDA
Unum queis velle, et nolle dat unus amor.

Gozaos amantes: que amor
A vuestro distinto ser
Un querer y un no querer
Da con extraño primor.

Jonatás se pegó al alma de David, porque le amaba como á su alma Jonatás. En cuyas palabras significa la Escritura que aquellas dos almas se habian pegado entre sí como con fuerte betun.

Esta es la naturaleza del amor verdadero, como explica Hugo Victorino: La caridad, dice, ó amor verdadero no sufre medio entre amante y amado, que es Dios; tira con fuerte conato á unirse inmediatamente con él; y no sosiega hasta que pasando todo lo criado, llegue á Dios mismo. Y añade: El amor ó dileccion, siguiendo el ímpetu de su ardiente deseo, sin poder sosegar hasta llegar á su amado, se acerca á él, cuanto puede, ansioso de internarse en él, estar con él muy de cerca, y tener, si le fuese posible, el ser mismo que el amado tiene. No hay cosa mas veloz, mas aguda, mas sutil y mas penetrativa, que el amor. Está naturalmente inquieto hasta penetrar cuanto puede toda la virtud, toda la calidad y totalidad del objeto que ama. Qué alegre estaria aquella fina amante de nuestro Dios santa Teresa, viéndose atada á él con dulces cuerdas de amor, cuando cantaba así:

Esta divina union,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á mi Dios mi cautivo,
Y libre mi corazon;
Y causa en mi tal pasion
Ver á mi Dios prisionero,
Que muero porque no muero.

Considera lo segundo, que esta union consiste, segun sienten algunos, en que de dos almas se haga una. Y así decia san Agustin, que los amigos y los

amantes con las muestras de su recíproco amor que manifiestan con el rostro, labios, ojos y otros ademanes expresivos de su gozo, avivan y derriten sus ánimos, y hacen de distintos uno. Aquí tienen lugar las ficciones de Platon. Cuenta este autor, que encontró Vulcano dos estrechísimos amigos, y que con muestras de benevolencia les dijo que pidiesen lo que les diese placer en su oficina. Aprovechándose ellos de la ocasion, le pidieron que, pues era herrero de los dioses, á quien por su mucho poder, sabiduría y destreza nada era imposible, los derritiese en su fragua, y que de las dos almas hiciese una, para que así consiguiesen el fin deseado de su amor, que era, que de las dos almas y cuerpos resultase una entidad.

No pueden los amantes de hombres lograr este deseo; pero suele conceder este favor por un modo espiritual el Criador soberano. Muchas veces leemos que Cristo unió su corazon al de santa Metilde. Habiéndose recogido esta Santa á dar gracias, despues de la comunion, habló con el Señor muy despacio; y le pareció que derritiendo Cristo el corazon de esta Santa lo infundia en el suyo, de modo que de los dos resultaba uno, y la dijo: Siempre quise y deseé, querida mia, que los corazones humanos se unan á mí por ardientes ansias, de modo que nada apetezcan por su gusto, sino que regulen todos sus deseos por mi corazon, al modo que dos vientos contrarios soplando á un tiempo empujan un ambiente mismo.

En la gloriosa santa Gertrudis se admira como

realidad lo que fue fábula en la idea de Platon. Refiere el P. D. Luis de Blois, conocido por Blosio, que dijo el Señor á una persona: Yo soy todo suyo, y la tengo unida inseparablemente á mí por medio del amor, al modo que por medio del fuego se hace una masa de plata y oro. ¡Qué alma tan feliz la que de esta suerte se une á su amor! ¡Qué union tan dulce, en que el alma tiene preso estrechísimamente entre sus brazos á su Esposo sin quererle soltar, hasta verse en algun modo transformada en él! Explicó con bellísimos ejemplos esta transformacion de almas san Gregorio Nazianceno. Así como una gota de agua mezclada con cantidad de vino parece que pierde su ser, pues adquiere del vino el color y sabor; así como el hierro caldeado parece que perdiendo su naturaleza adquiere otra; y finalmente así como el aire ilustrado del sol se ve bañado en claridad, de tal suerte, que no parece iluminado con luz extraña, sino que es la luz misma; á este modo sucede al alma cuando está unida íntimamente con Dios; que disolviéndose con un inefable modo, y aniquilándose en ella todo afecto mundano, se transforma totalmente en la voluntad de su querido.

Considera lo tercero, que no solo une é incorpora el amor los corazones del amante y amado, sino que transforma uno en otro. Si amares tierra, decia san Agustin, tierra serás, y si amares cielo, serás cielo; y aun me atrevo á decir sin temeridad, que si á solo Dios amares, serás Dios. Ya lo habia insinuado el profeta Oseas cuando dijo: Tan abominable se ha hecho Israel, como los idolillos de su amor; dando

á entender que el amante se muda en el objeto que ama. Por esta causa dijo el Filósofo, que el amigo es otro yo. Marsilio Ficino añade, que el amor es espejo del amigo, en el cual puede ver la efigie de sí mismo; y si el amor fuere recíproco, se verá su afecto reciprocado. Reparemos, pues, cuál es el blanco de nuestros deseos. Si van derechamente á Dios, nos unirémos á él, y participarémos de su naturaleza. No puede pensarse cosa mas noble ni dicha mas insigne. ¡Cuánta dignidad, cuánta nobleza es unirse á Dios! El que se une á Dios, se hace una cosa con él.

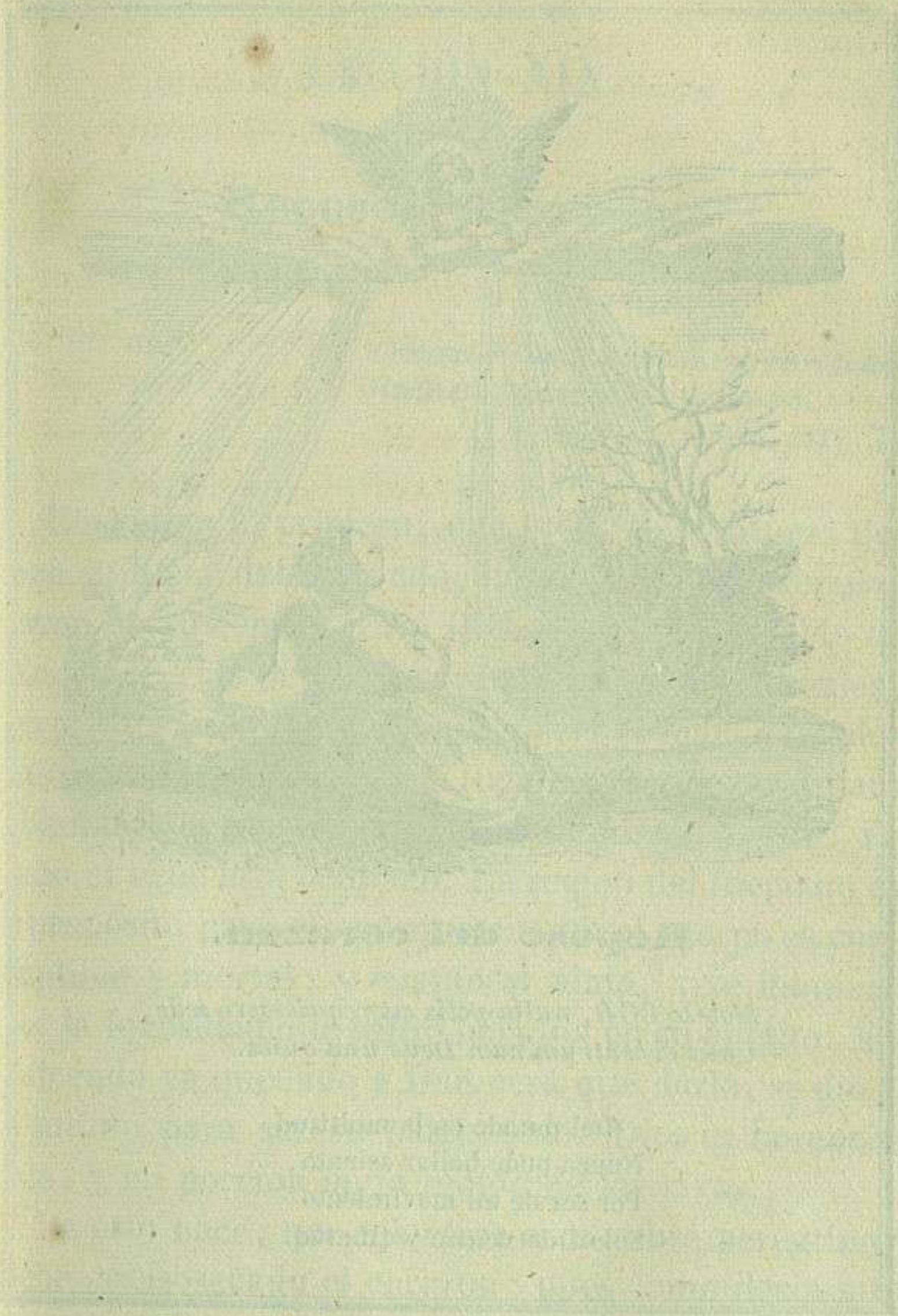
Considera lo cuarto, que no es material esta transformacion, sino puramente espiritual. No se muda una naturaleza en otra; pero múdanse los corazones, los afectos y la vida. La madre que ama tiernamente al hijo que salió de sus entrañas, olvidada de sí misma, solo cuida de aquello que al hijo tiene conveniencia. Si ve que su hijo está alegre, rie; si llora el hijo, gime su madre; si está enfermo, enferma; y finalmente todos sus cuidados están en el hijo y por el hijo, en tanto grado, que así como la sombra remeda todas las acciones del cuerpo, todos los movimientos y habitud; si fuera posible registrar aquellos dos corazones, veríamos la gran semejanza que habia en ellos; porque los movimientos y accidentes del uno se verian clarísimamente en el otro.

Á este modo se transforma en Dios el alma que le ama de veras: de que nace, que solo quiere lo que quiere Dios, y aborrece lo que le desagrada, sin tener la menor cuenta de sí; porque pone todo su

cuidado en la honra y gloria de Dios. Así tienen el alma y Dios un querer, un no querer y una misma voluntad; porque como se transforma en divina la voluntad humana, se muda precisamente la vida y todas las operaciones que proceden de ella. Así como si cortan la guia á un árbol, é ingieren en él una púa de otra especie, no tiene su fruto sabor al tronco, sino al ingerto; á este modo sucede que cortando el hombre su propia voluntad, é ingiriendo la de Dios, produce en obras, palabras y pensamientos, frutos que no tienen sabor al tronco de la voluntad propia, sino solo al ingerto de la divina. ¿Deseas, alma, saber si el tuyo está unido al corazon divino de tu amado? mira si amas lo que él ama, y aborreces lo que le disgusta á él, y si en todo te ajustas á su voluntad.

Considera lo quinto, que como no pueden unirse las cosas si no tienen semejanza, por lo cual no puede unirse el fuego al aceite ni al agua, ni el hierro á la greda; es necesario que el corazon que desea unirse á Dios, sea semejante á él: y cuanto mayor fuere la semejanza, será la union mas perfecta. Observó en Dios Plotino tres propiedades, las cuales debe tener el que desea esta union. Es Dios, decia, uno, sumo y bueno. Por tanto, el que desea unirse al Bueno, debe ser semejante á él, aborreciendo todo mal. Quien quiere estrecharse al Sumo, debe despreciar lo ínfimo; y quien aspira á incorporarse con el Uno, debe huir la barahunda del siglo. En pocas palabras declaró este filósofo los tres grados necesarios para esta union.

El primero y mas preciso, es la abstinencia de todo lo ilícito, que es la fuga y aborrecimiento del pecado. El segundo y mas perfecto, el desprecio de las cosas perecederas y viles, aunque sean indiferentes, como el manejo de negocios seculares, tratos, comercios y negociaciones; que aunque no sean ilícitos estos ejercicios, no se puede dudar que son viles y bajos, indignos de un siervo de Dios, menos que obligue á eso la obediencia ó la caridad. El tercero y perfectísimo, que se abstenga de multitud de ocupaciones, aunque no sean malas, si son supérfluas ó excesivas; esto es, si exceden á las fuerzas espirituales ó corporales. ¿Deseas, pues, alma amante, unirte al que por esencia es bueno? huye de todo mal, mirando á la culpa como á espantoso dragon. ¿Quieres unirte al Sumo? aspira al cielo, busca lo de arriba, despreciando los bienes de la tierra. ¿Suspiras por unirte al Uno? deja el afan de cuidados, y no te distraigas en variedad de negocios. Busca al Uno, solicita al Uno, mira al Uno, que te mira á tí: ama únicamente al único amado de tu corazon, para que puedas decir con verdad: Mi amado es para mí, y yo para él. Él es iman de mis cariños, y yo blanco de sus ojos.



Reposo del corazon.

Mobile COR, nulla potis est requiescere sede,
Unus ei centrum nam Deus una quies.

Del mundo en la multitud
Nunca pude hallar asiento,
Por ser de mi movimiento
Solo Dios centro y quietud.

LECCION XIX.

Reposo del corazon.

Convertere anima mea in requiem tuam.
Vuélvete, alma mia, á tu reposo.
(*Psalm.* CXIV, 7).

Considera lo primero, que todas las criaturas tienen su lugar determinado, en el cual deben reposar como en su centro. Crió Dios el cielo y lo pobló de Ángeles; crió la tierra para república de animales, serpientes, plantas y árboles; crió el mar, para domicilio de los peces. ¿Qué lugar, pues, reservó para el hombre? ¿qué sitio le ha de dar en que habite? Ya todo el orbe está ocupado. La region del fuego no es á propósito para él, porque cuanto al cuerpo es corruptible y mortal; y cuanto al alma, vive inquieto por la fogosidad que causó la culpa en su apetito. No habiendo ya quedado á Dios cosa que darle, se dió á sí mismo para ser su patrimonio. Dios es herencia mia, y mi porcion en la region de los vivos.

De esto nace, que mientras el hombre peregrina, tiene desasosegado el corazon; pues como decia san Agustin, el corazon humano, que no está firme en el deseo de la eternidad, no puede tener quietud; porque mas voluble que la inconstancia misma, va-

ria de una cosa en otra, buscando reposo donde es imposible hallarlo; porque no le hay en estos bienes caducos que tienen cautivos los afectos: y es el corazon humano de tan alta dignidad, que ninguna cosa lo sacia sino el sumo bien. Cuando se aleja del bien sumo, se derrama por multitud de objetos, y da en varios desatinos. De esto se quejaba san Bernardo diciendo: Cuando mi corazon vano, instable, turbulento, es gobernado por su arbitrio, sin consultar la divina voluntad, no puede tener constancia en sí; anda de una parte en otra, mas voluble que la misma inconstancia. Busca su descanso en tanta diversidad de objetos; y despues de fatigado de andar, se halla sin sosiego ni quietud. La razon señaló san Agustin: Hicístenos, Señor, para tí solo, y mientras no reposa en tí, no encuentra sosiego el corazon.

Considera lo segundo, que debes poner el mayor conato en que dejando todo el mundo vuelva tu corazon á Dios, en quien solo puede hallar tranquilidad. Así decia Miqueas: Ea, marchad; que aquí no hallaréis quietud. Y el Eclesiastés: Cuanto hay debajo del cielo, es afan, dolor, y congoja de espíritu. Por eso comparó Isaías el corazon del que no busca á Dios, al mar alborotado, incapaz de sosiego. Está nuestro corazon en el cuerpo como en un calabozo, y así siempre vive desasosegado. Nunca tiene quietud en la jaula el pajarillo, aunque lo regalen mucho: siempre está en continuo movimiento, tentando si halla resquicio por donde salir; pues mas estima el tosco manjar con libertad en la selva, que muchos y delicados en la jaula. Así suspira el alma cautiva

en la cárcel del cuerpo; y aunque se rinda á gustos falaces alguna vez, no halla descanso ni libertad sino en solo Dios. Avancemos, pues, y apresuremos el paso, para acercarnos á Dios y para llegar á su quietud. Aquella palomita que salió del arca de Noé, se volvió luego, porque no halló dónde pisar. Tampoco lo puede hallar nuestro corazon en este diluvio, en que por todas partes se mira el mundo anegado. Trate de volverse á su Noé, que significa descanso: vuélvase á Dios, de donde habia salido, que él solo es quietud, refugio y socorro nuestro.

Oye á Cristo, cómo nos convida con el reposo. Venid á mí, dice, los que teneis trabajos, que en mí hallaréis vuestros recreos. Tomad mi yugo á cuestas, y hallaréis descanso para vuestras almas. Escucha ahora cómo nos reprende y cási compele san Agustin. Volved al corazon, pecadores; arrimaos al que os formó; estad con él, y estaréis firmes. Descansad en él, y tendréis quietud. ¿Á dónde vais por esas breñas? á dónde vais? El bien que amais, de él procede. En cuanto á él se dirige, es bueno y suave; pero será muy amargo si injustamente lo amais, olvidando el principio de que procede ese bien. ¿Á dónde vais por esos derrumbaderos? No está el sosiego donde lo buscais. Buscadlo, pero no ahí. ¿Buscais vida feliz en el país de la muerte? no la hay en ese paraje. ¿Cómo quereis hallar vida dichosa, donde siquiera no hay vida?

El mismo Santo, que así nos aconseja que busquemos vida y quietud, muestra cuál es la verdadera quietud de corazon. Esta consiste en que todo él

se fije por deseo en el amor de Dios, y no se apetezca otra cosa mas que deleitarse en él con feliz dulzura, disfrutando con deleite lo que goza. Y si por algun vano pensamiento ú ocupacion exterior se abstrajere de allí algun breve rato, procure volverse luego, teniendo por destierro estar en otra parte ni un solo punto. Bien sé, Dios y Señor mio, que en cualquiera parte que esté sin tí, lo paso mal, dentro y fuera de mí; porque es miseria para mí toda la abundancia que no es Dios. Cuando vea tu gloria, me saciaré.

Considera lo tercero, con cuánto deseo aspiraban los Santos á esta quietud de corazon, y cuán gravemente se quejaban de estar presos en la cárcel del cuerpo, impedidos de llegar á aquel reposo. Escucha los suspiros de David: ¡Ay de mí! que se ha prolongado mi destierro. Habité entre bárbaros cedarenos, y he vivido sin patria muchos años. Sácame, Señor, de la cárcel de este cuerpo, para que alabe yo tu nombre santo. Y otra vez: Con tantas ansias deseo llegar á tí, Dios mio, como el ciervo sediento á algun arroyo. Como si dijera: ¡Oh fuente de vida, vena de aguas vivas! cuándo llegaré á las aguas de tu dulzura, saliendo de este país árido, inculto y desierto, á ver tu gloria y tu virtud, y á saciar mi sed con los raudales de tu piedad! Sed tengo, Señor, sáciame, pues eres fuente viva. Sed tengo; pero sed de tí, Dios vivo. De tí tiene mi alma sed; y aun el cuerpo tiene sed de tí. ¡Oh cuándo llegaré á la presencia de mi Dios! ¡Quién me dará alas ligeras para volar al descanso con rapidez! No hay cosa para mí

tan dulce como estar con mi Señor. Dame, pues, alas para volar hácia tí.

No eran menos ardientes los deseos de san Pablo, vaso escogido, cuando escribió que estaba preso y deseaba verse libre, para vivir con Cristo. ¡Cómo gritaba en cierta ocasion! ¡Infeliz de mí! decia, ¿quién me sacará de la prision de esta carne mortal? ¿Y por qué deseaba verse suelto, sino por ir á la patria, y por descansar con Cristo? ¡Quién habrá que con estos hombres santísimos no suspire y anhele por su Dios, centro de las almas, y su último fin! Si las aves buscan el aire, los peces el agua, y el fuego de la tierra el elementar, que está entre el convexo del aire y el cóncavo de la luna; si todas las criaturas buscan y tiran á su centro; ¿por qué nosotros no buscarémos á Dios, que es nuestro centro, quietud y sumo bien? Si los rios corren apresurados al mar, como dice Salomon, por ser su orígen; ¿por qué nosotros no irémos, aspirarémos y caminarémos con todo conato de amor hácia nuestro Dios, á aquel mar inmenso de la divina bondad, de donde se deriva nuestro ser?

Considera lo cuarto, cuánto será el gozo de aquel corazon que, reposando en el sumo bien, se empapa en las dulzuras abundantes de la casa de Dios; y qué gozo tendrá el alma que, despues de haber buscado dónde descansar, habita y descansa en el Señor. Humano corazon, dice san Agustin, pobre, cuitado, mísero, criado entre trabajos y miserias, díme, ¿cuánto te gozaras si abundases de dichas? Pregunto á tu interior: ¿Cabrias de gozo con tanta felicidad?

En esta encuentra el hombre el objeto de su amor, halla ciudad de descanso despues de un largo camino, despues de tormenta puerto, despues de destierro patria, lecho en que descansar despues de tanta fatiga, jornal despues del trabajo, y despues de la batalla premio.

La hiedra, formando brazos de sus ramas, abraza estrechamente el árbol que la sostiene y por quien sube; porque á él debe su ascenso y perfeccion. ¡Quién me dará, amado mio, mi gozo y mi felicidad, que yo te halle para descansar en tí! Yo te asiré y me abrazaré á tí, y no te soltaré en toda la eternidad. Bien me estaria arrimarme á Dios. Y si mi alma pesada no se mueve á vista de tanto bien; tráela tú tras tí, iman de mi corazon, para que corriendo libremente al olor de tus ámbares, llegue cuanto antes, guiándome tú, á saciarme con tu vision de deleites. Hícisteme, Señor, para que te viese; pero yo no hice cosa conducente al fin para que me hiciste. Ten piedad de mí, y escúchame. Mi corazon te dijo: Tu rostro he buscado; y volveré, Señor, á buscar tu rostro. Ea, Dios y Señor mio, enséñame dónde y cómo te ha de buscar mi corazon, dónde y cómo te hallará, dónde y cómo descansará en tí. Tú eres centro de mi alma, sosiego de mi corazon, hartura de mis ansias, suma y compendio de mis votos, y consumacion de mis deseos.

Tú eres de descanso abismo,
Principio, fin, rector, guia
Y capitan; Tú eres via
Y término, siendo el mismo.

LIBRO CUARTO.

EJERCICIOS DEL CORAZON EN LA PASION DE CRISTO.

PRÓLOGO.

De la utilidad de meditar en la pasion de Jesucristo.

Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi:
inter ubera mea commorabitur.
Hacecito de mirra es mi amado para mí,
entre mis pechos morará.
(*Cant.* 1, 12).

Ya con el favor de Dios concluimos la jornada de tres dias, conduciendo por las tres sendas de la vida espiritual á la felicísima union con su benignísimo Esposo el corazon antiguamente averso; y parece que ya no falta otra cosa para la entera perfeccion de nuestra escuela. Mas como entre todos los ejercicios de piedad ninguno haya que con mas vigor desvie al hombre del pecado, lo empeñe con mas viveza á la virtud, y con mas actividad lo encienda en llamas del divino amor, que la atenta meditacion de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, es utilísimo y cási

necesario que el hombre medite en ella con la mayor aplicacion y frecuente estudio. Es cierto, como dijo Orígenes, que donde se medita la pasion de Cristo, no puede reinar el pecado. Tanta es la fuerza de la cruz del Señor, que si se tiene á la vista ó en la memoria, no podrá vencernos la concupiscencia, el apetito, la envidia ni el furor; porque al punto que se presenta, huye todo el ejército de la carne y de la culpa.

Esto dijo Orígenes, á quien imitó san Bernardo, diciendo: Prodigiosa es tu pasion, dulce Jesús, pues ahuyentó las pasiones de todos nosotros, alcanzó perdon de todos nuestros pecados, y no hay peste ni dolencia que no ceda á su eficacia. ¿Qué enfermedad tan de muerte, que con la tuya no se sane? Y ¿quién explicará cuántas y cuán excelentes virtudes resplandecen en la sagrada pasion del Señor? Aunque todas sus acciones lo aclamaron maestro en todas las virtudes, las propuso con mas primor en su afrentosa muerte, para que todo el mundo lo admirase. No campea tanto la blanca azucena entre espinas, como las virtudes del Señor entre sus atroces penas. Por tanto dijo muy al intento san Pedro: Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo, para que sigamos el mismo camino.

No es otra cosa toda su amarga pasion que una escuela admirable de virtud, en la cual, como dijo san Agustin, el tronco en que estaban clavados los miembros del que padecia, se hizo cátedra de maestro que enseñaba. Y ¿qué dirémos de aquel amor divino, cuando vemos aquí centellear, no escasas

llamaradas de su fuego, sino todo el incendio de un horno? ¿Quién no se ha de pasmar con san Bernardo, á vista de aquel exceso de caridad que Cristo manifestó en sú pasion? Por la excesiva caridad que tuvo al hombre, ni el Padre perdonó al Hijo, por redimir al esclavo, ni el Hijo tuvo lástima de sí. Verdaderamente fue excesivo, pues excedió al modo y á la medida; y en todo fue su pasion superabundante y sobrada. No hay amor como el de quien por sus amigos da la vida. Mayor fue, Señor, el tuyo, pues la diste por tus enemigos. Siendo enemigos nosotros, nos reconciliaste por tu muerte contigo y con tu Padre. ¿Qué amor hubo, habrá ó puede haber comparable á este amor? No hay quien dé su vida por un justo; y tú padeciste por impíos, dando la tuya por nuestros pecados, porque viniste á hacer los pecadores justos, hermanos á los siervos, coherederos los cautivos, y reyes los desterrados. Tanto amor es muy digno que de tal modo ocupe su meditacion la mente, y arrastre el alma tras sí, que arroje todo vicio de curiosidad.

Por estos frutos tan grandes es de mas importancia, en sentencia del grande Alberto, un simple recuerdo de la pasion de Cristo, que ayunar ó tomar disciplina todos los viernes del año, ó rezar cada dia todo el Salterio. Por lo cual debemos escuchar con los oidos del corazon aquel breve pero muy importante exhorto de san Agustin: Traed clavado en vuestro corazon al que fue clavado por vosotros en la cruz. Así lo traia aquella alma amante y amada del Esposo celestial, que decia: Ramillete de mirra

es para mí; mi querido siempre vivirá en mi pecho. Que es como si dijera: Por su pasion acerba, y por su muerte muy amarga, es mi Esposo para mí ramillete de mirra, el cual traeré siempre en mi corazon para recrearme con él. Tú tambien, aconseja san Bernardo, puedes imitar, si tienes entendimiento, la prudencia de esta Esposa, no permitiendo que tan amado ramillete falte de tu pecho un punto, conservando siempre en tu memoria por medio de una continua meditacion todos los tormentos y penas que padeció por tí, para que puedas decir con verdad: Ramillete de mirra es mi amado para mí: en mi pecho morará.

Para persuadirlo mas, añade lo que le pasó á él. Yo, hermanos, decia, por el cúmulo de méritos que echaba menos en mí, procuré hacer desde mozo este ramillete y colocarlo en mi corazon, entresacando las mayores penas y tormentos de mi dulce Jesús; especialmente aquellas miserias que mas le afligieron en su niñez, las fatigas que despues padeció cuando andaba predicando de pueblo en pueblo, las muchas horas que gastaba en orar, sus tentaciones, sus ayunos, las asechanzas y traiciones que le armaban sus émulos, los peligros en sus falsos discípulos, y finalmente las afrentas, las salivas, las bofetadas, los escarnios, mofas y burlas, los clavos y las otras innumerables penas que sufrió por la salud del género humano, como vemos en la selva del Evangelio. Á esta meditacion llamaba yo sabiduría; allí coloqué mi mayor perfeccion, la plenitud de ciencia, el aprecio de la salud y la abundancia de

méritos para con Dios. De aquí suelo gustar unas veces bebida saludable, aunque muy desabrida á mi gusto, y otras la suave union del consuelo. Por eso no se me caen estas cosas de la boca, como sabeis, y siempre están dentro del alma, como sabe Dios, y son tan familiares en mi estilo, como sabe todo el mundo. Esta es mi sublime filosofía, saber á Jesús crucificado. Coged vosotros, queridos, este amado ramillete, colocadlo dentro del corazon, y cerrad la puerta del pecho, para que siempre lo tengais en él. Hasta aquí san Bernardo con su acostumbrada dulzura.

Para que los consejos de este Santo se puedan fácilmente ejecutar, proponemos en este último libro los principales instrumentos y misterios de la pasion; para que formando de ellos un manojito de mirra, puedan traerse siempre en la memoria, y guardarse en lo íntimo del alma; y para que la voluntad se enfervorice, que es lo que principalmente se pretende, usamos del método de soliloquios, esperando guste á los lectores y condiscípulos.

Venid, pues, á esta mesa, amados mios; comed y bebed hasta saciaros. Comed el sabroso pan cocido en el leño de la cruz, pan que da fuerza y robustez. Bebed el vino que alegra, destilado del lagar que pisó el amado de vuestro corazon. Estudiad cada dia alguna leccion de este libro, y rumiad siempre algun bocadito de esta doctrina para gustar la suavidad de su dulzura, no engullendo, sino rumiando cada bocado de por sí, para percibir su suavidad. Oid finalmente lo que os dice el gran pontífice Gregorio: Com-

padécete, cristiano, de Jesús nuestro Salvador, trayendo en tu memoria su pasion y llagas: y ten por cierto que serás en la otra vida compañero en los consuelos, si en la presente fueres su consorte en los trabajos, y que no negará su gloria á los que con piedad lloran su pena; pues no ocultó su resurreccion á Magdalena, que lo lloraba piadosa y lo buscaba solícita.

EXHORTO DE SAN BUENAVENTURA Á LA PIADOSA MEDITACION DE LA PASION DE CRISTO.

Acuérdate, ó alma pia,
Muchas veces cada dia
De la pasion del Señor,
Por quien fuimos redimidos,
De dones enriquecidos
Por su puro y fino amor.
En pié, sentado ó postrado,
Si hablares ó estés callado,
Si cansado ó descansares,
Busca á Cristo, en quien esperas,
Crucificado; y no quieras
Perderlo si lo topares.
Contempla con diligencia
De Jesús la gran paciencia,
Para de él te condoler.
Su muerte, ó alma cristiana,
Llora por tarde y mañana;
Que allí gozo has de tener.
¡Qué ultrajado! ¡qué mofado

Fue el Rey del cielo! ¡qué ajado
Para el mundo redimir!
¡Qué hambre, qué sed padeció!
Y ¡qué pobreza sufrió
Hasta que llegó á morir!
No olvides, no, su pobreza;
No la mísera vileza
Y el ultraje duro y largo.
Si tienes entendimiento,
Ten presente su tormento,
Su hiel y su ajenjo amargo.
Pensando esto llora y gime;
Un gran dolor te lastime
Y aflija tu corazon.
Angustiado y condolido,
Lloroso y compadecido
Mira á Cristo en su pasion.
Mira al varon de dolores
Entre penas y rigores
Ir al suplicio cruel.
Sea tu gozo y reir
En la cruz con él morir,
Y afrentado ser con él.
Cuando te ves afligido,
Tan hollado y abatido,
Que cási ya desalientas;
Mira á Cristo entre dolores,
Sus congojas, sus temores,
Sus salivas, sus afrentas.
Finalmente en cuanto hagas,
De Jesús mira las llagas

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

Con dolor de compasion;
Y sean toda la vida
Tu alimento, tu comida
Y alegre recreacion.

SEXTA CLASE.

VIAJE DEL CORAZON CON CRISTO PACIENTE.

Tan sensible fue para Cristo, cuanto ignominioso para sus discípulos, aquella fuga de los Apóstoles que lo dejaron solo, al verle preso en manos de los judíos. Tanto dolor causó este desamparo á su alma, que le hizo prorumpir en aquella justa queja que repite la Escritura: Retiráronse de mí mis conocidos, como si fuerun extraños. Y otra vez: Delante de mí pasaban como un rápido torrente que se despeña del monte. Y por David: Los mas cercanos á mí se alejaron de mí mas. Y al contrario, aquellas piadosas mujeres que no perdieron de vista á Jesús desde que salió de Galilea, y lo acompañaron llorosas y compasivas cuando caminaba al Calvario con la cruz á cuestas, son dignas del mayor aplauso; porque sus lágrimas y su fiel compañía fueron tan apreciables para el Señor. Estas, pues, serán en esta clase las directoras del alma fiel, guiándola con su ejemplo, para que siga á su Esposo, no solo á las bodas de Caná donde convirtió el agua

en vino, no al desierto donde multiplicó el pan, no al Tabor donde dijo san Pedro que se hallaba bien, no al huerto donde este se entregó al sueño; sino hasta la cumbre del Calvario. La mayor gloria del hombre consiste en estar con Dios, en imitar y seguir las huellas de Jesús.

Cuando David, huyendo de las violencias de su rebelde hijo, subia descalzo al monte Olivete con aspecto triste y congojoso, dice la Escritura que todo el pueblo lo acompañaba llorando. Sigue tú tambien, alma mia, á tu amado Esposo vendido del aleve discípulo, que ya sube al huerto de Getsemaní, que está á la otra parte del arroyo Cedron; síguelo maniutado y arrastrado cruelmente por calles y plazas; síguelo presentado en diversos tribunales; síguelo á casa de Pilato donde fue azotado con la mayor atrocidad, coronado de espinas y sentenciado á muerte. Vé tras él, cargado con la cruz hasta el Calvario, y crucifica allí tu corazon para que puedas decir con el Apóstol: Con Cristo estoy clavado en la cruz. El mundo está crucificado para mí, y yo para él. Es muy saludable esta jornada, como te enseñarán las lecciones de esta clase. La fidelidad digna de una esposa de Cristo se manifiesta en seguirlo á donde fuere. Síguelo tú con valor y generosidad; pues, como tú Esposo dice: El que sigue mis pasos no hallará oscuridad, porque tendrá siempre luz de vida.

LECCION I.

EL SUDOR DE SANGRE.

Baño del corazon.

Multo labore sudatum est: et non exivit de ea nimia rubigo ejus.
Se trabajó con mucho sudor, y no salió de ella su mucho sarro.
(*Ezech.* XXIV, 12).

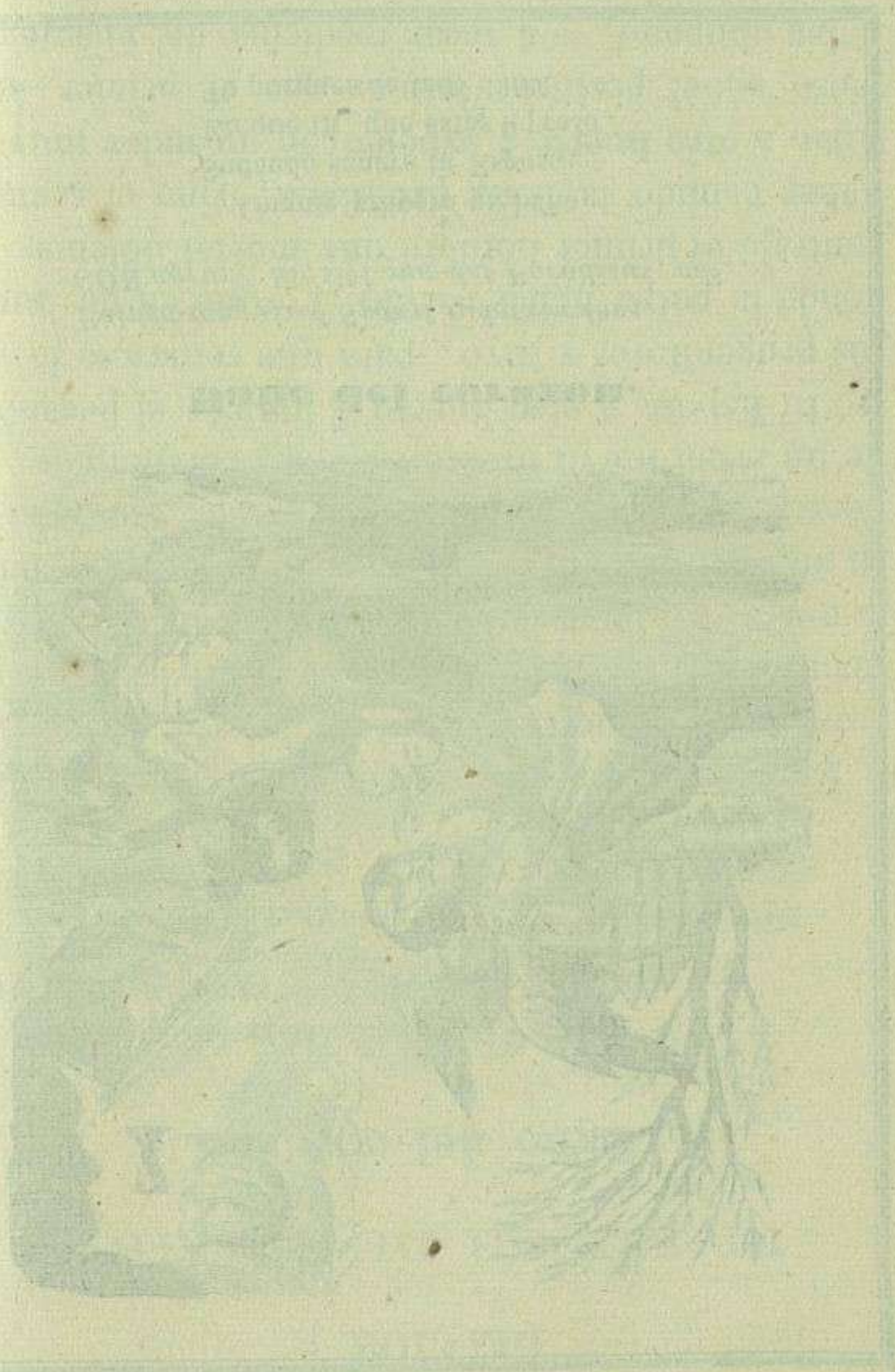
Escucha, alma mia, la voz de tu querido que te convida á su huerto. Ven á mi huerto, dice, hermana mia y mi Esposa, que ya segué los aromas y la mirra. No tema la buena niña entrar al huerto de su amado; que allí la agasajarán mucho. Por haber pecado tu primer padre en el paraíso, donde al pié de un árbol fue tu madre violada y corrompida, entró tu Esposo á otro huerto á limpiar el pecado de tus progenitores y tuyo, para que renaciese la vida donde la culpa habia nacido. Porque en un huerto contrajo el primer hombre una mortal dolencia por haber comido la fruta prohibida, vino el segundo Adan á otro huerto á expeler con un sudor muy copioso aquel pestífero humor que el primer Adan habia chupado, y á sacar medicina del mismo veneno.

Entra, alma inmunda, al huerto de tu Esposo empapado en sudor de su sangre, entra á lavar la ma-

Baño del corazon.

Balnea sanguinei Sponsi sudata cruore,
COR agrum, hic tibi quæ dat Paradisus, adi.

Amante preparà un baño
Sudando sangre tu Esposo,
En que tú, que estás leproso,
Te purgues de todo daño.



licia de tu corazon. Entró Susana á bañarse en su jardin; y sorprendida de dos impuros viejos, se vió en el mas estrecho lance, y aun en peligro próximo de muerte. Tú no tendrás peligro si entras á bañarte en el jardin de tu Esposo: quedarás limpia de tu culpa y mas blanca que la nieve. Así como en el antiguo paraíso habia una fuente copiosa que regaba toda la faz de la tierra; en este nuevo paraíso de tu amado mana de su cuerpo una fuente vital para que riegues tu corazon. Esta es la fuente que sale de la casa del Señor y riega el bosque de las espinas: esto es, del cuerpo del Señor sale una fuente de sangre para conmutar las espinas de nuestro corazon, los pecados y vicios que nunca dieron fruto de virtud, en novales del Señor, y para regar nuestra aridez con aguas copiosas, haciendo que por espinas y zarzas broten flores de diversas virtudes, y abunden azucenas de castidad y rosas de virginidad y pudor, y para que se vean en la tierra de nuestro corazon flores y rosas que rojeen con el carmin de su sangre. Esta es, Esposa, la fuente franca para la casa de David, para los habitadores de Jerusalen, y para lavatorio del pecador y de la menstruada. Lávate aquí y quedarás limpia.

Bendito seas tú, Señor y Dios mio, que con el sudor de tu rostro preparaste lavatorio á mi corazon inmundo. Dispusiste, ó ensangrentado Esposo, un baño preciosísimo, que si es cálido por tu sangre, está templado con las lágrimas que vertiste. Deje ya Constantino, por consejo celestial, el cruel baño que preparaba de sangre de inocentes para curar su le-

pra; que yo he de lavar mi corazon en el baño de tu sangre inocentísima preparado en el huerto, y lo he de blanquear con la sangre del Cordero. Dolencioso está y desfallecido mi corazon; pero si puede entrar en este baño de tus lágrimas, sudor y sangre, recobrará su salud. Verdaderamente que la sangre del médico vertida se hizo remedio nuestro frenesí, y que tu debilidad, ó buen Jesús, se hizo para nosotros robustez. Tu fortaleza, Señor, nos crió, y tu enfermedad nos recrió. Hizo tu robustez que tuviese ser lo que no era; tu debilidad hizo que lo que era ya, no pereciera. Y como hubiese bebido culpas como agua mi corazon, por cuya causa quedó hidrópico, perlático y sujeto á varias enfermedades; tú, Médico celestial, movido de misericordia cargaste sobre tí nuestros achaques, y tomaste por tu cuenta nuestros dolores. Hiciste en tí mismo experiencia de los medicamentos que yo necesitaba; y debiendo yo sudar para expeler mi pestífero humor, quisiste tú sudar sangre por mi salud. Tú, abriendo todas tus venas, dejaste correr tu sangre, y bebiste aquella amarga purga de vinagre y hiel, por darme salud á mí.

¡Oh, pese á vosotros, cruelísimos pecados mios, que no contentos con ser molestos á todos, hasta para mi Dios fuísteis molestos! Gracias te doy á tí, dulce Jesús, que para mi corazon duro preparaste en tu sangre lavatorio y baño. Dígnate lavarlo en él y restituirle la salud. Allí se ablandará con el calor de tanta caridad. Si el diamante rinde su dureza á la sangre de un cabrito; ¿cómo no cederá la dureza de mi

corazon empedernido si le toca la sangre del inocente Cordero? Repúrgalo, Señor, en la lejía de tu sangre, y límpialo de toda mancha, de todo su orin y escoria. No me suceda que por mi ingrato y empedernido corazon, repitas aquella antigua queja: Por mas que yo sudé, no se ha purgado de su mucho orin. Execrable es tu inmundicia; pues queriendo yo limpiarte, no te has limpiado de tu mancha. Lávame, Señor, mas y mas de tus ofensas, y límpiame de mis culpas. Una y mil veces te ruego,

Justo juez de corazones,
Que limpies mis fealdades,
Mis manchas y mis borrones,
Y que tu gracia y tus dones
Me purguen de mis maldades.

Lava, pues, Señor, en tu purísima sangre,

Lava este corazon que está manchado,
Riega este corazon árido y seco,
Sana este corazon pobre y llagado,
Doma este corazon hinchado y hueco,
Quema este corazon helado y frio,
Y rígelo, Señor, á tu albedrío.

LECCION II.

Los cordeles de Cristo ligadura del corazon.

Traham eos in funiculis Adam, et in vinculis charitatis.
Los atraeré con cuerdas de Adan y con lazos de caridad.
(*Osee*, XI, 4).

Siempre deseó mi alma seguirte, ó buen Jesús, á donde quiera que fueses. Pero ¡ay! que no puedo andar; porque me han atado mis pecados; mis culpas me han puesto grillos. Con cordeles de vanidad traje mi iniquidad ¡ay dolor! y arrastro mi delito y mis culpas como tirante de carro. Bien puedo yo decir con Manasés: Tan agobiado estoy con tantas prisiones, que aun no puedo levantar la cabeza; el aliento y respiracion me falta. De esta suerte atan al pecador sus maldades y le aprietan sus culpas como cordeles; y estando yo atado y aprisionado de este modo, ni tengo facultad para correr, ni aun andar puedo tras tí. No refiero mi enfermedad y flaqueza á quien la ignora: tus ojos son testigos de mi culpa. Cierto es, ó buen Jesús, vida mia, que fuiste preso de nuestros pecados, y que dijimos: Á tu sombra vivirémos. Por estas manos mias autoras de maldades fuiste entre-

Los cordeles de Cristo ligadura del corazon.

Crimina, te duro, fateor, mea, fune ligarunt:
Dulcior astringat COR tibi funis amor.

Si mis pecados prision
Para ti fueron cruel,
Sirva tu amor de cordel
Que ate á ti mi corazon.

gado tú en manos de sayones; y porque mi padre el primer Adan nímiamente suelto echó mano al árbol vedado, fuiste maniatado tú para pagar su delito; y porque yo no desvié mis piés del camino de mi perdicion, fueron los tuyos cargados de grillos. Bien sabes, Señor, lo poco expedito que me hallo para correr tu camino. Este corazon que me diste muy ligero, como participante de naturaleza ígnea, se halla tan pesado y tan impedido del peso de su cadena, que no puede moverse para ir á donde tanto suspira. ¿Qué haré para seguirte, norte de mi corazon? Ruégote por aquellas prisiones con que por mí fuiste atado, que ates estrechamente mi corazon á tí, y lo lleves contigo primeramente á la cruz y despues al cielo.

Tú dijiste: Cuando me levanten del suelo, he de traer á mí todo el mundo. ¡Bendita sea tu palabra! cúmplase esto en mí, ó Palabra eterna. Tráeme luego á tí, pues por mí fuiste exaltado en la cruz. Tira de mí con los cordeles de Adan y con las sogas de tu amor. Ya son cordeles de amor para nosotros los que á tí te causaron tantos trabajos; pues te has dignado ya de atarnos á tí con ellos. El amor es cordel muy tenaz; afectuosamente tira; lo mismo es hablar que atraer; no hay cosa mas tenaz ni mas atractiva que el vínculo del amor. Diré, pues, con tu Esposa: Tira de mí, y correré al olor de tu fragancia. Cansada estoy; ya no puedo mas, no me dejes; llévame tras tí, porque no empiece á seguir sin tino otros amantes. Llévame de algun modo violenta, que tú me harás voluntaria; llévame aunque pesada, para

volverme ligera. Tú, Señor, corriste alegre con pasos agigantados el camino de nuestra salud; y ¿quién me dará á mí que, libre de manos enemigas y sin temor, te siga y corra tras tí? Si no te sigo, no podré acompañarte y menos conseguirte. Tráeme, pues, tras tí; tira de mi corazon con el vínculo de la perfeccion, para que vaya en tu seguimiento y quede atado contigo.

¡Qué gloriosas son para mi corazon estas tus ligaduras! ¡qué difícilmente se rompen estas tus cuerdas! Cantaré, pues, gozoso con David: Tus cuerdas me han señalado la mas bella posesion. Son muy dulces los lazos que te atan á tí conmigo, y á mí contigo. De ellos diré lo que está escrito de la sabiduría: Serán tus grillos mi fortaleza y mi proteccion, basas seguras y collar glorioso tus argollas. En ellos está la mas dichosa vida, por ser tus prisiones saludable ligadura. ¡Qué contento entregaré mis piés á tan dulces grillos! daré gozoso mi corazon, para que lo ates con los cordeles de tu caridad.

¿Quién pudiera colocar en las prisiones su gloria como san Pablo, para que le llamasen el preso de Jesucristo, deseando con él que se oyese el ruido de las cadenas en tribunales y plazas? Mayor gloria es sin duda ser preso por tu amor, Jesús de mi alma, que ser apóstol, doctor ó evangelista. Es dignidad tan suprema, que no equivale un consulado ni una monarquía; porque quien de veras ama á Cristo, mas aprecia sus grillos y prisiones que vivir en el cielo con los Ángeles. No adorna tanto una corona guarnecida de diamantes, como una cadena de hierro ar-

rastrada por amor de Cristo. Y si el ser por él atado y preso es blason tan ilustre y tan glorioso; ¿cuál será el ser atado con él mismo? Bien me estaria ser unido con Dios; y suelto de las cadenas de mis culpas ser atado con lazos de amor á tí, amor mio, que por mí fuiste atado y crucificado. Ruégote, dulce Jesús, que sea así.

¿Quién rehusará, Señor, tus prisiones que sueltan y no atan? Son lazos de amor los tuyos. Mas gloriosos estamos atados de ellos, que sueltos de otros. Son tus grillos tan sabrosos que se convierten en abrazos. Quien fuere de ellos aprisionado dirá lleno de contento: En su izquierda me reclina, y con la diestra me abraza. Logre yo, amor mio, estas prisiones. Ata con un ñudo ciego mi corazon al tuyo, para que sea yo un espíritu contigo, y uno de aquellos de quienes dijo Isaías: Con esposas en las manos irán tras tí, y besando la tierra te adorarán.

LECCION III.

La coluna de Cristo arrimo del corazon.

Confirmate corda vestra.
Fortificad vuestros corazones. (*Jacob.* v, 8).

¡ Que voltario es nuestro corazon ! qué escapadizo ! cual mar borrascoso siempre inquieto, fluctúa de un lado á otro, y nunca permanece en un estado. No es posible pensar dignamente, ni saber cuál sea aquella multiforme volubilidad de pensamientos de mi corazon, aquella tan inquieta y tan infatigable velocidad que me hace andar por tantas, tan varias y tan infinitas cosas. No puedo sosegar una hora ni un minuto; porque con admirable presteza paso espacios infinitos y diversas revoluciones de tiempos. Mas fácil será contar los átomos del mundo que los movimientos de mi corazon. No es comparable la velocidad de animales y de aves con la rapidez de sus movimientos. No hay modo á mis ansias, que andan y discurren por innumerables formas de criaturas. No puedo fijar en una cosa mis pensamientos, porque cruzan muy disipados, atormentándome el alma, y trayéndola á una parte y otra. ¿Quién me dará, ó deseada tranquilidad mia, que mi tormenta se cambie en bonanza, y que sus olas bramantes cierren la boca? Ojalá, Señor, pusieras por barra tu coluna á

La coluna de Cristo arrimo del corazon.

Non flores, non poma, meum COR debile poscit,
Fulciet hæc tua me, Christe, columna satis.

Aunque la flaqueza es tal
En que me ha puesto el amor,
Tu coluna ¡oh gran Señor!
Es mi firmeza total.

este tempestuoso mar, y le dijeras: ¡Hasta aquí podrás llegar, sin pasar la raya; aquí quebrarás tu bravura!

No puedo, Señor, quejarme bastantemente de la inconstancia y de la instabilidad de mi corazon, que se mueve de repente como con el viento las hojas en un monte. Tambien peligra como batel en medio del ancho mar. Sé tú, Señor, áncora de esta navecilla, y amárrala á tu robustísima coluna á la cual fuiste por mí atado, para que no la trastorne cualquiera viento. Siento, Señor, cuán débil y flaco es el corazon mio que continuamente titubea de miedo. ¡Cuántas veces lo derriba la pusilanimidad de espíritu y el susto! ¡cuántas veces desmaya y desespera! No sé si me informa de esto su figura, pues por arriba es ancho y por abajo muy estrecho; por lo cual no puede subsistir sino que lo sostenga algun pilar ó esté bien amarrado á él. Por tanto te ruego, Señor, firmeza y refugio mio, que apuntales mi ruinoso corazon con tu coluna, para que esta lo sostenga; pues si tú no arrimas la mano, presto dará en tierra el edificio. La omnipotencia del Criador, que todo lo sostiene, es causa de la subsistencia del orbe. Fortifica, pues, Señor, mi corazon; dale firmeza, y refuerza sus cimientos porque no caiga.

Aquella tu querida Esposa, ó Rey pacífico, decia á voces en su desmayo: Recostadme en flores, arrimadme frutas, que amor me quita las fuerzas. No quiero yo para mí esos delicados arrimos, sino la robustísima coluna que rodearon tus brazos, á la que estuviste atado, como creo, para darla firmeza y ro-

bustez, no para que te sirviese de arrimo á tí. En esta esperaré; en ella seré sostenido; ella será mi arrimo y seguro apoyo. No estribo en algun mármol cuando recuesto mi corazon sobre esta coluna, sino en tí mismo, fortaleza mia. No te separo á tí de aquella coluna á que por mi amor quisiste ser amarrado, Dios y Señor mio, en cuya presencia tiemblan las colunas del cielo. Tú eres coluna y seguridad mia, que mantienes todo el mundo con solo el poder de tu palabra. En tí se sostendrá mi débil corazon, para que, andando la jornada de esta vida y subiendo poco á poco del destierro, me recueste con tu Esposa en tu regazo.

Soplen vientos, levántense borrascas, encréspense olas del bravo mar, mi corazon estará sin zozobra sostenido en esta firme coluna. Aunque un ejército se levante contra mí, no temerá mi corazon; si se me moviere cruda guerra, en esta coluna pondré toda mi esperanza. ¡Quién me dará, amado mio, que yo sea atado contigo á tu coluna, para tenerte abrazado y estar mas libre atado que suelto! ¿No se sostiene la vid en la estaca á que está atada cuando con sus pámpanos la aprieta? Tambien el que estribare en tí, estará constante y firme sin que jamás titubee, porque está escrito: Asegurado está su corazon, y no se moverá hasta que vea los enemigos á sus piés. Dígnate, Señor, de asegurar el mio en tu gracia, pues eres singular amparo de la humana miseria; y concédeme que, pues sin tí no puedo subsistir, estribando sobre la coluna de tu pasion, siempre persevere en tu fe firme, y en tu santo amor constante.

Los azotes de Cristo látigo del corazon.

Cessat iners, cessant tua cum vigilare flagella,
Coge, Amor, invitum COR meliora sequi.

Cesa el corazon pesado
De trabajar, si el rigor
Cesa del azote: Amor,
Avívelo tu cuidado.

LECCION IV.

Los azotes de Cristo látigo del corazon.

Virga in dorso ejus, qui indiget corde.
Vara en la espalda de aquel que es falto de cordura.
(*Prov.* x, 13).

Estremecido está mi corazon y sumamente congojado, cuando te contemplo á tí, Cordero mansísimo, desnudo totalmente, atado con crueldad á una coluna, azotado y herido con furia rabiosa. ¿Quién creyera, Señor, que llegase á tanto la maldad de unos hombres que te debian el ser, que fabricasen pecados sobre las espaldas de su Criador, y que prolongasen tanto su iniquidad? Pasmaos de esto, cielos; desquiciaos, puertas celestes; llorad, Ángeles; aullad de dolor, hombres; pues aquel de quien estaba escrito, *No llegará azote á tu tabernáculo*, se halla rodeado no de uno, sino de innumerables azotes; y el pecho capaz de Dios, tabernáculo santificado del Altísimo, se ve rasgado de impías manos de sayones. Aquellas rabiosas fieras, Jesús mansísimo, que en tí sajaron heridas sobre heridas sin moverse á lástima ni compasion, sin saciar con tanta sangre su sed, te añadieron dolor sobre dolor.

Pero es digno de admirar que nuestros corazones no se conmuevan con este espectáculo, aun creyendo con firme fe que fuiste castigado por los delitos de tu pueblo, y que por conseguir nuestra paz vinieron tantos azotes sobre tí. Muy justo es que el criado que sabe la voluntad de su amo y no la ejecuta, lleve su castigo; pero que tú, Unigénito del Padre, que te alimentabas de hacer su voluntad, fueses azotado y pagases deudas ajenas, parece cosa indigna y ajena de razon. Mas fue arbitrio de tu Padre que sanásemos nosotros con tus heridas. Habíamos errado todos como ovejas yendo cada cual por su rumbo; pero el Padre de las misericordias cargó sobre tí todas nuestras culpas; y tú fuiste castigado de Dios, humillado, herido y acoceado por ellas. Gracias á tí, dulce Jesús, que por nuestros delitos presentaste tus espaldas á los azotes, y con el propio castigo mitigaste las iras de tu Padre.

Retírate ahora, alma mia, á tu corazon, y contempla qué debes aprender y qué debes ejecutar. Si te tienes por hijo, no debes rehusar los azotes de tu padre, diciéndonos él: Estima mucho, hijo mio, la disciplina paternal. No te desanimes cuando te reprende; porque castiga á los mas amados, y azota á los que adopta por hijos. Con que el azote es marca de hijo. Y así no esperes vivir sin castigo, á menos que quieras ser desheredado; que no hay hijo suyo que esté sin azote. Oye, alma mia, lo que el Apóstol dice sobre esto, y escucha cómo pondera que el azote es carácter de hijo. Como á hijos, dice, os trata Dios. ¿Qué hijo habrá á quien su padre no castigue?

Si vosotros quereis pasar sin disciplina, de que participan todos, no seréis hijos legítimos, sino bastardos. Multiplica, pues, Señor, azotes sobre mí, para que yo participe de la herencia de tus hijos, y sea semejante á tu Unigénito, que por mis delitos fue azotado.

Pero ¿qué utilidad hay, ó qué necesidad de azotar mi corazon? Grande por cierto. Lo primero, para que con el castigo voluntario se purgue del pecado y se libre de los eternos azotes del infierno. Por este fin nos castigas cuando pecamos, para perdonarnos despues, como lo prometiste á los hijos de David, diciendo: Si violaren mis preceptos y profanaren mis estatutos, les echaré toda la ley á cuestas, y los castigaré con azotes y vardascas; pero usaré con ellos de piedad, y cumpliré la palabra que te doy. Con que sola tu clemencia te obliga á que seas tan benigno, y á que tomes satisfaccion de nuestras culpas castigándonos con varas como á hombres robustos, y con piadosos azotes como á niños. ¡Infelices de aquellos que con los hombres no son azotados, que despues lo serán con los demonios! Tales son aquellos impíos de quienes dijo Job: Sus casas están sin susto ni pesar; nunca ven sobre sí la vara de Dios. Despues explica la vara que los espera, y dice: Pasan la vida con prosperidad y regalo; mas en un punto bajan al infierno. Castígame, pues, con castigo de hijos, Señor, y no me arrojes de tí por toda la eternidad.

Este mi corazon tonto, pesado y lerdo ha menester látigo y aguijon para que ande el camino de tu ley. Al caballo, dijo el Sábio, con el látigo; al asno

con el estímulo; pero á los necios se les ha de hablar á palos. Mi corazon tira coces cual caballo rebelon, y necesita de espuelas y látigo; es pesado y lerdo como un asno, y no es posible hacerle que ande sino á puro golpe. Es tambien imprudente y tonto, y no hará cosa buena si no ve sobre sí la vardasca. Frecuenta, pues, Señor, tus azotes sobre él porque no perezca en su necedad. Tambien se parece mi corazon al trompico, que no puede estar derecho sino á fuerza del látigo. Tan poco te ama, Señor, y tan poco anda tras tí, que si no le precisa la penalidad y el azote, no se moverá á buscarte. Es del número de aquellos que dijo David: Andaban ligeros despues que se les aumentaron los trabajos. Y así me doy mil parabienes, Señor, de los azotes que me dais; porque impelen mi corazon á lo mejor, y finalmente á buscarte á tí.

¿Qué mas tienen de bueno los azotes? Enseñar el corazon y darle juicio. El niño, dice el Sábio, trae atada al cuello la imprudencia, pero de allí la echará la disciplina. Otra vez dijo: La vara y la correccion dan juicio; y para dar juicio, el azote es buen remedio. ¡Cuántos necios, bobos, insensatos volvieron en sí solo con ser afligidos con la vara del Señor! Dígalo el desterrado Efraim: Castigásteme, Señor, y aprendí á ser cuerdo, siendo antes cerril como potro. ¿Quién castigará, pues, mis pensamientos y doctrinará mi corazon, porque no se aumenten mis desatinos y se multipliquen mis pecados? Padre, señor y dueño de mi vida, ruégote por tu unigénito Hijo por mí azotado, que retires los azotes de tu ira, que por

mis culpas merezco: que por ellos recibiré con paciencia de tu mano paternal azotes de adversidades y trabajos; para que instruido con ellos aprenda á vivir como vivió tu Hijo natural, y merezca recibir la adopcion de hijo de Dios.

LECCION V.

La corona de espinas muro del corazon.

Sepiam viam tuam spinis.
Cercaré tu camino con espinos. (*Osee*, II, 6).

Tú, Señor benignísimo, que tienes tus recreos con los hombres, quisiste que mi corazon fuese ameno paraíso, jardin de recreo y huerto de placer. Plantástelo tú, Jardinero celestial, y lo regaste con los raudales de tu gracia, para que yo fuese uno de aquellos de quienes dijo tu Profeta: Serán sus almas como huerto regadío. Este jardin espiritual visitas con frecuencia, divino Esposo, y entras en él á tomar el fresco y á notar con cuidado si falta algo en su cultivo, á ver si brotan las viñas, si la flor da buenas muestras, si florecen las granadas. Bajas tambien al huerto de las nueces, y visitas las eras de las flores para recrearte con ellas, coger azucenas, y gustar el fruto de tus plantas.

Cuidando tú tanto del jardin de mi corazon y visitándolo tan á menudo, procuraré yo con todo empeño que esté siempre tal como tú quieres; que cuando ponderabas las prendas de tu escogida paloma, dijiste: *Huerto cerrado eres, hermana y esposa mia: huerto cerrado.* Repetiste sin duda esta cláu-

La corona de espinas muro del corazon.

Ne careat tua spina rosis, COR concolor armet,
Horto arcet stygias, seps diadema feras.

Porque tu espino dé rosas,
De mi corona hazle un muro;
Que asi guardado y seguro
Será de astutas raposas.

sula para dar á entender que necesita el corazon duplicado muro, y que no basta uno solo. Cuidaré, pues, con toda solicitud de poner un muro al mio, porque el jabalí montaraz no lo pise, ni alguna otra fiera lo tale; y por asegurarlo tambien de las zorruelas, que suelen demoler las tapias, por donde los pasajeros entran á quitar las frutas. Tanto importa tener bien cercado un jardin; porque si no está bien murada, destruirán la posesion.

Mas ¿de dónde traeré yo materiales para edificar el muro? ¿Dónde hallaré zarzas, matas, espinos y ramaje, con que tejer esta sebe? Permíteme, Rey pacífico, que para esto me valga de aquella corona de espinas con que ciñó tu cabeza tu impía madre la Sinagoga en el dia mas alegre para tu alma, dia en que te desposaste con la mia. Esta nuestra tierra que regaste con tu sudor, solo espinas y zarzas ha producido para tí. Tú, Señor, que te hiciste colono suyo, limpiaste de abrojos y espinas la tierra del perezoso; y como los labradores en el otoño, quisiste ser coronado de pámpanos de tu viña y de macollas de tu tierra,

Ciñendo tus sienes reales
Con espinas de mis males.

Fuiste coronado de espinas para arrancarlas de mi corazon, y para embotar con la tolerancia de tu cabeza las puntas penetrantes de mi culpa.

Valla será de mi corazon esta corona de espinas, que lo defenderá de vagantes fieras. Corónense otros de rosas; que yo, á honra de mi cabeza coronada de

espinas por mí, he de tejer á mi corazon una guirnalda de espinas; así estaré contenta y tendré los abrojos por delicia. Como azucena entre espinas, estará mi corazon libre de manos profanas. La rosa se arma de espinas; y se armará con ellas mi corazon contra todas enemigas astucias. Esta guirnalda aterra y desarma enemigos; mas protege y anima á los que en la Iglesia católica están congregados. Es flor esta corona de los que creen en el glorificado; pero punza y molesta á los que no le dan asenso. Con razon tejeré á mi corazon una cerca de tus espinas. Consejo tuyo es este, Esposo suavísimo. ¿No me dijiste por boca del Eclesiástico: Cerca de espinas tus oidos? Siendo los oidos, ojos y demás órganos corporales, puertas y arcaduces por donde entran al corazon las especies sensibles, justamente nos ordenas que, si queremos tenerlo bien guardado, cerremos sus portillos con espinas, y lo cerquemos por todas partes de zarzas.

Otro beneficio me has hecho con tus espinas, amantísimo Esposo mio; pues, contemplando tú las muchas injurias que yo te hice, dejándome llevar de otros amantes, dijiste por un profeta: Yo la cerraré el camino con espinas. Haré una cerca que por todas partes la ciña, para que no hallando por donde pasar, vuelva en sí y diga: Quiero volverme á mi primer Esposo, en cuya compañía lo pasaba mejor que ahora. Las espinas de penas que piadosamente airado envias, de tal manera cierran los caminos á los corazones, que no es posible ir á donde quieren; y se ven precisados á volver á tí, primer esposo suyo;

al modo que los israelitas buscaban acogida en tu sombra cuando sentian sobre sí tu vara.

Demás de esto, tu corona de espinas y la piadosa consideracion del dolor grande que te causó, cerrará á mi corazon todos los caminos para que no se vaya tras los rebaños de sus compañeros, dejándose llevar de las vanas lisonjas de sus sentidos, haciendo que se quede en el huerto en tu compañía participando los tormentos de tu pasion. Y así, mas aprecio yo con tu escogida esposa santa Catalina de Sena tu corona de espinas que otra de oro fino: porque temo mucho que debajo de una cabeza espinada haya un miembro melindroso. Defienda mi corazon, Señor, tu corona de espinas, para que por las puntas de las tribulaciones merezca llegar por fin á la corona de la gloria. Amen.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

LECCION VI.

El rostro de Cristo bordado en el corazon.

Signatum est super nos lumen vultus tui Domine: dedisti lætitiam in corde meo.
Sellada está, Señor, sobre nosotros la lumbre de tu rostro: diste alegria á mi corazon.
(*Psalm.* IV, 7).

¡Qué dichosa fue, Señor, y qué afortunada con tu dádiva aquella santa mujer que llaman vulgarmente la Verónica! quien compadecida de verte gemir bajo el madero de la cruz, y que cási te faltaba ya el aliento por la gran fatiga del peso y del camino, te ofreció un lienzo en que empapases la sangre y sudor en que iba bañado tu bendito rostro. Pero recibió una prenda digna de la mayor veneracion; pues con gran consuelo suyo vió estampado tu venerable rostro en aquel mismo cendal que fue aplicado para enjugar tu sudor. Tambien yo he deseado repetidas veces, amado Esposo mio, el mas bello de los hombres, que aquella tu graciosa cara, aquella inefable belleza, iman de los Ángeles, se estampase en mi corazon como en blanda cera, para traer siempre conmigo una imágen tuya.

¡Cuántas veces he suspirado que se esculpiese con

El rostro de Cristo bordado en el corazon.

Inspice prototypon, tensique in sindone CORDIS,
Dilecti faciem spinea pingat acus.

Has de bordar con primor
Mi rostro, esposa de hecho,
En la tela de tu pecho
Con aguja de dolor.

un punzon muy agudo en el pedernal de mi pecho una viva imágen de tu rostro serenísimo! Bien sabes, Señor, lo mucho que he deseado que aquellos clavos que barrenaron tus manos artífices de los cielos, y taladraron tus santísimos piés, se me convirtiesen en acerado buril con que yo pudiese grabar la imágen de tu belleza en la lámina de mi corazon. ¡Cuántas veces te he expresado entre suspiros y ayes los grandes deseos que mi alma ha tenido de contemplar tu belleza, y el desvelo de mis ojos que siempre andarán en busca tuya! No desvies, Señor, tu rostro de mí. ¡Cuántas veces te ha dicho mi corazon: Mis ojos han solicitado ver tu rostro, y volveré mil veces á solicitarlo! ¡Cuántas veces te he dicho: Muéstrame tu hermosura y la belleza de tu rostro, que veneran los príncipes del mundo! mas nunca he logrado mi deseo.

¿Qué haré, ó qué medio tomará mi corazon deseosísimo de tu belleza? ¿qué haré, Señor, para lograr una copia puntual de tu hermosura? ya lo sé; es ingenioso el amor: lo que él me dicta he de ejecutar. Tomaré unas rajas del madero de la cruz; haré de ellas cuatro listones y formaré un bastidor; y extendiendo mi corazon en él, como muy limpia tela, con las cuerdas que te ataron á tí, ó libertad mia, lo estiraré en cuadro de manera que quede plano y liso sin doblez ni arruga, para dibujar en él una copia de tu rostro. Y ¿quién será el Apeles que pueda meter vivos colores? ¿Qué Zeuxis, ó qué Parrasio copiará con destreza los delicados perfiles del sudario de la Verónica? No habiendo otro, yo haré oficio de pin-

tor; y mirando al rostro de mi Cristo estampado en el cendal, lo bordaré como pudiere en mi corazon.

Mas ¿dónde están las agujas, el hilo delgado y sedas de colores? Perdona, Señor; que amor no entiende de urbanidad; todo lo he de tomar de tu pasion. Aquella cabeza que debiera estar reclinada en manos de Ángeles, coronada ¡ay dolor! de cambrones, me dará todos los materiales. De punzon y de aguja servirá una espina de tu corona; y tiñéndola en tu sangre, cuantas veces picare la tela de mi corazon, otras tantas la pintará de carmin. No necesito de hilo; pues tengo á mano los cabellos que arrancaron de tu cabeza y de tu venerable barba. Y si pareciere que esta copia no está acaso bien colorida; con tus lágrimas, ó Cristo, templaré lo nímiamente rubicundo, para pintar á mi amado blanco y rojo.

Nadie busque aquí hermosura exacta, estando el original sin hermosura, respecto de verse como escondido su rostro, denegrido, afeado, reputado como leproso y castigado de Dios, gusano, oprobio del mundo y desecho del pueblo. Nadie busque extremada blancura en mi Nazareno; que no he podido hallarla sino en la corona que su madre le dió. Nadie espere de mi mano aquellos ojos de paloma, bañados como en leche; pues convino desfigurarlos con las lágrimas y con la sangre que llovió de ellos. Esta copia tal cual, es la mas ajustada y mas grata á mi corazon, y así diré llena de regocijo: Ya rayó, Señor, sobre mí la luz de tu rostro y con gran fruto; pues no cabe en mi corazon el contento. ¿Qué mayor

dulzura, qué mayor regocijo puede haber que llevar en el pecho una imágen del Hijo de Dios?

Muy del caso es que esté bordada esta copia en el corazon, de manera que no quede en sola la superficie, sino que por todas partes esté penetrado representando por ambas haces el retrato de su ensangrentado Eposo. La copia hecha con pluma ó pincel se borra con facilidad, la de relieve ó talla puede ofuscarse con tierra, las letras esculpidas á cincel pueden ser raidas aunque estén profundizadas, cualquiera estampa se borra con otra imágen sobrepuesta; pero será imposible que este retrato se borre; durará en mí lo que el corazon durare. Nadie podrá rasgarlo ni raerlo sino que hagan con él pedazos mi corazon. Embutido ha de quedar en mí el bello rostro de mi amado Jesús. Ramillete de mirra es mi amado: siempre lo traeré en mi pecho. Así sea, mi Jesús y dueño mio. Amanezca la luz de tu rostro en el alma de tu esclavo. Quédate, Señor, en él; no lo desampares hasta que yo te vea cara á cara y me sacies de gozo con la eterna vision de tu hermosura.

LECCION VII.

El corazon copa de Cristo sediento.

Dabo tibi poculum ex vino condito.
Yo te daré bebida del vino adobado.
(*Cant.* VIII, 2).

Cosa admirable fue, Jesús amante de los hombres, que tú, que eres fuente de vida y agua de vida eterna, fatigado del camino y recostado sobre un pozo, pidieses un trago de agua á aquella mujer de Samaria, dejándola con tal peticion no poco admirada. Aun fue mas grave y mas penosa aquella sed que toleraste en tiempo de tu pasion, la que no dudo admiró á los mismos Ángeles; pues de ella quisiste quejarte en la cruz. Mucho antes la habias llorado diciendo con lamentable voz, por tu profeta David: Como barro cocido estoy de sed; pegada tengo la lengua al paladar. ¿Qué es esto, Señor? ¡Que tú que das de beber á todo viviente estés sediento; y que no haya quien recree tu árida lengua con un vaso de agua! Para Sanson sediento, produjiste agua de la mejilla de un asno. Sediento estuvo el extrañado niño Ismael en el desierto, y un Ángel mostró á su madre Agar un pozo. Sed tuvo el rebelde pueblo de los judíos, y una piedra se desató en arroyos. Porque Elías no pereciese de sed, lo enviaste á beber al arroyo de

El corazon copa de Cristo sediento.

Respue quæ Judæ genus offert, pocula fellis,
Compuncti CORDIS sed bibe, sponse, merum.

No gustes la amarga hiel
Que te da el infiel judío;
Bebe, Esposo, el amor mio,
Y templa tu sed con él.

Carit; ¡y al Señor del cielo y tierra se le niega un vaso de agua!

Aquel trago que la viña adúltera, la impía Sinagoga ofrece á su colono, no es bebida, no, sino tormento. Sobre esto quisiera oirte á tí, pues tus palabras son mas dulces que miel. Suene tu voz en mis oidos, y explícame, amado mio, qué vino fue aquel que te dieron antes de espirar. Diéronme, dices, hiel en manjar, y vinagre para mitigar mi sed. Cercóme la impía Sinagoga de hieles, engurgitóme de amargos, y me empapó en ajenjos. Aun es mayor mi crueldad: pues de mi amargo corazon te doy continuamente vino mezclado con hiel, viciando y corrompiendo las obras buenas con mi perversa intencion. ¿Qué te he dado yo, vid que plantaron tus manos, sino racimos de hiel y agraces amarguísimos? Tú diste á mi corazon pan, vino y aceite; y por ello te he dado ¡qué dolor! hiel de dragones y mortal veneno de áspides. Duélome, Señor, de mi execrable ingratitud. Mas como tú conviertas mi corazon en viña escogida y en copa de oro con muchos brillos de amor, propongo darte el vino mas regalado, digno de que mi querido lo beba y de que con él se saboree su boca.

Mas, antes de sacarlo de la bodega de mi corazon, es preciso que yo sepa qué es lo que te causa tanta sed. La sed de nuestra salud y de nuestra redencion, y la conversion de los hombres te aflige mas que todos los tormentos corporales. ¿Quién pudiera, Dios y Señor mio, restañar esa sed y darte un trago de vino de compuncion, que fluyese de la prensa de mi co-

razon contrito? Leo en la Escritura: Dad sidra á los tristes y vino á los congojados; que en bebiendo no se acordarán de su congoja y olvidarán su tristeza. Bueno fuera, Señor, que estando tú en la mayor congoja y en la angustia mas terrible se hiciese contigo lo que no se niega á los condenados á muerte: pues desde el primer instante de tu nacimiento estuviste sufriendo esta adustísima sed, y la manifestaste en la última hora de tu vida, para hacer notorio y patente el excesivo amor que profesabas al hombre.

¿Quién será tan cruel, amantísimo Esposo de mi alma, que al oirte decir con voz ronca y moribunda, *Sed tengo*, no se derrita y liquide para que, convirtiéndose en bebida, pueda mitigar la sed de tu alma enamorada? ¿Quién, aunque hubiera de costarle mucho afan, dejaria de mitigar la sed de aquella bendita boca que pronunció tantas veces palabras de vida eterna, tan vivas como flechas ardientes, pues penetraban hasta lo íntimo de los corazones? Deseó en su sed David un jarro de agua de la cisterna de Belen; y tres valerosos soldados, penetrando el ejército de los filisteos, le trajeron agua de la cisterna y la ofrecieron al rey. ¿Y no iré yo por medio de mis enemigos, y por cualquiera peligro, para traer á mi querido algun leve refrigerio? Cierto que estoy temiendo que alguna vez me digas: *Sed tuve, y no me diste de beber*. ¡Ojalá, Señor, único consuelo mio, rasgaras todas las venas de mi corazon é hicieras brotar arroyos para que bebieras en medio de la jornada, antes que acabaras la de tu vida!

Si por beneficio especial de tu gracia fuera yo tan

dichosa como aquella tu querida Sulamite, ciertamente que en esta tu sed ardientísima te ofreciera una copa de vino aderezado, y el escogido zumo de granadas. Mas, aunque no como ella, te ofrezco todo mi corazon tal cual es, para que mitigues tu sed bebiendo mi corto amor. Bebe, Señor, mi corazon desleido que desea ansioso infundirse é incorporarse con el tuyo á fuerza del fuego de tu activa caridad. Bebe, y bebe luego sorbiendo todas mis ansias y suspiros con todos los gustos que pueden ofrecerte mis deseos; y celebraré el convite de mi Rey en que preside el amor, quien con recíprocos brindis suele desafiar á los amantes. Pero ¿qué digo yo, suavísimo Dios mio? ¿qué refresco te preparo con solo un desleido corazon, que como una gota de agua ha de avivar mas tu sed? ¡Oh si yo pudiera, Esposo muy tierno de mi alma, desleir los corazones todos para que con bebida tan dulce se mitigase tu sed insaciable! Pero, segun estoy viendo, por no haber tanto caudal, temo que te mueras de sed. ¡Oh sed! oh sempiterno ardor! abrásame, para que me sacie de aquella fuente viva que nace en el paraíso de deleites y baña la ciudad de Dios.

LECCION VIII.

Punzada del corazon con el clavo del temor de Dios.

Confortavit eum clavis, ut non moveretur.
Lo aseguró con clavos para que no se moviese. (*Isai.* XLI, 7).

Sed tuvo mi alma de tí, Dios mio. Mi corazon te ha buscado ansioso. Con grandes veras he deseado seguirte y unirme á tí; y por eso te rogué que por las entrañas de tu misericordia me atrajeses á tí con los cordeles de Adan, y me atases á tí con las ligaduras de tu amor. Pero ha sido mi perfidia tal, que rompí el yugo, y haciendo trozos las cuerdas, te ha vuelto mi corazon las espaldas. ¿Con qué me podrás unir á tí de suerte que nunca pueda desasirme? Las cuerdas pueden podrirse; pueden romperse los grillos; mas fuertes y mas seguros son los clavos. Clávame, pues, Señor, con tus clavos á tí para que nunca pueda desasirme de tu amor, y de mí se diga aquello que dijo tu Profeta: Con clavos le ha fijado el Señor, para que no se pueda mover. Tú quisiste, amante Esposo mio, ser arrastrado y estirado con cordeles, y que despues te fijasen en la cruz con clavos que barrenaron tus manos y piés. ¿Qué significa esto, sino que por estos medios elevas al logro de la eterna salud á

Punzada del corazon con el clavo del temor de Dios.

Hoc mihi COR sancti clavo transfige timoris,
Pro me, qui clavis in cruce fixus eras.

Ya que con clavos, Señor,
Clavado fuiste por mi,
Mi corazon clave á ti
El clavo de tu temor.

los que has predestinado para que sean semejantes y parecidos á tí? Primero los atraes con cuerdas; despues los unes á tí con fuertes clavos.

Atado vive á tí, Redentor mio, con un cordel el que hallándose combatido de una grave tentacion, pone la mira en la honestidad de vida y en la memoria de la promesa. Con esa cuerda se mantiene todo el tiempo del combate, porque su propósito no se quiebre. Pero este cordel sobre molesto y duro, es muy peligroso y no puede durar mucho, porque la cuerda suele podrecerse; y olvidados de la honra, hacemos trozos los lazos de la vergüenza. Otros viven fijados al Señor con duros clavos y aprisionados con su santo temor. No temen á los hombres, sino las penas infernales: no temen pecar, sino arder. Estos tienen mas firmeza que los primeros, porque no desamparan su buen propósito; y los otros suelen titubear en el suyo. Clávame, pues, y penetra mi corazon con el clavo de tu santo temor, para que siquiera de esta suerte te sepa amar.

Mas para manifestarte, dulce Esposo mio, las fervorosas ansias de mi amor, quisiera que vieses ejecutado en mí lo mismo que por mi salud se ejecutó en tu cuerpo virginal. Y ¿qué se hizo? Atiende, Jesús, gran sacerdote; escúchame tú, y óiganme todos tus amigos y domésticos. ¿No dijo de tí tu Padre: Delante del antiguo sacerdote Jesús he de poner una piedra con siete ojos ó agujeros? yo la haré tallar, para borrar en solo un dia toda la maldad de la tierra. Esta piedra eres tú, dulce Jesús, basa escogida para fundamento, en quien residen como ojos los siete dones

del Espíritu Santo. Esta fue cincelada y retallada en la cruz con el puntero de los clavos por empeño de los judíos, para acabar en el dia solo de tu pasion cruelísima con todas las maldades de la tierra. Ea, pues, amado mio, esculpe y graba en la piedra de mi corazon tu temor santo, al modo que se hizo en tu cuerpo. Ruégote que seas tú el grabador, escoplo y puntero los clavos de tu cruz, martillo la divina palabra, que esta deshace pedernales, y piedra mi corazon.

Graba en él profundamente, tallador divino, tu temor santo que me aparte de mal y clave mi corazon á tí. El temor de Dios expele los pecados. Fíjame con tus clavos, destruye el fomento de mis deseos, y muera en mi carne todo excitativo de delitos. No quede á la concupiscencia facultad de vagar estando clavada á la cruz. Un clavo hay espiritual que clava á la cruz las carnes; mas si estas sacuden de sí el clavo del temor, se dirá de ellas sin duda: No habitará mi espíritu en tal hombre, porque todo es carne. Si no está crucificado, si no lo traspasa el clavo del temor divino, no durará en él la gracia mucho tiempo. Traspasa, pues, con este clavo mi corazon, dulce Jesús, para que lleve yo continuamente en mi cuerpo los timbres de tu pasion.

Así el temor de Dios, como el clavo de la cruz que le simboliza, me servirá de freno y de defensa. Tengo entendido que gozosa Elena de la invencion de tus clavos, mandó engastar uno de ellos en la corona de su hijo Constantino, y otro en el freno de su caballo, lo cual no fue descortesía sino piedad; pues lo hizo

en obsequio de nuestra redencion. En la cabeza está bien el clavo; porque hay seguridad donde hay entendimiento. La corona en la cabeza y en la mano la brida. Sea de cruz la corona para que brille la fe; y sea la brida tambien de cruz para que sepa regir la potestad. Entonces se vió cumplido el vaticinio de Zacarías, que dijo: Lo que está en el freno del caballo, se consagrará al Todopoderoso. Y ¿de qué sirve una cosa tan santa sobre el freno, sino de domar la insolencia de los príncipes del mundo? Como si el Espíritu Santo les dijera, segun glosa Lira: No os desboqueis como el caballo ó el mulo; reprimid tanto orgullo con cabezon y con freno. Sea tambien para mí este clavo de tu amor, Dueño mio, yelmo de mi salud y freno que me detenga, porque no caiga ni me deslice en alguna culpa.

Otro beneficio mas estimable me has hecho con el clavo de tu cruz. De él puedo formar llave maestra que me franquee tu cámara. El clavo se ha hecho llave para mí, para que yo vea la voluntad del Señor. ¿Quién me impide mirar por el agujero que hace? Clama el clavo y clama á voces la herida, que la deidad está en Cristo pacificando consigo al mundo. Este hierro, Señor, te llegó al alma y te penetró el corazon, para que supieses condolerte de los yerros de mi fragilidad. Ya se registran los secretos de tu corazon por las roturas de tu cuerpo. Ya está manifiesto el sacramento de tu piedad. Ya finalmente se ven las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, por la cual bajó del cielo á restaurar el mundo. Permíteme, pues, Señor, que con esta llave fabricada

de tu clavo entre al castillo de tu proteccion, y á la casa de refugio de tus santísimas llagas, para que en ellas viva retraido á la turbulencia del mundo, libre de todo susto y sobresalto. Concédeme esto, amor mio, pues me escribiste en tus manos divinas con las plumas de los clavos, y con la púrpura de tus venas. Lee, Señor, tu Escritura y salva tu criatura.

SÉPTIMA CLASE.

CONFORMACION DEL CORAZON CON LA CRUZ Y CRUCIFICADO.

La cruz de Cristo y el mismo Crucificado, que fue escándalo para los judíos, y para los gentiles irrision, es para los llamados y escogidos virtud, sabiduría, justicia, redencion y santidad. Por eso colocan estos todo su honor en aquel leño que antes era padron ignominioso; y así decia san Pablo, que no queria gloriarse sino en la cruz de Jesucristo. San Andrés con el mayor respeto la saludó de este modo: Dios te salve, cruz consagrada con el cuerpo de Cristo y guarnecida con sus miembros como con diamantes muy preciosos. Ó buena cruz, que te ennobleciste con el contacto del cuerpo de mi Señor, sácame de este mundo y condúceme á mi Maestro, para que me reciba por tí el que por tí me redimió. Este es aquel árbol de quien decia la Esposa: Como el manzano entre arbustos silvestres, campea mi querido entre los hombres. Sentéme á la sombra del que

deseaba, y encontré en su fruto gran dulzura. Es la cruz lecho florido de nuestro Nazareno, catre de Salomon hecho de maderas del Líbano, cuyo reclinatorio es de oro, el estribo de púrpura y el estrado de amor en obsequio de las damas de Jerusalen.

Es la cruz de Cristo la clase superior de nuestra escuela y remate de nuestra universidad. Venid, pues, hijas de Sion, entrad en esta clase, y veréis dónde vuestro querido sestea y dónde reposa. Trasplantad este árbol de la cruz desde el monte Calvario al campo del corazon, consagrándolo á vuestro Esposo con su título triunfal. Si deseais ser heridas de su amor, la lanza que le abrió el pecho os dará heridas de caridad. Si estais sedientas, aquí hallaréis vino aderezado y mosto de granadas destilado en la prensa de la cruz. Si buscais seguro albergue, ó tímidas palomas, podeis anidar en los agujeros de la piedra ó en la rotura mas honda de la tapia. Tambien hallaréis aquí espejo en que contempleis vuestro rostro; pues aquellas cinco llagas preciosísimas son otros tantos espejos, mas tersos y mas puros que el oro bruñido y el cristal, en los cuales veréis fácilmente los lunares de vuestro corazon. Si fatigadas ya de tanto andar buscais reposo, no lo busqueis fuera de vuestro amado. Unid á él vuestro corazon en su sepulcro, y allí descansaréis en dulce sueño, sin que nadie lo interrumpa hasta que el Esposo quiera. Estas son las lecciones que se explican en esta clase.

LECCION IX.

Extension del corazon en la cruz.

In simplicitate cordis quærite illum.
Buscadlo con sencillez de corazon.
(*Sap.* 1, 1).

Busqué de noche en mi cama al dueño que mi alma adora. Busquélo, mas no lo hallé. ¿Cómo era posible, amado mio, hallarte en el lecho de mi sensualidad y poltronería, si andando tres dias en busca tuya José con tu Madre su esposa no pudieron hallarte en toda tu parentela? No dejaré plaza ni calle de toda la ciudad hasta lograr la vista del amado de mi corazon. Ya finalmente despues de gran diligencia he sabido dónde reposas y dónde sesteas al mediodía de tu caridad. Ya te hallé, amado dueño, en el áspero catre de la durísima cruz. Mas si miro los clavos de esta cama, son de hierro; si contemplo las almohadas, son penetrantes espinas; y si reparo en la cruz, es un duro tronco fatal. Aquí reposas, ó pacífico Rey, en la cama nobilísima de Salomon hecha de cedros del Líbano; pero sobre todos los cedros se descuella la cruz en que estuvo pendiente nuestra vida, cuyo ascenso es de púrpura, ó purpurado con su sangre, mullido de caridad por atraer las hijas de Jerusalen; pues tú, ardiendo en caridad, atraes las

Extension del corazon en la cruz.

In cruce, ne rugosa fores, expansus obivi:
Sponsa tuum tendas COR, sit ut absque plica.

Pues yo en la cruz permiti
Ser por ti descoyuntado;
Tu corazon estirado
Sin doblez esté por mi.

fieles almas á tí. Pero aunque sea duro el lecho y horrible el acerillo ó almohada, reclinando en él tu cuerpo y tu cabeza, diré adecuadamente:

Dulce leño y dulce lecho,
Sostiene un peso muy dulce;

pues aquel tronco, fatal y maldito en otro tiempo, se ha hecho ya por tu contacto

Árbol muy noble y florido,
De púrpura real vestido.

Bien dijo la Esposa: Florida está nuestra cama. ¿Cómo no habia de estar florida siendo catre de la flor del campo, de la azucena de los valles y de la flor de la raíz de Jesé, bizarra con su rosado carmin y olorosa con su amena suavidad? ¿Cómo no habia de estar florido aquel lecho en cuya inscripcion se lee, *Jesús Nazareno*, que significa *Florido?* Y es florido en realidad por la amena variedad de todas las virtudes. Cierto que me hechiza el oir que la Esposa llame *nuestra* la cama, esto es, comun á tí y á mí; enseñándome con esta locucion que no huya la compañía de tu cruz. Preciso es que el hombre viejo se crucifique con Cristo, para que resucite renovado. Es necesario que padezca con él, si con él quiere reinar. Crucifíquese, pues, el corazon rebelde y la lozanía de la carne; porque, para ser de Cristo, debe crucificarse el hombre con todos sus vicios, con todos sus apetitos y deseos.

Pero ¿en qué ha pecado el hombre viejo? ¿qué mal ha hecho? ¿qué culpas resultan contra él? Estas: Tiene

irritado á Dios; porque interiormente dijo que no le habia de residenciar. Congregó iniquidades contra sí; y dijo interiormente que no hay Dios. ¿Qué os parece? Que blasfemó. Muera, pues, en una cruz: Quítalo allá, retíralo y haz que lo pongan en palo. Justa es, Señor, tu sentencia. Muera crucificado este impío corazon, para que muera para el mundo y el mundo para él, y para que yo pueda decir con san Pablo: El mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo. Toma, pues, Señor, mi corazon y crucifícalo contigo, escarpiándolo en tu cruz con los clavos de tu temor, para que no sirvan ya á la concupiscencia sus deseos, y queden perpétuamente mortificados. Y como el que se ve en la horca ó en un cadalso, no cuida ya de cosa de este mundo, no piensa en sus aficiones ni en lo que sucederá otro dia, ni en cosas semejantes, porque con la muerte corporal que tiene á los ojos se considera difunto á todos los elementos, poniendo toda la mira de su corazon en aquel término á donde en breve ha de ir; haz, Señor, que crucificado yo con tu temor santo quede muerto, no solo á los vicios, sino á los mismos elementos, y que ponga toda la mira de mi corazon en aquel blanco á donde por medio de la cruz espero llegar contigo.

Otro documento insinúa tu crucifixion. Siendo tú esencialmente sencillo, amas la simplicidad y tienes tu trato con los sencillos. En esto nos avisas que te busquemos con simplicidad de ánimo; esto es, nada como á tí, nada sino á tí, nada despues de tí; y por el contrario nos previenes que no tengamos doble-

ces diciendo: No seas incrédulo á Dios, ni le trates con doblez: El hombre doble en todos sus procederes es inconstante. Y ¿por qué lo es? porque le falta el áncora de la esperanza en que se aferra el ánimo, para no fluctuar como navecilla batida de viento. ¿Qué debo yo hacer para estirar los pliegues, arrugas y dobleces de mi corazon? Ya tú, Señor, nos lo enseñaste en tu cuerpo estirado en la cruz; pues para ostentar la gloria de la Iglesia tu esposa, y manifestar que no hay en ella mancha ni arruga, te diste en precio por ella. Para lavar sus manchas hiciste lavatorio de tu sangre; y para quitarle toda doblez, fuiste tú estirado y desplegado en la cruz de tal modo, que se desencajaron los huesos todos de tu cuerpo, y quedaste totalmente descoyuntado. Barrenaron, Señor, tus manos y tus piés; y porque no quedase pliegue alguno en tu cuerpo, lo estiraron de tal modo, que se contaban los huesos uno á uno. Á tanta costa desplegaste los dobles de tu Iglesia.

¿Quién me dará, Señor, que mi corazon quede crucificado contigo, y que de tal modo se estire, que no quede en él arruga ó pliegue, y tenga en todo tan pura y simple intencion, que solo aspire á complacerte á tí, querido de mi alma, para que pueda yo decir: Mi amado es para mí, y yo para él? Tú abominas dobleces, esto es, los que hablan bien con los labios, reservando su malignidad en los pechos. Aun á los hombres parecen mal. Y así los prudentes de este siglo, observando en el durazno ó prisco que el fruto tiene figura del corazon, y que la hoja es parecida á la lengua, quisieron significar con este sím-

bolo, que el corazon y la lengua deben convenir en todo, y que no debe pronunciar el labio lo contrario á lo que reserva el pecho. El corazon que sigue diferentes rumbos no tendrá buenos sucesos, y en ellos tropezarán los corazones depravados.

Bien sé, Dios y dueño mio, que examinas los corazones y amas la simplicidad; por eso me entrego en tus manos con sencillo corazon, para que me estires y despliegues de modo, que con simple corazon pueda yo ser grato á solo Dios simplicísimo. Deseo, Señor, que tu cruz me haga semejante á tí, para decir con san Andrés: ¡Oh noble cruz que recibiste lustre de los miembros del Señor, tanto tiempo deseada, amada con solicitud, buscada sin intermision, y ya preparada á quien tanto te suspira! seguro y gozoso llego á tí, para que con el mismo gozo me recibas á mí. Sácame ya de este mundo y restitúyeme á mi Maestro, para que me reciba por tí el que por tí me redimió.

Plantío de la cruz en el corazon.

Dulce, precor, tenero CORDI crucis insere lignum,
Fœcunda crescet nobilis arbor humo.

Planta para mi consuelo
Tu cruz en mi corazon:
Que dará fruto en sazon,
Porque está abonado el suelo.

LECCION X.

Plantío de la cruz en el corazon.

Plantatio Domini ad glorificandum.
Plantío del Señor para gloria suya.
(*Isai.* LXI, 3).

Venga mi querido á su plantel; no á coger azucenas, no á comer frutas sabrosas; sino á plantar, como hortelano muy experto, otro verjel semejante al que plantó en el principio del mundo. Ya está repurgada la tierra de mi corazon de arbustos y espinas; ya saqué de ella las piedras; ya la labré con la azada de la penitencia; ¿qué falta ya, hortelano celestial, sino que vengas tú y hagas en ella un plantío fiel? Ya está, Dios mio, dispuesto mi corazon. Ya llegó el tiempo de plantar. Ven, pues, y haz plantío en tu huerto; traslada á él desde el Calvario el árbol de la vida, y clávalo en el centro de mi alma. No puede lucir nuestro suelo con árbol de mejor casta, ni honrarse con planta mas ilustre nuestra tierra.

Es la fiel cruz, entre todos
Los arboles, el mas noble;
No igual la selva produce
En hojas, frutas y flores.

Si antiguamente fue tronco infame, leño ignominioso, árbol infausto; desde que en él estuvo pen-

diente la salud del mundo, toda su ignominia se convirtió en gloria; pues como cantó la Sibila:

Feliz es aquel leño
En que estuvo pendiente nuestro Dueño.

El Rey de reyes le comunicó la mayor nobleza con el contacto de su humanidad sagrada.

La nativa terquedad
Ennobleció con sus miembros,
Y dando honor á la pena
Ilustró en sí los tormentos.

Este es el árbol nobilísimo que se ha de plantar en el jardin de mi pecho. Este es el hermoso granado en que se ve aquel fruto que se desabrocha en granates de púrpura y se ilustra con real corona. Este es el cedro mas elevado del Líbano y la palma mas alta de Cades. Este la fecunda oliva y el ciprés coposo, que apuesta elevaciones al cielo; y es finalmente, como cantó Balduino,

Mas fértil que la palma,
Mas que el plátano alegre,
Mas fecundo que cidra,
Y mas que el cedro noble y eminente.
Mas que el ébano duro,
Mas que el boj permanente;
Su amena lozanía
Basta sola á formar un soto verde.

¡Qué árbol tan bello! qué suave! Todo respira alegría; nada tiene de tristeza. Perpétuamente está produciendo vida, fructificando gozo, destilando regocijo, sudando espiritual bálsamo. No es tronco inculto, sino árbol vital para todos los que se acogen á

él. Es oliva que rebosa crasitud de entrañable óleo del ungido Mesías, que es óleo derramado, de cuya plenitud participa el orbe todo. Es viña de Engadi, que nos produjo aquel racimo aromático que destila para todos vino de compuncion. Es en fin el árbol mas ilustre por su eterno verdor y por ser blason y timbre de nuestra salud.

La misma piedad de Dios
Es de sus ramas la hiedra;
Y con la sangre que suda
Se convierte su copa en primavera.
De su tronco están pendientes
Misterios de la fe nuestra;
De Dios por la majestad,
De hombre, porque vistió nuestra librea.
Con la sangre del Cordero
Que sana humanas dolencias,
Sus raices reverdecen,
Y el tronco á su contacto se renueva.
¡Oh Cruz, amparo, refugio,
Esperanza, salud nuestra,
Depósito en que Dios tiene
Al hombre reservada la diadema!

¿Qué mucho, pues, será que para el jardin de mi corazon elija yo un árbol tan frondoso y tan fecundo, que hace tantas ventajas en lo fértil y en lo ameno? Deseo, Esposo mio, que en él plantes el árbol de tu cruz, ahondando hasta el centro de mi corazon para que en él se radique, crezca y florezca; de suerte, que ya no viva yo, y que el Crucificado viva en mí. Si quieres plantarlo á la márgen de un arroyo, para que fructifique á su tiempo, yo derramaré á su raíz copiosas lágrimas, y regaré el nuevo plantío con ellas. Nunca podrán faltar lluvias; porque si la cruz se

planta en mi corazon, á vista de aquel amor con que mi amor fue exaltado en la cruz por mí, brotará mi compungido corazon un arroyo perene, que no cesará de fluir de mis ojos dia y noche. ¿Por qué no esperaré yo tanta dicha del contacto de esta vara, si en manos de Moisés hizo brotar su figura abundantes arroyos de una piedra?

Mas ¿por qué deseo tanto que se plante este árbol en mi huerto? sino para decir con la Esposa: Ya estoy á la sombra del que tanto deseaba, cuyo fruto me da inefable dulzura. Refresco, solicito y alimento. El refresco en la sombra, esperando que tú, suavísimo fruto suyo, á quien dijimos: Á tu sombra vivirémos, me acojas á la sombra de tus brazos. Á la sombra de un árbol estaba Natanael cuando le viste. David colocó sus fortunas á la sombra de tus alas. Á la copa de otro árbol subió Zaqueo por alcanzar á verte, dueño amado. Yo he de perseverar al pié de este árbol prodigioso, en que extendiste tus brazos, para que á tu sombra se acojan todos. Aquí estaré eternamente acogida á la sombra de tu cruz para vivir segura de toda malignidad del siglo, y defendida del adusto ardor del cuerpo. Tu cruz, que fue reclinatorio tuyo cuando echaste sobre tí nuestro delito, refresca, buen Jesús, con su sombra á todos los que tostó la concupiscencia. Acójase, Señor, el corazon mio á la sombra de tus alas, donde exento del ardor de los cuidados del siglo, y alentado con tu suave refrigerio, cante y diga rebosando gozo: Aquí tendré mi sosiego, aquí dormiré sin susto.

Tambien me dará este árbol alimento, porque es

muy sabroso para mí su fruto. Otros árboles dan el consuelo de su sombra, pero no siempre dan fruto capaz de conservar la vida. Solo hay un autor de ella, medianero entre Dios y los hombres, hombre y Dios, Cristo Jesús, quien aseguró á su Esposa que él es su salud perpétua. Solo este es el fruto sabroso y saludable que da inmortalidad al que lo come. Dame, Señor, á gustar de este fruto tan dulce á mi corazon. Contemplo que está muy alto; pero eleva tú mi deseo: bendito es; santifica tú mi obsequio: incorruptible es; purifica tú mi afecto: suave es; alegra tú mi corazon para que se deleite en tí, que eres el solo y precioso fruto que puede saciarlo por toda la eternidad.

LECCION XI.

Dedicacion del corazon con el título de la santa cruz.

Titulus Domini juxta terminum altaris erit in signum, et in testimonium Domino exercituum.

El título del Señor acerca del término del altar será por señal, y por testimonio al Señor de los ejércitos. (*Isai.* XIX, 19).

Considera, alma mia, que desea tu Esposo celestial que de varias maneras le dés tu corazon. Quiere que se lo vendas por el reino del cielo, quiere que se lo dés en don gratuito, y que se lo ofrezcas en sacrificio gratulatorio, por haberse hecho él por tí hostia suave y grata á los ojos de Dios. Desea asimismo que en él se le fabrique un templo para habitacion suya, y que él mismo sea altar en que se le ofrezcan espirituales víctimas. Ejecuta, pues, alma mia, lo que tu Esposo desea. Conságrale este templo y dedícale ese altar santificado. Pero ¿de qué suerte y con qué palabras quieres hacer esa solemne dedicacion? Con las mismas que Pilatos mandó escribir para título sobre la cabeza de tu coronado amor. Si las iglesias dedicadas á los mártires y los primeros templos de los cristianos antiguamente se llamaban *títulos;* tambien podrás consagrar el templo espiritual de tu

Dedicacion del corazon con el título de la santa cruz.

Hoc titulo, tibi, Christe, COR hoc dico, consecro totum:
Nolo quod esse meum, si queat esse tuum.

Á Cristo quiero ofrecer
Mi corazon y albedrio;
Que no quiero sea mio
Lo que suyo puede ser.

corazon con el título de la cruz. Cuando Jacob hubo de hacer un altar, erigió por título una piedra; erige tú tambien el título de tu amado sobre tu altar, para que se haga un Betel ó casa de Dios.

Los supersticiosos atenienses tenian un altar dedicado al Dios no conocido. Yo no he de hacer así; he de pregonar que soy altar consagrado al Dios conocido, y lo he de escribir de mi mano. Y así consagraré esta ara al Dios conocido en Judea, al Señor que conoce mi alma, y al Autor soberano que mi corazon adora. Cuando David prorumpió en aquella misteriosa palabra, consagró todas sus obras al Rey. Yo consagro á tí, Rey invisible é inmortal, no solamente las obras sino tambien el corazon, orígen de ellas, fuente de mis pensamientos y de tus alabanzas.

Á tí, Jesús Nazareno Rey de los judíos, dedico y consagro por toda la eternidad el ara de mi corazon, que por tantos títulos es tuyo, cuantas palabras tiene tu título. Débotelo, Jesús Salvador, porque por sola el ansia de salvarme diste tu vida en la cruz. Tuyo soy, comprado á tan subido precio; y así sálvame de los vicios y de mí mismo, para que dejando de ser mio sea todo tuyo. Al hermoso Nazareno y florido Esposo, flor de la raíz de Jesé, que campea en el árbol de la cruz, ofrezco el florido lecho de mi corazon, plantado y cultivado por él, para que coja las flores que hubiere producido por su gracia, y con ellas se repare en la cruz de los desmayos que le ocasiona su amor. Riega este jardin, hermoso Nazareno, flor del campo, azucena del valle, con tu san-

gre preciosa, para que haya nuevas flores en nuestra tierra. Al Rey entronizado sobre el santo monte de Sion, que reinó gloriosamente desde el madero en que estuvo colgado, por conquistar para sí el reino de mi corazon, para que el pecado no reinase en él, al Rey, digo, de mi corazon, á mi amor crucificado por mí, lo consagro y lo dedico; para que viniendo á su reino habite en él, como en solio digno de su majestad; y así

Supremo y piadoso Rey,
Sea este mi corazon
Tu perpétua posesion.

Sé tú mi Rey y mi Señor, para que ninguna culpa reine en mí. Mi corazon ofrezco en perpétuo sacrificio al Rey de los judíos, de aquellos judíos, digo, en quienes reina, no en la letra, sino en el espíritu, de aquellos que han recibido en sí la circuncision espiritual. Rey eres tú de los judíos, de aquellos que confiesan á voces, ó los pecados propios, ó tus trofeos. Por tanto confieso yo con corazon recto todos mis insultos y mi execrable maldad, para que esta confesion sea saludable para mí. Asimismo mereces, Jesús, rey amable, que todos los corazones y lenguas alaben y glorifiquen tu nombre; por lo cual ofrezco yo alabarlo continuamente, confesando y predicando sin rebozo tu gloria en los palacios de los reyes y príncipes de la tierra; para que confesándote yo en los tribunales humanos, me confieses tú por tuyo en el de tu Padre, que está en los cielos.

Ahí tienes, Señor, ese corazon por tantos títulos tuyo, el cual te consagro con tierno y eterno afecto.

Repara en la inscripcion de ese altar, grabada con el título de tu cruz, y hazlo tan tuyo, que ninguno se atreva á profanarlo, ni pueda dedicarlo á algun ídolo. Con mi mano he firmado tu dominio y posesion; y aunque reclame la carne, aunque se oponga el mundo y lo contradiga el diablo, lo *escrito, escrito.* No quitaré el título que fijé, ni borraré su inscripcion; antes bien me acogere á él, como á fuerte escudo y torre segura; pues lo mismo es título que tutela. Sea incontrastable torre de fortaleza contra mi enemigo; para que conociendo por la inscripcion su dueño, huya de tus posesiones presuroso, pues no puede resistir á la fuerza del brazo.

Porque nadie profane la casa de algun poderoso, pone su escudo en la fachada, dice Agustino, para que leyendo el título de su dueño, y su potencia, ninguno se atreva á invadirla. Cuando alguno ve su marca en una alhaja, luego la pide por suya diciendo: Mia es esta alhaja, porque tiene mi divisa. Así, pues, los que tenemos la divisa de tu bautismo, buen Jesús, no raspamos ese título; antes bien confesamos la marca de nuestro Rey, los títulos de nuestro Emperador. Y ¿qué decimos? ¡Oh casa mísera! poséate aquel cuyo título tienes en tu fachada. El título que ostentas es de Cristo; pues no permitas que te posea el diablo. Sea, dulce Jesús, posesion tuya mi corazon, en que tu título está grabado; y sírvame este título tuyo de pabellon real, como dijo Justiniano, ó de real cortina, como decia san Ambrosio. Sea, en fin, mi salvaguardia, que me defienda de todas las invasiones de mis enemigos.

Reconoce, Señor, esta escritura y ampara tu criatura, para que en mí se vea cumplido espiritualmente aquel vaticinio de Isaías: Erigiráse un altar, cuyas inscripciones y títulos publiquen que está consagrado al Dios de los ejércitos. Póngase el título de mi Señor sobre el altar de mi corazon, en señal y testimonio de que el Dios de los ejércitos es su dueño por haberlo redimido con su pasion y su cruz; por cuyo título él me reconozca por suyo, y todo el mundo sepa que soy esclavo de mi Rey, comprado á precio de su sangre, cuya gloriosa marca traigo estampada en mi frente.

Rotura del corazon con la lanza de Longino.

COR, pia, transadigat divini vulnere amoris
Lancea, quæ Jesu tincta cruore rubet.

Aquel arpon, dueño amado,
Que en tu pecho se hizo fuego,
Rompa y abrase, te ruego,
Este corazon helado.

LECCION XII.

Rotura del corazon con la lanza de Longino.

Vulnerata charitate ego sum.
Estoy herida de amor.
(*Cant.* II, 5).

No solo de temor, sino tambien de tu amor deseo ser traspasado, dulcísimo amante de mi alma; pues el amor y no el temor te detuvo á tí en la cruz. Mas te asió á ella tu amor fino, que los duros clavos de hierro. ¿No será, pues, mejor unirme á tí por amor que por temor? Al temor acompaña pena; la caridad perfecta no consiente temor en su compañía. ¡Qué pródigo eres, Señor, de misericordia y de piedad! pues no permitiste que hubiese cosa en tu pasion, que de algun modo no sirviese á nuestra salud. Los instrumentos de tu pasion se hicieron instrumentos de nuestra perfeccion. Tus cordeles nos tiran hácia tí, tu coluna nos sustenta, tus azotes nos avivan, la corona nos ampara y los clavos nos dan firmeza. ¿Qué resta ya, sino que tu lanza nos dé una herida? Despues que te vieron muerto, un soldado rasgó con su lanza tu pecho sacratísimo, y aunque no tocó tu alma, traspasó la de tu Madre dolorosa. Ya tu alma no estaba en tu cuerpo; pero la de tu

Madre no podia apartarse de él un punto. Con que solo hirió Longino tu cuerpo y no tu alma; pero traspasó con aquel bote, no el cuerpo sino el alma de tu Madre.

¡Cuánto estimara yo, Esposo mio, que dejando el cuerpo sano, atravesases mi alma, dándome con tu lanza una saludable herida! Poderosa es esta lanza para encender en fuego amoroso el carámbano de mi corazon. Despues que por la brecha de tu costado entró el hierro á caldearse en el volcan de tu pecho, salió ardiendo en el fuego que habia concebido. Perdió aquella frialdad nativa despues que lo tocó el ardor de tu sangre sacrosanta. Desde entonces desprendió su natural aspereza, porque lo tiñó tu púrpura, lavólo tu sangre, y lo hizo tu amor ardiente. Atraviésame, pues, con esta lanza el pecho y el corazon. Penetra, Jesús dulcísimo, lo mas íntimo de mi alma con una saludable herida de tu amor, con verdadera, serena, apostólica y santa caridad, de modo que desfallezca mi alma por sola el ansia y amor de tu belleza.

No te pido, Señor, estas llagas por otro motivo, sino porque tú fuiste llagado por mis culpas. Yo deseo ser llagado del amor tuyo, porque fuiste tú llagado del amor mio mas vivamente que del hierro, y así dijiste: El corazon me has herido, hermana y esposa mia, con un guiño de tus ojos y con uno de tus cabellos. Y pues por mi amor recibiste esa herida, págame, Señor, en la misma moneda. No está muy sano el corazon, mientras no se siente herido de tí. Mas cuando siente en sí las flechas de tu amor,

explica sus llagas con íntimos afectos de piedad, y arde en deseos de tu vision; y por modo extraordinario restaura su salud con la herida el alma que en su mejor salud yacia enferma. Á estas heridas ofrezco desnudo el pecho; porque tengo por felicidad suma recibir una herida de esa lanza. Mas aprecio, Señor, ser herido de tu mano, que todas las caricias del mundo, porque mejores son las heridas que da un amigo, que los ósculos falaces de un émulo. Acaba, pues, de herirme el pecho, para que con tu Esposa pueda decir que estoy herido de amor.

¡Mas ay de mí, Bien mio! ¿para qué me tienes en el mundo, si á tí no estoy unido, y si en tu compañía no soy llagado? Por mí fuiste herido, Señor, y no por tí. Tú tienes llagas, y yo me veo sin ellas. ¿Qué justicia es esta? Yo debia ser herido, porque yo soy el que pequé, yo el que irrité á Dios; pero tú, inocente cordero, ¿en qué lo has pecado? Vuelvan esas llagas sobre mí y sobre mi generacion. Restitúyenos, Señor, esas llagas, pues son nuestras; que parece desdoro de tu inocencia que lleves en tu cuerpo las heridas que han causado nuestras culpas; ó concédenos siquiera que contigo sean heridas nuestras almas. Quítame, Señor, la vida, ó llágame el corazon: porque me corro de verme sano, contemplando á mi Salvador escarpiado en una cruz por mí. Ó hiéreme el corazon, Jesús mio, en tu compañía, ó permíteme que yo me hiera con una espada. No quiero vivir sin ser herido, viéndote á tí, Señor, por mí llagado.

¿Cómo no me concedes, Dueño amado, lo que con

tantas ansias te pido? Si te ha ofendido mi culpa, debes llagar mi corazon de justicia; y si de algun modo te he servido, dame estas llagas en pago. ¿Dónde están, Señor, aquellas piedades tuyas? dónde aquellas inmensas misericordias? ¿de cuándo acá has dado en esquivo, siendo tan benigno y amoroso? ¿de cuándo acá te muestras conmigo tan terrible, siendo tan dulce y afable? ¿desde cuándo has dado en ser conmigo tan avaro, habiendo sido siempre liberal y maniroto? No te pido, Señor, sol, luna ni estrellas; solo te pido esas llagas. ¿En qué consistirá que no quieras partir conmigo esas heridas? Ó quítame, Señor, la vida corporal, ó hiéreme el corazon; porque estoy avergonzado de ver herido por mí á mi Señor Jesucristo, estando yo sin heridas que soy su mas vil esclavo.

Ruégote, pues, por aquellas saludables llagas que por nuestra salud recibiste, de donde manó aquella sangre en precio de la humana redencion, que llagues y hieras el alma de este vil pecador, por quien quisiste morir. Pásala con el ardiente arpon de tu portentosa caridad. Viva es y eficaz la palabra de Dios, mas penetrante que espada de dos cortes. Tú eres la flecha escogida, y el penetrante dardo, que puedes pasar fácilmente el arnés de un corazon diamantino. Penetra y hiere gravemente el mio con la saeta de tu amor, para que pueda decirte mi alma, que de tu amor está herida; y sea de tal manera, que broten copiosos raudales de lágrimas sin cesar, por la brecha que en mí abriere la saeta de tu amor. Otra vez vuelvo á pedir, amado mio, que

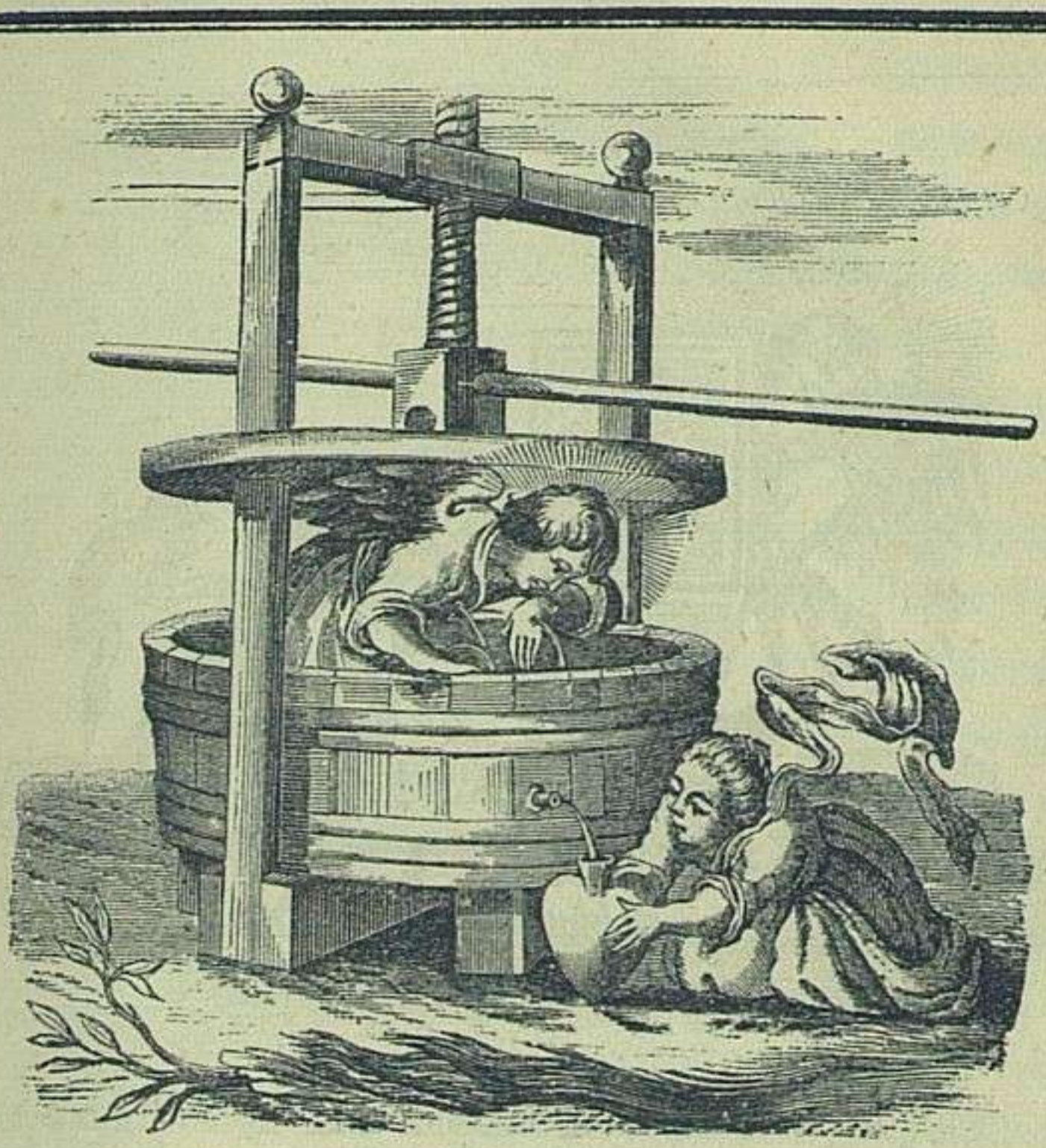
Por medio del corazon,
De este pecador aleve,
De tu fuego entre el arpon,
Y á tí lo arrastre, y eleve,
Muerto á terrena aficion.
Mi corazon abrazarte,
Mi Jesús, quisiera fiel,
Y en tus llagas imitarte,
Teniendo contigo parte
En la lanzada cruel.

LECCION XIII.

Mosto del corazon destilado del lagar de la cruz.

Vinum lætificat cor hominis.
El vino alegra el corazon del hombre.
(*Psalm.* CIII, 15).

¡ Qué bueno eres, Dios de Israel, para los de recto corazon ! ¡ qué de gracias no comunicas al alma que te ama de veras, que todo lo tiene en tí, y para quien tú eres todo ! Si desea sanar de sus dolencias, eres médico; si la fiebre la tuesta, eres fuente; si la oprime la culpa, eres justicia; si tiene necesidad, eres poder; si la muerte la asusta, eres vida; eres luz, si huye de sombra; si entre dudas titubea, eres verdad; si teme naufragio, eres salvamento; si aspira al cielo, eres camino; si tiene hambre, eres comida, y eres bebida si está sedienta. Bendígante, Señor, tantas piedades como has amontonado sobre los hombres. Dísteles primeramente el pan y vino, que criaste para su recreo; que el vino bebido con medida recrea el alma; pero es digno de llorar que usen tan mal los hombres de este favor tuyo, que conviertan ingratos el beneficio en veneno; pues el vino, que criaste para recrear los ánimos, les roba el



Mosto del corazon destilado del lagar de la cruz.

En Cypri premitur botrus, COR excipe, grata
De torculari quæ cruce vina fluunt.

Corazon, llega á gustar
Este vino de Engadi,
Que destila para tí
De la cruz en el lagar.

corazon y pierde á muchos, por lo cual dijo san Pablo que mejor seria no beberlo.

Otro mas precioso reservaste para nuestras almas, Señor y Dios mio, un vino excelente y admirable, vino que hace vírgenes, como nacido de suelo virginal, de aquella hermosa vid que tu Padre plantó. Es mi querido racimo balsámico de Engadi. Tú, amado mio, como racimo aromático de las viñas de Engadi, prensado en el lagar de la cruz, te hiciste nuestro amparo y nuestra paz; y nos convidas á beber en el cáliz eucarístico aquel vino que recrea el corazon humano. Este es el vaso de vino aderezado y el mosto de granadas. Tú eres aquel racimo de la tierra prometida, que llevaron pendiente de un palo los exploradores á los hijos de Israel. ¿Quién sino mi amor colgado del madero es el racimo pendiente del palo? Este racimo de la vendimia espiritual, que al tiempo de tu pasion fue prensado en el lagar de la cruz, destila vino que recrea el corazon. Tú solo entraste en aquel lagar, y salpicaste con sangre tus vestiduras, bañando en ella tus ropas. Á tanta costa, Señor, exprimiste para tu Esposa sedienta el licor de tu sangre sacrosanta.

Tambien lavaste en este vino tu ropa, tiñéndola en el zumo de la uva. Esta ropa tuya es tu Iglesia, á la que con tu sangre has comunicado tanta pureza, que no ha quedado en ella arruga ó mancha. ¿Qué es el zumo de la uva, sino la sangre del Señor, que nos ofrece el cáliz del altar? No te contentaste con derramar este zumo en remision de nuestra culpa; sino que aun lo dejaste en bebida suavísima de

tu Iglesia. ¿No dijiste por tu santa y bendita boca: *Mi sangre es verdadera bebida?* y *¿el que bebe mi sangre queda en mí, y yo quedo en él?* Y aun pareció poco á tu amor dejarnos tu sangre en bebida, sin convidarnos suavísimamente á gustarla. No son tuyas estas voces: ¿Si alguno tiene sed, llégueseá mí y beberá? Venid sedientos á beber: los que no teneis moneda, caminad á comprar y á comer? ¿Venid á comprar sin dinero ni trueque alguno; que llevaréis de balde leche y vino?

¡Qué dulce es el pregon que diste por boca del Sábio! Venid á comer mi pan, y á beber el vino que os tengo aderezado. Viviréis, si dejais la infancia y tomais el camino de la prudencia. ¿Qué cosa mas deleitable puede oirse, carísimo Esposo, que este dulcísimo convite tuyo? y aun tomas el cargo de pregustador; pues tú gustas primero el cáliz que nos das á beber. Bien conozco que es tuya la voz que dice: Ya he comido yo mi panal, y he bebido mi vino con mi leche. Comed, amigos carísimos, y bebed hasta saciaros. ¿Qué mas se puede añadir ó excogitar? ¡Ah Señor! ¡qué deseos tienes de comunicarte á los hombres! con qué ansias solicitas que bebamos

Aquel néctar prodigioso,
Que causa embriaguez de espíritu!

Buena embriaguez es aquella que arrebatando la mente á los objetos mas sublimes y mas deleitables, causa en el ánimo un total olvido de los terrestres. Con este vino embriagaste á tus carísimas esposas santa Catalina de Sena y santa Lutgarda, introdu-

ciéndolas en tu bodega, Rey benignísimo, y saciándolas de aquel licor precioso que salió de la llaga de tu costado. Á santa Catalina, cuando venciendo al demonio y á sí misma con un acto de mortificacion, aplicaste su boca á tu costado, causando en ella tal brio aquel inefable licor, que desde entonces nunca pudo comer. Á santa Lutgarda, cuando la saliste al encuentro clavado en la cruz y desangrado; y desprendiendo un brazo para acariciarla, aplicaste á la llaga de tu costado sus labios, de donde chupó tan inefable suavidad, que la hizo mas robusta y mas alegre para servir á Dios. De esto nació que la saliva de su boca excedia á la miel en dulzura. No es mucho, pues andaba rumiando siempre su corazon la miel de tu divinidad y la leche de tu humanidad. ¡Quién me diera que hicieses conmigo invisiblemente lo que con estas Santas hiciste!

Alentado, pues, de tu generosidad, é incitado del ejemplo de estas Santas, acudo, Señor, á tí, rogándote que me guies á tu bodega, donde yo chupe el regalado mosto que fluye de las fuentes del Salvador, y beba aquel licor digno de real magnificencia que sale de tu lagar. Ea, Señor, dígnate de que lo reciba en el vaso de mi corazon purificado de culpa, y que con él se recree mi alma sedienta. Como desea la fuente un ciervo, así desea mi alma llegar á tí, Dios mio. Sed tiene mi alma de tí, fuente viva. ¡Oh! ¡cuándo llegaré! ¡cuándo hallaré un trago para mi alma, que de pura sed está tan seca como tierra cocida! ¡Oh fuente de vida! ¡oh vena de aguas vivas! ¡cuándo llegaré á la fuente de tu dulzura, saliendo

de esta region despoblada, fragosa y árida, á saciar mi sed del cauce de tu misericordia!

Sediento estoy, Señor; sacia mi sed, pues eres fuente de vida. Sed tengo; pero sed de tí, Dios vivo; de aquella tu sangre roja estoy sediento. Embriágame, Señor, con ella, para que el alma saboreándose diga: ¡Qué admirable es el néctar de tu cáliz que así embriaga! De tal manera embriaga tu sangre al que la gusta, que comunicándole una sobriedad virtuosa conduce el entendimiento á la espiritual sabiduría, con la cual aborrece el amargo sabor del siglo, y emplea todo su conato en subir al cielo. Y al modo que con el vino comun se esparce el entendimiento, se alegran los espíritus disipando humores melancólicos; en gustando el cáliz de la sangre del Señor, se ha de dejar la memoria del hombre viejo, y olvidar la vida que era conforme á las vanidades del siglo, y regocijarse el ánimo arrojando la tristeza con el inefable gozo de espiritual alegría. Alegre, pues, mi corazon este vino y disipe la memoria de su trabajo; que escrito está: Dad sidra á los tristes, y vino á los melancólicos, que en gustando su dulzura olvidarán su congoja; para que cuando mi corazon guste su inefable suavidad, se regocije mi espíritu en su Dios.

Precioso es este licor.
El que te gusta, Señor,
Vencido de tu dulzura,
Desfallece de ternura,
Porque le mata tu amor.

Demás de esto, te suplico que este saludable cáliz purifique mi pecho de todas las heces de pecado.

Pues si la sangre de hirascos y becerros rociada sobre los inmundos, purificaba los cuerpos; ¿cuánto mejor purificará tu sangre, dulce Jesús, mi conciencia de las obras muertas, para que sirva á Dios vivo? ¡Felices por cierto los que lavan en la sangre del Cordero su ropa, para poder gustar del árbol de la vida!

Dulce Jesús, pelicano piadoso,
Limpia á este inmundo con tu sangre roja:
Que á purgar todo el mundo de su culpa
Sola una gota de tu sangre sobra.

LECCION XIV.

Refugio del corazon en la llaga del costado.

Estote quasi columba nidificans in summo ore foraminis.
Sed como paloma que anida en el mas alto agujero de la hendedura.
(*Jerem.* XLVIII, 28).

Á tí, Señor, levanté mi alma, y clamando dije: Sed mi amparo y mi refugio para salvarme; pero segun en la cruz te miro extendido, conozco, Señor, que allí eres asilo nuestro. En la llaga de tu herido costado se abrió un postigo por donde podemos entrar en la ciudad de refugio. Allí, Señor, encuentran albergue los pajarillos, y las tórtolas nido en que poner sus polluelos. No solo tienes á bien admitirnos al asilo y proteccion de tu costado, sino que tambien nos convidas á él diciendo: Levántate, amiga mia, paloma mia, ven al agujero de la piedra y á la brecha de la tapia. Y otra vez por un profeta: Dejad vuestro pueblo, ciudadanos de Moab, y buscad acogida en la rotura del risco, imitando á la paloma, que pone su nido en el agujero mas alto. ¡Qué suave es esta voz á mis oidos!

Gimiendo hasta ahora en este valle de llanto que me destinaste, y disponiendo en mi corazon subir,

Refugio del corazon en la llaga del costado.

Fas lateris thalamo latitare, et amoris azylo,
Et COR cum Domini jungere CORDE mei.

¡Quién lograra la ocasion,
Jesús dulce, dueño amado,
De juntar en tu costado
El suyo á tu corazon!

trazaba yo escalas en mi interior y decia: ¿Quién me dará alas tan ligeras como de paloma para volar y descansar? ¿y ahora me dices tú, deseado descanso mio: Ven, paloma mia, á los agujeros de la piedra y á los hoyos de la tapia, y anida como paloma en la mas alta caverna? ¿Qué agujeros de la piedra son estos, sino las llagas que tienes en piés y manos? ¿cuál es la caverna, sino aquella llaga profunda que abrió en tu pecho la lanza? ¡Oh! ¡qué seguro amparo, qué firme seguridad tienen los tímidos en las llagas del Salvador! La piedra es refugio del erizo, y Cristo es esa piedra. En la piedra se esconde la palomita; desde allí mira sin susto al gavilan que la ronda. El mundo brama, la carne se rebela y el infierno se conjura: pero no temo caida; porque estoy fundado sobre una piedra muy sólida.

Ea, pues, alma mia, si aun eres del número de las jovencitas, si aun sigues el vago rumbo de tus compañeras, si aun estás hecha un erizo por la multitud de púas de pecados; acógete al refugio de esta piedra. Si ya has conseguido el consorcio de las concubinas, ó principiantes; has de ser como el tímido gazapo, que busca su albergue en un agujero. Si llegaste á la clase de las reinas, esto es, de los aprovechados; sube como águila á lo mas arduo, y coloca allí tu nido. Y si por la benignidad de tu Esposo has conseguido la dignidad de única paloma; dispon como paloma tu nido en el agujero mas hondo de la piedra, y en la rotura de la tapia. Aquí chuparás de esta piedra miel dulce, y hallarás en este risco óleo muy suave. Entra, pues, entra, alma mia, y recó-

gete en el agujero de esta piedra; que en ninguna otra parte hallarás mas quietud, ni en otro algun lugar te irá mejor.

¡Dichoso tú, evangelista Juan, que por privilegio de un amor especialísimo conseguiste reclinar tu cabeza sobre el pecho del Señor, donde bebiste copiosamente el raudal de las verdades evangélicas, de que nació que con voz mas alta que los demás anunciases aquella inefable palabra que en el corazon del Padre estaba oculta! ¡Feliz tú, lanza de Longinos, que abriste el sagrado pecho, y te teñiste en su sangre! Envidia tengo á esta dura y fria lanza de tanta prerogativa y de tal honra. ¡Ojalá el amor, artífice ingenioso, forje de mi corazon una lanza de acero que penetre su costado! ¿No le dió naturaleza forma de lanza, con tres puntas á modo de saeta? Puesto, pues, en un astil, daré un bote al pecho de mi dueño, y una herida de amor á mi querido. Concédeme á lo menos, crucificado amor mio, que una vez admitido mi corazon en el dulce retrete de tu amor, salga con dificultad. No saldrá como la lanza del soldado, despues que hiera tu pecho; allí morará eternamente, y morirá en el tálamo purpúreo, en el rosado lecho de mi Esposo.

Afortunado fuiste, Tomás, que alentado con la voz de tu Maestro metiste la mano en la llaga de su pecho santísimo! Lo mismo puedes hacer tú, alma mia; que ya Longinos te abrió la puerta. Llégate al Dios de tu corazon, y al corazon de tu Dios; fija en él tu tabernáculo; coloca allí tu domicilio. Junta aquí tu corazon al de tu Esposo; no la mano ó el

dedo, y arroja el tuyo como dardo al corazon de tu querido. Abierta tienes la ventana al costado del arca salutífera: no te andes vagando con el cuervo, ni hagas pié entre cadáveres del mundo. Entra en esa arca con Noé, para que te salves el dia del diluvio universal, y dí: Aquí viviré por toda la eternidad: este es el sitio que escogí para mi eterna mansion.

Aquí habitaba Eleázaro, conde ariano, quien escribió á su mujer qne le habia enviado un mensaje con deseo de saber de su salud, diciendo: Yo estoy sano y bueno. Si deseas verme, búscame en la llaga del costado de Cristo. Allí habito; allí podrás verme; y advierte que será ocioso buscarme en otra parte, porque en ninguna otra me hallarás.

Este mismo lugar será domicilio eterno de mi corazon. Si entrare por esta puerta, hallaré alimento y pan cocido en el horno de mi amado. Aquí está la bodega llena de vino de granadas y la botica de remedios eficaces de mis dolencias. Esta llaga, Señor, es alivio y consuelo de afligidos, y ciudad de refugio de los que huyendo de la ira de Dios se acogen al asilo de tu piedad. Es puerta de oro, donde los mendigos pecadores esperan la limosna de las divinas piedades. Es la puerta del costado del templo, y la oriental, única entrada para la vida eterna; porque no hay otra que franquee el paso para llegar á la presencia divina. En esta puerta, en este templo, en este *Sancta sanctorum*, en esta arca del Testamento adoraré á Dios, y alabaré su santo nombre sin fin. ¡Qué gozo, qué contento es habitar en el

pecho de mi amado! Tu corazon, buen Jesús, es la preciosa perla y el gran tesoro que hemos encontrado, cavando en el campo de tu cuerpo. ¿Quién desechará perla tan rica? cuanto tengo daré yo por ella. Venderé todos los pensamientos y deseos para comprarla, empleando todo mi caudal en el corazon de mi Jesús, que él sin falacia me sustentará. Ea, pues, diré con san Bernardo:

Salve, divino costado,
Donde está toda dulzura,
Y el amor depositado;
Y brota una fuente pura,
Que lava y borra el pecado.
Con vergüenza y con rubor
Llego; perdona, Señor,
Si mi osadía te ofende;
Que á ver tus llagas me enciende
Un grande impulso de amor.
Salve, preciosa cisura,
Mas rubicunda que rosa;
Puerta oriental y especiosa,
Por donde mana dulzura
Y medicina preciosa.
Franquea el paso á tu amante:
Haz que sienta mi aficion
La miel de ese corazon;
Y en él se mude al instante
Con dulce transformacion.
¡Oh! cuándo en suave reposo
En ese hoyo profundo,
Que el amor abrió ingenioso,
Mi corazon temeroso
Vivirá libre del mundo!

Espejo del corazon en las cinco llagas.

Pro speculo CORDIS COR aspice dulcis Iesu,
Imprimet hoc CORDI vulnera viva tuo.

En cualquiera cosa que hagas
Contempla en mi tu atencion,
Y estampa en tu corazon
Una copia de mis llagas.

LECCION XV.

Espejo del corazon en las cinco llagas.

Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.
Mira, y hazlo segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte.
(*Exod.* XXV, 40).

¿Qué te pide, alma mia, qué te pide tu Esposo, el mas bello del mundo, sino que, copiando en tí una viva imágen de su belleza, procures asear tu hermosura con el mayor esmero, para merecer su agrado? Para que puedas ejecutarlo, es preciso que contemples en un espejo continuamente tu rostro; para que reconociendo tus lunares, y lo desaseada y fea que estás, te pulas y te atavies con toda diligencia, para que parezcas esposa digna de aquel cuya belleza admiran sol y luna. Y ¿quién te dará espejo bien trabajado, en que examines y contemples las pecas de tu rostro? Tu Esposo mismo: aquel que en todas las cosas es todo, ese te dará el espejo. Es tu amado candor de la luz eterna, espejo sin mota, copia de la majestad de Dios, retrato de su bondad. Es Cristo verdaderamente espejo de Dios Padre, porque representa todo el lleno del esplendor divino, y es imágen de su Padre eterno, no solamente en cuanto Dios, sino tambien en cuanto hombre; por-

que desde el cristal purísimo de su humanidad sacrosanta refleja hácia nosotros resplandecientes rayos de caridad divina.

Espejo excelentísimo eres, Jesús amado, sin mota de imperfeccion, sin menoscabo de virtud: una especie deiforme resplandece en tí. Tú eres libro de vida, ejemplar verdadero, espejo de perfeccion, forma de vivir bien, camino de luz, magisterio de religion y norma de toda virtud. Tú, Salvador nuestro, propusiste en tu humanidad santísima un modelo de toda perfeccion, para que todos los que quisiesen seguir el camino de la piedad, atendiendo á tus líneas y perfiles retratasen en su vida la imágen viva de tus virtudes. Si contemplo atenta y fielmente el principio de mi creacion, hallo que fue criado el hombre á imágen y semejanza de Dios, para que imitase en todo al que le dió el ser, y que consiste la dignidad humana en que en nosotros reverbere, como en un espejo, la hermosura de la deidad á que con tu gracia somos reparados. Conozco que todas tus acciones son modelo de nuestras obras, y que toda tu vida es espejo de la nuestra; pero aun veo otro mas noble y mas lucido en las cinco sacratísimas llagas de tu cuerpo. Espejo es de cinco grados, profundizado en cinco focos, el cual no solamente tiene el primor de representarme á mí como cualquiera espejo plano, sino que recogiendo en el punto céntrico sus rayos, no solo calienta la opuesta materia, mas la enciende muchas veces, y la abrasa.

Con un espejo cóncavo dicen que Arquímedes Siracusano quemó una armada. Y ¿por qué los cón-

cavos espejos de tus llagas no producirán en mi corazon aquel fuego que prendiste en el mundo, deseoso de que fuese en aumento? Ya concediste este favor á tu amada santa Gertrudis, que imploró tu piedad con estas voces: Escribe, piadosísimo Dueño mio, en mi corazon tus llagas con tu preciosa sangre, para que lea yo en él tu dolor y tu amor, y quede estampada para siempre en lo mas secreto de mi corazon la memoria de ellas; y sintió estampadas en él como en lugares corpóreos, las señales de tus llagas santísimas, dignas de la mas profunda adoracion, con las cuales sanaste las heridas de su alma, dándola, demás de esto, á beber el néctar de tu amor. ¿Quién podrá ponderar dignamente el fuego que produjeron en su alma los rayos de tus heridas? Aun no se ha abreviado, Señor, tu infinito poder. Ejecuta esta misericordia con mi corazon estampando en él, si no las preciosas joyas de tus llagas, á lo menos la continua y dolorosa compasion de ellas, para que el rayo de un fuerte amor, vibrado del espejo de tus cinco heridas, reverbere en mi corazon amante y produzca en él un fuego abrasador que lo queme.

Pero al mirar de frente estos espejos para contemplar á Jesús, principio y fin de nuestra fe, reparo que en ellos se me da una exactísima idea de bien vivir. Estoy viendo como en un dibujo, en tus manos taladradas y estiradas en la cruz por mí, lo que con las mias debo obrar; en tus piés clavados contemplo el rumbo que deben tener los mios; y en tu abierto costado, cuál debe ser el fin de mis deseos. Aquí estudio tambien la prudencia de los Santos, que

consiste en conocerte á tí, y conocerme á mí. Esas tus manos de oro torneadas, llenas de jacintos enseñan las mias á pelear y mis brazos á combatir, instruyéndome tambien á militar en las banderas del Rey omnipotente, contra el mundo, demonio y carne.

Por esto quiero formar de las llagas de tus manos un espejo, y porque en sus caractéres me veo escrito. Mas ¿quién fue el escritor? tu amor, ó buen Jesús: ¿cuál es la pluma? tus duros clavos. ¿Con qué tinta? con el carmin de tu sangre. ¿En qué plana? en las palmas de tus manos, á quienes sirvió de mesa la cruz, sobre la cual me escribiste con los caractéres de tu amor, que eternamente durarán. Y ¿qué piden estas manos á las mias, sino que para imitarlas estén destilando siempre mirra de mortificacion, y se ejerciten continuamente en obras de piedad?

En tus sagrados piés, dispuestos tantas veces por mí á evangelizar paz, encuentro para los mios un espejo. Lucidísimo espejo son los piés de mi Señor, bañados con las lágrimas de Magdalena, enjugados con los cabellos de su cabeza, y empapados en los preciosos ungüentos de su redoma. Sentaréme aquí con ella, esperando hallar á tus piés misericordia y alcanzar perdon de mi culpa. Estos piés serán norte fijo que guie los mios al camino de la paz y de la eterna salud. Tus huellas seguiré, Señor; que siguiéndolas no erraré. Iré por camino derecho, y me conducirán á casa de mi amado.

Tampoco falta á mi corazon espejo; que en el costado abierto de mi Salvador se manifiesta muy puro.

En este divino corazon veo escrito lo que debo ejecutar con el mio. Es tu corazon regla de los nuestros, porque estos deben regularse por tu corazon. Llegaréme, pues, al corazon alto, al corazon digo de mi Dios, para contemplar sus perfecciones y copiarlas en el mio con los auxilios de su gracia. Tu corazon, Jesús de mi alma, estuvo siempre limpio de gustos y afectos de tierra, sin apetito de lisonja, sin intencion siniestra, libre de vanos pensamientos y de supérfluos cuidados, ajeno de codicia, de impaciencia y de voluntad propia. Dígnate, Señor, amante esposo de nuestros corazones, copiar en el de tu siervo estas virtudes, para que en todo sea arreglado al tuyo; pues te complaces en aquellos que se ajustan á tu corazon divinizado.

¿No dijiste de Samuel, que en él habias de suscitar un sacerdote tan fiel, que todo lo ejecutase á medida de tu corazon? y de David, que habias encontrado en un hijo de Jesé un hombre á medida de tu corazon, que en todo ejecutaria tu voluntad? ¿Tan contados son, Señor, los hombres arreglados á tu divino corazon, que te contentas con hallar solo uno en toda la dilatada estirpe de Adan; y que hallándolo, manifiestas tu gozo diciendo que has encontrado un hombre á medida del tuyo? Y ¿qué haces con el que hallas concorde á tí? pienso que lo mismo que Jehú, rey de Israel, ejecutó con el valiente Jonadab, quien habia ido con sus tropas á Samaria á destruir la estirpe del impío Acab. Preguntó Jehú á Jonadab: ¿Está por ventura tu corazon tan acorde al mio, como el mio lo está al tuyo? y habiendo di-

cho Jonadab que sí; replicó el rey: Pues dame la mano; y haciéndole lugar en su carroza, lo llevó consigo á Samaria.

En este suceso nos está diciendo la Escritura que tú, Dios mio, verdadero Jehú, que significa *El que existe*, veniste á la Samaria de este mundo, vestido de traje humano, á destruir la prosapia del demonio figurado en el impío Acab, y á acabar con todos los que adoraban á Baal; y encontrando un Jonadab, que es lo mismo que *Espontáneo*, le preguntas si su corazon concuerda con el tuyo. Viendo que concuerda, le das la mano de la divina gracia, para sublimarlo á la carroza triunfal de tu santísima cruz; y llevándolo contigo, destruyes el reino del pecado, y finalmente lo introduces en la celestial Jerusalen. Esto merece el hombre unánime y unicorde contigo. Ea, pues, Señor, acércame á tu divino Corazon, para contemplarlo atentamente, y regular el mio por él. Vuelve, Señor, á mí tus piadosos ojos; y vibra desde el ardiente espejo de tu corazon rayos que abrasen el mio, y lo hagan en todo unánime y conforme al tuyo. Concédeme, Señor, que de tal manera registre yo cara á cara la gloria del corazon de mi dueño, que de claridad en claridad quede transformado en él; para que llevando siempre en mi corazon los dolores y penas de mi dulce Jesús, se manifieste tambien su vida en mi cuerpo mortal.

Tálamo del corazon en el sepulcro de Cristo.

COR CORDIS, vitæque meæ quo vita sepulchro
Conditur, hoc vitam, et COR quoque claudo meum.

Donde yace sepultada
De mi corazon la vida,
Deja mi alma condolida
Su vida depositada.

LECCION XVI.

Tálamo del corazon en el sepulcro de Cristo.

Consepulti sumus cum Christo.
Somos sepultados con Cristo. (*Rom.* VI, *4*).

¡Con qué queda sepultada entre tinieblas mi luz, como muerto que no ha de revivir! ¡Con qué yace muerta en un sepulcro la vida! ¡Con qué el Autor del mundo está sepultado en una bóveda! ¡Con qué aquel florido Nazareno, amante esposo de mi alma, está reclinado en un lecho de piedra! ¿Qué harás ahora, alma mia? ¿Dejarlo solo? no lo permite el amor. ¿Quedarte en su compañía? embarázalo la guardia. Mira como escoltan el lecho del verdadero Salomon sesenta soldados los mas valientes de Israel, disciplinados en la milicia, y armados cada uno con su espada. ¿Qué harás tu sola y desarmada á vista de esta tropa? ¿cómo te atreverás á llegar, ni aun de léjos, á este lecho, aterrada de temor? No huyas, alma mia; quédate aquí con Magdalena, que

De amor herida, constante
Al sepulcro está llorosa,
Sin miedo de los soldados;
Que amor al temor arroja.

¿Habias de desamparar á tu querido, vida de tu vida, alma de tu alma, y corazon de tu corazon? y sin alma, sin vida y sin corazon, ¿á dónde habias

de ir? Ea, Señor, no me separo de tí. Donde está mi tesoro, allí está mi corazon; y porque siempre esté contigo, lo dejo depositado en tu sepulcro.

En los sepulcros de los amigos solian esculpir un corazon, significando con este emblema, que ni en vida ni en muerte era capaz de borrarse su memoria. Y así, aunque estés muerto, Señor, en mi corazon no lo estás; porque en él está viva la memoria de tu muerte; y no quiero tener vida fuera de tu sepultura. Quédese sepultado contigo, muerto al pecado y al mundo, viviendo para tí solo, que por mi amor fuiste muerto y sepultado. Sea tu sepulcro mi defensa, mi amparo y mi castillo roquero contra los asaltos de mi enemigo. No te pido, Señor, de balde la compañía en tu sepultura; que tengo que darte en precio tu misma sangre, por mí derramada. Si tú quisiste que el precio en que fuiste vendido se emplease en el campo del alfarero, destinándolo para sepulcro de peregrinos; ¿qué razon habrá para que por el precio de tu sangre no se haya de dar sepulcro á mi corazon, que es peregrino y forastero sin tí?

Quiero oir á san Ambrosio, que tratando de la sepultura espiritual me dice: La sepultura del Señor se promete á los peregrinos; para que quien con los vicios carnales se portare como forastero, merezca descansar con Cristo. Peregrinos somos todos en este mundo, y tenemos sepulcro comprado con el precio de la sangre del Señor. Sepultados estamos con él por el bautismo, como dijo san Pablo. Luego el bautismo de Cristo es nuestro sepulcro, en que nos se-

pultamos á la culpa, y resolviéndose la conciencia del hombre viejo en otra naturaleza, resucitamos á nueva infancia. ¡Grande es por cierto la gracia de esta sepultura! pues purifica con la muerte al pecador, y vivifica al que va á morir. Con qué en sentir de san Ambrosio, yo, Señor, fuí sepultado contigo por el bautismo; pero por haber resucitado ¡ay dolor! á mi relajada vida, quiero morir y sepultarme contigo segunda vez. Por eso deposito mi corazon en tu sepulcro, para que contigo se sepulte y contigo se quede.

Mas no quiero que, resucitando tú, quede mi corazon en el sepulcro, sino que resucite tambien contigo. Ya me harás este favor, amor mio, pues dijo tu amado Pablo: Si en la muerte imitamos á Jesús, tambien le imitarémos en la resurreccion. Tú, Señor, eres el grano de trigo con quien mi corazon desea ser enterrado y morir, para que resucitando en tu compañía, renazca miés nueva y copiosa. Quizá por eso quisiste ser sepultado en un huerto, para que plantado tu cuerpo como árbol novel, reverdeciese tu carne con nueva flor. Refloreció esta, cuando despues de ajada por los judíos la flor de tu cuerpo, brotó de las entrañas del sepulcro con nueva gala, y como vistosa flor exhaló por todo el mundo nuevos brillos y nuevo olor inmortal. Así deseo que mi corazon florezca, vistiendo el verdor de santidad y amenidad de gracia. ¿Por qué no lo esperaré del contacto de tu cuerpo, si sé que matas y vivificas, que nos llevas á la sepultura y nos sacas? Si el contacto del cadáver de Eliseo resucitó un niño difunto; mas

poderoso es el tuyo para comunicarme vida nueva, siendo tú autor de la vida. Concédeme, benignísimo Jesús, este favor, pues lo puedes conceder, por tu santa sepultura y por tu resurreccion gloriosa.

Mas resucitando tú, acaso querrás que así como yo deseo ser sepultado contigo, disponga dentro de mí un sepulcro espiritual, para que quede sepultado, no solo en el corazon de la tierra, sino tambien en la tierra de mi corazon. Dispuesto está, Dios mio: mas tu gracia lo ha dispuesto. Ven, dulce Jesús mio, á descansar en el corazon de tu siervo. Tu monumento, que es monimento para mí, me enseña cuál debe ser tu sepultura, y me inclina á disponerla á su semejanza; pero bien sé que si tú no haces la casa, trabajan en vano los que trabajan en ella. Suplícote, Señor, con el mayor rendimiento que renueves en mí un espíritu recto; y arrojando fuera todo el escombro de mi antigua vida, me dés un nuevo corazon para sepultura tuya. Esté como murado jardin, ameno y poblado de varias flores de odoríferas virtudes. Esté cavado en una peña; quiero decir, sea inmutable por constancia sólida. Quede cerca del Calvario; para que, como por mí fuiste clavado en la cruz, quedes fijado siempre en mi corazon; y esté limpio finalmente, de modo que no tenga inmundicia de espíritu ni de carne. Ungido en este sepulcro con mirra de mortificacion, y envuelto en la sábana muy limpia de mi conciencia, te fajaré con los brazos de mis espirituales deseos, para poder decir con tu Esposa: Ramillete de mirra es mi amado para mí: en mi pecho morará.

Quédate, Señor, en mi corazon, el cual amaste con eterna caridad; reposa y descansa en él, hasta que empiece á rayar el dia de tu resurreccion. Mas porque nadie me robe este tesoro, es preciso que con una losa esté cerrada la puerta del sepulcro. Cierra, pues, Señor, la puerta de mi corazon y sentidos, porque no entren ladrones á robar el iman de mis deseos. Pon por centinelas tus santos Ángeles, que velen con todo cuidado, repelan al enemigo y conserven en paz tu sepulcro. Ruégote, Señor, finalmente, que de este modo sea mi corazon glorioso sepulcro tuyo, para que tú, Rey de la gloria y Señor de las virtudes, lo santifiques con tus dones, haciéndolo capaz de tí, en tiempo y eternidad. Amen.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

INSTRUCCION PRÉVIA Á SU DOCTRINA.

§ I.—Argumento de la obra. 7
§ II.—Razon del instituto. 10
§ III.—Qué significa corazon. 14
§ IV.—Qué sea principal del corazon. 17
§ V.—Universalidad de la escuela del corazon. 21
§ VI.—De otras ciencias de esta escuela. 26
§ VII.—Del maestro y discípulos de esta escuela. 29
§ VIII.—De la gran suavidad con que el maestro convida á la escuela del corazon. 32
§ IX.—Del modo de enseñar que usa el maestro de esta escuela. 36
§ X.—Del oficio y obligacion del discípulo de esta escuela. . . 41
§ XI.—Avisos al discípulo de esta escuela. 45
§ XII.—Privilegios de esta escuela. 48
§ XIII.—Diseño de toda la obra. 53
§ XIV.—Compendio de esta escuela, y division de sus clases. . 61

LIBRO SEGUNDO.

CONVERSION Y DIRECCION DEL CORAZON AVERSO.

Primera clase.—Desvio del corazon. 68
Leccion I.—Fuga del corazon. 73
Leccion II.—Vanidad del corazon. 81
Leccion III.—Pesadez del corazon. 89
Leccion IV.—Avaricia del corazon. 99

Leccion V. — Dureza del corazon. 107
Leccion VI. — Division del corazon. 115
Leccion VII. — Insaciabilidad del corazon. 123

Segunda clase. — Vuelta y limpia del corazon. 129

Leccion VIII. — Vuelta al corazon. 133
Leccion IX. — Derramamiento del corazon. 143
Leccion X. — Circuncision del corazon. 151
Leccion XI. — Quebranto del corazon. 159
Leccion XII. — Abatimiento del corazon. 166
Leccion XIII. — Ablandamiento del corazon. 177
Leccion XIV. — Limpia del corazon. 184

Tercera clase. — Oblacion y exámen del corazon. 193

Leccion XV. — Donacion del corazon. 197
Leccion XVI. — Sacrificio del corazon. 209
Leccion XVII. — Balance del corazon. 216
Leccion XVIII. — Ensayo del corazon. 227
Leccion XIX. — Sondeo del corazon. 234
Leccion XX. — Ajuste del corazon. 245

LIBRO TERCERO.

BENEFICIOS QUE DIOS HACE AL CORAZON HUMANO.

Cuarta clase. — Alumbramiento del corazon, y aprovechamiento espiritual. 253

Leccion I. — Renovacion del corazon. 257
Leccion II. — Ilustracion del corazon. 266
Leccion III. — Escritura del corazon. 279
Leccion IV. — Aradura del corazon. 286
Leccion V. — Siembra del corazon. 297
Leccion VI. — Riego del corazon. 305
Leccion VII. — Flores del corazon. 310
Leccion VIII. — Guarda del corazon. 318
Leccion IX. — Escudo del corazon. 326
Leccion X. — Escala del corazon. 334
Leccion XI. — Ensanche del corazon. 342

Quinta clase. — Perfeccion del corazon, y union con Cristo. 350

Leccion XII. — Morada del corazon. 352
Leccion XIII. — Selladura del corazon. 362

Leccion XIV.—Llagadura del corazon. 375
Leccion XV.—Incendio del corazon. 384
Leccion XVI.—Desvelo del corazon. 395
Leccion XVII.—Vuelo del corazon. 402
Leccion XVIII.—Union de corazones. 408
Leccion XIX.—Reposo del corazon. 419

LIBRO CUARTO.

EJERCICIOS DEL CORAZON EN LA PASION DE CRISTO.

Prólogo.—De la utilidad de meditar en la pasion de Jesucristo. 425

Sexta clase.—Viaje del corazon con Cristo paciente. . . . 432

Leccion I.—El sudor de sangre.—Baño del corazon. 434
Leccion II.—Los cordeles de Cristo ligadura del corazon. . . 440
Leccion III.—La coluna de Cristo arrimo del corazon. . . . 446
Leccion IV.—Los azotes de Cristo látigo del corazon. 453
Leccion V.—La corona de espinas muro del corazon. 458
Leccion VI.—El rostro de Cristo bordado en el corazon. . . . 464
Leccion VII.—El corazon copa de Cristo sediento. 470
Leccion VIII.—Punzada del corazon con el clavo del temor de Dios. 476

Séptima clase.—Conformacion del corazon con la cruz, y crucificado. 482

Leccion IX.—Extension del corazon en la cruz. 484
Leccion X.—Plantio de la cruz en el corazon. 493
Leccion XI.—Dedicacion del corazon con el título de la santa cruz. 498
Leccion XII.—Rotura del corazon con la lanza de Longino. . 507
Leccion XIII.—Mosto del corazon destilado del lagar de la cruz. 512
Leccion XIV.—Refugio del corazon en la llaga del costado. . 520
Leccion XV.—Espejo del corazon en las cinco llagas. 529
Leccion XVI.—Tálamo del corazon en el sepulcro de Cristo. . 537

FIN DEL ÍNDICE.

LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VIRGEN SANTÍSIMA DE MONSERRAT

Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpreso varias veces. Se hallan de venta en Barcelona librería de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

Obras en 4.° mayor encuadernadas en pasta.

—La santa Biblia en latin y castellano por el P. Scio. Seis tomos, 210 rs.

—Vindicacion de la santa Biblia por el abate Du-Clot. Un tomo 39 rs.

Obras en 4.° encuadernadas en pasta.

—Estudios filosóficos sobre el Cristianismo por Augusto Nicolás. Tres tomos, 36 rs.

—Historia universal de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos, 44 rs.

—Historia eclesiástica de España por La Fuente. Cuatro tomos, 44 rs.

—Historia de las Variaciones de las iglesias protestantes por Bossuet. Dos tomos, 22 rs.

—Historia de la Compañia de Jesús por Cretineau-Joli. Seis tomos, 66 rs.

—El Protestantismo por Augusto Nicolás. Un tomo, 11 rs.

—Pensamientos de un creyente católico por Debreyne. Un tomo, 11 rs.

—Grandioso tratado del hombre por Sabunde. Un tomo, 11 rs.

—Ensayo sobre el Panteismo por Maret. Un tomo, 11 rs.

—La Cosmogonía y la Geología por Debreyne. Un tomo, 11 rs.

—La Teodicea cristiana por Maret. Un tomo, 11 rs.

—Larraga novísimamente adicionado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 24 rs.

—Manual de los Confesores por Gaume. Un tomo, 14 rs.

—Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento ó la divinidad del Cristianismo demostrada por la Biblia, por el abate Meignan. Un tomo, 11 rs.

—Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas por el venerable P. Alonso Rodriguez. Tres tomos, 33 rs.

—Triunfo del Catolicismo en la definicion dogmática del augusto misterio de la inmaculada Concepcion, por el Padre Gual. Un tomo, 11 rs.

—La verdad religiosa, por D. José García Mora, Pbro. Un tomo, 11 rs.

Obras en 8.° *mayor encuadernadas en pasta.*

—Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos, 160 rs.

—El hombre feliz por Almeida. Un tomo, 10 rs.

—Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos, 20 rs.

—Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos, 20 rs.

—Las Glorias de María por san Ligorio. Un tomo, 10 rs.

—El Espíritu de san Francisco de Sales. Un tomo, 10 rs.

—La única cosa necesaria para salvarse por Geramb. Un tomo, 10 rs.

—El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos, 20 rs.

—Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos, 30 rs.

—Del Papa.—De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos, 20 rs.

—Catecismo de perseverancia por Gaume. Ocho tomos, 80 rs.

—Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Tres tomos, 27 rs.

—Coleccion de pláticas dominicales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Siete tomos, 63 rs.

—Tratado de la Usura por el abate Marco Mastrofini. Un tomo, 10 rs.

—Mercedes de la Vírgen María, ó sea Meditaciones aplicadas á la Letanía lauretana. Un tomo, 10 rs.

—La independencia y el triunfo del Pontificado: conferencias predicadas en la iglesia de Santa María del Mar, de Barcelona, por el presbítero D. Eduardo María Vilarrasa: á 5 rs.

—Mística ciudad de Dios: historia divina y vida de la Madre de Dios, manifestada por la misma Señora á sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Agreda. Siete tomos, 63 rs.

—El Evangelio meditado. Cinco tomos, 45 rs.

—Copiosa y variada coleccion de selectos panegíricos. Once tomos, 99 rs.

—Biblia sacra Vulgatæ editionis Sixti V Pont. M. jussu recognita, et Clementis VIII auctoritate edita. Un tomo en diminutos caractéres, 18 rs. en piel de color y relieve.

—Diferencia entre lo temporal y eterno, y crisol de desengaños por el P. Nieremberg. Un tomo, 10 rs.

—La moralizadora y salvadora del mundo es la confesion sacramental, por el P. Gual. Un tomo, 9 rs.

—Historia de la Iglesia desde Nuestro Señor Jesucristo hasta el pontificado de Pio IX, por el abate V. Postel. Un tomo, 11 rs.

—Concordantiarum SS. Scripturæ manuale. Un tomo, 20 reales.

—Catecismo explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, con 48 estampas. Un tomo, 6 rs.

—Id. id. en catalan, 6 rs.

—Catecismo filosófico por Feller. Cuatro tomos, 24 rs.

—Vida devota por san Francisco de Sales. Un tomo, 6 rs.

—Las delicias de la Religion por Lamourette. Un tomo, 6 rs.

— Confesiones de san Agustin. Dos tomos, 12 rs.

—Historia de la Reforma protestante por Cobbet. Dos tomos, 12 rs.

—Nuevas Cartas por Cobbet. Un tomo, 6 rs.

—Preparacion para la Navidad de Jesús, por san Ligorio. Un tomo, 6 rs.

—Tesoro de proteccion en la santísima Vírgen por Almeida. Un tomo, 6 rs.

— Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos, 12 rs.

—Combate espiritual. Dos tomos, 12 rs.

—Tratado de la existencia de Dios por Aubert. Un tomo, 6 rs.

—Tratado de las notas de la Iglesia por Aubert. Un tomo, 6 rs.

—La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez. Un tomo, 6 rs.

—Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos, 12 rs.

—Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos 12 reales.

—La Biblia de la Infancia por Macías. Un tomo, 6 rs.

—Tratado de la divinidad de la Confesion por Aubert. Un tomo, 6 rs.

—La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos, 24 rs.

—Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos, 12 rs.

—Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos, 36 rs.

—Obras de santa Teresa. Cinco tomos, 30 rs.

—Reloj de la pasion por san Ligorio. Un tomo, 6 rs.

—Católica infancia por Varela. Un tomo, 6 rs.

—Vida de santa Catalina de Génova. Un tomo, 6 rs.

—Verdadero libro del pueblo por madama Beaumont. Un tomo, 6 rs.

—¿A dónde vamos á parar? por Gaume. Un tomo, 6 rs.

—El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 4 rs.

—Veni-mecum pii sacerdotis por el Excmo. é Ilmo. señor Caixal, obispo de Urgel. Un tomo, 7 rs.

—Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.

—Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.

—El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.

—Vida de san Luis Gonzaga por Cepari. Un tomo, 6 rs.

—Virginia ó la doncella cristiana por D.ª Cayetana de Aguirre y Rosales. Tres tomos, 18 rs.

—Ejercitatorio de la vida espiritual por el P. Fr. Francisco García de Cisneros. Un tomo, 6 rs.

—El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga. Un tomo, 6 rs.

—Historia de santa Isabel de Hungría por el conde de Montalembert. Dos tomos, 12 rs.

—Práctica de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el Padre Jesús. Un tomo, 5 rs.

—Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. Padre Charlevoix. Un tomo, 6 rs.

—Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por Sala. Un tomo, 7 rs.

—Del matrimonio civil: opúsculo formado con la doctrina del P. Perrone en su obra *Del matrimonio cristiano*. Un tomo, 6 rs.

—Meditaciones para todos los dias de Adviento, novena y octava de Navidad y demás dias hasta la de la Epifanía inclusive, por san Ligorio. Un tomo, 5 rs.

—Ejercicios espirituales de san Ignacio explicados por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.

—De la oracion y consideracion por el V. Granada. Dos tomos, 12 rs.

—Anuario de María por Menghi-d'Arville. Dos tomos, 12 rs.

—El Colegial, ó Seminarista teórica y prácticamente instruido, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Dos tomos, 12 rs.

—Coleccion de oraciones y obras piadosas por las cuales han concedido indulgencias los Sumos Pontífices, aprobada como única auténtica por la sagrada Congregacion de Indulgencias. Un tomo, 7 rs. en piel de color y relieve.

—Tratado de la victoria de sí mismo, por el P. Melchor Cano, seguido del Alma victoriosa de la pasion dominante, por el P. Javier Hernandez. Un tomo, 5 rs.

—Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Cuatro tomos, 24 rs.

—Compendio del Catecismo de perseverancia por Gaume. Un tomo, 6 rs.

—La devocion á san José establecida por los hechos, por el P. Antonio Patrignani. Un tomo, 6 rs.

—Los seis libros de san Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio. Un tomo, 5 rs.

—El vicio y la virtud: observaciones de una razon despreocupada. Un tomo, 6 rs.

—Arte de canto eclesiástico y cantoral para uso de los Seminarios. Un tomo, 9 rs. en piel de color y relieve.

—La vocacion de los niños. Un tomito, 3 y medio rs.

—Escuela del corazon, con 55 estampas. Un tomo, 7 rs.

Obras en 16.° *encuadernadas en pasta.*

—Caractéres de la verdadera devocion por el P. Palau. Un tomo, 4 rs.

—El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati. Un tomo, 4 rs.

—Las horas sérias de un jóven por Sainte-Foix. Un tomo, 5 rs.

—Camino recto para llegar al cielo por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 5 rs.

—Id. id. en catalan: 4 rs.

—Ejercicios para la primera comunion por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 3 y medio rs.

—La verdadera sabiduría por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 4 rs.

—Tardes ascéticas, ó sea una apuntacion de los principa-

les documentos para llegar á la perfeccion de la vida cristiana, por un monje benedictino. Un tomo, 4 rs.

—El Párroco con los enfermos, ó sea algunos avisos prácticos para los principiantes en dicha carrera. Un tomo, 3 rs.

—Manual de meditaciones por el P. Tomás de Villacastin. Un tomo, 4 y medio rs.

—Un mes consagrado á María. Un tomo, 4 y medio rs.

—Memorial de la Mision. Meditaciones cotidianas por el P. Dr. Juan Bautista Verche. Un tomo, 1 real y medio en media pasta.

—Contrato del hombre con Dios, celebrado en el santo Bautismo: por el R. P. Juan Eudes. Un tomo, 2 rs. en media pasta.

—De los deberes del hombre: discurso dirigido á un jóven por Silvio Pellico. Un tomo, 3 rs. y medio.

—Nuevo devocionario para las hijas de la purísima Concepcion. Un tomito, 2 rs. y medio en media pasta.

—La Colegiala instruida, por el Excmo é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 5 rs.

—Expositio litteralis et mystica totius missæ, ac cæremoniarum ejus, ad illam devote celebrandam. Un tomo, 4 rs.

Opúsculos.

—Avisos á un sacerdote: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á los padres de familia: á 30 reales el ciento.

—Avisos muy útiles á las casadas: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á las viudas: á 30 rs. el ciento.

—Avisos saludables á los niños: á 30 rs. el ciento.

—Avisos saludables á las doncellas: á 26 rs. el ciento.

—Avisos á un militar cristiano: á 24 mrs. el ejemplar.

—El rico Epulon en el infierno: á 22 rs. el ciento.

—Reflexiones á todos los Cristianos: á 24 rs. el ciento.

—Resúmen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion: á 24 rs. el ciento.

—Los tres estados del alma: á 20 rs. el ciento.

—Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de

su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore: á 20 rs. el ciento.

—Respeto á los templos: á 22 rs. el ciento.

—Galería del desengaño: á 26 rs. el ciento.

—La Escalera de Jacob y la puerta del cielo: á 30 rs. el ciento.

—Maná del cristiano: á 15 rs. el ciento.

—Idem en catalan, á 15 rs. el ciento.

—El amante de Jesucristo: á 24 mrs. el ejemplar.

—La cesta de Moisés: á 24 mrs. el ejemplar.

—Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María: á real y cuartillo el ejemplar.

—Breve noticia del orígen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María: á real el ejemplar.

—Socorro á los difuntos: á 24 mrs. el ejemplar.

—Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo: á 24 mrs. el ejemplar.

—Antídoto contra el contagio protestante: á 30 rs. el ciento.

—El viajero recien llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias: á 26 rs. el ciento.

—Compendi ó breu explicació de la doctrina cristiana en catalan: á 28 mrs. el ejemplar.

—El Ferrocarril: á 24 mrs. el ejemplar.

—La Época presente: á 24 mrs. el ejemplar.

—La Mision de la mujer: á 23 rs. el ciento.

—Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes: á 50 rs. el ciento.

—Cánticos espirituales: á real el ejemplar.

—Devocionario de los párvulos: á 40 rs. el ciento.

—Máximas espirituales, ó sea reglas para vivir los jóvenes cristianamente, edicion corregida y aumentada: á 24 mrs. el ejemplar.

—Ramillete de lo mas agradable á Dios, y útil al género humano: á 22 rs. el ciento.

—Devocion del santísimo Rosario: á 23 rs. el ciento.

—Excelencias y novena del glorioso san Miguel: á 22 rs. el ciento.

—Los viajeros del ferrocarril á 24 mrs. el ejemplar.

—Consejos que una madre dió á su hijo al tiempo de despedirse para ir á la guerra de Africa, y los santos Evangelios: á 7 rs. el ciento.

—El Espejo que á una alma cristiana que aspira á la perfeccion ofrece el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs. el ejemplar.

—Orígen del Trisagio: á 30 rs. el ciento.

—Nuevo viaje en ferrocarril, ó sea, conversacion sobre la blasfemia y el lenguaje brutal y obsceno: á 24 mrs. el ejemplar.

—Carta ascética que el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret escribió al presidente de uno de los coros de la Academia de san Miguel: á 30 rs. el ciento.

—Orígen de la devocion del Escapulario azul celeste: á 22 reales el ciento.

—Vida de santa Mónica. Un tomito 24 mrs.

—Verdadero retrato de los neos-filósofos del siglo IX: á 26 reales el ciento.

—El Protestantismo por P. J. P.: á 24 mrs. el ejemplar.

—Id. id. en catalan: á real el ejemplar.

—La prosperidad de las familias, ó sea instrucciones prácticas para el buen gobierno y administracion de una casa por Clotet: á 24 mrs. el ejemplar.

—La buena sociedad glorificada por la juventud del bello sexo. Apuntes históricos de la santa vida de la venerable sierva de Dios, Cristina de Saboya, reina de las Dos Sicilias: á 24 mrs. el ejemplar.

—Lo Escolá, ó sian Conferencias entre un missionista y un jovenet, per D. P. A. P.: á 24 mrs. el ejemplar.

—Manná del cristiá considerablement aumentat per los missionistas del immaculat Cor de María: á 24 mrs. el ejemplar.

—Id. en castellano: á 24 mrs. el ejemplar.

—Lletrillas compostas per los missionistas del immaculat Cor de María: á 24 mrs. el ejemplar.

—Reglamento de la Academia de san Miguel.

—Deprecacion á Nuestro Señor para obtener de él la gracia de conocerlo y de amarlo, ó bien cualquier otro favor: á 22 rs. el ciento.

—Libro de oro, ó la humildad en práctica. Un tomito, 24 mrs.

—Vida cristiana, ó práctica fácil de entablarla con medios y verdades fundamentales. Un tomito, 24 mrs.

—El Angel de la familia ó María Girar: á 30 rs. el ciento.

—Ejercicios espirituales que practica la Cofradía del purísimo Corazon de María: á 24 mrs. el ejemplar.

—El santísimo Rosario explicado por el Excmo. é Ilmo. señor Claret: á real y cuartillo el ejemplar.

—Tratadito de las pequeñas virtudes: á 24 mrs. el ejemplar.

—El consuelo de una alma calumniada: á 22 rs. el ciento.

—Ejercicio de preparacion para la muerte: á 23 rs. el ciento.

Hojas volantes á 64 rs. la resma.

Forman una resma 500 de las de á *pliego;* 1,000 de las de á *medio pliego;* 2,000 de las de á *cuartilla;* y 4,000 de las de á *octavilla.*

---

1. Máximas cristianas: puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria. (*En pliego*).

2. Máximas cristianas: puestas igualmente en verso pareado. (*En pliego*).

3. Cédula del Rosario de María santísima. (*En pliego*).

4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince misterios, Ofrecimiento, y Letanía lauretana. (*En pliego*).

5. Cédula contra la blasfemia. (*En medio pliego*).

6. Specimen vitæ sacerdotalis. (*En pliego*).

7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que distribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio. (*En medio pliego*).

8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas. (*En medio pliego*).

9. Memoria ó recuerdo de la Mision, para distribuir luego de concluida. (*En medio pliego*).

10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Mision. (*En cuartilla*).

11. Oracion de san Bernardo: Acordaos, piadosísima Vírgen María... *Va seguida de una jaculatoria.* (*En cuartilla*).

12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo. (*En cuartilla*).

13. Breve instruccion que dió el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret á un hombre sencillo que encontró por un camino, antes de despedirse de su compañía. (*En octavilla*).

14. Máximas cristianas para niños. (*En pliego*).

15. El amor de Dios y del prójimo. (*En cuartilla*).

16. Convite á la gloria. (*En cuartilla*).

17. Consejos útiles á los jóvenes. (*En medio pliego*).

18. Consejos útiles á las doncellas. (*En medio pliego*).

19. Regla de vida. (*En medio pliego*).

20. Eclipse de sol. (*En medio pliego*).

21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas. (*En medio pliego*).

22. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida. (*En medio pliego*).

23. Modo de adorar á Jesús sacramentado. (*En cuartilla*).

24. Acto de contricion. (*En cuartilla*).

25. El Carnaval y su entierro. (*En cuartilla*).

26. Observaciones á un cristiano que trabaja en los dias de fiesta. (*En cuartilla*).

27. De la devocion al santísimo Rosario. (*En cuartilla*).

28. Alabado sea Dios. — Contra la blasfemia. (*En cuartilla*).

29. Reloj de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. (*En cuartilla*).

30. Consuelo á un enfermo. (*En cuartilla*).

31. Consuelo á un encarcelado. (*En cuartilla*).

32. Recuerdo al bizarro soldado español. (*En cuartilla*).

33. Prácticas cristianas para todo el año. (*En cuartilla*).

34. Alma perseverante que no se deja seducir. (*En cuartilla*).

35. Alma del Epulon en el infierno. (*En cuartilla*).

36. Triunvirato del universo, ó sea necesidad de la confesion. (*En cuartilla*).

37. La santa ley de Dios. (*En cuartilla*).

38. Cédula del coro de niñas de la piadosa Union. (*En medio pliego*).

39. Cédula del coro de niños de id. (*En medio pliego*).

40. Devocion al Corazon agonizante de Jesús. (*En octavilla*).

41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo. (*En octavilla*).

42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id. (*En octavilla*).

43. ¿Quién se condenará? (*En medio pliego*).

44. Regla de vida para los sacerdotes. (*En medio pliego*).

45. Decenario de la sagrada pasion. (*En cuartilla*).

46. Excelencias de san Miguel. (*En cuartilla*).

47. Devocion á la santísima Trinidad. (*En cuartilla*).

48. Modo práctico de hacer el Via-Crucis. (*En cuartilla*).

49. Máximas cristianas para todos. (*En pliego*).

50. Letrillas del santísimo Sacramento. (*En octavilla*).

51. Cánticos en honor de María santísima. (*En octavilla*).

52. Cédula de admision á la Cofradía del Inmaculado Corazon de María. (*En medio pliego*).

53. Cántico á María santísima. (*En cuartilla*).

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

BIBLIOTECA
VALENCIA

B 8

HALLEN

ESCUELA

DEL

CORAZON